

Javier Moreno

# TEATRO ABISAL

2007-2020







**JAVIER MORENO**  
**TEATRO ABISAL**  
**(2007-2020)**

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Javier Moreno

© Fundación Editorial El perro y la rana

© Compañía Nacional de Teatro

Edición y corrección

María Jesús López Balo

Diagramación

Odalís Vargas

Imagen de portada:

Fotografía de Nicola Rocco

Hecho el Depósito de Ley

DC2022000302

ISBN 978-980-14-4981-2

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

# **TEATRO ABISAL (2007-2020)**



# ÍNDICE

**NUEVE HUECOS / 9**

**HEREJES Y GROTESCOS / 73**

**CALMA CHICHA / 97**

**PAQUETE QUIROPRACTICO PARA DAMAS DE AVANZADA / 157**

**LA GOLPISTA / 241**

**MUÑECO MONSTRUO / 261**

**ETERNA PROMETIDA / 309**

**EL AUTOR Y SU OBRA / 361**





# **NUEVE HUECOS**

## **(DRAMA CÓMICO)**



## **DE CÓMO UNA IDEA LLEGA A TENER LA FORMA DE UNA COMEDIA DESCARNADA**

La escritura de *Nueve huecos* comenzó en 2006 y originalmente la había pensado como un ejercicio para dos actores estudiantes recién graduados del Laboratorio Teatral Anna Julia Rojas. Como suelen tener vida propia, las hazañas de los personajes que iba refiriendo exigían mayor extensión, superando de ese modo la condición de brevedad que requiere todo ejercicio. A su vez, la trama y los contenidos se iban oscureciendo, creciendo en violencia y escatología a partir del tema polémico de la expropiación. La escatología me dirigió hacia un título y tal título hacia una estructura: nueve escenas donde se destilasen las sustancias más repulsivas, como reza el epígrafe.

El asunto de la espectacularidad debe compensar la precariedad de los medios: pocos personajes, pocos actores, moderada escenografía, con dinamismo y mordacidad. Los personajes trazaron así inauditas estrategias para lograr la satisfacción de su deseo. Cada escena más bizarra y descarnada que la anterior, eso me propuse, pero en una atmósfera divertida, irresponsable, como de comedia. Aunque su campo temático va de menos a más, de una posible discusión por el disfrute de los espacios de un departamento, pasando por el argumento sexual, depredatorio psicológico, político y existencial. Creo que se emparenta con una obra mía anterior, *Anselmo y Gata*, que en el contexto de una sociedad atrabiliariamente materialista propone discutir el asunto de la enajenación.

En retrospectiva, pienso que la obra es una suma de interrogantes sobre nuestra actitud ante lo ajeno que todavía no consigo expresar asertivamente. Quizás por eso la obra ha sufrido continuamente adiciones y cortes desde que existe. También solemos discutir mis

obras y modificarlas una vez propuestas en compañía de mi hermana, Xiomara Moreno. *Nueve huecos* se estrenó en la Sala Experimental del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos en el año 2008 y se ha mantenido en el repertorio de la agrupación Xiomara Moreno Producciones desde entonces, con funciones en el Espacio Plural del Teatro Trasnocho en 2011.

El presente texto ha sido recopilado para la edición gracias al trabajo de Yusbely Áñez, quien fungió de asistente a la dirección de los montajes y quien ha mostrado celo por la conservación de mis ocurrencias textuales. También se debe mucho a la vigilancia de Mayte Parias, actriz del montaje, quien de modo permanente revisa y afina el texto para su interpretación.

## **PERSONAJES**

**DALIA**

**RAÚL**

## **CUADROS**

**I. EL OJO DERECHO**

**II. GENITALES**

**III. LA FOSA NASAL**

**IV. EL OJO DE LA CERRADURA**

**V. LA FOSA COMÚN**

**VI. EL OÍDO**

**VII. LA BOCA**

**VIII. LA OREJA DE VAN GOGH**

**IX. EL CULO DEL MUNDO**

La acción transcurre en un apartamento en la capital.



Cada hombre perfectamente creado  
posee nueve huecos por donde corren  
las inmundicias más repulsivas.

JOHANNES VON TEPL

## I. EL OJO DERECHO

*(SALA de recibo. Allí está DALIA, parada en el umbral con sus maletas y aspecto afligido. RAÚL está sorprendido y tarda en reaccionar.)*

**DALIA.** Yo sé que es un abuso. Yo no quiero molestar. Pero tú me entiendes, Raúl, yo no tengo confianza contigo... pero necesito que me ayudes. No vi otra salida. (Lo abraza.)

**RAÚL.** Bueno, calma, mujer. Vamos a ver...

**DALIA.** Soy Dalia.

**RAÚL.** Dalia...

**DALIA.** Es por pocos días. Te lo juro. Mientras se me arreglan las cosas.

**RAÚL.** Este... ¿pocos días? ¿Qué?

**DALIA.** No puedo seguir arrimada en esa casa, y menos después de lo que ese desgraciado me hizo.

**RAÚL.** Tú no me estás diciendo... Este apartamento no es mío, yo no puedo... Yo vivo alquilado.

**DALIA.** ¡El tipo me echó a la calle! Martín, valiente amigo tuyo.

**RAÚL.** Yo apenas lo conozco. Lo saludé accidentalmente en esa tasca.

**DALIA.** Y bueno, nos presentó. ¿Te acuerdas? "Raúl, Dalia". Yo era la mujer de su vida.



**RAÚL.** Martín tiene mala bebida, lo sabe todo el mundo. Es insoportable, desagrada a cuanta persona tiene la mala fortuna de acercarse a él.

**DALIA.** Pero tú fuiste muy amable, gentil, se puede decir... y hasta bailamos. Yo creí... no sé, yo soy así... me hago una idea de un momento para otro, yo creí que podía contar contigo.

**RAÚL.** ¿Como para venirte a vivir a mi casa?

**DALIA.** No será mucho, es una emergencia y tú vives tan cómodo...

**RAÚL.** Solo tengo una habitación.

**DALIA.** Yo te había dicho, el día que vinimos a celebrar tu cumpleaños...

**RAÚL.** Te aclaro que yo no los había invitado. Se colearon con otros locos ahí.

**DALIA.** ... que me parece un lindo apartamento, con unos ajusticos por aquí y unas cortinas...

**RAÚL.** Sí, a Martín le dio por usar su sinceridad con los invitados y le dijo loca, vieja y gorda a la dueña de la agencia, y gritaba y acaparaba la conversación... y hasta empujó a una señora mayor.

**DALIA.** A nadie le hizo gracia, ¿verdad? Y eso que ya no es un muchachito.

**RAÚL.** Tú tampoco, ¿no?

**DALIA.** Tampoco. Una mujer de mi edad en la calle, pasando vergüenza. ¡Una perrada, vale! Pero tú, tú me vas a ayudar.

**RAÚL.** Es que yo no puedo. Es una cuestión de disciplina, entiéndeme. A mí me cuesta mucho no estar solo. Es una decisión de vida y no puedo aceptar...

**DALIA.** Martín, ¡ese sátrapa!, que no le importaba que yo me quedara en la calle.

**RAÚL.** Me parece sospechoso que una mujer haya compartido con un sociópata como Martín.

**DALIA.** Soy una estúpida. Yo sabía que tú me ibas a entender, Raúl.

**RAÚL.** Tú tienes que estar loca. Y él es un... bicho.

**DALIA.** Ese bicho, como tú le llamas, me dijo que era tu amigo. Él no podía ser tan malo.

**RAÚL.** No es mi amigo. Ustedes son unos anormales, ni siquiera te conozco, una vez estuvimos aquí de parranda, pero...

**DALIA.** En esa oportunidad, tú te me insinuaste y estabas la mar de accesible.

**RAÚL.** Seguro pasado de tragos.

**DALIA.** Yo pensé en ti. Sabía que no podía equivocarme. ¿Dónde pongo estas bolsas? ¿El cuarto es por aquí?

**RAÚL.** Espérate. Yo no te he dado mi consentimiento.

**DALIA.** Todavía... Me duele la cabeza. ¿Tienes algo, un analgésico o así? ¿Dónde está el gabinete?

**RAÚL.** Ya va. Eso lo busco yo.

**DALIA.** ¡Ay! ¡Ay! Me mareo y todo. Siento que me voy a caer. (Se le lanza en los brazos.)

**RAÚL.** Pero Dalia, estás bien jodida, chica.

**DALIA.** Tengo una basura en el ojo, ¿puedes soplar me aquí?

**RAÚL.** Yo no te veo nada.

**DALIA.** Yo tampoco, Raúl. Mira bien. (Trata de besarlo.)

**RAÚL.** ¡Epa! ¿Qué te pasa? Tú me estás malinterpretando.

**DALIA.** (Descarada.) Ah, ¿tú eres del otro tipo de persona?

**RAÚL.** No seas pendeja, chica. Me vienes a pedir alojamiento y también me vas a decir marico.

**DALIA.** No, no quise decir eso. Pero yo no tengo rollos. Esa es tu vida y yo no me meto.

**RAÚL.** Te estás metiendo.

**DALIA.** Está bien. Me lo merezco. (Otra vez suplicante.) ¡Qué vergüenza, vale! No sé lo que me pasa. Estoy toda confundida.

**RAÚL.** Equivocada. Usted se equivocó.

**DALIA.** No, mi vida. No, vale. Yo tengo que buscar para dónde coger y la única cara de gente, el único rostro amable que se me vino a la mente fue el tuyo. Estoy desesperada. Por eso hago las cosas torpemente. Me equivoco. Lo voy a estropear todo. (Aparentemente se da por vencida.) ¡Ay!

**RAÚL.** Mira, yo estoy bastante encochinado con mi pelea por ser un escritor y...

**DALIA.** Tú vas caminando por una avenida y de repente, de un apamate, de un árbol grandote de esos que dan sombra por la calle, te cae una semilla como una bellota...

**RAÚL.** ¿Una bellota?

**DALIA.** Pero madre bellota, un taparazo en la cabeza. Una cosa tropical, pues. Un mamonazo de kilo y medio que te da en la crisma y tú... pues, lo ves todo claro.

**RAÚL.** No te entiendo. ¿Fue que te cayó algo en la cabeza?

**DALIA.** No. Es una metáfora. Los golpes de la vida te hacen ver, te hacen entender.

**RAÚL.** Ah, es una canción de despecho. Eso es un lugar común, una letra de bolero. “La letra con sangre entra”.

**DALIA.** O “Dale que el golpe avisa”. (Se mira un moretón en un brazo mientras ríe.) ¿Ahora sí nos vamos entendiendo?

**RAÚL.** Cada vez me pareces más rara. Yo no te conozco casi... No quiero entender.

**DALIA.** (Dramática, rápida.) Que tú eres mi salvación. No tengo otras opciones. Yo por eso me vine y te pido, de verdaíta, vale, por esta, (Se besa los dedos en juramento.) que me dejes quedarme. Tú eres un tipo chévere. Discúlpame si te ofendí, pero... estoy desorientada, como loca. Ayúdame, vale.

**RAÚL.** Yo lo siento mucho, pero yo tengo mi vida hecha. Yo no sé estar acompañado. Tengo problemas con las relaciones.

**DALIA.** Yo tampoco soy el modelo de una buena relación.

**RAÚL.** ¡Coño, precisamente! Tú no me captas. Me da por huirle a la gente, de pronto. Y no soporto que me fiscalicen. Cada irrupción de alguien en mis espacios la tomo como una censura. Si una mujer me gusta de verdad, de verdad, yo no la traigo a vivir a mi casa. Yo necesito mi soledad. Me gusta andar desnudo por la casa, dejar los zapatos en la sala, los platos para fregar al día siguiente. Mi baño es un chiquero, me tiro peos, me orino en la ducha, a veces ni me ducho en días y se me olvida cepillarme los dientes. Mis peroles son un desorden, pero solo yo conozco su ubicación exacta. No tengo horarios, soy promiscuo y me encanta perder el tiempo viendo televisión.

**DALIA.** Nadie es monedita de oro. Y te aseguro que la adolescencia pasa.

**RAÚL.** Gracias por el diagnóstico, pero no puedes venir a vivir conmigo.

**DALIA.** No será contigo. Solo es un lugar para pasar algunas noches. Cuando tú aparezcas yo... dejaré de respirar si es preciso. Como un bulto que llegó y se está inmóvil hasta que lo retire el destinatario. No haré ruidos, no escucharé música. Estaré en la calle, en una plaza, de

día o buscando trabajo y volveré cuando tú ya estés dormido. Puedo preparar el desayuno para los dos. Yo sé dar masajes si los necesitas o hacer la pedicura. Cuidar las plantas, el servicio de adentro. Puedo ser tu inspiración. ¿No quieres escribir? Seré una musa. Un tema, una mujer abandonada. Solo será un lapso muy corto. Te lo juro. Te lo juro y te lo ruego. Nadie tiene que enterarse. ¿La gente no piensa que es raro que un hombre de tu edad viva solo? Puedo ser tu fachada.

**RAÚL.** ¿Vas a insistir? No soy del otro lado y lo que opine la gente es problema de ellos.

**DALIA.** Yo sé que lo sientes en la espalda, como un gran ojo que te escudriña, la vigilancia de los vecinos, de tus jefes, de tus malintencionados amigos. Te persiguen como una banderola sobre tu cabeza. Eres diferente. ¿Qué piensa tu mamá?

**RAÚL.** Mi mamá no piensa más. Se murió...

**DALIA.** Mi sentido pésame.

**RAÚL.** ... hace dieciocho años.

**DALIA.** Discúlpame el retraso.

**RAÚL.** Muy graciosa, pero no. Te voy a dar dinero para que tomes un taxi y te vuelvas.

**DALIA.** ¿A dónde? ¿Quién me puede estar esperando?

**RAÚL.** Vete a una pensión.

**DALIA.** ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? Eso es horrible. Yo no sobreviviría en un ambiente como ese.

**RAÚL.** Aquí tampoco vas a sobrevivir.

**DALIA.** ¿Cuánto apuestas?

**RAÚL.** Nada. Eres una desconocida y no tengo ninguna obligación contigo, así que te exijo que te vayas.

**DALIA.** ¡Desconocida porque no quieres conocerme! ¿Has visto la basura en mi ojo derecho?... Sí eres.

**RAÚL.** ¿Sí soy qué?

**DALIA.** Raro, del otro lado... sí eres.

**RAÚL.** Cállate y vete, por favor.

**DALIA.** “Me gusta el güisqui, me gusta el tabaco y las buenas mujeres”.

**RAÚL.** Tú lo dices, loca. Las buenas mujeres, no un adefesio como tú.

**DALIA.** Hablando de locas, no te gustan las mujeres.

**RAÚL.** Eso lo saben las mujeres de verdad.

**DALIA.** ¿Yo no soy una mujer suficiente para ti? ¿Eso quieres decir?

**RAÚL.** Enferma. Sacúdete, chica. ¡Qué barata!

**DALIA.** Chico, tú me gustas y tengo afán de quedarme contigo en tu casa. ¿Es tan difícil comprenderlo?

**RAÚL.** Tú me estás desafiando. Ha sido un buen intento, pero...  
(Sacude la cabeza.)

**DALIA.** ¡Ay, Raulito! Qué mal estás quedando, medio pollo.

(**RAÚL** se le tira encima agresivamente con un abrazo.)

**RAÚL.** A ver ese ojo. Eres una puta, sucia, puta.

*(Se produce el apagón.)*

## II. GENITALES

*(En la cocina. DALIA está sentada en un taburete, distante. RAÚL sirve en un plástico un atún de lata y dos rebanadas de pan, destapa la mostaza, una bebida gaseosa, con hambre pero cohibido por la inmutable presencia de ella.)*

**RAÚL.** Es mentira. Es pura apariencia. Lo de la desenvoltura. Lo de la mujer experimentada.

**DALIA.** *(Distraída.)* Es posible. ¿Por qué lo dices? ¿Tú cómo lo sabes?

**RAÚL.** Hay hechos que están a la vista, una vez que...

**DALIA.** ¿Una vez que me estabas fornicando?

**RAÚL.** Fornicando no es un verbo transitivo. Digamos que no resultaste coherente con la imagen que yo tenía.

**DALIA.** La de una puta, ¿no?

**RAÚL.** ¡La devoradora! No pasas de la pura publicidad.

**DALIA.** A lo mejor es que no me das la talla. Medio minuto contado por el reloj.

**RAÚL.** ¿Y te dio chance de mirar el reloj?

**DALIA.** Un poco breve, ¿no crees?

**RAÚL.** Tú eres sorprendente. Mira cómo hablas, la ofrecida, la negociante del sexo... No te ha tocado nadie en años, hasta señorita serías... Si con el tiempo ciertos tejidos se regenerarán. Y a esa edad. ¿Quiere decir que con Martín ni siquiera...?

**DALIA.** Es un zafio, pero también un imbécil.

**RAÚL.** En tu caso hasta se puede hablar de virginidad. ¡Virginidad, por Dios! ¡La mujer de su vida! (*Se ríe.*)

**DALIA.** Son detalles de mal gusto, ¿no te parece?

**RAÚL.** Me salté los prolegómenos. Pero tú estabas tan dispuesta, tan aparentemente caliente ya.

**DALIA.** Te hace sentir incómodo, ¿verdad?

**RAÚL.** Las mujeres no son tan impredecibles, unas vienen: “no, ahorita no, ¡que no estoy preparada!”; o vienen como tú: “cógeme, impotente, maricón”, y después desembocan en el “ponte el condón, ponte el condón”. Pero esta sí no me la sabía. (*Después.*) ¿Por qué conmigo?

**DALIA.** Tú me caes bien. Siempre me has caído bien.

**RAÚL.** Coño, qué excusa más barata. Lo de quedarse sin casa donde dormir es una experiencia extrema. Una película de terror.

**DALIA.** ¿Tú no tienes sentimientos?

**RAÚL.** (*Después de mirarla sopesando su afirmación.*) Perfecto, Martín hace creer que es un tipo duro, y mira... con razón esa capacidad para irritar a los demás. Pobre mal cogido. (*Hace pausa.*) Ven, siéntate conmigo. No vas a estar como una mampara mientras yo me doy “este banquete”. (*Ella inmóvil.*) ¡Dalia! Por favor, ¿tendría la amabilidad...?

*(Ella obedece y se sienta frente a él.)*

**RAÚL.** Tienes que perdonarme. Yo no soy violento pero me salgo de mis casillas. Nadie se merece tanto maltrato, ¿verdad? Tienes marcas recientes. ¿Él te pegaba? Quiero decir, Martín.

**DALIA.** Me pegó. Pero también llevó su parte. Igual que otros, se salía de sus casillas.

**RAÚL.** (*Defendiéndose.*) Seguro lo provocabas.



**DALIA.** Sí, parece que tengo esa facultad en los hombres inseguros.

**RAÚL.** No vayamos a empezar de nuevo. (Le ofrece un sándwich.) Es lo que hay por hoy. Mañana podemos hacer un mercadito.

**DALIA.** ¿Mañana?

**RAÚL.** Está bien. Puedes quedarte por unos días. Yo intento ser correcto. No creas que es un compromiso ni nada.

**DALIA.** Yo sabía que tú no ibas a fallar.

**RAÚL.** Para que veas que no soy tan mala gente.

**DALIA.** Como Martín.

**RAÚL.** Yo no soy así como me has visto. Me cegué por un momento. Me retaste y... ¿por qué no iba a hacerlo? Yo soy un tipo sano, potente, coño... ¿y qué vaina es esa de venir a ponérmela en la nariz y salir tan campante?

**DALIA.** Déjalo así, no esperaba que un “violador” me diera sus disculpas. Tampoco las espero de tu amigo Martín.

**RAÚL.** No es mi amigo, ¿hasta cuándo tengo que decirlo? Además yo no te violé.

**DALIA.** Está bien, saquemos a Martín de nuestra conversación.

**RAÚL.** La tenemos cogida con él, pero lo que quiero decir es que me haces sentir un poco de vergüenza.

**DALIA.** ¡Gratuitamente! ¿Te da vergüenza? Ya pasó.

**RAÚL.** Quiero evitar un malentendido, es todo; y sí, eso ya pasó, lamentó que haya resultado así, de verdad. (Pausita.) Puedes quedarte unos días hasta que consigas algo mejor.

**DALIA.** ¿Cómo crees que resultó?

**RAÚL.** Pues... terrible. Ha podido ser más... más suave, que lo disfrutaras. Quedé como un patán.

**DALIA.** ¿Estás seguro de que no lo disfruté?

**RAÚL.** (Con agrado.) ¿Cómo es la vaina? No puedes seguir con esas ambigüedades, vale. La gente tiene que ser íntegra.

**DALIA.** ¡Tiene que! Por favor, no me instruyas, no estoy de humor.

**RAÚL.** No te instruyo. Como tú digas.

**DALIA.** Yo me basto a mí misma. Me enciendo y me apago a voluntad.

**RAÚL.** ¿Debo entender que sentiste placer a tu manera?

**DALIA.** Quiero decir que ya pasó...

**RAÚL.** Es una rara forma de sibaritismo.

**DALIA.** ¡... y que no te metas!

**RAÚL.** ¿Estás segura de que yo te caigo bien?

**DALIA.** ¿Siempre sabes por qué haces las cosas? ¿Por qué ahora, de repente, me aceptas en tu casa? ¿Será la culpa, acaso?

**RAÚL.** También tienes el poder de incomodar a los hombres.

**DALIA.** Hay veces que tú tienes que dar, conceder algo. Perder, si es tu gusto verlo así, aunque fuera una equivocación, entregarse de este modo. Yo también tengo un cierto poder de juicio. Es mi decisión, inoportuna, a lo mejor, pero mía. Yo me complazco de mi decisión.

**RAÚL.** ¿Tú eres masoquista o algo?

**DALIA.** Contigo se veía más fácil, con esa cara de becerro necesitado, de buenote birriondo, largamente veraneado como ustedes dicen.

**RAÚL.** Epa, epa, epa.

**DALIA.** Y por lo menos, la esperanza mal fundada de que no ibas a resultar un sátiro ni me ibas a hacer daño.

**RAÚL.** Pero, no joda, ¡ni siquiera te gustó hacerlo!

**DALIA.** (*Seria.*) Pongámoslo así: todo en la vida tiene un costo. Tengo que pagar. No hay razones más allá de comprobar hasta dónde llega mi capacidad de equivocarme, de fallar y hasta dónde llega la penitencia y hasta cuándo la aguanto. Hay un cierto gusto en eso. ¿A ti no te pasa?

**RAÚL.** Parece más bien un asunto tuyo, personal.

**DALIA.** Cada uno con su culpa, cada uno con su karma. (*Grosera.*) ¿A ti no te gustó? También puede ser que necesito dónde pernoctar y he comprado una casa.

**RAÚL.** Te aseguro que es un mal negocio.

**DALIA.** Depende de para quién.

**RAÚL.** Dejemos estos juegos de palabras.

**DALIA.** Estoy de acuerdo.

**RAÚL.** (Duda y luego.) Todavía pueden salir bien las cosas, ¿no? Tus peroles irán a un espacio que queda todavía en el armario de la entrada. No tengo horarios. Puedes ocupar el sofá en la sala y usar mi baño cuando lo desees y sea prudente, por supuesto. Podría ofrecerte mi cama, pero te aseguro que no es ningún honor. No es mejor que el sofá.

**DALIA.** ¡Ah! (*Luego.*) Voy a necesitar las llaves de tu casa.

**RAÚL.** ¿No te parece demasiado pronto? Es solamente provisional.

**DALIA.** ¡Chico, un mínimo grado de autonomía! Yo no voy a estar como obligada, sobrando... (*Se le sienta en las piernas.*) Error por la ciudad o por la casa con igual libertad, tener cosas buenas, cosas tuyas. ¿Eso parece un lujo? Sin embargo..., yo no aspiro a nada menos.

**RAÚL.** ¿Tú estás bien de la cabeza?

**DALIA.** Yo quiero esas llaves porque yo no soy menos que nadie.

**RAÚL.** Voluntariosa la muchacha. Dispuesta a adjudicárselo todo.

**DALIA.** Nada menos, ya lo dije. En mi tierra comerse un bistec es una proeza, vives restringida y lo peor es que te están cuidando. Si tú supieras lo que es pasar trabajo, entenderías lo bueno de la libertad. Aunque pierdo el tiempo convenciendo a un cómodo maestrillo con aspiraciones de literato; ese no es tu asunto, estás inutilizado por el ocio, por el confort.

**RAÚL.** Después dicen que no es resentimiento. No me voy a sentir mal por vivir bien. El rollo del feminismo es que la libertad empieza por la autosuficiencia. Que te mantengas tú misma. Y lo dijo un literato, mejor dicho, una literata y bien burguesa que era.

**DALIA.** Virginia Woolf lo podía decir porque era antes que todo una mujer. Era discriminada.

**RAÚL.** ¡Ah!, ¿pero conoces la referencia? Era lesbiana. Y heredera, tenía mucho dinero.

**DALIA.** Más a mi favor. Ella quería su libertad para crear.

**RAÚL.** Pero en tu caso uno podría pensar que lo haces más por el bistec. Y, ojo, no veo nada de malo en eso.

**DALIA.** Por la libertad.

**RAÚL.** La libertad y mis llaves. ¿Quién sabe cuánto me va a costar entregarte libre acceso a mi casa?

**DALIA.** Es un derecho básico. Si no, ¿qué sentido tiene lo que haces por mí? ¿Vas a ser mi carcelero, mi vigilante?

**RAÚL.** Pero mis llaves son algo de mucho valor. Una pieza de lomito.

**DALIA.** Tendré que pagar un precio por ellas entonces.

**RAÚL.** Ganártelas, junto con mi confianza.

**DALIA.** Tú dirás cómo.

**RAÚL.** ¿Tú qué me propones? *(Se lleva la mano a la bragueta.)*

*(Oscuro.)*

### III. LA FOSA NASAL

(*La puerta del baño. RAÚL toca a la puerta con cierta insistencia.*)

**RAÚL.** ¡Dalia! ¿Qué te pasa? Necesito que salgas ya del baño. ¿Te sientes bien?

**DALIA.** (Desde dentro.) Estoy bien. Pero ahora no puedo salir.

**RAÚL.** ¿Qué tienes? Hace cuarenta y cinco minutos que llegué y espero por el baño. ¿Es que no te dignas salir?

**DALIA.** Si tienes alguna urgencia, pídeles el favor a los vecinos.

**RAÚL.** ¿Cómo voy a hacer eso? Yo tengo un baño en mi casa, coño. ¿Qué va a pensar esa gente?

**DALIA.** Creí que no te importaba. (Abre la puerta, aparece con toalla en la cabeza y bata de baño.) Lo que piensen los vecinos, digo.

**RAÚL.** ¿Se puede usar el baño ya?

**DALIA.** No he terminado. Me estoy haciendo unos vapores, una aromaterapia, tú sabes.

**RAÚL.** ¿Puedes figurarte, por casualidad, que esto es una emergencia? Que ni siquiera es para mí, sino para una muchacha que traje a la casa.

**DALIA.** ¿Que trajiste qué? ¿Y ella va a venir a hacer pupú a la casa ajena?

**RAÚL.** Cállate, no seas vulgar. Necesito el baño porque vamos a tener intimidad. Es más, necesito que te vayas y des una vueltita por ahí mientras.

**DALIA.** Ah, estás muy urgido. Ya veo.

**RAÚL.** Es una nena perfecta. Y se me dio el chance. ¿Puedes colaborar?

**DALIA.** Tengo el baño ocupado. No puedes sacarme así.

**RAÚL.** Son estupideces tuyas. Después tendrás el baño toda la tarde para tus infusiones y brujerías.

**DALIA.** No son brujerías ni tampoco estupideces. Y si eres tan orgánico, tan esclavo de tus sentidos y tienes una emergencia como tú la llamas, págate un hotel.

**RAÚL.** No puedes ser tan inhumana, tan poco solidaria. ¿Qué pasó con tu cooperación?

**DALIA.** Yo no acepto ese hacinamiento al que tú me quieres condenar. Esa promiscuidad.

**RAÚL.** Pero ¿cuál hacinamiento? Si eres tú la que estás invadiendo mi casa. Eres una intrusa, una usurpadora.

**DALIA.** No me sigas insultando con tus títulos de telenovelas.

**RAÚL.** La tipa está en el cuarto y no me la va a dar toda... Se va a hacer su retoque. Yo mismo tengo que hacerme un cariñito. No puedo alargarlo más.

**DALIA.** Ahórrame los detalles.

**RAÚL.** Por un solo día, ten la cabeza en su puesto; no me estropees el numerito. Ínclita, turgente, azafranada, rotunda, morena, maciza como de piedra, como de bronce... ¡Un milagro del mestizaje! Maiciada, un cruce de genética admirable con alimentación de "nuevo ideal nacional". Y respira, prefiere, ¡y me prefiere a mí!

**DALIA.** Mijito, el que te oiga creará que remolcaste hasta tu casa a la María Lionza de la Plaza Venezuela.

**RAÚL.** Una ninfa de Maragal, una tonina de Narváez, un capricho de Centeno Vallenilla.

**DALIA.** ¡La Galería de Arte Nacional, entonces! ¿Y eso, contra el patrimonio, no es un delito? En el lavadero hay una poncherita.

**RAÚL.** Mira, abusadora, te voy a tener que sacar a la fuerza.

**DALIA.** Claro, ¡la pendeja! ¡Quién me manda a estar en el medio de tus groseros apetitos!

**RAÚL.** Estás es en el medio de la puerta. (Amago de forcejeo.) No te atraveses, carajo.

**DALIA.** ¡Inmoral!

**RAÚL.** ¿Por qué lo estás haciendo? ¿Por qué no puedo tener una mínima gratificación con una mujer que está dispuesta a hacerme feliz, siquiera por un ratico?

**DALIA.** ¿Tú me estás reclamando algo? ¿Tú me lo estás diciendo en mi cara?

**RAÚL.** ¡¡Yo no te reclamo más que el derecho a utilizar el baño!!

**DALIA.** ¿Es porque ya no tenemos nada?

**RAÚL.** Será que no quieres acostarte más conmigo. De un tiempo a esta parte siempre con un dolor de cabeza. Querías las llaves, te las di y mira. Pero no es eso. Tú eres libre, yo soy libre, ¿por qué vamos a sentir celos?

**DALIA.** Yo no estoy celosa.

**RAÚL.** Me estás haciendo la vida imposible. Cooperá conmigo, anda, ¿qué te cuesta?

**DALIA.** Estoy en la mitad de mi rutina de belleza y que no me da la gana.

**RAÚL.** Te recuerdo que esta no es tu casa y que te puedo sacar a patadas.

**DALIA.** Bonita figura estás haciendo con la moza que te espera en el cuarto. Vas a quedar ante ella como un hombre cariñoso.

**RAÚL.** ¡Coño, con razón Martín te daba tu ración de palos, no joda!

**DALIA.** (Se violenta un poco.) ¡Deja al bicho ese tranquilo! (Seria.) Esas no son razones.

**RAÚL.** (Azorado.) Por lo menos, un preservativo que tenía en el gabinete.

**DALIA.** ¿Este? (Le muestra un preservativo inflado chorreando agua por un huequito.)

**RAÚL.** Te pasaste, muérgana.

**DALIA.** Creo que hoy no se te va a dar el “chance”.

**RAÚL.** Estás liquidada. Esto es crueldad psicológica y yo no voy a convivir con nadie en esos términos. Te jodiste conmigo.

**DALIA.** Si quieres lo discutimos en la sala... o en el cuarto.

**RAÚL.** No, no vayas a salir así que se va a dar cuenta.

**DALIA.** ¿Darse cuenta de qué?

**RAÚL.** ¿Cómo le explico yo a esa mujer tan dispuesta, tan deseable; a esa estatua de bronce que respira, tu presencia en mi casa? Me vas a comprometer. Me vas a perjudicar.

**DALIA.** Entonces yo no existo.

**RAÚL.** No quiero que lo sepa.

**DALIA.** ¿Yo no soy parte de tu vida? ¿No nos vemos todos los días, ni dormimos puerta por medio, ni desayunamos en la misma mesa, ni hemos tenido un pasado?

**RAÚL.** ¡Un pasado! No es el momento para discutir ese asunto.

**DALIA.** ¿Quiere decir que yo tengo que acostarme contigo todas las noches para que tú me respetes?

**RAÚL.** ¿Quién está hablando de eso? El baño... Es simple.



**DALIA.** Que yo merezco que tú me pases por las narices cuanta furcia encuentres en el camino como si yo estuviera pintada en una pared.

**RAÚL.** Sí, es una escena de celos. ¡Qué interesante!

**DALIA.** Tú me das mi puesto o no respondo.

**RAÚL.** ¿Y cuál es tu puesto, si se puede saber?

**DALIA.** Yo soy una mujer digna, decente. No quiero que me atropelles con tu falta de carácter, de moralidad.

**RAÚL.** ¿Cuál es tu puesto?

**DALIA.** El que me he ganado en esta casa. Yo tengo mis derechos.

**RAÚL.** ¿Cuál puesto te has ganado?

**DALIA.** Sácala de la casa y aclaramos ese punto.

**RAÚL.** No, no tiene que salir de la casa. Ya se me pasaron las ganas, ya me importa un carajo si se entera o si se quiere ir. Que esto me parece más importante, porque tú me vas a aclarar este punto.

**DALIA.** Yo no quiero un rebullicio. Quiero vivir en paz.

**RAÚL.** (*En grito.*) ¿Cuál es tu puesto?

**DALIA.** (*Llora.*) Me estás maltratando. Me estás gritando y haciendo daño. Eres un hombre violento, descarado y violento.

**RAÚL.** ¿Te quedaste sin argumentos?

**DALIA.** (*Vuelve a burlarse.*) Tú eres el que está usando la fuerza.

**RAÚL.** No. Yo me quedo es sin pareja, pero lo prefiero así a tener que aguantarme una inquilina.

**DALIA.** Yo no soy una inquilina.

**RAÚL.** Bueno, mi *roommate*. Estoy tratando de ser sarcástico.

**DALIA.** Tampoco soy tu *roommate*. He sido tu mujer.

**RAÚL.** Te me metiste por los ojos. Y yo no te debo a ti nada.

**DALIA.** ¿Ahora quieres hacerte el loco? ¿No quieres dar la cara?

**RAÚL.** Yo te lo dije. No había compromiso alguno.

**DALIA.** Esas son vainas que se dicen para no asustar a la posible víctima.

**RAÚL.** ¿Tú? ¿La posible víctima? ¡Ni siquiera eras virgen!

**DALIA.** Y si no ha habido virgo, para ti no ha habido violencia. Además, ¿cómo puedes estar tan seguro de que no lo era?

**RAÚL.** Lamento que lo hayas entendido así, pero yo fui muy claro y tú misma te deshiciste de mí en cuanto pudiste.

**DALIA.** Quise ponerte una distancia, que no me invadieras. Tenía miedo de perder la cabeza.

**RAÚL.** (*En voz alta.*) ¿Perder la cabeza, tú? ¡Frígida!

(*Se oyen unos pasos rápidos y la puerta de la calle que se cierra.*)

**DALIA.** (*Complacida.*) Ya se fue.

**RAÚL.** (*Como despertando.*) ¡¡¿Cómo que se fue?!!

**DALIA.** Aguantó demasiado.

**RAÚL.** Se fue. Lo lograste.

**DALIA.** Una a mi favor.

**RAÚL.** Pero tú te vas detrás de ella.

**DALIA.** Ni lo sueñes. Ni que me saques arrastrando.

**RAÚL.** ¡Dalia! No lo puedo creer.

**DALIA.** Acostúmbrate. En esta casa están cambiando las reglas.

**RAÚL.** Tú echas a perder mi mundo, mi casa.

**DALIA.** No servían para mucho, te lo aseguro.

**RAÚL.** Tu aliento contamina la estancia.

**DALIA.** Había una vez un monstruo, la Hidra de Lerna, que contaminaba con su aliento y no dejaba prosperar la comarca. (*Deja caer la toalla de la cabeza.*)

**RAÚL.** Llega Hércules y ¡zas! (*Pasa la mano decapitando.*) Con toda justicia.

**DALIA.** A ti te falta mucho para llegar a ser un Hércules.

*(Cae la bata y deja ver brevemente su espalda desnuda mientras se retira al baño.)*

*(Oscuro.)*

## IV. EL OJO DE LA CERRADURA

*(La puerta cerrada del cuarto. DALIA, a un lado de la puerta, se hace la manicura mientras RAÚL, al otro lado de la misma, intenta escribir y hace rebotar una pelota contra el muro. Hay un cartel que dice “Estoy trabajando”.)*

**DALIA.** Quiero pedirte que me disculpes.

**RAÚL.** No me interrumpas. Estoy tratando de concentrarme.

**DALIA.** Yo sé que son ya tres semanas en tu casa y que... quizás lo que he hecho no está bien. He faltado a mi palabra.

**RAÚL.** Si me hablas que sea solo para avisarme que te marchas.

**DALIA.** Estoy tratando de portarme como la gente contigo.

**RAÚL.** Entonces, ¿ya cesa la ocupación?

**DALIA.** No, no es eso. ¿Podrías abrir para que habláramos?

**RAÚL.** De ninguna manera. ¿No sabes leer? Estoy trabajando.

**DALIA.** Estás rebotando esa maldita pelota y martirizando ese bendito muro.

**RAÚL.** Interesante cómo reparte maldiciones y bendiciones cuando no es su asunto.

**DALIA.** Habla conmigo, por favor. (Golpes de pelota en la pared.) Lo que ha pasado entre nosotros... Yo sé que no debí, inicialmente, pero estaba en un apuro, sin casa y de verdad... (Sin convicción.) Tú eres una persona maravillosa... y yo he logrado violentarte, pero... no puedo seguir así, sin que me hables. Soy un ser humano, no me merezco...

**RAÚL.** Habías prometido ni siquiera hacerte sentir. Que yo ni me enteraría de tu paso por esta casa, pero ya lo de anoche... Esto se salió de madre.

**DALIA.** Bueno, por lo menos me contestas.

**RAÚL.** ¿Cuándo te vas de mi casa?

**DALIA.** ¿No ique no era tuya, pues? Ahorita no puedo. Estoy buscando, pero, por favor, no me presiones.

**RAÚL.** Vete a casa de una amiga.

**DALIA.** No tengo amigas. Las mujeres son muy competitivas.

**RAÚL.** Así serás tú de buena persona que no hay ni una pendeja que quiera intimar contigo. El único oligofrénico que cae en la trampa soy yo.

**DALIA.** Perdón, no pude oírte claramente. (*No hay respuesta.*) ¿Por qué me tratas así, vale? ¿Qué te pasó? (*Él vuelve a rebotar la pelota.*) ¿Es por lo de anoche? (*Pausa.*) Estaba pensando, ¿por qué no escribes como todo el mundo en tu ordenador, en la computadora? Hay máquinas de escribir eléctricas y manuales y tú todavía en la prehistoria. ¿Tú te crees Cervantes? Raúl, Raúl... Cónchale, vale, así son ustedes, no saben aprovechar lo que tienen.

**RAÚL.** No seas descarada, chica. Aquí la única que sabe aprovechar eres tú. Por algo te viniste de tu tierra.

**DALIA.** ¿Ves? Esas son las cosas que me sacan la piedra. Siempre con rencor, como si yo te hubiera quitado algo.

**RAÚL.** No volvimos a hacer el amor desde que lograste que te diera las llaves del apartamento.

**DALIA.** ¡Hacer el amor! Tú me forzaste y pasó... ¡Me utilizaste!

**RAÚL.** No, tú me estuviste provocando, como todos estos días. Una semana de sexo recreativo. Eso se llama acoso y te podría demandar

si este fuera un país serio. Pero cómo va a ser serio si en él se permite que habites tú... Es más, déjame tranquilo que no quiero disertar sobre nada, estoy trabajando.

**DALIA.** Tú me desprecias, ¿no es así? (*No hay respuesta.*) Por cierto, hace rato llamaron de un periódico. Querían hablar contigo. Una señorita muy amable. Creo que coordina publicaciones en la revista del domingo. Te estaba llamando.

**RAÚL.** ¿De cuál periódico?

**DALIA.** Ay, no me acuerdo. Pero como tú estabas tan ocupado le dije que no te encontrabas.

**RAÚL.** ¡Coño! A lo mejor era importante.

**DALIA.** No creo. Una de esas encuestas que le hacen a los jóvenes que están de moda, les hacen unas preguntitas de lo más ligeras y ¡zas!, frivolidades que aparecen en una publicación. A mí me extrañó que quisieran a un escritor como tú, tan intenso, en esas páginas y la despaché para que no te molestara.

**RAÚL.** Júrame que no hiciste eso.

**DALIA.** Bueno, lo hice con mejores modales que los que hubieras usado tú, que eres un ogro. Figúrate que hasta le dije que yo también escribía.

**RAÚL.** ¿Qué? ¿Tú?

**DALIA.** ¿Y qué tiene? Yo soy una mujer muy talentosa.

**RAÚL.** Se habrá cagado de la risa.

**DALIA.** No, figúrate. Le pareció que podía ser muy interesante y me pidió mi nombre y si le podía mostrar algo de mi trabajo.

**RAÚL.** Pero tú, ¿qué carajos vas a escribir?

**DALIA.** Ahora no sé. Tendré que usar tu ordenador, perdón, tu computadora.

**RAÚL.** No vas a hacerlo, ¡pero qué lisa!

**DALIA.** Te la pasas encerrado ahí por horas, ni cuenta te vas a dar. Además tú no la utilizas. Tiene centímetros de polvo.

**RAÚL.** ¡Vampira! ¿Tú entiendes lo que es la propiedad privada?

**DALIA.** (*Se molesta.*) ¿Por qué no lo voy a entender? ¡Yo sé quién era Carlos Marx!

**RAÚL.** Lo mamaste desde la cuna seguro, pero es un libro de Proudhon.

**DALIA.** ¿El de la propiedad es un robo? (*Reacción de él, se corrige.*) Pero yo no te voy a despojar de cosa ninguna. No te lo tomes así.

**RAÚL.** Ya me jodiste, me estás boicoteando con la prensa.

**DALIA.** Es un malentendido.

**RAÚL.** Esto no te lo voy a perdonar. Carajo, qué baja, pana, qué vil.

**DALIA.** ¿Sabes una cosa? A mí me duele que me trates así. ¿Qué es lo que me hace tan despreciable? ¿Que te necesité, que te aprovechaste y todavía no has podido salir de mí?

**RAÚL.** Ya basta. Está suficientemente claro.

**DALIA.** Abre esa puerta ya. Dame la cara y terminemos de una vez.

**RAÚL.** (*Abre.*) ¿Qué es lo que te tiene tan ansiosa? ¿Que ya no puedes espíarme por el ojo de la cerradura porque lo cegué con un trapito?

**DALIA.** No le di ninguna importancia. Yo creía que no lo ibas a saber, fue un accidente.

**RAÚL.** No es suficiente que me sabotees la promoción de mi trabajo, sino que también me espías.

**DALIA.** Yo no lo diría de esa manera.

**RAÚL.** Cuando estoy trabajando estoy en mi intimidad y no me siento cómodo contigo viéndome.

**DALIA.** Especialmente cuando te masturbas leyendo esas porquerías que escribes. Así serán de cochinas.

**RAÚL.** ¡No es tu problema, coño! Y no me masturbo. Me consuelo de la abstinencia.

**DALIA.** Después está la mujercita esa que te visita, escuchándote que se le corre la baba, y tú con las bolas como un tigre.

**RAÚL.** Enferma, voyerista. Esa puede ser mi novia...

**DALIA.** La de turno...

**RAÚL.** La que me dé la gana y eso no te da derecho a estropearme una jornada de placer.

**DALIA.** Eres un sádico y un desconsiderado. Tú no respetas que yo estoy aquí y no estoy acostumbrada a esos escándalos sexuales.

**RAÚL.** Yo estoy en mi casa de habitación, ¡no joda!

**DALIA.** Claro y ahora no valgo para ti. No seré como una modelito de revistas con el cerebro hueco, pero valgo la pena. Bastante que me lo repetiste en la oreja.

**RAÚL.** Eres una ordinaria oportunista.

**DALIA.** No, mijo, yo sé mi vaina. Tú crees que tú puedes disponer del cuerpo de una mujer porque te comprometes en tu virilidad y después lavarte las manos. Pero no, eso no es así.

**RAÚL.** Ah, no es así. ¿Y cómo es entonces?

**DALIA.** Tú tienes que respetarme, al menos una mínima convivencia y no traer mujeres cuando se te antoje.



**RAÚL.** Tú misma me estás dando la pista de cómo conseguirte un alojamiento. Lo tuyo es un sanatorio mental, urgente. Porque estás de amarrarte.

**DALIA.** Vamos a ver a quién atan primero hasta la puerta del manicomio. (*Reacción de espanto.*) No te asustes, no es una apuesta, en serio. Oye, pero tú no eres tan famoso como para aparecer en esas revistas.

**RAÚL.** ¡Esas revistas! Coño. Y dime el nombre del periódico y el de la señorita que llamó.

**DALIA.** Ay, no sé. Lo dejé anotado por ahí.

**RAÚL.** Tú sí eres viva.

**DALIA.** ¿Y cómo haces para que te entrevisten?

**RAÚL.** Contraté un agente. Mi novia la que se le cae la baba.

**DALIA.** Ella también podría hacer algo por mí.

**RAÚL.** Ni se te ocurra.

**DALIA.** Yo también puedo contratarla como agente.

**RAÚL.** ¿Con el dineral que te ahorras por vivir aquí? Dame el número de la mujer.

**DALIA.** No te preocupes que dijo que volverá a llamar.

**RAÚL.** En esto, no te vas a salir con la tuya. ¡Cómo te voy descubriendo! Eres una zorra taimada.

**DALIA.** Está bien, me equivoqué, cometí el error de mi vida. ¿Puedes perdonarme? Tampoco sería tan importante.

**RAÚL.** Lo importante para mí lo decido yo. Me negaste. ¡A propósito!

**DALIA.** No me grites ni me mires como una criminal. Mijo, yo he tenido una vida muy dura.

**RAÚL.** No otra vez, ahora empieza el cuento de la vida muy dura y del sacrificio.

**DALIA.** A nosotras nos mandaban a estudiar para secretaria desde chiquita, mecanografía y esas cosas. Taquigrafía. ¿Por qué habrá desaparecido la taquigrafía? Pero a veces nos escapábamos a la calle principal del pueblo que estaba junto al mar y tenía un paseo muy bonito. Y los turistas, unos señores extraños empezaron a regalarnos cosas, caramelos, chucherías, baratijas, hasta cajitas con jabón perfumado. Era divertido y hasta maravilloso. Dejamos de ir a la escuela y el paseo junto al mar se volvió como tener Disneylandia en casa. Y a la vez como un mercado persa lleno de obsequios inaccesibles que flotaban en el aguerrido viento del mar, calzados de goma, *blue jeans*, productos cosméticos y también lo que escaseaba por temporadas: que si café, papel *toilet*, azúcar. ¡Un día me agarré con otra muchachita por un tubo de pasta de dientes! Y ella me arañó la cara. Estaba yo misma alarmada, nerviosa. Tenía la certeza de haber encarado por primera vez la desgracia, con toda la culpa en el alma y las manos cubiertas de sangre. (*Se mira las manos.*) A la vista de mi padre lo que sentí fue terror y él, enfurecido, se quitó el cinturón y la emprendió a azotes contra mí... Y lo justificaba con que yo iba a quedar marcada para siempre, desfigurada, y fue toda una tragedia familiar. Y nunca se preguntó de dónde había salido, hasta ese día, todas esas mercancías.

**RAÚL.** Eso lo único que demuestra es que tu papá era un energúmeno y un vividor, como la hija. De tal palo, tal astilla.

**DALIA.** Sin ofensas. Estás tratando de castigarme por una falta y no consolarme ante mi error.

**RAÚL.** Ay, sí, la niña pobre y abusada carente de consuelo. ¿Por qué habrá desaparecido la taquigrafía? ¡Desde chiquita, qué bolas! Porque todas las taquígrafas se metieron a putas.

**DALIA.** Búscame hoy en día la cicatriz en la cara: no se halla, o no es de ninguna importancia, pero búscame esa marca en el alma... en el carácter.

*(Oscuro.)*

## V. LA FOSA COMÚN

(*La sala de recibo. DALIA entra satisfecha de la calle y encuentra a RAÚL en el sofá negligentemente concentrado en un libro.*)

**DALIA.** Podrías bañarte, por lo menos. Y a veces rasurarte, como la gente...

**RAÚL.** Ya llegaste. ¡Cómo te haces sentir!

**DALIA.** ¿Adivina a quién acabo de ver?... A la señora de la renta, a tu casera.

**RAÚL.** (*Con sorna.*) ¡Caramba, qué suceso!

**DALIA.** Me miró como si le debiéramos el mes.

**RAÚL.** ¡Coño, es verdad!

**DALIA.** No, no es verdad, porque se deben dos meses.

**RAÚL.** Lo había olvidado, vale. Y como esta mierda de trabajo no paga fijo...

**DALIA.** Abandona ese proyecto entonces. Busca algo más inmediato.

**RAÚL.** ¿Por qué no lo buscas tú? Bueno..., no es correcto. En el ministerio no me pagan completo porque no tengo cargo todavía...

**DALIA.** Trata de que te dejen fijo...

**RAÚL.** Yo no quiero morir como un profesorcito. No te metas en mis vainas. Yo me estoy probando como escritor y tengo que desafiar me con cosas enjundiosas.

**DALIA.** La épica hindú en ochocientas páginas. No vas a terminar en diez años.

**RAÚL.** Me hará famoso. Voy a ser recibido en la India. En un *áshram*, con honores y bendiciones. Y me publicarán por cuenta de ellos. Quién sabe y un premiecito por ahí.

**DALIA.** Y mientras tanto estás atrasado en el alquiler.

**RAÚL.** Tendré que llamar a mis tíos, otra vez, para que me auxilien.

**DALIA.** Por esta vez no será necesario. Ya le pagué a la señora los dos meses atrasados.

**RAÚL.** ¿Y cómo hiciste eso? No debiste.

**DALIA.** Tenía un dinerito por ahí, de unas oportunidades que me han salido.

**RAÚL.** Por fin pegué una contigo.

**DALIA.** Si te escuchan es que te he estado viviendo.

**RAÚL.** No, chica, te lo agradezco. Se me había ido de la cabeza, pero... no te lo puedo devolver en este momento.

**DALIA.** ¿Devolverme qué?

**RAÚL.** El dinero que me acabas de prestar, ¿no?

**DALIA.** No me lo vas a devolver. Déjalo así, por los favores recibidos; y no es un pago, es por colaborar.

**RAÚL.** Hace dos meses habría pensado que se trataba de una trampa. Me tenías asustado. Pero ahora te tengo como mi benefactora de primera mano. Gracias, de verdad. ¿Te dejarías abrazar por un momento? Siéntate aquí conmigo... (*Le pasa el brazo sobre los hombros.*) (*Ante el silencio de ella.*) O... ¿tú estás esperando algo a cambio?

**DALIA.** Quería pedirte un favor.

**RAÚL.** (*Sonrisa congelada.*) ¿De qué se trata?

**DALIA.** Déjame instalarme en la habitación, por favorcito...

**RAÚL.** Lo sabía.

**DALIA.** Es que estoy harta de dormir en la sala, no tengo privacidad. Tú te la pasas por ahí echado, vagando, dejando tus trapos, y mírate. Este es mi dormitorio, mi cama, debajo de ese desorden, mi mesita de noche, mi altarcito encima del televisor, velas en la batea... no puedo más.

**RAÚL.** Pues es hora de que busques a dónde marcharte.

**DALIA.** ¿Ahora que puedo ayudarte con la renta?

**RAÚL.** ¿Me lo vas a sacar en cara? Algo venía detrás de todo esto.

**DALIA.** ¿Qué te cuesta? A ti te da lo mismo amanecer despatarrado sobre una silla, dormirte encima de un libro, ni planchas tus camisas. Pero yo soy distinta. Soy una mujer, necesito el espacio de la institución, la feminidad.

**RAÚL.** Pero tú no puedes venirte conmigo al único cuarto; tú y yo no tenemos nada. Es verdad que ya no he traído ninguna mujer más a la casa, pero eso no significa... Y no se me han olvidado tus gracias... Puedo llamar a alguna chica una de estas noches y vendría. Y tú... yo creo que tú no quieres que pase nada entre nosotros, ¿o me equivoco?

**DALIA.** No, no te equivocas. Pero me has entendido mal: yo quiero la habitación para instalarme sola allí dentro.

**RAÚL.** Esto es increíble. ¡Tú me vas a desocupar!

**DALIA.** Estoy tratando de emanciparme, que tú no sientas que yo soy una carga para ti, pero que tampoco estés de opresor, que tú no juegues ese rol. Porque si yo ya soy autosuficiente, si ya puedo pagar el apartamento, estamos en igualdad de condiciones para disfrutar y disponer de los espacios.

**RAÚL.** Igualdad de condiciones un *cazzo*. Esta es mi residencia y yo tengo un contrato de alquiler, y yo llegué primero, ¡coño!

**DALIA.** Por el contrato ni te preocupes. Ya yo hablé con la señora y está dispuesta a aceptar el traspaso, siempre que tú lo firmes.

**RAÚL.** Primero me muero.

**DALIA.** (*Sonríe.*) No tienes que ponerte en ese extremo, querido.

**RAÚL.** No sigas alegando mierdas, que tú siempre crees que vas a salirte con la tuya.

**DALIA.** Ni te violentes. Aquí el que alega, siempre, es el señorito. Que la independencia de la mujer, que la lesbiana con dinero, que la libertad. Bueno, ya está. Tengo derecho a establecerme en el cuarto. Es justo. Por lo menos hasta que tú puedas pagar tu alquiler.

**RAÚL.** No, y no me da la gana.

**DALIA.** ¿Tú no eres un intelectual, un humanista? Pues ahí lo tienes. Tú respétame mis derechos, o es que la cabeza no te da sino para los mantras y el Ganges.

**RAÚL.** A mí me da la cabeza es para echarte una cueriza o meterte siete colas de iguana por ese culo.

**DALIA.** ¡Uy, qué caballeroso! Los hombres de verdad que dan risa. Quién te miró y quién te mira. ¿Te acuerdas? Nuestros primeros días de idilio. La camisita planchada, el café calentito, los zapatos pulidos, rasuradito a diario, buenos días, buenas tardes, buenas noches. Una colonia vieja que tenías por ahí te la gastaste en una semana y hasta la reemplazaste por otro frasco de Jean Marie Farina. Levantando el asiento de la poceta para orinar. Haciendo buena letra, que dicen. ¿Querías conquistarme? Y mírate en qué has caído. Ahora sí eres tú, francamente, pero como eres tú de verdad.

**RAÚL.** (*Levanta la mano.*) Desgraciada, malparida.

**DALIA.** Cabeza de güevo. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar? ¿Me vas a sacar a patadas de aquí? Llamo a la policía, no joda. Y a ver si

no te llevan por maltratos a tu concubina. Que hasta la señora del alquiler es testigo que tenemos connubio, convivencia.

**RAÚL.** Llamo para que te saquen, por invasora. Por irrespeto a la propiedad, por allanamiento de morada.

**DALIA.** No toques el teléfono que también lo pagué yo. (*Corrige.*) Hice que lo pagara el viejo de la ferretería que se la pasa picándome un ojo.

**RAÚL.** Puta. (*Se le va encima.*)

**DALIA.** ¿Qué pasa? ¿Me vas a violar, como al principio? Ya yo no tengo que darle de aquello para que me complazca el sultán, el maharajá. Y fue un mes comprándote con el aparato.

**RAÚL.** Tú lo has dicho, un aparato. Te quedabas como muerta, un aparato, un cuadro clavado en la pared. Con cara de zombi.

**DALIA.** ¡Ah, pero te dabas cuenta! Yo creía que solo te concentrabas en tu satisfacción, pero seguías exigiendo sexo.

**RAÚL.** ¿Qué te está pasando a ti? ¿Qué tienes en la cabeza? ¿A ti te parece normal?

**DALIA.** ¿Y tú crees que yo soy tu sirvienta, tu azafata, tu barragana? ¿Que tú me vas a tener en ese nido, porque ya no es un sofá, es un nido, sí, de culebras y que yo te tengo que mantener y que me puedes pegar, también? Chulo, vividor.

**RAÚL.** ¡Qué loca de mierda! Y yo le estaba haciendo un favor y me sale con estos argumentos.

**DALIA.** Se acabaron los favores. Yo ahora tengo plata y me quedo con el cuarto. Y no me provoques porque te hago echar con los conserjes. Hay una ley que protege de la violencia contra la mujer.

**RAÚL.** Tú eres una arrimada, no joda. Una recién bañada.



**DALIA.** Tengo mi cédula, soy una ciudadana como cualquier otra, tengo derechos y hasta puedo votar en las mil elecciones que haya si me da la gana.

**RAÚL.** (*Respirando hondo.*) Mira, esta situación es insostenible, es inaceptable. Fuera de toda lógica. Tú vas a agarrar tus cuatro trapos y te vas de mi casa de una. Por la paz del mundo, por la concordia de las razas y por la buena voluntad. Un poco más allá lo que hay es un crimen de lesa humanidad.

**DALIA.** No me amenaces, papito. Y no te hagas el ecuánime y parsimonioso porque no me voy a conformar con poca cosa. Yo quiero la habitación y según tú mismo has dicho y puedes entender, porque si no, no estuvieras pegando tanto brinco, se trata de algo justo y basta. Mira lo que yo puedo hacer. Tengo tanta razón que ahora mismo me voy a encerrar en el cuarto y no tienes la fuerza moral para impedirlo.

**RAÚL.** ¿Qué tiene que ver la moral con lo que tú haces?

**DALIA.** Es un matiz, solamente. Yo estoy hablando de razón y fuerza y yo soy mucho más fuerte. (*Entrando a la habitación, tira la puerta.*)

**RAÚL.** (*Se comprime el rostro con las manos.*) ¡No, vale! ¡No!

(*Apagón.*)

## VI. EL OÍDO

(*La mesa de la cocina. DALIA lee el periódico, trata de desayunar. RAÚL bebe cerveza, está trasnochado.*)

**RAÚL.** He estado pensando...

**DALIA.** En avanzado estado etílico no se piensa, se delira...

**RAÚL.** Las cosas entre nosotros no tienen que terminar tan mal.

**DALIA.** No, no existe ninguna obligación. Ningún imperativo.

**RAÚL.** Puedes bajar el periódico para que te vea los ojos, mientras resbalan mis comentarios sobre tu aceitosa e inexpresiva humanidad.

**DALIA.** Estás amanecido, vas a empatar la borrachera.

**RAÚL.** Estoy escoñetado porque ese sofá es una cama de faquir. Y sí, estuve bebiendo toda la noche.

**DALIA.** No puedo soportar la cerveza, me embucha, y el olor...

**RAÚL.** (*Se burla.*) “No soporto la cerveza”. Tan fina. Si lo tuyo no es ni caña blanca, un lavagallos ahí.

**DALIA.** Se llama ron blanco y en mi tierra es una *delicatessen*. ¿Puedo seguir leyendo?

**RAÚL.** Tan intelectual. Deberías pararme bolas, y baja el periódico que tenemos que hablar.

**DALIA.** En *Casa de muñecas* esa línea está dicha con mejor arte.

**RAÚL.** No me vengas con tu cultura, que a Ibsen te lo enseñé yo, maldita.

**DALIA.** ¡Qué raro! Porque los homosexuales son muy poco feministas.

**RAÚL.** ¿Tú te crees mi macho, acaso? Me estás tratando con superioridad. ¿Qué te crees, no joda? ¿Una ejecutiva de película? (*Se ríe.*) La perfecta escena del matrimonio en crisis, ella se oculta tras las hojotas del diario y me contesta con displicencia. (*Se levanta como la perfecta ama de casa.*) Rápido, niños, los espera el transporte. ¡Dalita, tu lonchera! Raulito, un beso para mamá.

**DALIA.** El lugar común de la misoginia.

**RAÚL.** Y tú más bien pareces un empresario de boxeo de película negra, *noir*. Te falta el humito del tabaco.

**DALIA.** Tú dices un promotor deportivo. No, tú quieres decir un personaje que se gana más que la vida con el desgaste de los demás.

**RAÚL.** ¡Mira, eso mero! Eso propiamente.

**DALIA.** Y tú el atleta abatido por el vicio y la desgracia.

**RAÚL.** Un gánster explotador.

**DALIA.** Y tú la imagen del fracaso. Hablando de eso, me entrevisté con tu representante artístico. La muchacha tonta, esa que se le caía la baba por ti. Esa mujer es gafa o le falta una tuerca, no hice más que invitarla a bailar y decirle dos cosas en la pata de la oreja y..., pues ya tengo agente literario.

**RAÚL.** Hasta cachapera debes ser, tortillera, ¡plash, plash!

**DALIA.** Estamos perdiendo el *glamour*.

**RAÚL.** Es verdad. Me conseguí a tu ex, Martín. (*Silencio de ella.*) Estaba bebiendo y no conseguí explicarme cómo fue que dejó de escribir. ¡Un muchacho tan prometedor! (*Ambos se ríen. Luego él decidido.*) Yo lo que quiero es que te vayas, así, francamente.

**DALIA.** Pero yo no voy a hacerlo.

(**SE** miran obtusamente.)

**RAÚL.** (*Después de una pausa.*) ¿Recuerdas nuestra primera vez juntos? O estás enferma o eres una pervertida calculadora.

**DALIA.** ¿Qué tiene que ver mi salud con esto?

**RAÚL.** Mucho. Porque al comienzo te entregabas con estoicismo, como en un sacrificio, imponiéndote con fuerza sobre tu victimario. Y eso sí lo capto, lo leí en alguna parte: una fuerza que proviene de la debilidad. (*Ella callada.*) ¿Demasiados libros? ¿Me estoy enrollando innecesariamente?

**DALIA.** A mí no me gusta que especulen sobre mi forma de funcionar...

**RAÚL.** ¿En la cama?

**DALIA.** En donde sea, ¿o es que es un privilegio masculino?

**RAÚL.** ¿Cómo puedes hablar así? ¿Qué sabes tú de los hombres?

**DALIA.** ¿Por qué tan seguro de mi ignorancia?

**RAÚL.** Por lo menos estoy seguro de una cosa. No es un asunto de dolor, de dolor físico, digo. Yo traté de ser gentil y te vi sufriendo. Finges que puedes, pero en verdad sufres.

**DALIA.** También podrías pensar que te estaba engañando, que fingía, pero no sufría.

**RAÚL.** Quizás. O no te habrá gustado.

**DALIA.** Es asunto mío.

**RAÚL.** No tiene que haberte gustado la primera vez.

**DALIA.** Si eres idiota, vale.

**RAÚL.** ¿Quieres que te abrace? Hago un hueco entre mi pecho y mis brazos para que quepa tu humanidad.

(**ELLA** se resiste. Se eriza.)

**DALIA.** Está bien, te lo digo de una vez: nunca estuve satisfecha. Nunca has sido un hombre suficiente para mí.

**RAÚL.** (*Reacciona ante el golpe. Luego.*) A lo mejor no es solo un hombre lo que tú necesitas para satisfacerte, sino los coñazos que te daba tu noviecito. Por eso te buscaste un soberano imbécil que te pegara brutalmente, como ese...

**DALIA.** Martín. ¿Vas a volver a nombrarlo? ¿Te sientes herido? Yo me siento estafada.

**RAÚL.** No, yo soy el estafado.

**DALIA.** ¿Qué te crees? ¿Que no es un sacrificio tener que calarse tu infatuación, tu engreimiento de macho potente?

**RAÚL.** ¿Lo ves? Las mujeres siempre hablan desde el resentimiento. La envidia del pene. Las desvalidas. Las sacrificadas.

**DALIA.** Proviendo de quien proviene tu chauvinismo no es solo incorrecto, sino lastimoso.

**RAÚL.** Este es un continente hembra. Nosotros no inventamos el melodrama, pero le hemos sacado una punta... que ni te cuento. Siempre nos están maltratando, nos explotan, nos ultrajan. Somos pobres, atrasados. No nos dejan ser. No nos dejan arrancar. Estamos desvalidos, la injusticia se abate sobre nosotros. Y ahí, con el puño derecho en la frente y la cintura arqueada, transidos de dolor pero erguidos de dignidad. Oprimidos pero nobles. Valientes aunque inactivos. Resistencia pacífica, neurótica, agresividad pasiva.

**DALIA.** Estás hablando de ti mismo. Un psiquiatra no te habría retratado mejor.

**RAÚL.** Y eso tiene efecto en la gente. Ese victimismo es un gran negocio. Mira, tenemos la transnacional de los desplazados, de los preteridos, así como venden incienso en la India.

**DALIA.** (*Con sorna.*) Yo te creía más espiritual, Ganesha, Krishnamurti.

**RAÚL.** Tú ves las grandes ciudades ricas y ves la nube de depauperados que viene de aquí, pobrecitos, chupando sangre de un sistema que podría ser más saludable. Y la obra de arte del melodrama eres tú. La gente te considera porque sabes inspirar lástima.

**DALIA.** Además de representar una plaga, como tú la describes, los pobres del mundo son la carne del cañón. La fuerza de trabajo y la grasa que lubrica sus engranajes. Hablas así porque estás dolido, pero en el fondo tú también sientes esa piedad que la industria del dolor sabe hacer nacer en nuestros corazones. Date cuenta de dónde estamos. Tú también das lástima.

**RAÚL.** ¿Yo?

**DALIA.** ¿Qué es lo que no te perdonas?

**RAÚL.** ¡Ahora va a terminar en un curso de crecimiento personal!

**DALIA.** ¿Que no te publiquen? ¿Que no te ganes la vida con tu trabajo? ¿Me vas a poner de culpable?

**RAÚL.** Te gusta el maltrato físico.

**DALIA.** ¿Qué sabes tú?

**RAÚL.** ¡Enferma!

**DALIA.** Castrado. Niñito rico. Maricón.

(**SE miran un momento.**)

**RAÚL.** Tú te convertiste en un obstáculo en mi vida y te aconsejo que salgas de mi casa y de mis asuntos o lo vamos a lamentar.

**DALIA.** Para amenazar a alguien hay que tener un mínimo de entereza. Y tú eres pedacitos de carne regados por goticas de alcohol.

**RAÚL.** Está bien, estoy borracho, pero tienes que irte, por favor. No aguanto más.

**DALIA.** Y si estás tan desesperado, ¿por qué no te vas tú, mejor?

**RAÚL.** ¿Y reconocer que me has vencido?

**DALIA.** No te lo tomes como una lucha o una competencia.

**RAÚL.** No voy a permitir más que me tomes por gafo, por un tonto, que te aproveches de mí.

**DALIA.** ¿Quién está jugando a la víctima ahora?

**RAÚL.** ¿Eso es sagacidad? ¿Con esas agudezas pretendes qué? ¿Desanimarme de mi propósito? ¡Qué brillante! ¡Qué delicada!

**DALIA.** Tú tuviste mamá, ¿verdad? ¿No te parece que deberías hacer honor a algún buen sentimiento que ella te inspirara?

**RAÚL.** No me queda claro si me lo pides por mi madre.

**DALIA.** Te estoy mentando la madre.

**RAÚL.** Era una santa. La alegría de la casa. Cuando ella se fue, yo no sabía vivir con más nadie. Eso fue muy doloroso. La única mujer buena que he conocido. Y tenía sus bemoles.

**DALIA.** En su caso, tener un hijo no fue de las mejores obras que hizo.

**RAÚL.** Tú qué vas a saber, desnaturalizada. Se la comieron los bichos. Los microbios, las bacterias, los bacilos. Había un coco. Un estafilococo, un estreptococo, que le hacía grandes llagas y supuraba; yo mismo, con un bisturí, le intervenía los abscesos, chas, chas, y explotaban. Después no sabía qué hacer con las excrecencias, con los humores y el hedor. Hablaba y su aliento era un vaho podrido, como un chiquero, como tres mil chiqueros, proliferando en mierda de cochino, y se le paralizó la cadera y ya no pudo moverse más y se hacía encima y se consumió en una sola inmundicia y luego se murió.

**DALIA.** Me acabas de estropear el desayuno.

**RAÚL.** Y eso es decir algo. Si no te estropeas el día cuando te miras en un espejo...

**DALIA.** Hay unas reglas y unos modales.

**RAÚL.** Pero como ves, la mentira puede arruinar cualquier contrato social.

**DALIA.** No veo nada todavía. Pero tú me lo vas a hacer ver a continuación.

**RAÚL.** Yo también puedo simular mis dramas. Mi madrecita, que Dios me la guarde, vive en una quinta en Valencia, muy gorda y muy sanota y riega las matas todas las mañanas.

**DALIA.** Con eso no se juega.

**RAÚL.** ¿Y lo dices tú, que finges como una cucaracha en peligro?

**DALIA.** Hablando de ficciones, aquí está en el periódico y lo estaba guardando para una mejor oportunidad, pero ya está hecho.

**RAÚL.** Dime, ¿qué es eso?

**DALIA.** Acabo de ganarme un premio como autora de narraciones cortas.

**RAÚL.** Me estás jodiendo.

**DALIA.** No, no. Mira, aquí mismo en la prensa está. Soy tan feliz. Mi primera publicación en solitario. Mi primer premio como escritora.

**RAÚL.** ¡Tú no eres una escritora!

**DALIA.** Lo dice la prensa y el jurado lo dijo primero.

**RAÚL.** ¡Eso es mentira! ¿Tenían que ser narraciones cortas? Mi género. No podías dedicarte a la poesía.



**DALIA.** No, narraciones cortas, literatura erótica: “Arenal y espumas”. Tendremos que discutir el título.

**RAÚL.** Pero ese es el nombre de uno de mis proyectos, “Arsenal de espumas”.

**DALIA.** No es lo mismo. Lo envié y es de mi propia inspiración.

**RAÚL.** Yo te puedo matar.

**DALIA.** (Toma un cuchillo.) Yo también te puedo matar. Yo también te puedo matar, y no me jodas.

**RAÚL.** (Revisa el periódico.) No estoy ni entre los finalistas.

**DALIA.** ¿Y tú también estabas concursando? ¿Eso no era demasiado vulgar para ti?

**RAÚL.** Esa política no te va a llevar a ninguna parte. Te voy a rayar por plagiaría.

**DALIA.** Demuéstrame el plagio, demuéstrame que registraste algo así.

**RAÚL.** Ahora sí te jodiste.

**DALIA.** Pero no te preocupes. Tengo dinero y seguro hasta un cargo y un agente artístico. Podremos seguir prósperos y juntos. (Se encierra en su cuarto.)

**RAÚL.** ¿Te importa si te digo que no quiero?

(*Oscuro.*)

## VII. LA BOCA

*(En la puerta del apartamento. DALIA, arreglada para hacer footing, abre la puerta para salir y RAÚL cae hacia adentro adormilado con un ramito de postales en la mano. Se despierta con el golpe.)*

**DALIA.** ¡Oye! ¿Qué haces tú ahí? Cuidado, chico. ¿Qué te pasó?

**RAÚL.** Finalmente, me quedé dormido.

**DALIA.** Pero ¿por qué no duermes en tu casa, en tu sofacito rico?

**RAÚL.** No pude entrar, se me quedaron las llaves.

**DALIA.** Oye, ¡cuánto lo siento! ¿Y por qué no me tocaste?

**RAÚL.** Sabes demasiado bien que estuve toda la noche tumbándote la puerta. Y tenías el celular apagado.

**DALIA.** ¿De verdad? No te escuché. Estaba profunda.

**RAÚL.** Venía tan esperanzado. Resuelto a hacer las paces contigo... sinceramente emocionado. Visité a mis tíos y tú sabías que iba a llegar anoche.

**DALIA.** (Por las postales.) ¿Y eso? ¿Postales!

**RAÚL.** Soy un imbécil. Eran para ti.

**DALIA.** Ay, qué lindo detalle. Si a ti te parecen bastante las postales...

**RAÚL.** ¿Qué? ¿No te gustan?

**DALIA.** Sí, claro. Todavía se pueden poner por ahí. Pero no tengo tiempo, estoy apuradita, mi amor. (Se va a ir.)

**RAÚL.** Pero ¡epa! ¿En serio no recibiste mis llamadas?

**DALIA.** ¿Ah? No. Esa telefonía es tan falible... (Busca el móvil en su cartera por reflejo.) ¡Ay, míralas! ¡Ay, qué casualidad! Están llegando todas las llamadas perdidas.

**RAÚL.** ¿Y no has visto mis llaves? (Que se caen del bolso de Dalia disimuladamente.)

**DALIA.** ¡Ups! Las debo haber metido aquí por equivocación.

**RAÚL.** Por equivocación...

**DALIA.** Pero deja la sospecha, chico. ¿Qué malicia voy yo a tener contigo? Por eso es que te pasan las cosas. ¿Estás viendo? (Pasa a poner las postales junto a un desayuno servido.)

**RAÚL.** No voy a poder ir a trabajar esta mañana, me siento aporreado.

**DALIA.** ¡Qué broma, chico! Y anoche que avisaron que venía una supervisora del ministerio y que te iba a monitorear por la mañana.

**RAÚL.** ¡No me digas esa vaina! Tú estás jugando conmigo.

**DALIA.** No, te lo juro. Es que tienes que ser más organizado. Mira, ese sistema que a uno le falta para estar al día, ese mismo sistema lo tiene la casualidad para echarte una broma cuando tú menos te puedes defender.

**RAÚL.** ¡Coño, coño!

**DALIA.** Y no vayas a aprovechar de ducharte ahorita que tengo el baño ocupado. Y reza para que no quiten el agua hasta que yo vuelva; y no gastes la caliente que la voy a necesitar.

**RAÚL.** ¿Y eso que van a quitar el agua?

**DALIA.** Tienes cuatro meses del condominio vencido.

**RAÚL.** ¿Por qué no me abriste la puerta?

**DALIA.** No te oí y no es mi culpa si se te olvida el detalle de las llaves. Y no me levantes la voz.

**RAÚL.** Ahora sí oyes que te grito, ¿no es así? Se te ven las costuras, perversa, perra.

**DALIA.** Ya vamos con los insultos y tan temprano, vale. ¡Qué manera de empezar el día!

**RAÚL.** Eres una hija de puta, ¿si te lo digo en la cara destruyo tu armonía interior?

**DALIA.** Eres más vasto que una esponja de alambre.

**RAÚL.** ¿Qué pasa? ¿Te altera que yo te descubra las artimañas?

**DALIA.** ¿Tú, descubrir? Estás embrutecido. Yo te paso la cola por los ojos y tú ni cuenta te das.

**RAÚL.** Tú sí eres sutil. (Por el desayuno.) Por lo menos hay comida.

**DALIA.** ¡No la vayas a tocar!

**RAÚL.** Eres una zorra, una lagarta y, además, egoísta.

**DALIA.** Es para alguien más, alguien que me conviene. No como tú.

**RAÚL.** Y tú, ¡qué cínica, no joda!

**DALIA.** No hagas ruido que está durmiendo en el cuarto y no quiero que lo molestes.

**RAÚL.** ¡¡¡¿Qué?!!! ¡¡¡¿Quién?!!! ¿Quién coño...? ¡Me ausento por dos días y ya tú metes un hombre en la casa!

**DALIA.** ¡Yo pago el alquiler de esta mierda y meto a quien me da la gana!

**RAÚL.** Esta mierda, como tú la llamas, es mi casa y lo voy a echar tan a las patadas que los pedacitos de nalga me los deja en la punta del zapato.

**DALIA.** ¡Chsss! (Con el dedo en los labios.) No vayas a hacer escándalos ahora. Es el productor general de la editorial que

se quedó anoche conmigo y... (Una risita pícaro.) debe estar agotado.

**RAÚL.** (Sotto voce.) Tú si tienes bolas... ¿Y ese tipo no es casado? ¿Recién casado? (Se acerca al vaso de jugo ya servido.)

**DALIA.** ¡Ay, qué absurdo! Y deja ese jugo ahí, que es para el desayuno de él. Y si quieres te tomas ese café de la taza, pero enciendes la hornilla que ya la cafetera está montada. No me fastidies el trabajo, por favor. Me voy...

**RAÚL.** ¿De la editorial? Pero... (Dalia se ha ido.) ¡Coño!

*(Se queda como pasmado, dubitativo. Mira el plato con el sándwich. Mira a la puerta. Se acerca al jugo, lo prueba.)*

**RAÚL.** De la editorial. (Busca sin éxito entre sus cosas.) ¡Una foto! Bastaría solo una foto.

**(DALIA** está de nuevo en el umbral.)

**DALIA.** No se te ocurra que vas a tomar fotos en ese estado. Si estás buscando tu cámara fotográfica, te advierto que se la presté a una compañera de la tienda que iba para una primera comunión.

**RAÚL.** Pero bueno..., ¡si esa cámara es mía! No importa, todavía puedo convencerlo mostrándole mi trabajo. (Sigue buscando.)

**DALIA.** Y si es por unos papeles amarillentos, rallados, que tenías en una carpeta...

**RAÚL.** ¡Mis cuentos!

**DALIA.** ¿Tu obra maestra? Es inútil que la busques. La usé para secar cuando se inundó la taza del baño. (Desaparece por la puerta.)

**RAÚL.** ¡Qué vaina despreciable eres! Eres como la ropa usada, una vez que te la quitas de encima se vuelve del revés, se te ven las costuras y sabes de qué estás hecha.

*(RAÚL, vencido, se desespera. De un golpe se calma, va al desayuno. Escupe el sándwich y lo restituye al plato. Se va a una poltronita y se sienta con sonrisa cansada.)*

*(Oscuro.)*

## VIII. LA OREJA DE VAN GOGH

*(En el baño. RAÚL, con navaja de barbero ante un espejo que no es tal, sino una pantalla de video que le reproduce en las labores de pelarse la barba. Recita una hipotética carta.)*

**RAÚL.** Querida mamá. Confío en que estés bien y que me envíes antes que todo tu bendición. La verdad es que había descuidado mis deberes contigo y no te había telefonado desde hace tres meses. Me da vergüenza hablarte personalmente. Bueno..., al grano, esta es una petición de auxilio. A lo mejor no lo merezco, yo siempre te he causado dolores de cabeza, tu hijo problema, pero no tengo a quién acudir. Y más en el estado de pobreza en que me encuentro.

*(Se abre el plano en el video y vemos a RAÚL afeitarse entre barrotes de una cárcel.)*

**RAÚL:** No quiero alarmarte, es solo que he ido a parar con mis huesos en prisión. Se trata de una historia de amor, pero de un amor que se manifiesta en forma de urgencia, de desespero por sobrevivir. (En el video.) Me encuentro sin trabajo, sin vocación, sin casa, cama o comida. Y con muy poco amor propio. (Sopesa lo anterior y arremete con más ganas.) No me preguntes cómo una mujer se vino a vivir conmigo a la casa, al apartamentito de Los Chaguaramos, el que conociste la última vez que viniste a chequearte las várices. Bueno, empezó a desplazarme de mi existencia y de mis propiedades. (Se apura un poco molesto.) Las discusiones son cada vez peores, imagínate, una ración diaria —tú sabes que prefiero caminar mis interrogantes, escucharme a mí mismo—. Ayer a esta hora volví a entrar a mi apartamento, decidido a solventar esa situación de una vez. Me costó bastante porque tuve que forzar la cerradura a la que la muy desgraciada le había cambiado el cilindro. Hice bultos con todas las cosas de Dalia. Dalia es que se llama, y civilizadamente las

saqué a la sala. (En el video.) Tuve dos horas para ver lo que había quedado del apartamento, ¿te imaginas? Un vacío insoportable, como si un huracán hubiera arrasado con mis cosas. Quizás ella lo presentía, quizás es bruja, como siempre sospeché, quizás hay un demonio que la acompaña, quizás es más sabia que el común de nosotros. Lo demostró en varios meses de convivencia. Era superior a mí y a todo lo que podía inventar para salir de ella. No, no estoy loco. Pero llegue a tenerle miedo. Estaba yo regando sus pertenencias con gasolina y entró ella. Me miró sin sorprenderse. Y se contentó con interrogarme lacónicamente. (En el video.) “¿Sabes a lo que te arriesgas si destruyes mis cosas?”. Se acercó con todo el refinamiento y la habilidad que muestra una gata cuando está de cacería. Casi podías ver su cola inexistente ondulando tras su figura. Yo empecé a sentir ese temblor que nada más me atacaba de niño ante las pesadillas; una tensión muscular que en los malos sueños te impide escapar o reaccionar ante un peligro más que físico. Pude pensar, “el fuego”. Solo falta el fuego y escapé de sus zarpas. Me lancé a la cocina en busca de una caja de fósforos, ya ella estaba gritando en la sala, insultándome, yo había dejado unos fósforos por ahí, “inútil, poco hombre”. Revisé torpemente el gabinete, nada. Pero ella no me siguió a la cocina, sino que empezó a deshacer el atado de cosas que yo había confeccionado en horas de espera. (En el video.) Mañana me llamarán el monstruo de Los Chaguaramos. Fue como cuando se le va la onda a una radio. Yo estaba buscando una caja de fósforos y mi mano tropezó en lo alto de un gabinete con... ¿Tú recuerdas cuando me inscribiste en un grupo de exploradores infantiles? Que nunca me consultaste si yo quería ir, que llegaste con el morral, las botas montañeras, la cantimplora y una lámpara de queroseno, y hasta un machetico del que nunca me pude deshacer, ¿lo recuerdas? Como un talismán que ahuyenta los malos espíritus, puro acero, gris, filoso, esperando en el techo del gabinete por mi mano temblorosa. Cuando volví a la sala la encontré de rodillas hurgando en los paquetes, ofendida, cerciorándose de que no le hubiera sustraído nada de valor, ¡de valor! Esta perra no tiene ni un gramo de valor, era como



un hueco negro, una estrella difunta que absorbe la materia de los demás, la energía de los demás, supernova implosiva de la bondad ajena, agachada allí, concentrada en su miseria material, sus joyitas, su bisutería, su grabador... y la oreja, su oreja, como una disonancia... una interferencia, la oreja, el dolor.

*(Desde el video, RAÚL mira al lente sorprendido, aleja bruscamente la navaja de su mejilla a tiempo que de su oreja izquierda va manando un hilo grueso de sangre. Black out a tiempo que se escucha ruido de navaja al caer y la voz de RAÚL que grita: ¡mierda!)*

*(Oscuro.)*

## IX. EL CULO DEL MUNDO

*(Sala de recibo. DALIA, a punto de irse con una maletica, habla con cautela a RAÚL, que permanece sentado en una silla de ruedas.)*

**DALIA.** Sé que va a ser difícil para ti. A pesar de todo, ya nos habíamos acostumbrado. Tú también me harás falta.

**RAÚL.** No vas a hacerme falta.

**DALIA.** Tienes que aprender a ser más sincero, a soltarte un poco con los sentimientos.

**RAÚL.** Gracias por el consejo.

**DALIA.** Bueno, quería decirte, que... Bueno, será duro al comienzo, tienes que organizarte porque de la forma en que venías haciendo las cosas, pues... no funcionó. Yo espero que no haya rencores. De mi parte te juro...

**RAÚL.** No, ¿verdad? No hay razón para abrigar esos resentimientos.

**DALIA.** Hasta lamento que haya ocurrido así. Pero con sinceridad, y de pana, te lo digo, tú eres fabuloso, sensible, una persona con quien compartir, eres entregado, complaciente...

**RAÚL.** ¿Me vas a halagar?

**DALIA.** Pero no es lo que yo necesito. Este apartamento nos quedó chiquito, ¿no es así?

**RAÚL.** Te quedó chiquito. Tienes problemas con el tamaño.

**DALIA.** (Sonríe sin hacerle caso. Continúa.) De un tiempo a esta parte es pura incomodidad. La tubería ya no se da abasto, los servicios son muy caros, el condominio y eso... Suena como una estupidez, pero no hay una relación justa precio valor. No hay calidad de vida.

**RAÚL.** Sin embargo, te sirvió en su momento.

**DALIA.** No, no te lo niego. Vas a pensar que soy una malagradecida, pero ya no se puede más. No es suficiente para lo que yo espero.

**RAÚL.** Ojalá y te mueras.

**DALIA.** Dale salida a esas emociones feas, son pesos muertos en el alma.

**RAÚL.** ¿Y ahora? ¿A despellejar a otros más?

**DALIA.** Eso es algo que debes cambiar radicalmente. Echarle la culpa, responsabilizar a los demás siempre. Eso no es sano. Ni te ayuda.

**RAÚL.** No te sacia sino la aniquilación total.

**DALIA.** ¿Qué estás diciendo? No empieces a desvariar. Yo he respetado tus cosas, tuvimos desavenencias, pero tampoco fue tan malo.

**RAÚL.** Me lo quitaste todo.

**DALIA.** Es una forma de verlo y...

**RAÚL.** También se lo hiciste a Martín.

**DALIA.** ¿Quién es Martín? Hay nombres que no me suenan, que no me dicen mucho.

**RAÚL.** Tu presa anterior, el idiota al que destruiste antes de mí. También me vas a olvidar así. Algún día vas a preguntar “¿Quién es Raúl?”

**DALIA.** Si vas a insistir en ese caso, déjame decirte que los nombres son lo de menos.

**RAÚL.** ¡Y yo me dejé cambiar por ti! ¡Qué estúpido! Me convertí en un ser ofensivo, desagradable. En la última reunión a la que mis amigos tuvieron la clemencia de invitarme, me sorprendí a mí mismo maltratando al tío de la dueña de la casa.

**DALIA.** Para que tú veas, siempre hay un Martín dentro de nosotros.

**RAÚL.** ¿Qué vas a hacer el día que estés demasiado vieja o demasiado flácida para simularte... doncella, una doncella en apuros?

**DALIA.** Estoy tratando de ser sutil, de que esta despedida te sea leve, en consideración a tu estado, a...

**RAÚL.** No tienes que suavizarte, ni fingir... Haz que duela, un poco más.

**DALIA.** Los tejidos, los cartílagos de los hombres también se vencen. La biología perece, tiende a ser menos rubicunda. Lo cual es muy grave tratándose de ti, porque cualquier cosita que te falta se convierte en una agresión contra tu persona.

**RAÚL.** ¿A dónde va todo eso? Dime qué más.

**DALIA.** Tú mismo lo estás pidiendo. Todos vamos a experimentar pérdidas. Nos convertimos en otros. Las cosas seguirán siendo las mismas. Desde que estamos chiquitos, tocando con pequeños dedos el seno materno, crece en nosotros la sensación de pertenencia. Mejor dicho, de propiedad. Pero esa impresión de “esto es mío” se confunde con la integridad de tu ser. Lo que te pertenece porque sí y no te cuesta trabajo ni lucha es parte esencial tuya. De otro modo, tú mismo empiezas a dudar sobre la legitimidad de esa apropiación. Y eso que no defendemos empieza a acrecentarse como sombra, tenemos el riesgo de ser expropiados. ¡Claro! Si nunca tuviste la fuerza de carácter, el valor de imponer tu palabra “esto es mío”. Y no la tuviste porque nunca tus posesiones fueron ganadas limpiamente, crees que son tus apéndices y como tales no te preocupas por utilizarlas siquiera. Te has creado una paranoia del despojo. Es un fantasma que prospera en tu interior y es el miedo a ser desposeído. De niños lloramos, pataleamos, reclamamos a nuestra manera, pero si esa insatisfacción y ese temor no haya cauce oral, si no se expresa como un concepto verbal, una palabra liberadora y sana, entonces se acumula como una sombra en nuestro inconsciente y busca su expresión en la entidad del otro. Ese es un recurso de la neurosis.

**RAÚL.** Te he dejado hablar para ver cuánto me has saqueado. Eso es de Lacan. Y te lo enseñé yo. ¿Ahora me vienes con psicología?, loca barata de mierda.

**DALIA.** Yo me he ilustrado, para algo tiene que servirme vivir con un tarado que se cree intelectual.

**RAÚL.** Tienes una capacidad asombrosa para aprender, para crecer en la adversidad de los demás.

**DALIA.** Y si no es psicología, también es historia. Fíjate en los países, en las comunidades que psicóticamente le atribuyen sus sombras, sus contenidos oscuros a la responsabilidad del otro, del diferente; el nazismo y las minorías, las naciones capitalistas a los extranjeros; la inmoral y decadente sociedad subdesarrollada al inmigrante, al desplazado; los blancos a los negros, los rojos, los amarillos; los sifrinos a los monos... Sin la posibilidad de verse hacia adentro, ¿dónde están tus limitaciones, tus defectos de concepción?

**RAÚL.** ¿Me quieres más introspectivo?

**DALIA.** Aclara tus asuntos no resueltos.

**RAÚL.** El asunto no resuelto que yo tengo eres tú, podrida, corrupta.

**DALIA.** Tú eres el que está podrido por dentro. Me miras como a una extraña, como a una invasora. Como si yo fuera el daño.

**RAÚL.** De bolas que eres el daño. Uno lo sospecha desde el comienzo y luego solo queda una triste comprobación.

**DALIA.** Eres un nacido de complejos. A mí no me toca vivir tu paranoia, ya me hizo bastante mal.

**RAÚL.** ¡No puedes afrontar las consecuencias de tus actos! No puedes quedarte a mirar cómo se desmorona la ciudad que dejas ardiendo a tus espaldas. Huyes con el fuego en los talones. Ni un remordimiento, eso sería como voltear hacia las ruinas que se queman y consumirte con ellas, convertirte en estatua de sal.

**DALIA.** ¡Carajo, te pusiste bíblico! ¿Tú me estás pidiendo que me quede es la cosa? ¡Además, tú no me quieres!

**RAÚL.** En otro tiempo habría deseado tragarte, inmiscuirte, meterte dentro de mí.

**DALIA.** Muy conmovedor, toda una declaración pasional. Tampoco doy como cierto tu intento de suicidio, que querías colgarte en la jefatura donde te tenían detenido.

**RAÚL.** ¿Porque no tuve éxito?

**DALIA.** Tienes éxito en muy pocas cosas, cariño; por eso es tan difícil creer en ti.

**RAÚL.** Yo te hubiera querido, de verdad.

**DALIA.** Pero... no hay tiempo para esas cosas.

**RAÚL.** Nunca hubo tiempo. Pero no se trata de eso. No toleras experimentar la culpa, expiar tu responsabilidad.

**DALIA.** Yo no soy responsable. Asume tu vaina. Ahí tienes tu casa, tu televisorcito, tu computadora; ahí está tu cama y tu lamentable sofá. Tu trabajo, tu carrera, tus amigos y tu flojera. ¿No lo ves? No me estoy llevando nada. Ni siquiera las llaves. Hasta un pedazo de mi oreja que nadie ha podido encontrar te va a quedar por ahí, quizás ya te la hayas masticado y tragado. Fuiste tú quien me agrediste. Me las vi feas para sobrevivir. Trataste de lanzarme por el balcón. Tenía que defenderme.

**RAÚL.** Es eso, ¿no? Ese es el secreto que te hace ponzoñosa para los demás. Aspiras a actuar con impunidad.

**DALIA.** (Exaltada.) Yo no tengo culpa de nada. ¿Me vas a echar ese bacalao en las espaldas? ¿Esa rémora? ¿Y paralizarme aquí a tu lado?

**RAÚL.** Lo sé, hasta puedo ver a través de ti. Estás llena de huecos.

**DALIA.** Son nueve por si te falla la memoria. (Los cuenta.)

**RAÚL.** Nueve huecos. Lo dice Faulkner: la separación entre palabras y acciones, entre dichos, apariencias y hechos, no deja más que huecos. El vacío. La maldad está en el vacío. Una vida desahuciada.

**DALIA.** No sufro remordimientos, si es lo que esperas oír.

**RAÚL.** Tú no tienes remordimientos. Son una grieta en el modelo que quieres ser.

**DALIA.** Lo que yo quiero ser es mejor persona cada día; no me estoy protegiendo del lobo feroz a toda hora. Yo pienso para fuera, pienso en grande, no me voy a quedar enganchada en culpas.

**RAÚL.** Pero así no se es persona.

**DALIA.** Agradéceme que me voy. ¿No me encargué, según tú, de perjudicarte todo este tiempo?

**RAÚL.** Si te oyeras, no hallarías tanto ímpetu para pensar en asuntos grandes y afuera. No siempre hallarás tontos en tu camino.

**DALIA.** No, gracias a Dios; solo entonces podré crecer en compañía.

**RAÚL.** Alguien de quien no puedas separarte en el momento justo y que te obligue a incendiarte con él. No serás más tú. Te vas a partir en pedacitos.

**DALIA.** ¡Deja la vaina ya! Eso suena a poesía ramplona. Se me hace tarde. Por ahí llegó una cuenta por los destrozos y tienes que desalojar la casa porque no te quieren más aquí, por mal viviente. Te enviaron un citatorio ante un juez de paz y un abogado que te busca por lo de una demanda. Y no olvides presentarte cada semana en la jefatura civil, tienes casa por cárcel. Y con respecto a mí, es la última vez que me verás a tan pocos centímetros de distancia; solicité una caución, que no te me pudieras acercar ni a quinientos metros a la redonda, de lo contrario, a la cárcel de nuevo. Así quedan las cosas.

**RAÚL.** Tienes razón, así quedan las cosas. (*Pausita mientras se levanta de la silla de ruedas.*) Hay un solo “algo” que aunque quisiste no

podiste robar. Un algo inasible, inaprensible, inabarcable, intransferible. ¿Un último estrechón de manos? ¿Quieres que te abrace?...

(**DALIA** lo mira impasible. Él un poco ansioso.)

(*Apagón final.*)

Caracas, enero de 2007





# **HEREJES Y GROTESCOS**

**(PIEZA DE TEATRO ESTRUCTURADA  
EN TRES MONÓLOGOS)**



## SALMO NEGRO

### (MONÓLOGO)

Inspirada en *Viaje al amanecer* de Mariano Picón Salas.

—¿Las cosas que yo sé? No, señor, no tiene por qué saberlas todo el mundo. Son como piedras brillantes que estuve recogiendo en el camino hacia acá desde donde yo vengo, del monte. Solo yo he hecho ese camino, y por eso... por eso. Dificulto que alguien más tenga lo que yo tengo, sepa lo que yo sé. (*Escucha la supuesta réplica.*)

—Totalmente de acuerdo, pero a usted le toca el saber así grandote, un saber de mucho mundo que se va estampando en los títulos y en las honorificaciones. Que no es ni de lejos lo que me toca a mí. Y su gente de usted, y usted mismo, lo ven muy bien. “Hay que saber de todo”. No importa que la mayor parte de lo sabido no le sea de ningún uso.

—Perdón, no lo quise ofender. Yo nada más sé lo que necesito. Y nada más lo sabe la gente que como yo ha arrastrado una vida dura. Lo que me ha sacado de angosturas cuando he tenido que apretar las costillas para que el muro de la adversidad no me lleve el tajo. Parezco un privado. Fácil no ha sido. Porque usted me ve aquí, casi un jardinero. Desbroza el patio, tala que tala ese bendito cuadro de terreno, dispone un conuco, mantiene las clavellinas, hazme una zanja, estación tras estación, año a año. Porque ahora me queda un tiempito para echarme a soñar en una hilosa hamaca, tejiendo y destejiendo una hebra de la realidad, la que me toca a mí.

—Pero eso es ahora, recién. Hubo un tiempo en que no me daba abasto, y las cosas del mundo me tenían alcanzado. Ya no es cosa de que usted me piense flojo. Yo sé que hasta cariño me tendrá... y hasta un poco de envidia. Bueno, eso está mal que yo lo diga.

—Usted metido en libros y cuentas el santo día. Los ojos clavados en signos y garabatos que tatúa la imprenta. Escarbando por aquí, por allá... Cumple un horario de ánima en pena, puntual, obligante. Que si el desayuno, bañadito por la mañana, que si formal, tras un escritorio o en un pupitre de contador, metiendo la barriga, reconcentrado, distante; más la atención en asuntos de lejos, en hazañas imposibles de gente que no existe, que en el bocado escueto, señero, del almuerzo. Una caminata aburridora antes del bizcocho y el café. Y luego la noche, de paltó y corbata, permitiéndose un comentario dolorido porque las guerras de ultramar, porque los pobres de Abisinia, porque la Reina Madre prohíbe; el suicidio de tal, el descubrimiento de cual, la cárcel... Un recuerdo entre labios para el gobierno triste y otra vez al día siguiente.

—Todo ordenadito, todo riguroso, que esta conversa conmigo parece su único rato de ocio. ¡Y todavía quiere seguir aprendiendo de mí las cosas que yo tengo que saber de apuro! No, qué va, no le voy a decir de nada. Ese es mi misterio, ministerio y mi poder.

—Cuando yo era carricito, de milagro quedé vivo. Mi mamá tuvo catorce y solo cuatro llegaron a mayores. Fíjese que yo era curioso, silvestre como un bicho del monte, ingenuote, intranquilo... Es la necesidad que siempre nos tuvo alcanzados. Curados de maleficios y enfermedades gracias a tres ramas y un rezo. Un mal de ojo, una diarrea, un escorbuto que tumba los dientes y enfiembra. En la época, la fiebre amarilla y el hambre hereje. Y uno sacándole el cuerpo, y uno, sin saber, toreando aquellas desgracias, con el ojo fijo, y el cerebro sorbido en sacar una buena parte, la que fuera y esquivar los

costos. Porque todo en la vida tiene su precio. Ni una letra, eso sí. Colgando, como los monos, de las ramas del mundo.

—Y eso debe ser lo que presumen los animales. Un rumor, un ruido entre las hojas, un malestar que viene de lejos y que lo sorprende a uno porque se manifiesta entre los semejantes y hace que se descuelguen como frutos maduros y se magullen cayendo.

—Pero yo no era un magullao. Apenas ahora me falta un dedo. Este. (*Muestra un dedo que no existe.*) Y pensar que por esa tontería lo llaman a uno mocho. Yo no era magullao, porque por la misma curiosidad y una inquietud de saltimbanqui, me escurrí siempre de eso que se agitaba desde lontananza y que asaltaba a los más conformes y a los resignados, los que se rinden.

—La única vez que me quedé adormilado —una ocasión en toda una vida no es pecado, es un destino para los de abajo—, me costó ese dedo. Es una debilidad, si pasas el día resolviendo, si pasas la vida en la maraña, llevándote por medio dificultad y ventaja, sin sistema, sin plan, sin estrategia. Como la danta, abriendo atajos, sin ver para los lados. Alerta que no te brinque un tío tigre y te coma. Un salvaje, una trampa... La existencia es un atajo, un recoveco para no hacer el camino como está trazado. El camino de los pobres que pasa por el padecimiento. Uno, escapado, resuelto, engolillado...

—Mi mamá era una mestiza hercúlea, la que todo lo daba, la humanidad generosa, la piel parda, los brazos fuertes, el ojo negro, brillante, malicioso, de india sabihonda. La madre. Y con los años era dura como la corteza de los árboles y anciana a una edad en que las señoritas de ciudad ahora es que van a buscar novios. Y renqueaba de la cadera y terminó hacinada en un rincón esperando callada una muerte tan segura que a todos nos asustaba. Muerte irremediable como un gigante, como un cerro que se acerca aunque corramos en dirección contraria. Muerte, un loco de pueblo, un tonto aporreando

su pocillo en dirección a nosotros y sin poder espantarlo con un golpe alón de sombrero.

—Y mi mamá me dolía, y un día me acerco a su colchón de hojas de mazorca y me dice: “Este es el salmo negro, el del Cristo negro, el del salto de mata”, me dijo. “Úsalo, que yo no lamente en el pueblo de más allá que no te haya ayudado”. Un rezo antiguo, secreto, que le había confiado una abuela africana y estaba lleno de tuntunes y de golpes de remo en balsa y grillos chirriantes de las cadenas de esclavos y chischás de serpiente que se arrastra sobre la fronda seca. Pero cristiano, como una monja en un Viernes Santo, un rezo mío, que salva a los desesperados. Y que por supuesto no le voy a recitar. Porque usted no tiene que saberlo. Eso es para los sucedíos, los amoratados, los que tiene el miembro dormido de tanto llevar vainas, el músculo agotado, el hueso roído, la conciencia inflamada.

—Un señor como usted nunca está en esas quebraduras. Yo no tengo obligación de contar nada a los doctores. Un salmo negro, como la noche negra que gobernaba los ojos de mi mamá en el saco desierto del abrojo del maíz. Oscuro, mi salmo como la sombra sobre el rincón donde esperaba cierta, impávida, latente, mi anciana olvidada. Un salmo no hecho para la blancura de sus linos, ni para el rodrigo de sus encajes, para el vuelo de sus sedas, ni para la luz de sus altares. Salmo negro para los pobres, bendito y orillao, útil no más a los que están en aprietos grandes. No se usa para dificultades tontas, tiene un poder susceptible. Pierde facultad si se le solicita en vanidades. Por eso, solo uno que sufre hasta el borde de lo delicado lo invoca y obra una maravilla tras otra sin cansarse.

—Esto es de cómo perdí un dedo. En el atajo está el peligro. Estaba distraído en un recodo de ese camino falso, falso porque ique me iba a librar de los esfuerzos del camino real. Embebido en las delicias de un placer y seguro de ahorrarme una molestia, no escuché la sordina de mis vecinos, de mis congéneres. Yo era peón de arriendo de una

finca chiquita, y no me molestaba en guarecerme ni ocultarme de la amenaza permanente del enrolamiento. Si no era una guerrilla que asaltaba las grandes haciendas, venía el gobierno con su recluta, pero no las esperaba yo en una finquita de medio pelo. Sin mayor peonada, sin mayor haber.

—Se acercaba un macheteo, se oía el sonido del acero y la maleza rendirse aérea, en cañas trozadas, en bejucos volátiles, y yo en una troja distraído, hecho un niño de pesebre y llega el servicio de la casa. “Y usted, José, que se oculte, que viene ya un sargento con su misión de recolectar hombres para irse a matar a los campos lejos, a matarse y matar”. Me vi atollado, encallado, embarajustado, rodeado del contrario. Una lanza, un tiro de chopo, un guiño de estrangulado, ese era mi destino infaltable y en ese momento extremo, recordé mi humilde salmo negro, que me confió mi agónica mamá y me encomendé a lo más alto y a lo más sagrado y me dije: “Si no es este el momento del desespero, ¿cuál?”. Y me liberé en pronunciar las palabras memorizadas entre lágrimas de despedidas. Sílabas lujosas, musicales, tensas, articuladas por labios temblorosos, estremecidos del terror.

—Entonces cumplió un prodigio y me vi alzado hasta el techo, a la vez que empequeñecido de mis miembros, de modo que en un abrir y cerrar de ojos estaba colgado de una de las vigas hermanas de la paja, en forma de un racimo de cambures titiaros. Y me imagino que, debido a mi temprana juventud, los filamentos de bananas estaban verdipintones e hinchados, como deditos de congo, como ataditos de hojas, bojoticos vegetales, bollos. Yo era un joven sanote y escurridizo, como la miel de un fruto empalagado. Tal era mi apetitosa apariencia. Ya me lo había dicho una querencia.

—Y como la magia obra por asociaciones, por correspondencias, por similitudes, ahí estaba yo pendiendo de un horcón. Oloroso a rafia



amarga, incensado de un fogón montuno, deseado, importunado de un enjambre de mosquitos ambiciosos. La tentación.

—Llegó el sargento con sus hombres, levantando el rancho como herido de hambruna, secuestrando la cría, ganado, aves, leñas; se llevaban lo que hallaban y yo mecido de tenebrosos presentimientos en medio del cielo de carrizos ordenados en fila sobre el escenario de aquel saqueo. El sargento canallesco, abrupto, relancino, miserable, detectó mi presencia en el toldo y estirando una mano cruel, y apuntándome con ojos de asombro y de regalía en ciernes, un dos de oros, un gato en la sombra, en la punta de los pies afincado, el espinazo estirado como un verdegay del monte, un gamelote ardidado, cogió un banano, torciendo con doloroso giro de muñeca y yo sentí un pellizco quemante y recé porque iba a ser devorado por un patrullero lambucio.

—Así estaba yo, concentrado, silencioso, una mano de titiaros con conciencia, guindando de un pelito y la amputación que me había hecho el militar de marras me ardía como un remordimiento. En el cuerpo, en la mente, usted sabe. Como cuando la culpa nos enferma y nos hecha de sacudones en un catre llorador. ¿Son sentimentalismos míos? ¿O le ha pasado?

—Me repuse. Uno nunca debe dejarse de los demás ni perder la decisión y a salvarme me propuse, en ese predicamento me encontraba. Salmo negro, rezo negro, de los desesperados. No era esta una conjunción angustiada, una emboscada de sombras, un mal paso, una confabulación de desgracias. Y volví a rezar mi canto de oscuras resonancias, mi africanía, mi espíritu gaseoso que cobija las chozas en el silencio indígena de los atardeceres y los clavos del mártir y las espinas feroces y los ojos del venado; breve pulso ante el hedor de la bestia y me hice contriciones y me prometé abstenciones, y me visioné Nazareno y me prodigué hincado por Santiagos y vías de empedrado y silicios y vergajazos y ponzoñas... todas esas me

las infligí y las once mil laceraciones me las administré y las profanaciones más dolorosas me las proporcioné, pues era mi elección salvarme y no perecer de aquel caníbal, que así muerto ni alma qué salvar masticada ya entre dientes congéneres, precipitada se había en las pailas hirvientes del infierno.

—Pero quiso la Providencia que aquel hombre no se hallara satisfecho con el sabor de aquel banano y que desprecioso me rechazara y con sabiduría de escaso, con pretensión de quien no debe, con aspaviento de vanidoso, dijo con suficiencia: “Pintones pero todavía jechos” y me dejara quieto, pendón tuberoso en las alturas. Pero salmo mágico al fin, aquel muerto de hambre se hizo harto y no le *plugió* apetecer. Miembros cónicos seriales, arracimado y vegetal al alcance de un brazo adulto, instalado en la precariedad de un apuro. De una estadía provisional. Como andan los hombres de cuatrerías, un ratico no más, que no me alcancen.

—Después se dedicaron a quemarlo todo y yo me hice cruces en la mente rogando la oportunidad de escapar. Y perdí conciencia, y caí de mí y me hallé despatarrado en una tabla, encarbonado y sanito, pero me faltaba el apéndice que se había tragado el sargento, un dedo menos y un apodo que honrar. Mocho. Ya jamás me he visto en semejante parto, señor. Y doy gracias que no tengo esa urgente coyuntura para usar mi salmo negro y ahorrarme la aflicción.

—¿Ve usted que no debo enseñarle ni revelarle mi salmo negro? Son sentencias hechas para labios gruesos, son plegarias cortadas del tejido de la divinidad a la medida humilde del desposeído, del menesteroso. Es un milagroso rezo que usted no merece conocer y yo no atino a traspasar. Usted siempre tendrá quien lo defienda. Lo de nosotros es la necesidad. Usted no se verá en atajos, usted es recto, estudiado y si se ve de aprieto “la gran sabiduría blanca” le dirá qué pasos dar. Yo necesito de un conjuro que me responda con el azar, avatar, lo inesperado, lo imprevisto.

—Váyase a su rutina de hombre culto, usted civilizado, señorito, no busque ayudas en mi salmo negro. Ni en mis saberes de vereda. Usted por la calle del medio, como un doctor.

# EL JUEZ Y LOS NUDOS

(UNIPERSONAL)

Adaptación de dos cuentos de Oscar Guaramato.

## I

¿Y por qué no habría de decirlo? Me sobra el templo y la misa y el piedrón ese sobre el que se ejecuta el rito y los pedacitos de pan y las goticas de vino. Más valiera agarrar un cordero lechal y rasgarle los guargüeros sobre la mesa del cura y que brotara la sangre verdadera del cordero y basta de poesía, que en cosas santas no vale arte, que arte es un sucedáneo, una letra de cambio con respecto del valor real. Sangre del cordero y obligar a la sorda feligresía a beberse esa zambumbia y dirán ¡qué barbarismo! ¿Y comerse a mordiscos a un vivo? Mayor otomía, mayor horror, menor poesía.

Lo demás, lo de por fuera es vanidad. Altas paredes enlucidas pretenciosas, juegos de luces, vidrios de colores, ventanucos, ojos de buey, claraboyas... Tintes y retratos y esa chocante estatuaria vestida de gente, siempre con los ojos virados hacia el cielo, cuando simulan que tienen mirar, en escorzo, torcedores como cuando les entra un aire y se quedan retrasados boquiabiertos.

Y sobra el olor de los inciensos y una vestimenta pavosa y una observancia insana, sospechosa. Que con su pan se lo coman. Votos de humildad, de pobreza, de silencio, de discreción, de celibatos, de encierros, ¿que para qué sirven? Les prestan un exterior de leche descompuesta, una mirada débil y sometida, de anemia, un tanto hipócrita y el orgullo mal disimulado de estarse por encima de la vulgaridad.

Ni un poder superior, ni una generosidad benéfica, ni una habilidad especial que no sea la de embaucar. Pura forma.

Tengo una hija. Tengo una hija, tuve una hija, Carmita, ciega. Nacida con los ojos cerrados, un párpado fino y pegado, una nanita de carne roja y llena de venitas le cubre cada ojo, como dos pedacitos de lacre e imposible rasgárselos; y tras ese velo carnoso las inciertas descoloridas pupilas y, eso sí, una ansiedad de saber cómo es el mundo.

La tuve y la sigo teniendo, a pesar de que no olvido cómo fue su partida. Un sobresalto, un brinco en el corazón, como candela abrasándote por el pecho, una corriente entre las venas... cuando me distraigo un momentito no más, cuando duermo, cuando me suelto un poco, que es humanamente inalcanzable eso de permanecer la vida toda, en todo momento, en permanente agitación y alerta.

Precisamente entonces sigue siendo mi hija. Y percibo, como si no lo hubiera olvidado, y es más que un sueño, cosa de enfermos parece, pienso su olor de muchachita y un calorcito de mi hija cuando se acercaba tanteándome la pernera de los pantalones y su voz de cieguita escrutando la distancia por saber si yo era tanto próximo cuanto lejano, entonces creo que ya va a preguntar: “¿Cómo es el sol? ¿De qué colores los pajaritos? ¿Si un tren es más grande que una casa?”... Un tren pasando por las vías, un tren con todo el estruendo de sus hierros cloqueantes, sí, es más grande que una casa, se mueve y es más grande que los sueños, las esperas, los deseos y la ilusión. Entonces vuelve el dolor y rebullir en los oídos y una sustancia ácida que te quema el pecho y un amargor en la saliva y una maldición en los labios.

Como debería expresarse dentro y sobre de cualquier cristiano creyente, sincero, honrado, que mira sin hacer sombra con las manos, explícitamente la luz. Luz real, no apariencia de luz. No ese oro

reluciente que es embuste en la oscuridad hecho de esencia de cambur y pintura de aceite, con un claroscuro que meta la mentira, con una umbrosa sala que obligue a afinar la vista y a empequeñecer las pupilas y así no entra Dios en el cerebro. Luz, carajo, luz a raudales, una batahola, amplia, que no valga entornar el párpado, que te queme la visión, luz.

Por ser confiado, por soltarme de la atención, por tener una esperanza, por bolsa. Y yo había gastado en suelas y cascos de mula ya seis veces para que los médicos de estos pueblos me atendieran la muchachita. Y al final hubo uno que se condolió por mi constancia, por mi frecuencia, por mi obstinación y terminó por decirme: “Mijo, compadre, la niña del solo nacimiento ya no tenía remedio, resígnese con su cieguita y haga una vida con esa carga. Su hija no necesita medicinas, más apropiado es el milagro”. Pero antes me había cobrado veinte pesos por esa consulta y los pagué por su experticia, su sabiduría, y se los embolsilló por su sinceridad, por el reconocimiento, con mi decepción.

Pero está dispuesto, me dijo uno de ellos, fariseos, que donde no pueden los doctores puede el santo; y uno desde el camino ya veía solo la aguja de una torre de iglesia como una anunciación, una torre pobre, erguida derechita, como una antena, como un obelisco, para comunicarse con los cielos. Vertical como un don, un beneficio que procede, que desciende por voluntad divina, sin mecanismo, sin alteración. ¡La torre del templo, la anunciación! Mi ilusión me la hacía leer como promesa de lo inminente y no como el monumento cariado y estólido que es de la fatalidad.

No hay que leer, muera el alfabeto, mueran los símbolos y el significado. Muera el signo. Muera la forma. Ay, si se cayera esa vagabunda torre y todas las torres que se yerguen como la confirmación de la esperanza, un minarete recto, un chapitel que se dirige libremente hacia el espacio como una oración.

(*Se persigna repetidas veces. Aparece un Cristo enorme sobre un plano inclinado en el fondo de la escena y un cura que recibe a Julián con aire displicente y pastoral.*)

## II

Y yo vine de pendejo a hablarle al cura y a ofrecerle que ya se podía estar alegrando.

—Que yo me llamo Julián, mi padre. Que no sé cuál es el origen ni el misterio de mi nombre porque ese me lo puso, según mi abuela, un señor grandote y gordo con amplísimos bigotes que venía pasando montado en un caballo enano. (*Voz grave.*) ¿A dónde llevan ese carricito? (*Voz aguda.*) A santamente cristianar. (*Normal.*) Sin despegar la vista del suelo. (*Voz grave.*) Yo mismo soy el padrino. Y su nombre Juliano. (*Normal.*) Una promesa seguro. Y mi abuela que ese hombre campechanote ique había sido presidente mismo de la propia república. (*Voz aguda.*) Y más nunca se supo, porque más nunca y más nada que lo volvimos a ver.

**EL CURA.** (*Un poco a la feligresía presente.*) Juliano fue un emperador a doscientos años de la venida de nuestro señor. Un hombre equivocado que, llamado apóstata, queriendo destruir la Iglesia, la construyó. Porque su padre era devoto católico y él en herencia, rey del mundo, en cambio, decidió que la religión era pagana y griega y filosófica, y Platón y otros barbudos sus santos y ministros. Y eso hizo que la gente sin luces, los que no leían evangelios ni letra alguna y de escaso entendimiento, se encendiera en fervor y fanatismo y de ellos, gente humilde, nacieran los aguerridos doctores y príncipes de una batalla, de una contienda. Y a plan de espadas y encerronas forzosas restituyeran el cauce de una más verdadera fe.

Y yo de pendejo que le daba seis pesos de cera para el velatorio por mes y veinticinco pesos macuquinos, oro, para el regalo de la capilla y hasta una festividad también ofrecí, con sancocho y guarapos música

y cohetes, y pasteles de maíz, ¡Jauja en aquella pocilga, pues! El agradecimiento más formal y completo que un gañán, peón arriero, le ha podido entregar. Pendejo.

**EL CURA.** ¿Y la niña, tiene mucho tiempo así?

De buenas intenciones está pavimentado el camino de los infiernos. Que también alcancé a haberlo visto. Los ladrillos humeantes que pisa el condenado, chirriantes de grasa que se despega de la planta del pie, como una lonja de jamón en una piedra hirviente, las buenas intenciones... Un comal, un caldero, lubricado con la comodidad de un clero medroso y sin pudor.

**EL CURA.** ¿Y tiene mucho tiempo así?

—Pagué cinco pesos a la Virgen del Socorro para una misa. Pero ella es solo para los ricos de la plaza y me dejó entendiendo con la hijita ciega.

**EL CURA.** No, hijo, no diga así.

—Pero si yo no lo digo por mal, mi santo padre. Yo sé todo lo que puede Nuestra Señora del Socorro, ¡cómo no! Pero es que quiero ofrecerle solamente a San Blas por la vista de Carmita, lo que le dije, y unos ojitos de plata para el niño Jesús de aquí que ya es bastante pobre.

**EL CURA.** Bueno, hijo, bueno. La fe te salvará. El Divino Maestro curaba con saliva peores cegueras. Ya verás...

Es que yo no quería salvarme yo, sino la hija. Y sanar, lo que yo pedía, eran los ojos de la niña, no esa ceguera aturdida que tuve desde carajito, y que la vida me ha quitado recién ahora, que me hacía creer en cofradías y vanos altares.



El párroco... batas de lino basto y fuerte; de aspecto campesino y catarroso, sin ningún otro tocado que un pañuelo de nuditos que le sujetaba en las sienas retoños de hierbas y ramas de ensalme...

**EL CURA.** ¿Cuánto hace que no te confiesas?

—(*Se rasca tras la oreja.*) ¡Pues... desde lo de ese hombre! Me dijeron que tenía que acusarme de eso como de un pecado. Y eso no lo hago yo, en conciencia, mi padre, eso no lo hago yo.

**EL CURA.** ¿De cuál hombre tú me hablas? (*Pausa.*) ¿Y por la salud de tu hijita, no lo harías ahora?

Negaba terca, roncamente, hasta ese instante. Abatí la testa, sometí los cuernos.

Solo por eso. Se arrancaba, se descuajaba un cujé de un pedernal.

—¡Así, no más. Solo por eso! Pero yo me conozco, es cuestión del momentito, que usted me agarra de buenas, ahorita mismo, después, más luego, nadie me haría confesarme. ¡Por la vista de mi muchachita, todo!

Y no valieron ni una exigencia, ni observancias, ni protocolos, ni examen de conciencia, ni preparación espiritual, ni acto de contrición, ni recogimiento. No tuvo más salida que atenderme ahí mismo.

Entramos en la Sacristía-largo mesón-sillón-butaca-lámpara de araña rota-cachivaches y un Cristo en una pared. Y ahí fue donde la vi, en un rincón... Así es que son por debajo del "justán". (*Íntimo, confidencial.*) Que ya los he visto en fondos. No hay más que cuatro palos simulando un mal esqueleto recubriéndose de tela barata que pretenda ser fina, celestial, y que sobrancero de la manga surjan manitos de yeso, o una cabeza desproporcionada de santo, si la quiere de madera o de roca

lijada, que imite las lisuras de la piel y las rugosidades del martirio. Y dan aspecto de cuerpo entero, pero es aspecto y es falso; es un obstáculo, es una imagen burda, con un gusto maldito por decorar y adornar, burlando la inocencia del más llano.

Al suelo de baldosas, la cabeza en derrota, las rodillas sumergidas, la mano del cura, sosegando como quien palmea el pescuezo de una montura y tratando de vaciar de mi alma aquel saco de culpas. Desde un hondo rencor que me salpicaba la sangre hasta la molestia más trivial, reconozco que la vida me dolía toda. Y mientras más hablaba, más se iba inflamando el pecho de angustias y terminaba por moquear como una señorita y luego sollozos roncos y más berridos sonoros que si degollaran una oveja.

**EL CURA.** Y maldices.

—Y maldigo la plaga en el maizal y el mosquito en la tarde agonizante.

**EL CURA.** Y que a veces maltratas las bestias.

—Sí y que hasta he llegado a mentarles su madre. Pero era por el calor y el trabajo. Que a veces se le ponen a uno los burros requetesinvergüenzas.

**EL CURA.** Y has pensamientos impuros.

—Que uno no gobierna el deseo, se extravía el pensamiento y uno ataja las malas ganas y pone a Cristo de por medio. (*Se santigua.*)

**EL CURA.** Cuenta, pues...

—Que nunca me interesaron las mujeres, pero María del Carmen era otra cosa porque la labor del hombre es leña para su fogón, vituallas para su despensa y mujer para su colchón. Nos amancebamos y me

dio una hija ciega y se me fue luego con el compadre y me abandonó la pequeña de brazos. Tampoco es que yo era un encanto, pero ni siquiera malgenioso tampoco y la carajita con su defecto de nación. Mala madre y mala mujer. Y eso me agrió la sangre. Y el otro día me encuentro en un camino con el mismo compadre propiamente y hubo feas palabras e insultos y nos fuimos a los hierros en mal momento, en mala hora de cólera. Fue como si el desamparo de mi pobre cieguita, el agravio y el aire provocativo del otro me dieron en la cara como una ráfaga. Y tiré del colegallo y allí le dejé tendido con una mano colgando y el rostro señalado hasta la oreja. Pasó aquello como una pesadilla. Y me dieron un año de prisiones y la niña recogida por caridad en casa de unos vecinos, sin asistencia. Que si se aprovechaba, atendiéndola en el momento a lo mejor de lo suyo se me salvaba la muchachita; pero pasó el tiempo... el conuco arrasado, el rancho en ruinas, los cuatro animales, todo mi haber, mal vendidos o robados.

**EL CURA.** Pero importa que te arrepientes. Que Dios, Nuestro Señor, no gusta del crimen.

—Sé que no estuvo bien y por eso en dos años paré de nuevo la casa y quemé cuatro cuadros de diez tareas y sembré mis buenos tres tablones de caña y fui recuperando el arreo, poblando el corralito, haciéndome de unos puerquitos, algarabía de gallinas... y hasta una borriquita que me trae de peregrino. Y me he puesto en componer, recuperar la vista de la hijita. A quien no le puedo responder más que con pocas explicaciones. Y sí, pájaros, de todos los colores, unos más brillantes que otros. Y sol, caliente, lejano, una bola de fuego que hace crecer las matas, la vida... Pero su no mirar para mí es una ofensa y me perfora un hueco en el alma.

Una hora larga me tuvo de rodillas ante el crucifijo que agonizaba en el muro y luego me despidió con calidez, haciéndome bendición de cruz y aires de paternidad y bonhomía. Salí con un orgullo claro

y satisfecho de haberme limpiado con llantos por dentro; y débil, que entre sonreía y jipaba del reflejo persistente de un sollozo. Y al mirar el sol, a la vuelta del cerro, caído y amarillo, ya eran las cinco de la tarde y no debí tardarme tanto. Preocupada estará Carmita, mi niña, esperándome. ¡Toda la tarde solita! Y una sombra odiosa de una idea que me asaltó solo entonces. “Con tal que no se haya salido a tientas hasta la línea de los rieles, como ya lo hizo una vez, impaciente de aguardar”. Y no debí tardarme tanto.

Pero recordé la paz que había descendido a mí en la vieja sacristía y mis promesas de arrepentimiento y las palabras del sacerdote, y deseché esa sombra de preocupación. “Allá estará San Blas cuidándomela”. Doce vueltas más y ya la estaba alzando hasta mi rostro, para besarle los ojos muertos, sin asco, bajo el velo rojizo de los párpados.

*(Hay un silencio tenso. Vuelve al desvarío.)*

Un campo cargadito de espigas maduras que no me va a mezquinar, medir, pesar, administrar, ni racionar. Fe abundante, fe a mares, hasta donde alcance la vista y el alma. Pura fe, absoluta.

Yo hablo con el Señor directamente, franqueándome ante su divino rostro, cara a cara, *tête à tête*. Y es un campo de trigo y un sol crepitante y una atmósfera suave sin gravedad y una chicharra constante que armoniza la conversa, *(Rítmicamente.)* ra, ra, ra, chui, chui, chui. *(Se abstrae, se atormenta un poquito, vuelve con más furia.)* Tuve una visión del cielo. Abrumadora. Es un mensaje verdadero que se manifiesta entre él y yo. Me ha dicho “mi casa es el mundo, y aspirar a mis bendiciones es buscarlas en un lago profundo, no en un bacín de piedra, ahogarse en la gracia, el mar”. Todo entre él y yo. *(Y de vuelta.)*

*(Un campesino con un saco aparece recogiendo algo del suelo.)*

**YA** en la última vuelta a Flor Amarilla veo un grupito de gente, los vecinos, rodeando algo en las vías del tren. *(Distante.)* Ya aquí

el corazón me dio un salto. ¡Gente más desocupada! Algún perro despanzurrado en los rieles. Pero ahí escuché: “Ahí viene Julián”. Y las mujeres con el grito en el cielo y un chillido y un lamento largo que me estremeció el esqueleto. Ya no me cupo duda. Yo oía, o creía oír, que nunca estaré de veras cierto en que alguien decía: “Comadre, esto parece una costillita”. Como el baile del chiriguare.

**EL vecino.** Y esto, compadre, consígame la otra manita que yo ya guardé la piernecita entera.

“Y zamurito te va a comer”.

**EL vecino.** Y lo que queda de la otra.

**PEGUÉ** un brinco que ni tigre, y escapé de los hombres que intentaban detenerme. Aquello era Carmita, mi hija. Un atado de telas blancas salpicado de sangre. Toda aquella horrura que iban los vecinos examinando y metiendo en un saco. “Te va a comer. Te va a comer. Te va a comer. Ya te comió”. Aquellas grandes manchas oscuras sobre los guarataros, aquel mechón de cabellos negríssimos pegados con un girón de piel al hierro de los raíles. La curva, la vuelta de la línea... No era posible maniobrar el freno... la fatalidad.

**ME** recuerdo corriendo dizque a alcanzar la máquina asesina, matadora, y antes de llegar al viaducto se me echaron encima y caí de bruces y las lágrimas y las maldiciones, la ira terrible, blasfemias espantosas iban empapando la tierra y embijándome la cara de barro procaz.

**EL vecino.** Solo un milagro ha podido salvarla.

**SOLO** un milagro.

**EL vecino.** Solo un milagro.

(**JULIANO** se queda atontado y lloroso mientras el vecino, de forma ritual, extrae una sopa de un comal y le tiende un pocillo al son de música y letra de una llora de velorio de angelitos.)

Dichoso es el angelito  
porque siempre es quien acierta.  
¡Ayayay, San Blas bendito...  
der cielo te abra la puerta...!

# ¡MATASANTOS!

## (SOLILOQUIO)

Adaptación del cuento “Matasantos”, de José Rafael Pocaterra.

Un muerto, aquí está un muerto. Dios tenga misericordia, si es el mismo Juliano, espantado y somnoliento. Yo mismo. ¡Anatema!, grita el cura, ¡sacrilegio, profanación!, y se lleva las manos a la cabeza. Va a pasar una cosa muy grande. Hay que matar a ese vagabundo. Matasantos.

**EL CURA.** ¡Ay de ti! ¡Ay de ti! ¡Ay de vosotros desgraciados, los que vivís en impuros concubinatos! ¡Ay de vuestros bienes los que tenéis cómo y no ayudáis al prójimo! Sobre vosotros va a llover cenizas como en Sodoma. Y el agua se convertirá en azufre, mismamente Gomorra. Y se os anegarán las casas y los sembrados, y se asfixiarán los animales y vuestros tiernos hijitos como no deis buenas limosnas y hagáis confesión y comunión general. Me pregunto: ¿aún es tiempo de salvaros, desgraciados? Caridad, hijos míos. Caridad.

¡Matasantos, asesino, bandido, hereje! Estallaba la multitud como un trueno y descargaba una lluvia de guijarros sobre mí y algunos tiros de fusil sobre la plaza. Un griterío de maldición, un clamor de muerte, la bárbara lapidación. Y fui presentado en el atrio, amarrado codo con codo y una triple guardia de policía. Y yo me veía el chorro de sangre espesa y negra que me bajaba de la sien y me bañaba la ropa y sin poder entender mucho, que la cabeza es muy chismosa y mana encarnado como de gravedad, pero un ojo sí casi fuera de la órbita y una grieta profunda en la frente.

¿Y por qué iba a ser esa mi ejecución? Un vicario salió a atravesarse en mal momento y el loco de la plaza, apodado Pavo Relleno, quien pretendía dejarme allí mismo seco, le asestó por accidente un taparazo con un garrote, que hacia mí iba destinado, y le descuadernó un hombro y por poco le mata.

Lo había estado pensando por meses. El dolor en el alma roía, comía tan hondo que no llegaba a manifestarse como húmedo llanto. Iba el dolor cauteloso entre las ideas, profundo, haciendo su trabajo, su proyecto del que nada se sabía. Nada se notaba más que las brasas que la gente creía ver descuidado en el resplandor de mis ojos.

Una madrugada, otra sin sueños, me fui hasta la plaza y atravesé el patio de la casa parroquial. Echada tenía la cobija al hombro y la lámina del colegallo brillaba en la oscuridad mientras forzaba las maderas del portón. Un segundo cantar de gallos y el eco sordo de mis pisadas sobre el mármol de antiguas sepulturas en la nave central del templo. Allí arriba, en una repisa con ladrillos, una desteñida estatua del santo, la nariz de piedra comida por años y años de patronato milagrero. Pero a la luz vacilante de una lamparita de santuario se veía erguido, bonachón, señor San Blas, navegado de la antigua Turquía y remojado en Mediterráneos y Atlánticos y Caribes mares, y abrigado de capa pluvial y sombrero de obispo, para saludar con su manito alzada y la bendición trina de sus deditos estirados, como si le sobraran el anular y el meñique que siempre van recogidos, presionando lo gordito aquí, el centro de la palma. El santo de la garganta, de la espina de pescado y de los niños que se asfixian.

Pero entonces solo me recordó al compadre Ignacio, el que se llevara a mi mujer, el del duelo a machetazos, tenía la misma calma insolente: “Confórmese, compadre, que no hay mal que por bien no venga”. Desgraciado, maldita sea tu alma. De un salto, le asenté un machetazo y crujió su humanidad de palo y se vino al suelo con



todo y candelabros, y la cabeza giraba rebotando sobre el altar y fue a caer a diez pasos entre un reguero de yeso.

Y ya no podía parar, no supe de mí. Santos graves y barbudos, Vírgenes tímidas en sus largos ropajes, bienaventurados, Divino Niño descabezados, añicos entre mantos y coronas de latón. Y el machete, relámpago de altar en altar, de nicho en nicho, liberando chispas infernales. Había un arcángel, mocetón rubio y neurasténico, humillado y triste, sintiendo en su cuello el lanzón torcido de un general celeste que tenía cara de mujer.

Aquel catire se creía muy guapo porque tenía sometido al otro por debajo. Y del revés del machete me quedó medio San Miguel y media lanza y medio diablo. ¡Así no se le tira a los hombres! Juraría que Satanás, con el rostro intacto, me dedicó una sonrisa llena de agradecimiento entre sus orejitas de murciélago.

Y luego fue locura, delirio. El sagrario, la custodia, el copón, patenas y albos corporales. El pan ácimo a puñados en la boca. Luces en todos los altares, voces que bajaban del coro, agua bendita que se derramaba a saltos de la pila, un rumor enorme, un vuelo de alas negras, un tañido largo y siniestro.

Me escapó el control de las manos, solté el arma y como si el cráneo me estallase, me fui de espaldas y todo fue silencio, oscuridad, pero también fue descanso.

Caracas, 17 de mayo de 2013

# **CALMA CHICA**

**(OBRA TEATRAL EN UN SOLO ACTO)**



## **PERSONAJES**

**AZAFATA**

**EMIRO**

**ARVELO**

A juicio del autor, es una comedia.



VOLKER: (...) Esta no es una tierra que aún pertenezca al mundo; es una roca abandonada de la cual los vivientes huyeron espantados hace ya tiempo, y si la amas, solo puedes amarla porque naciste en ella como su último habitante. Estas tormentas en los aires, este estruendo en las olas, este jadeo de la montaña de fuego, pero más que nada, esta luz roja que desciende de la bóveda del cielo como si fluyera de una altar de sacrificios, es cosa horrible y solo propia para el diablo; es como si se bebiera sangre al tomar aliento.

BRUNHILD: Ciertamente que el tiempo permanece aquí inmóvil y no conocemos la primavera, ni el verano, ni el otoño; el año no muda jamás su faz y nosotros somos inmutables como él. Pero aunque aquí no prospere nada de todo lo que crece a los rayos del sol, en nuestra noche, en cambio, madura lo que en modo alguno podéis sembrar o plantar. Aún me regocijo del combate... lanzo gritos de alegría al dominar al jactancioso enemigo; aún me basta la juventud, esta exuberante sensación de vida...

*Los nibelungos.* “La muerte de Siegfried”  
(Acto primero, escena segunda).

FRIEDRICH HEBBEL

*(Sala protocolar de un aeropuerto, un pasillo de grandes proporciones. Una luz fuerte de cualidad plástica, como filtrada entre el neón y la fibra de vidrio, se cuele de un vitral moderno que flanquea la entrada por la derecha del espectador. En el ángulo contrario hay más bien un poco de penumbra. Muebles modulares, neutros. Una gran mesa baja. Sensación de vacío y abandono.)*

*(EN la sombra está descansando **EMIRO**, sin mostrar el rostro y vestido de oscuro. Con la luz entra la **AZAFATA** molesta y **ARVELO** que viene tambaleandito.)*

**AZAFATA.** Por favor, señor. Es lo mejor que puedo hacer por usted. Contrólese. Aquí estará tranquilo.

**ARVELO.** ¿Aquí? ¿Dónde es aquí? ¿Por qué han desviado el avión?  
¿Estamos en Las Canarias?

**AZAFATA.** No, señor. Es un incidente, un imprevisto. Ya vendrán a informarles.

**ARVELO.** Un imprevisto en medio del Atlántico, sí. ¿Es un secuestro?  
¿El avión traía una bomba? Nos vamos a matar.

**AZAFATA.** Dios no lo quiera. Ya aterrizamos. ¿Por qué se pone así?  
Se pasó de tragos.

**ARVELO.** Pero yo quiero saber ¿por qué no funciona el maldito  
teléfono? ¿Por qué me tienen incomunicado?

**AZAFATA.** Allí hay unas cabinas telefónicas, puede llamar por cobrar  
o con cargo a una tarjeta electrónica.

**ARVELO.** Pero no tengo un pedazo de tarjeta telefónica. Y no hay  
quien la venda.

**AZAFATA.** Por aquella taquilla, cuando la abran, dentro de hora y  
media.

**ARVELO.** ¡Hora y media! Por favor, usted no me conoce, pero por  
Dios. ¿Qué idioma se habla aquí? Y el piloto se niega a darme expli-  
caciones, y este vaso sin nada adentro ¿Dónde estoy?

**AZAFATA.** ¡Señor! (*Por EMIRO.*) Un poco de consideración, por  
favor. (*A EMIRO, en inglés.*) I beg, your pardon, sir. Do you feel  
better now? Are you fine?

**EMIRO.** Fine.

**ARVELO.** (*Se da cuenta de que no está solo.*) Fine, fine. ¿Y entonces?

**AZAFATA.** Estamos en una base militar.

**ARVELO.** ¡Coño!

**AZAFATA.** Norteamericana.

**ARVELO.** (*Moderado.*) ¡Coño! ¡En Estados Unidos!

**AZAFATA.** No. De hecho, es una dependencia en medio del Atlántico.

**ARVELO.** Pero si yo iba... Me están esperando en Madrid. ¡Que me lo expliquen!

**AZAFATA.** ¡Señor! Ya vendrán a atenderlos. También a eso de las siete abren allí un cafetín.

**ARVELO.** ¡Un cafetín!, no me jodas. Yo quiero un güisqui.

**AZAFATA.** (*Va a salir, luego confidencial.*) En portugués.

**ARVELO.** ¿Cómo?

**AZAFATA.** Aquí se habla portugués.

**ARVELO.** Ahora sé menos dónde carajos estoy. (*Ella intenta salir de nuevo.*) Toma. Llévate tu vaso. (*Ella sale, impresionada.*) No era ni dieciocho años. ¿Y qué sé yo de portugués? Aparte de un pan con mortadela y una Pepsi-Cola. (*Con el vaso en la mano.*) Buen lance este. Más de hora y media parados, estacionados ahí en ese aparato, y de noche, que no se sabe qué es lo que es. Y después nos pasan a esta suite. (*Por el vaso.*) Y esto como que es así, seco. Y ahora en los Estados Unidos. Esto es un secuestro. (*A EMIRO.*) Yo no cargo visa. No me la dan. No soy elegible. Si no, hace años que estaría allá. Ya yo llevo, ¿para ver?, cuarenta y seis horas sin dormir. Pero eso no es lo que me afecta, sino las dos últimas horas esperando y sin un trago para continuar la borrachera. Ya me entró la cruda, el ratón, la resaca. El dolor de cabeza... Qué mala suerte, hombre. Qué maravilla de país y que mala suerte de mierda. ¿Usted cree en la mala suerte, en los maleficios, así, echados, un “maldiojo”, una maldición? (*Sin respuesta.*) Ayayay, me tocó un impertérrito, un indescifrable.

**EMIRO.** ¿Se siente mal?

**ARVELO.** Ah, este... Pero usted habla, quiero decir habla español. ¡Y es venezolano!



**EMIRO.** ¿Se siente mal, Arvelo?

**ARVELO.** No, todo lo contrario. (*Brinda con el vaso vacío.*) Mucho gusto, yo soy... Luis Alonso Arvelo.

**EMIRO.** Arvelo.

**ARVELO.** Ah, usted ya lo sabía.

**EMIRO.** ¿Y quién no?

**ARVELO.** Sí. Y qué cosa tan rara esta, verdad. (*Confidencial.*) Desviaron el vuelo hasta una base norteamericana en medio del Atlántico.

**EMIRO.** Pude escuchar a la aeromoza. Pasó algo grave, un imprevisto y nos vimos en la necesidad de bajar lo más pronto posible.

**ARVELO.** (*Rápido.*) ¿Se iba a caer esa cafetera con alas? Lo sabía.

**EMIRO.** No creo que tenga que ver con el aparato.

**ARVELO.** Pero es un vuelo de los nuestros, seguro que tenía problemas, con el fuselaje, el motor... el radiador... el limpiaparabrisas. ¡Una bomba! Le pusieron una bomba. El terrorismo, la vaina.

**EMIRO.** Los aviones no tienen radiador.

**ARVELO.** Cualquier excusa es buena para hacer las cosas mal. Esto es insólito, chico.

**EMIRO.** También puede tratarse de razones no tan técnicas, razones humanas.

**ARVELO.** De bolas que son razones humanas. Si nosotros vivimos con un nivel de efectividad cercano al cero. Eso que llamaban el factor humano, esa desgracia, esa es la que nos tiene jodidos. Y por no ser mejores en nada, somos unos maletas, no joda, no somos buenos ninguno.

**EMIRO.** Yo hablo de razones humanas, de humanidad. Un avión, un vuelo, cosas más grandes se detienen por humanidad.

**ARVELO.** Ah, sí. ¿Por humanidad? ¿Cuáles? El pago de la deuda externa, por ejemplo. (*Sin respuesta.*) ¡Usted es un humanista!

**EMIRO.** Para que usted vea, no.

**ARVELO.** Pues me parece muy bien. Hoy esas preocupaciones quedaron para las fundaciones privadas, las oenegés y cuatro gatos que escriben subterráneamente. De resto, ¿a quién le interesa?

**EMIRO.** Parece que a nuestro piloto, gracias a Dios.

**ARVELO.** Bueno, eso es aviación civil. Está bien que se preocupen. No se imagina el lío en que se meten si se les cae un bichito de estos. Se les cae también el negocio. Es que ese país no sirve para un carajo. Ni siquiera esta línea que no es nacional, no joda; se contagian y parece que les echaran un hechizo, apenas oyen el gentilicio y se vuelven unos inútiles.

**EMIRO.** Pero lo suyo es un pesar definitivamente nacionalista.

**ARVELO.** Yo preferiría poder decir algo bueno. Pero ni siquiera el servicio aéreo que prestan los demás.

**EMIRO.** No será a propósito. Después de todo, el negocio es hacernos sentir cómodos en el aire.

**ARVELO.** Uno no se siente cómodo en el aire..., pero se hace ilusiones. El hombre no está hecho para eso de flotar y trasladarse por arriba, sin tocar el suelo. Un individuo solo alcanza la felicidad cercano a la cota cero. Imagínesse las tierras más bajas, las mujeres más calientes del planeta.

**EMIRO.** No le entiendo. ¿Qué tiene que ver?

**ARVELO.** La felicidad. Pero se engaña, que ique va a volar, ique está inmóvil, en un asiento mezquino. Sin embargo, hay una garantía, mezquina como el asiento, con las dimensiones mínimas posibles

para que te quepa la humanidad, una garantía imprescindible, un consuelo de que te trasladarás del punto A, nuestra capital, al punto B, Madrid; incómodo y todo, pero tú vas para algún lado. Y de repente, chico, llevas más de dos horas en un punto C, desconocido, en medio de la nada, la sola imagen me está triturando el cerebro. En el triángulo de Las Bermudas, nos secuestraron los extraterrestres, nos van a hacer unos exámenes, nos van a meter una sonda por allá, tú sabes, y a leernos el mapa genético y la conciencia. O peor, en manos de estos señores gringos que se muestran tan simpáticos en estos asuntos de inmigración.

**EMIRO.** Sí, a mí también me produce mucha tensión.

**ARVELO.** ¿Y usted qué hace?

**EMIRO.** Digamos que no soy político como usted.

**ARVELO.** ¿Y esa es su profesión?

**EMIRO.** Hasta ayer... hasta ayer mi profesión era una profesión, cuando se produjo un decreto de emergencia de un gobierno en “emergencia”.

**ARVELO.** ¡Qué emergencia tan preparada! A eso es a lo que yo llamo un plan de contingencia. Les dio por renunciar a los cargos para facilitar las cosas... Gracias a Dios y a eso, casi no estoy aquí.

**EMIRO.** ¿Y sí pudo viajar? ¿Por qué?

**ARVELO.** Usted sabe, aproveché una reservación casual, pero... No creo que sea su problema. ¿Me va a interrogar?

**EMIRO.** Pues yo creo que viajar en estas circunstancias, en condiciones apresuradas, que no se corresponden con su categoría...

**ARVELO.** Tanta categoría siempre me hace doler la cabeza.

**EMIRO.** ... un día después del golpe de Estado, sin garantías...

**ARVELO.** ¿Y usted sí cree que fue un golpe de Estado?

**EMIRO.** ... a todo el mundo le resultará sospechoso viajar en estas condiciones, lo sindicó a usted...

**ARVELO.** ¿De qué? En todo caso, a nosotros. Usted también está viajando. ¿Debo decir huyendo?

**EMIRO.** Somos indiciados de una fuga.

**ARVELO.** Pero ¿de qué lado está usted? ¿Es un funcionario público?

**EMIRO.** Acostumbraba serlo.

**ARVELO.** ¿Estaba con el proceso o en su contra?

**EMIRO.** ¿Con el régimen? A estas alturas, ¿qué importa eso?

**ARVELO.** ¿Usted cree?

**EMIRO.** Puede hablar con tranquilidad. Estamos en medio del Atlántico, según entiendo. En una isla “neutral”.

**ARVELO.** ¿Neutrales, estos señores? No me joda...

**EMIRO.** Eso resulta poco diplomático.

**ARVELO.** Yo no tengo nada en contra de nadie. Y si alguien lo tiene en mi contra, bueno... Tengo inmunidad parlamentaria.

**EMIRO.** Se la eliminaron ayer. De un plumazo.

**ARVELO.** ... y una tarjeta de crédito. Todos tenemos inmunidad con un plástico como ese en la billetera. (*Más serio.*) Es un cuadro patético.

**EMIRO.** ¿Qué es lo que le parece exactamente patético?

**ARVELO.** (*Relajado.*) Oiga, oiga. Usted no está dispuesto a hacérmela muy fácil que digamos. Esta es una conversación casual, bueno..., una conversación obligada por circunstancias casuales, no es un

congreso, ni necesita de actitudes ni exactitudes, es más una tontería para pasar el rato, para paliar la angustia, no joda...

**EMIRO.** Ah, ¿es que sufre de angustia?

**ARVELO.** ¿Usted no?

**EMIRO.** ¿Por qué tendría que tener esa bicha tan fea?

**ARVELO.** No se haga el bobo, entiéndame. Para que usted y yo estemos conversando... Yo parto de que usted tiene una mínima lógica común conmigo y unos valores y que sabe que no estamos en una situación lo que se dice “de lo más halagüeña”. Usted mismo me acaba de reconocer que estaba un poco tenso. ¿Estamos de acuerdo?... ¿Por lo menos en eso?

**EMIRO.** Quizás sea en eso, precisamente, que usted se equivoca.

**ARVELO.** Coño, coño, coño. Me está doliendo la cabeza. ¡Qué vaina que usted me salió tan intelectual!

**EMIRO.** Todo lo contrario.

**ARVELO.** Está bien, no estamos de acuerdo en nada. Dejémoslo de ese tamaño. (*Silencio, se aleja, luego mastica unas quejas, vuelve.*) No me va a negar que nos encontramos en una mierda de situación.

**EMIRO.** Antes dijo patética.

**ARVELO.** ¿Yo? ¿Y usted no lo dice?

**EMIRO.** Depende.

**ARVELO.** No joda. Suspendidos en pleno vuelo en una base militar norteamericana, en medio de la nada. Sin que nadie nos ilustre, nos informe. Usted dirá... Uno se asoma y ve unos cerritos y ni un árbol y ni una playa y todo en silueta. Venimos de un peo, de un golpe de

Estado. Y aquí se trata de aviones internacionales y de peligro y conflictos internacionales y terror. ¿A usted no le parece, por lo menos, que no es una situación feliz? ¿Usted acostumbra estar detenido en el extranjero, con frecuencia?

**EMIRO.** Digamos acuartelado.

**ARVELO.** Ah, un admirador de la jerigonza militar.

**EMIRO.** No, estoy diciendo francamente, literalmente, una verdad.

**ARVELO.** ¡Literal!

**EMIRO.** Y tampoco puede ser tan malo. Cuando Cristóbal Colón iba para allá a descubrirnos, cayó en una calma chicha.

**ARVELO.** ¿Una calma chicha? ¿Y qué vaina es esa?

**EMIRO.** Una especie de vacío, pero no como las turbulencias en el vuelo, sino un espacio donde el mar se comporta como una olla, el viento está ausente, no hay corrientes en el agua, un barco, o tres, flotan sin esperanza, sin poder avanzar.

**ARVELO.** Siempre quedará el recurso de remar, no joda.

**EMIRO.** Iban a dejar el lomo en esa inmensidad. Solo les quedaba esperar.

**ARVELO.** Alguien que los remolcara. Toar, es una palabra de crucigrama.

**EMIRO.** No parece entender, no se puede navegar en una calma chicha. No hay barcos de vapor.

**ARVELO.** Sí, hay barcos de vapor, de diésel, de motor, de turbina...

**EMIRO.** En la época, no. Usted espera, como nosotros aquí, en medio del Atlántico... que el estado del tiempo cambie.

**ARVELO.** El estado del tiempo es bueno, es perfecto. No hay una razón para detenernos.

**EMIRO.** Lo del estado del tiempo es un caso figurado.

**ARVELO.** Figúrese, ¿cómo lo entiendo?, si usted va saltando de lo literal a lo figurado. Pero lo de Colón no puede ser figurado, por un pelín lo lincha la tripulación.

**EMIRO.** Por un pelín, sí, por poco. Tenían un susto del tamaño del descubrimiento que se les venía encima. Y no podían ver que se hallaban en una situación propicia.

**ARVELO.** Usted es un sabelotodo. Habla como en los términos del I Ching. “Es propicio”. Que no me va a negar que también lo conoce.

**EMIRO.** Conozco el I Ching, sí.

**ARVELO.** Propicio. Propiciar, eso cuando yo estudiaba era realizar un sacrificio. “Ulises propiciaba víctimas”. O que resultaban apetitosas para los dioses: “víctimas propicias”.

**EMIRO.** También es correcto. Pero ahora el que se comporta como un intelectual es usted.

**ARVELO.** No, si aquí o allá da lo mismo, entre nosotros el que dice cuatro pendejadas sacadas de un libro ya es un intelectual.

**EMIRO.** Usted mencionó a Ulises.

**ARVELO.** No crea. Ulises, ya lo recuerdo, era un “vivo” perdido en medio del mar.

**EMIRO.** Muy a propósito para nuestra conversación.

**ARVELO.** Entonces estamos a punto de descubrir algo. En una situación propicia. ¿O es que los dioses se nos van a echar al pico? Soy bueno para eso de hallar moralejas.

**EMIRO.** (*Casi ríe.*) Yo prefiero hablar de “analogías”. Ulises descendió a los infiernos.

**ARVELO.** (*Muy serio, sintiéndose mal.*) ¿Quién es usted? Todo el mundo sabe de mí quién soy.

**EMIRO.** Eso se llama sobrexposición a los medios.

**ARVELO.** Depende cómo se mire. Pero usted... que ha sido tan reservado.

**EMIRO.** Teniente coronel Emiro Páez Rendón.

**ARVELO.** ¡Un militar! Con los dos apellidos, como es costumbre.

**EMIRO.** Costumbre cuartelera.

**ARVELO.** Para que no se les pierda el muchachito. ¿Y no conoce a mi compadre, Piña Arzolay? Del Ejército, ¿no?

**EMIRO.** No lo conozco, sé quién es. Pero yo estoy retirado. Retirado.

**ARVELO.** Retirado.

**EMIRO.** Estaba designado... prestado a labores diplomáticas.

**ARVELO.** Como un bateador, designado. Será muy bueno, extraordinario bateando o corriendo.

**EMIRO.** (*Sin escucharlo.*) Y nuevamente retirado. Me dedico al comercio. Pero me mantengo de bajo perfil.

**ARVELO.** No entiendo lo del bajo perfil. La gente se mantiene en un nivel que cree que no le corresponde, que es casi una humillación y está de bajo perfil. Pero que yo sepa todos tenemos dos perfiles y ambos, más o menos, a la misma altura.

**EMIRO.** Debo tener cuidado para hablar con usted.

**ARVELO.** ¿Debo tenerlo yo? Permaneceré agazapado aquí, sin quejarme, resignado, soy un niño bueno, no me revelo, estoy de bajo perfil. ¿Cuál será mi bajo perfil? ¿Este o este? (*Se presiona las mejillas con la mano.*)

**EMIRO.** Espérese un momento. ¿Ese Piña Arzolay no fue al que volaron en una camioneta hace como tres meses?



**ARVELO.** Ah, sí es verdad. Se me había pasado ese “pequeño” detalle. ¡Mi compadre! Fue un crimen. Pero entre nosotros pasa como si se tratara de un evento meteorológico, ¿no? Tipo normal. Nos damos el lujo de que usted ni lo recuerda.

**EMIRO.** La gente usa las puyas, las descargas, con simpatía, como una tarjeta de presentación, para exhibir su inteligencia, será. Pero, en su caso, no entiendo el propósito.

**ARVELO.** (*Falsa sonrisa.*) No hay mucho que mostrar, ¿usted cree? Serán vainas de la borrachera. Le debe haber ido muy mal a usted para interrumpir su carrera en un nivel tan avanzado, cuando ya los grados superiores son accesibles como por carambola, ¿no?

**EMIRO.** Quiere decir que ya lo más difícil ha pasado. Pero no. Entonces comienzan los problemas de conciencia. No siempre se puede decir amén. O en nuestro caso, “sí, mi comandante”.

**ARVELO.** Prefieren la expresión “sí, mi doctor”. (**EMIRO reacciona.**) No se preocupe. Yo mismo me entiendo.

**EMIRO.** Me puse a sembrar cebollas. Más tarde, a comerciar con alimentos. Ya le dije que estoy retirado.

**ARVELO.** Será que es muy importante que yo lo sepa. Y no me ha dicho por qué. (*Se lleva las manos a la cabeza.*)

**EMIRO.** Podemos llamar para que le traigan un calmante o algo.

**ARVELO.** Otro güisqui, por ejemplo. No nos vamos a andar con miserias. Hay tantos millones de dólares danzando alrededor. Se puede oler en el aire.

**EMIRO.** El dinero en la generalidad de los casos huele mal.

**ARVELO.** A sebo, a mierda, también tiene el grato olor del éxito, aun que sea en el retiro. Pero siempre mejor que las cebollas.

**EMIRO.** No acepto sobornos, si es lo que quiere insinuar.

**ARVELO.** ¿Sabe una cosa? Yo le creo.

**EMIRO.** Se lo agradezco.

**ARVELO.** Quizás nadie haya alcanzado en metálico la altura de sus problemas de conciencia.

**EMIRO.** ¿Le parece tan increíble?

**ARVELO.** No. Yo le creo, sinceramente.

**EMIRO.** Es la vida que coge otro rumbo, de repente. Uno está en libertad de cambiar de carrera por voluntad propia, por...

**ARVELO.** Por principios. No es necesario que se justifique. Hay otras maneras de convencer a la gente o de obligarla a efectuar un cambio.

**EMIRO.** A lo que yo voy es que no todo el mundo tiene un precio.

**ARVELO.** Pero a todo el mundo le cuesta algo, algo le duele, algo lo asusta.

**EMIRO.** A mí me asustan los rumores, las valoraciones que harán de uno en los medios de inteligencia, en esa oscuridad de corredores y pasillos y oficinas negras.

**ARVELO.** Puros chismes, se lo aseguro.

**EMIRO.** Negocios más grandes que un gobierno se caen por murmuraciones.

**ARVELO.** Sobre todo si esas murmuraciones son reales.

**EMIRO.** ¿Qué pueden saber de mí, por ejemplo?

**ARVELO.** Nada, nada y, sin embargo, no se imagina qué alegre me pone conocerlo. Me contento de encontrarme con alguien que no tiene precio, y que la altura de cuyos principios nunca será alcanzada ni siquiera para obligarlo a poner una bomba en el carro de otro militar.

**EMIRO.** Ese caso no quedó en nada. Puras lucubraciones. Quisieron encharcar a mucha gente. Mucha irresponsabilidad en el asunto.

**ARVELO.** Usted es una celebridad, ¿lo sabía? Ah, supongo que ya lo sabe.

**EMIRO.** De repente, usted tiene una actitud condescendiente.

**ARVELO.** No, no, no. Es solo que se me va a reventar la cabeza.

*(Entra la AZAFATA con una carpeta con papeles por firmar, copias, pastillas y un vaso con agua.)*

**AZAFATA.** (A **EMIRO.**) ¿Cómo se siente? ¿Más tranquilo? Aquí le traje unos calmantes por si los necesita y... mire lo buena que soy. Tiene que firmar estos documentos, usted es el responsable y, si está de acuerdo... bueno. Hay que autorizar para depositarla y luego...

**ARVELO.** ¿Qué es esto? ¿Y qué ha pasado con el vuelo? ¿A quién van a depositar? ¿Qué es eso?

**AZAFATA.** (A **ARVELO.**) Un minutico, por favor.

**ARVELO.** ¡Cómo que un minutico! Oye, ¿qué grosería es esa?

**EMIRO.** (Por encima de **ARVELO.**) ¿Y no podríamos continuar a España y luego arreglar todo allá?

**AZAFATA.** (Ignora a **ARVELO.**) Es que esto es un vuelo comercial y hay normas internacionales muy delicadas.

**EMIRO.** Es solo un par de horas.

**AZAFATA.** No podemos hacer nada más. Una vez en Madrid tendrá asesoría legal, hay un seguro, tienen sus gestores, se hará el traslado no de esta forma tan penosa y, bueno..., sin afectar al resto de los pasajeros.

**EMIRO.** No lo diga así como con asco.

**AZAFATA.** Hay gente muy impresionable. No es mi intención.

**ARVELO.** ¡Oiga! ¿Por qué antes le habló en inglés?

**AZAFATA.** Creí que el señor no querría comunicarse con nadie más.

**ARVELO.** No sabía que era tan delicado. O que yo iba a “violar” su intimidad. ¿Y no esperaba que si nos metían a ambos en el mismo espacio...?

**AZAFATA.** Es que no hay otro salón protocolar. Y, desgraciadamente, es nuestra obligación, estrategias de la empresa con los políticos de profesión...

**ARVELO.** Yo detecto... No sé, yo siento un cierto rechazo, un desprecio por mi persona...

**AZAFATA.** ¡Por favor! Ninguno.

**ARVELO.** No debería trabajar atendiendo al público si se van a poner con esas pretenciosuras.

**EMIRO.** ¿No se le ha ocurrido pensar que lo hacen deliberadamente?

**ARVELO.** Deliberadamente equivocado. Es el problema con las aeromozas y los otros, medio maricas, que de puro amables... amables no es la palabra, correctos, gentiles, resultan displicentes, distantes, con aires de superioridad, será porque transitan las alturas. Todo el mundo sabe que azafata es, más que la sirvienta, una chica fácil...

**AZAFATA.** Usted me está ofendiendo.

**ARVELO.** Hablo generalidades. Ah, mi general, ¿azafata es figurado o literal?

**AZAFATA.** No le contesto porque voy a concentrarme en el asunto del señor.

**ARVELO.** ¿Del sultán? ¡El asunto del señor! ¿Y cuál es el misterio?

**AZAFATA.** (*Ya molesta.*) Ningún misterio, señor. Después de haber disertado sobre mi profesión... (*Le da la espalda a EMIRO.*) Tiene

que firmar estos papeles, aquí tiene su pasaporte y el de la señora y... la copia de los tiques de embarque. (**EMIRO** *va a firmar, se le caen los papeles.*) Ah, por favor, por favor, confíe en nosotros. Con todo lo engorroso que parece, es un sistema que garantiza la seguridad... y el respeto. En estos asuntos de normas internacionales se vuelven muy escrupulosos.

**EMIRO.** Ni siquiera he podido avisarles a mis hijos. Quizás ellos puedan... Viven en Miami.

**ARVELO.** (*Por lo bajo.*) ¡Claro! ¡Dónde más!

**AZAFATA.** Por el momento, no es posible.

**EMIRO.** Me está complicando la vida.

**AZAFATA.** No soy yo. Usted mismo decidió embarcar a la paciente por su cuenta y riesgo.

**ARVELO.** No lo regañe.

**AZAFATA.** No lo regaño. Ha tenido mala suerte, usted ve.

**EMIRO.** Tengo que abandonarla aquí y luego encargar a otros que vengan por ella.

**AZAFATA.** No está abandonada, ya se están haciendo las gestiones para conseguir una caja y ponerla en un refrigerador.

**EMIRO.** Una de esas pastillas me vendrá mejor. Mejor que la culpa o la vergüenza.

**ARVELO.** ¿Es por lo del golpe? ¿Se ha sabido algo de allá? Nos mandaron a detener. ¿A quién están entregando? ¿Qué es lo que está

pasando? ¡Coño, tú! (*Por* **EMIRO.**) Te capturaron en una vaina. ¿Qué es lo que van a congelar? Tenías que ser tú, tan famoso, tan incorruptible. Son drogas, ¿verdad? ¡No me vas a decir que nos interceptaron por un cargamento de cebollas!

**AZAFATA.** Se trata de la razón por la que nos detuvimos en esta isla. Que a usted parece atormentarle tanto. La esposa del señor aquí falleció durante el vuelo.

**ARVELO.** ¡Falleció! ¡No me jodas! ¿Muerta? (*A* **EMIRO.**) Mi sentido pégame. ¿Y por eso nos vamos a parar en pleno vuelo? ¡La mala noticia lo esperaba allá en el sitio de destino!

**AZAFATA.** ¡Pero fue dentro de la nave!

**ARVELO.** ¿Dentro del avión? (*A* **EMIRO.**) Con razón parecías la publicidad de una funeraria.

**AZAFATA.** Señor, considere. Este ha sido el vuelo más difícil que he hecho en mi vida, y a mí también me afecta todo eso del golpe y de la muerte y tener que cargar con un bendito cadáver... (*A* **EMIRO.**) Perdone, señor. (*A* **ARVELO.**) Y lo peor es que aún no termina y usted se comporta como un niño. Yo también estoy nerviosa. Por lo menos trate de controlarse o finja, imite a los mayores.

**ARVELO.** Se te salió el carácter, mijita.

**AZAFATA.** (*A* **EMIRO.**) ¿Puede firmar?

**EMIRO.** (*Firmando.*) Sí, sí, ya está listo. Lo que ustedes digan.

**ARVELO.** O sea, que todavía no nos vamos. Todavía tienen que depositar... Chequear el equipaje... Espero que no haya congestión en la taquilla. (*Por lo que para él es consideración.*) Nada, nada. No he dicho nada. Pero, hablando en serio, ¿no me pueden conseguir algo de güisqui bueno, pero bueno de verdad, en serio, en serio? Y para el amigo aquí, que eso consuela muy bien a uno, del luto, digo.

**AZAFATA.** Ahorita nadie está pensando en eso. Así será ese país que tan mal se comporta la flor de sus políticos y parlamentarios.

**ARVELO.** Está abriendo una matriz de opinión. Pero eso no me quiebra ningún hueso.

**AZAFATA.** (*Saliendo.*) Por eso es que pasa lo que pasa.

**ARVELO.** ¿Qué pasa? ¿Qué se sabe de allá? Mira... (*Ella se ha ido.*) (*Le da una palmada en la pierna a EMIRO.*) No te preocupes tanto, chico. Eso lo paga el seguro.

**EMIRO.** ¿Cuál seguro? He perdido a mi esposa. Eso no lo paga ningún seguro. Además, ¿usted cree que en ese desastre que hemos dejado allá atrás, algún seguro se va a responsabilizar de algo?

**ARVELO.** Bueno, ahorita no. Pero cuando llegue la calma. Los militares siempre tienen unos beneficios envidiables. Y ahora tendrán más. Para que se queden tranquilos, ¿oyó? Y si son los diplomáticos... ¡no joda!

**EMIRO.** El nombramiento como ministro asesor lo había logrado muy reciente, no hace nada. Ni siquiera me había acostumbrado a la idea.

**ARVELO.** Usted trabajaba hasta hace poco en el gobierno y sus hijos viven en Miami.

**EMIRO.** Fue una decisión de ellos. Ya son mayorcitos, ¿no? (*A la defensiva.*) ¿O es que las fronteras estaban cerradas?

**ARVELO.** ¿Y cómo toman sus hijos que usted estuviera trabajando para nosotros?

**EMIRO.** Bueno, no les hace ninguna gracia.

**ARVELO.** No me sorprende. El imperio tiene sus rehenes.

**EMIRO.** Es pura cursilería, ¿sabe? Además de impropio lenguaje belicista.

**ARVELO.** ¡Es que es una guerra!

**EMIRO.** Es ridículo. No tengo parientes secuestrados en el Norte.

**ARVELO.** Uno se autosecuestra. Obliga a los demás por el rescate.

**EMIRO.** ¿Y qué? ¿Me hicieron tirar un golpe de Estado porque mis hijos no me quieren, según usted, y antes que contestarme una llamada, prefieren pasar el día en un centro comercial de allá con unas orejitas de ratón de plástico en la cabeza?

**ARVELO.** A confesión de parte...

**EMIRO.** ¿Sabe? Me está molestando. ¡Estoy en duelo!

**ARVELO.** Yo también. Se me acabó la caña. Y el cargo. Y el sueño...

**EMIRO.** No parece. Hasta usted está pensando en que las aguas volverán a su cauce. Que me va a capturar como a un culpable. Aunque el fugitivo sea usted.

**ARVELO.** Claro. Uno está afligido pero no desesperado. Además, hay como un acto reflejo. Esto pasará. (*Súbitamente.*) ¡Coño! (*Se controla.*) Perdón. Tiene que pasar.

**EMIRO.** Yo nunca he estado de acuerdo con eso del golpe de Estado. No lo estuve cuando pretendieron tomar el poder por la fuerza y fracasaron, y renuncié en su debido momento para que no me asociaran con ese movimiento. Después trataron de comprarme con una embajada y también les renuncié. Mucho menos me va a gustar ahora que no tengo ningún interés en hacer gobierno.

**ARVELO.** No es muy bueno, pero es un alegato al fin y al cabo.

**EMIRO.** Yo me inclino por el hilo constitucional, yo elijo la estabilidad. Es más práctica, más cómoda y más amigable.

**ARVELO.** (*Por lo bajo.*) No me haga la publicidad de una computadora.

**EMIRO.** (*Sin oír.*) Sobre todo con una avalancha de billetes que le va cayendo al país desde fuera.



**ARVELO.** Igual, creo que también le podría tentar más ser cola de león que cabeza de ratón. Ceder ante las pretensiones del extranjero, conspirar.

**EMIRO.** Me tenía que pasar a mí. Anna se va en estas terribles condiciones y usted con esas esperanzas y esas sospechas pendejas.

**ARVELO.** A eso llamo yo un trato protocolar.

**EMIRO.** Usted tampoco es que se muestre como un gran internacionalista.

**ARVELO.** No. Aquí el diplomático es usted, (*Conteniendo la risa.*) pero no de carrera, de carrerón, de fuga.

**EMIRO.** Tiene razón. Discúlpeme. No tengo por qué meterme en sus cosas. Haga como quiera.

**ARVELO.** Hace bien. Todo el mundo quiere educarlo a uno. Que uno es el único alumno que les deparó la escuela de la vida.

**EMIRO.** (*Sin ánimo.*) Tiene razón. Me he prometido no querer cambiar a nadie.

**ARVELO.** No, espérese. Cambiar, uno tiene la responsabilidad de cambiar a los demás, según un criterio, unas ideas. Pero eso de educar, como que los demás saben algo que yo no sé y que eso les da el derecho de ponerse por encima...

**EMIRO.** No se ofenda, pero usted me cansa.

**ARVELO.** ¿Sí? Me lo imagino. Usted ha sufrido una pérdida, por demás sentida. Lo considero.

**EMIRO.** (*Automático.*) Gracias.

(*Silencio.*)

**ARVELO.** (*Después de un suspiro.*) Me pregunto, ¿cómo será eso de haber nacido para el éxito?

**EMIRO.** (*Se rinde.*) Ah, ¿hay alguien nacido para el éxito?

**ARVELO.** Muchos no hay. La mayoría está signada por la derrota. Lo que pasa es que nos las arreglamos para colarnos entre los triunfadores.

**EMIRO.** Suena a resentimiento.

**ARVELO.** Claro. Todos los mediocres lo envidian, ¿no es así?

**EMIRO.** No soy un triunfador. No conozco esa especie de gente.

**ARVELO.** ¿Quería mucho a su mujer? Seguramente.

**EMIRO.** ¿Qué quiere que le diga?

**ARVELO.** Mírese usted, por ejemplo. La perfecta estampa del hombre capaz de salirse con la suya.

**EMIRO.** Hace un momento estaba histérico acusándome de narco-trafficante. ¿Ahora de qué va la cosa?

**ARVELO.** Es por la caña, el ratón, las sospechas, yo vengo de una catástrofe...

**EMIRO.** Lo está haciendo por justificarse. ¿Me está adulando? ¿No ve que es absurdo? No se moleste.

**ARVELO.** No. ¡Cómo se le ocurre! Es una preocupación muy mía. ¿Y su esposa lo quería mucho a usted?

**EMIRO.** ¿No le parece que está fuera de lugar?

**ARVELO.** Cuando uno está más joven, cuando es un muchacho prometedor, ahí está la madre con una sonrisota, viéndolo con ojos de baraja española, el futuro de su hijo, está orgullosa, calcula los beneficios, el dos deoros.

**EMIRO.** ¿Qué tiene de particular? Todas las madres tienen derecho a expresar sus esperanzas en una mirada de entusiasmo.

**ARVELO.** Tiene de particular en que para algunas, la mayoría, es un entusiasmo infundado. Pero su esposa, ¿todavía ayer pudo haberle visto de esa manera?

**EMIRO.** No recuerdo ni a mi madre, ni a Anna, echándome una mirada como esa.

**ARVELO.** Seguro lo hacían. Quizás. Además, era cuestión de pudor y no se dejaban ver por usted, pero seguro que lo hacían. Su esposa muy especialmente. Uno ve mujeres enamoradas, el rostro brillante, los ojos magnetizados, hablan de millones, de marcas de automóviles, de viajes al exterior... Es natural. El matrimonio es una forma de realizarse.

**EMIRO.** Anna no era ese tipo de gente. Y mi madre, por lo menos, dejó de hacerlo, de mirarme de esa manera que usted dice, hace algún tiempo.

**ARVELO.** Déjeme adivinar: tiene que ver con el momento en que usted decidió ingresar a la milicia.

**EMIRO.** Ya veo por qué ha llegado tan lejos. Usted es hábil.

**ARVELO.** Como una serpiente, dígalo. Simplemente, conozco a la gente.

**EMIRO.** Pero no es una habilidad que valga la pena. Los grandes hombres, la gente buena no necesita de capacidad para hacer daño.

**ARVELO.** La gente buena jode y no se da cuenta, jode a los otros, con buenas intenciones y todo. No es para hacer daño. ¿Usted no me cree? A mí me ha llevado muy lejos.

**EMIRO.** Es un engreído.

**ARVELO.** ¿No me va a contestar? Tuvo que ver con su vocación castrense.

**EMIRO.** ¿Cómo lo sabe?

**ARVELO.** Su madre era una mujer sensible. Mírese usted, lo que ella produjo. Y por eso no le permitió verla emocionada ante su hijo el triunfador. Pero no ocultó su decepción ante la profesión de su retoño. Porque esa sí es una profesión.

**EMIRO.** Está novelando mi supuesta vida y yo no le he dado licencia para hacerlo.

**ARVELO.** Será una “biografía no autorizada”. La imaginación es libre.

**EMIRO.** Al contrario, la suya está llena de prejuicios.

**ARVELO.** Hablemos de prejuicios, entonces. Entre nosotros, la carrera militar es la carrera de la golilla. Aquí no hay guerras, no hay mayormente conflictos donde de verdad los amigos soldados deban “ajumarse” el pecho. Sirven es para hacer negocios en las aduanas, poner cara de perro y adornar mucho con sus uniformes y “en correcta formación”. Las cosas inmencionables que también las realizan, será de puro ocio, digo. Mucho ascenso, mucho privilegio social y todos sabemos que son unos mantenidos.

**EMIRO.** Viniendo de quien viene, más bien me halaga.

**ARVELO.** La esposa, con esa capacidad única que tienen las mujeres de dividir el cerebro entre lo que es justo y lo que es conveniente, sin remordimientos, ¿cómo lo miraba a usted cuando se quedaban solos? Nunca le perdonó no aceptar el trabajo en la embajada.

**EMIRO.** (*Hartándose.*) Mi esposa murió hace un par de horas, ¿podría tener un poco de sensatez y no escarbar en la herida?

**ARVELO.** ¿Por qué? Usted no es un débil. ¿No le interesa conocer los sentimientos de la difunta?

**EMIRO.** Se está comportando como un buitres, señor. Es algo morboso preguntarme eso.

**ARVELO.** Solo lo estoy guiando. Es un buen momento para reflexionar. Quiero decir que una familia “bien” tiene que ver con horror que uno de sus vástagos vaya a parar a ese antro de aprovechados.

**EMIRO.** ¿Para usted los militares tienen una ética circunstancial y un discernimiento de gorila?

**ARVELO.** (*Se encoge de hombros.*) Lo dice usted; yo soy de cuello blanco...

**EMIRO.** No hay que vestir de verde para comportarse como un chulo.

**ARVELO.** El gigoló de la democracia. Pero va más allá. Todo cuesta lo suyo.

**EMIRO.** Los militares le echamos bola, ¿sabe? Son años de disciplina y obediencia y además... uno se expone al desprecio de los prósperos civiles...

**ARVELO.** ¿Porque no hay militares prósperos?

**EMIRO.** ... pero se gana un blanqueamiento, una purificación mediante el sacrificio. Somos los únicos que hablamos de honor.

**ARVELO.** Como los curas, serán las peculiaridades del uniforme, quedaron para hablar en abstracto de cosas aristocráticas, virtuosas e inútiles.

**EMIRO.** Esto es una descarga.

**ARVELO.** Usted colabora.

**EMIRO.** Entonces usted es un antimilitarista. Civilista. ¿Anarquista?

**ARVELO.** No. Yo soy un domador de circo. El que despreció los cuarteles fue usted. ¿De qué murió su esposa?

**EMIRO.** Otro capítulo. Desarrolló un cáncer. Pero por años lo habíamos sobrevivido y luego, en estos días, con la tensión de estos días, se presentó una insuficiencia cardíaca.

**ARVELO.** Es lamentable.

**EMIRO.** Ella no deseaba otra cosa que salir del país. Se le hizo insoportable... a cada momento esperando una reacción, una mortandad, un desbarajuste.

**ARVELO.** Sí, eso desgasta.

**EMIRO.** Por eso había decidido llevármela a España.

**ARVELO.** Es increíble cómo se le notan las cosas.

**EMIRO.** Creo que no se le ha pasado la borrachera.

**ARVELO.** Se le nota. Se le nota. Y luego, en esos aeropuertos nuestros, donde se preocupan es por la droga, ahora, por el explosivo tal, por unos terroristas sacados de las *Mil y una noches*. ¿Qué le iban a parar a la palidez inusual de una pasajera, a su extrema debilidad?, “móntese y ya, nos la llevamos”.

**EMIRO.** Teníamos un permiso médico. Pero es verdad, no lo solicitaron.

**ARVELO.** Y usted hablaba, hace un rato, de las razones humanitarias de una línea aérea.

**EMIRO.** No se les puede culpar. ¿Qué iban a saber ellos?

**ARVELO.** ¿Y usted? ¿No lo sabía? ¿No tenía una cierta sospecha de que este podía ser el último viaje de su esposa? Aprovechar, ¿verdad?, despegarse de la tierra y en un mismo vuelo echarle una empujadita a ver si llegaba más rápido. Al trono celestial del señor aquel.

**EMIRO.** ¿Usted se está escuchando? No tiene ni respeto ni sentimientos...

**ARVELO.** Humor, será...

**EMIRO.** Ahórrese el sentido del humor. Usted nos está faltando. A la memoria de mi esposa y a mí.

**ARVELO.** Bueno..., reconozco que me pasé. Pero eso no me quita la razón.

**EMIRO.** Yo no soy el enemigo. No tiene que atacarme de esa manera.

**ARVELO.** ¡Qué curioso! Usted habla de enemigos. Yo hablo de una broma, un mal chiste. Yo me justifico por los tragos, por los nervios. ¿Cómo, si no, se soporta una situación como esta? Hasta ayer, anteayer a las cinco de la tarde, yo era un funcionario prometedor, un tipazo desarrollando un proyecto político y social. Un buen partido, aunque yo llevo ya dos divorcios. Y hoy... estoy perdido, no valgo medio de porquería en una isla extranjera, dos veces extranjera, sin cargo, sin profesión y con un viudo y su muerta encima..., perdón. ¡Coño! Por lo menos se me permitirá echar un chiste...

**EMIRO.** Macabro, no.

**ARVELO.** O hacerme la pregunta, si Anna, su esposa, estaba tan mal ¿para qué se la traía corriendo un peligro tan grande? Y ahí tiene, ya usted ve, se le murió. En sus brazos, espero que no. Pero nos echó la gran plasta. Y nosotros, porque somos de protocolo, que si no, estaríamos jodidos con esos *business class* de allá abajo. ¿Viste las monjas que cargaban una guitarra? ¿Y unos roqueros vestidos de negro y con ganas de almorzárselas? Allá abajo se va a prender una coñaza. Carajo, un güisqui no me caería nada mal ahorita. ¿Me burlo o me interrogo? ¿Usted qué dice?

**EMIRO.** Que cada ladrón juzga por su condición. Si usted está maliciando cosas es porque es capaz de concebirlas y hasta de llevarlas a cabo. Yo no. Y no tengo por qué contestar.

**ARVELO.** Ay, sí. Está por encima de mí y de mi experiencia. Por encima de mis ideas y de mi inteligencia. Un hijo de papá se da el lujo.

**EMIRO.** Cállese ya. No voy a discutir con un borracho. (*Lo va a dejar, pero ...*) Además, yo no soy un corrupto como usted a quien todo el mundo conoce por sus malos manejos de la cosa pública.

**ARVELO.** La cosa pública... Pero la cosa privada sí la manejo de pinga, no la tengo envenenada como el viudo aquí.

**EMIRO.** ¡Qué patán!

**ARVELO.** ¡Qué marico, vale! Patán. ¿Ese no era un perro de una comiquita?

*(Se van a las manos y llega la AZAFATA con un güisqui. Los consigue agarrados por la pechera.)*

**AZAFATA.** ¡Señores! ¡Señores!

**ARVELO.** *(Con la AZAFATA.)* Aquí, disfrutando de la esperada concordia nacional.

*(EMIRO aprovecha para darle un golpe en la cara y dejarlo tendido.)*

**AZAFATA.** *(Después de un momentico.)* No sé por qué me lo esperaba. No me sorprende.

**ARVELO:** *(Desde el suelo.)* ¡Esa vaina fue a traición!

*(La AZAFATA ayuda a incorporarse a ARVELO y lo lleva a un asiento. Con una servilletica mojada le limpia el rostro.)*

**AZAFATA.** Me voy a permitir hablarles fuera de mis obligaciones. A mí me gustaría... Bueno, es necesario que se controlen, ¿verdad? Lo de ustedes ya es un comportamiento, desde cualquier punto de vista, inaceptable.

**EMIRO.** ¿Hay alguna manera de que yo me pueda ir a otra parte? ¿Una oficina? ¿Un baño?

**ARVELO.** La cabina del piloto, esa es la que le corresponde. Después lo enviamos a Miami.

**EMIRO.** Cállese de una vez.



**AZAFATA.** Por favor... No sigan. Mire, este es el mejor espacio que pudimos encontrar. Esto es un sitio abandonado, es una terminal de estación cuando vienen las temporadas de turistas y eso. Pero ahora está bajo el resguardo de los norteamericanos, y mire que ha sido difícil que nos dejaran meternos aquí. Reconozco que es más como una instalación fantasma y no hay personal que la atienda. Pero dentro de todo, no está tan mal. Es una emergencia.

**EMIRO.** Usted no entiende que este señor...

**ARVELO.** (*Como un gallito.*) ¡¿Qué?! Este señor, ¿qué? Tú, con todo y tus cargos...

**EMIRO.** Respeta... Yo te he tratado con el debido respeto.

**ARVELO.** Se nota, hermano... Tu respeto y tus cargos te lo puedes meter por... No te digo por consideración a la señorita.

**EMIRO.** Porque eres un cobarde y te puedo volver a dar tu coñazo. Tienes miedo.

**ARVELO.** (*Violento.*) Culo. Por el culo. Y lo dije. Yo soy un diputado, no joda. Que unos maricones traidores con cachuchita e insignias y medallitas den el culo por unos reales y unos privilegios, no me quita en ningún país serio mi dignidad como representante del pueblo. Ay, sí. Me pegaste, me pegaste. Te aprovechaste y me pegaste. Por sorpresa. Gran cosota. De golpes más grandes nos hemos parado.

**EMIRO.** Tres cosas que no te caben en la boca de puro grandes y de puro ajenas. Primero, el pueblo, ustedes hablan del pueblo y es como un saco y meten mano del pueblo, del pueblo, y ustedes mismos no saben lo que hay en el saco ni por dónde va a terminar reventándose. El que te va a joder es el pueblo, el que te va a robar es el pueblo, el que te va a hacer la vida imposible, donde todo debería ser un paraíso, es el pueblo.

**ARVELO.** No importa, porque no hemos sido los únicos con el tradicional respaldo del pueblo. Solo que en nuestras manos tiene el brillo de una novedad.

**EMIRO.** Es verdad, no han sido los únicos. ¿Y por eso vas a estar tan orgulloso? Pero “el pueblo” después monta unos tribunales igualmente “populares” y cortan cabezas. Hasta la del más apoyado, hasta la del más novedoso.

**ARVELO.** Eso es puro discurso. Eso eran los rusos, la Revolución francesa. Pura habladera, teoría, supraestructura, que llaman. Le tienen miedo al pobre. Conéctate con la realidad, bájate de esa nube y sube cerro, toca a la gente. (*Con la AZAFATA.*) Aquí, mamita, aquí es que me duele y ese desgraciado anticomunista me pegó.

**EMIRO.** Después, el país serio. ¿Tú crees en un país serio? ¿Tú conoces algún país serio? Si a ti se te hace una ofensa, tú estás esperando de la ONU, ¿de dónde estás esperando tú que se te haga justicia? No es la seriedad, eso le quedó grande a los políticos, al planeta... Esta es una bola azul girando sin concierto en el espacio, pero además es una burla muy grande, chico.

**ARVELO.** No. No, por favor. Dile, mija, que no se ponga teológico. Un golpe es un golpe y (*Con EMIRO.*) tú mismo me lo vas a reconocer, aunque tú seas un payaso de un circo de a locha, coño. (*Con la AZAFATA.*) ¡Ay! Aquí, aquí.

**EMIRO.** Y por último, que no se me olvide, lo del golpe. Nadie se recupera de un golpe ya recibido, te puedes desquitar, te puedes poner de pie, después de haber tambaleado, te puedes hasta erguir de cólera, de engeimiento, pero te di tu coñazo y nadie me quita lo bailado. Así como tu impertinencia no se puede recoger después de cometida, tu bastardía, tu falta de humanidad... Así un golpe bien asestado, no quiero, ni puedo, echarlo para atrás. Es una vaina... inexorable.

**ARVELO.** (*Aplaudes.*) Hablando puras güevonadas. (*A la AZAFATA.*) Gracias por el güisqui. (*Lo toma.*) Pero ¿tú ves? Aún dominas cierta lógica, te vas a las manos y todavía puedes elaborar una disertación. Tú tendrás mucho método, y mucho mérito, pero ninguna razón.

**EMIRO.** Tengo razón porque la ira no me ciega y méritos tienes tú para que te echen una pasada de peinillazos...

**ARVELO.** Habló el militar, por fin.

**EMIRO.** ... por sinvergüenza.

**ARVELO.** Ya me los dieron, uff, cuando estudiante. Eran otros tiempos. Aquí, mamita. (*Se chupa los dientes.*) Ay, eso sí duele. Ese es un abusador, un violento, un predicador del odio, ¿ves? Por fuera es como un personaje de película, como un *lord* inglés, pero todos sabemos que lleva un simio por dentro. (*A EMIRO.*) Mírame. Esto se lo voy a contar a mis compinches en lo que pueda. Así empecé yo a consolarme en el exilio dorado, en los brazos de una bonita azafata.

**AZAFATA.** ¡Usted está hablando de mí! No sea imbécil. Suélteme.

**ARVELO.** ¿Tanta guerra y no te habías dado cuenta?

**AZAFATA.** A mí me daría vergüenza. Usted es un perro, un abusador, está borracho... Es chocante, repugnante más bien.

**ARVELO.** Pero ¿qué es esto? ¿Una marcha contra el Gobierno?

**EMIRO.** Ahora se va a poner con la muchacha. Lo que sea para pasar el rato.

**ARVELO.** A mí me siguen gustando las mujeres. ¿O es que los viudos tienen prioridad?

**EMIRO.** Esto lo vamos a arreglar. De algún modo, vamos a salir de usted.

**ARVELO.** Ya lo intentaste por la fuerza.

**EMIRO.** Aquí alguien debe tener un mínimo de autoridad, ¡coño!, que ponga el orden. Y prefiero irme a buscar que aguantar este mal chiste irrespirable.

**AZAFATA.** (A **EMIRO.**) Señor, yo puedo...

**EMIRO.** Deje que yo voy solo. Tampoco es que soy un inválido. (*Se va.*)

**ARVELO.** De bolas que no se vale. Me cogió de sorpresa. (*Canta guaracha mientras bebe apresuradamente.*) “Borracho no vale, no señor / Borracho no vale, cómo no.”

**AZAFATA.** ¡Señor, por favor! ¿Por qué se porta así?

**ARVELO.** No le pares, mijita, estos bichos son unos coños de su madre.

**AZAFATA.** Se le murió su esposa y usted...

**ARVELO.** ¿Y eso les quita lo coñoè madre? Son unos blanqueados, unos pretenciosos, no joda, se la dan de una vaina fina, las manos pulcra y el culo cagao.

**AZAFATA.** Déjese de eso, ya basta de groserías, compórtese como gente decente.

**ARVELO.** Mira, mamita, no me hables como una tía que aquí no hay decencia ninguna. Estos tienen más que los demás porque robaron igual, más que los demás, o porque manejan más armas que los demás, o porque sus primos gringos amenazan con venir a defenderlos, si no... La misma bola de negros que se creen catires, con diferente cachimbo.

**AZAFATA.** ¿Y a qué viene eso ahora? El golpe como que le quitó el humor. No logro entender. El señor está en una situación delicada.

**ARVELO.** ¿Y yo no estoy en una situación delicada? ¡Coño, hija!

**AZAFATA.** Pero usted se empeña en provocarlo.

**ARVELO.** ¿Te sabes el cuento de Buñuel?

**AZAFATA.** No sé quién es ese.

**ARVELO.** No importa. Iban unos republicanos rojos, comunistas, por una acera e iba un cura católico pacíficamente por la otra, y ante tal provocación...

**AZAFATA.** Esta vez tampoco le entiendo.

**ARVELO.** Que le cayeron a coñazos, miija.

**AZAFATA.** ¿Y usted está de parte del cura?

**ARVELO.** ¡Coño! Déjalo así. Tú tienes una parte de la cabeza, de la mente —de la personalidad, será—, una parte de ti mocha.

**AZAFATA.** Ah, no, a mí no me va a insultar.

**ARVELO.** ¡Qué jodienda! Pero si resulta casi un halago en este desbarajuste de mierda. ¿Para qué te iba a insultar? Si tampoco me ibas a entender.

**AZAFATA.** Yo no soy tan bruta, ¿sabe? Yo podría estar sembrando papas en La Grita de donde es mi familia, con una chorrera de muchachos y en calma. Yo he llegado a mi profesión porque algo entiendo, ¡no joda! Yo sé que las cosas van mal, que tumbaron al presidente, que son meses de racionamiento, de paro, que no hay trabajo, que la vaina es peligrosa, que una sale a la calle y a lo mejor no vuelve. Que hay que hacer una maldita cola para todo, que la gente se corrompe, que hay un portaviones gringo merodeando por el Caribe, que mi mamá tiene tres meses que no duerme bien con la angustia, que va a pasar algo... Bueno, usted sabe mejor de eso que yo, pero su actitud no ayuda para nada. Y cada vez que una pisa el extranjero le preguntan como con saña, y una debiera tener vergüenza. Ahora no se sabe si los vuelos regresan o nos tocará quedarnos de emergencia, asilados, en un país de esos.

**ARVELO.** Ajá. ¿Y qué concluyes tú de eso?

**AZAFATA.** Bueno..., lo que se ve...

**ARVELO.** ¿Qué ves tú?

**AZAFATA.** Usted está con el Gobierno..., pues...

**ARVELO.** (*Por EMIRO.*) El otro mamarracho también estaba, pero aquí lo ves, corriendo la milla en uno.

**AZAFATA.** Igual que usted.

**ARVELO.** (*Casi grita.*) No es lo mismo. A mí, seguro que me andan buscando. ¿Tú lo ves, a él, siquiera alterado?

**AZAFATA.** Un poco triste.

**ARVELO.** Sí, como un poeta inspirado de otro siglo. ¿Pero lo ves arrepentido, arrecho, inconforme, resentido, dolido, en crisis?

**AZAFATA.** No sé, esas cosas se llevan por dentro.

**ARVELO.** Pero a mí me ves distinto, ¿no es así?

**AZAFATA.** Pero es que usted no se guarda nada. No cierra la boca.

**ARVELO.** A él también se le nota. ¡Verga! ¡Grandísima car'e verga!

**AZAFATA.** Usted es un borracho.

**ARVELO.** Y a él se le nota que colaboró con este golpe.

**AZAFATA.** ¿A usted le parece? Yo no veo nada.

**ARVELO.** Porque él no siente nada, es como un florero, pero sin agua y sin flores, una máquina, una vaina ahí, muerta por dentro. Y todavía con un orgullo de la puta madre.

**AZAFATA.** No sé, de verdad.

**ARVELO.** Él jura que se la comió, que se botó con todo esto. Ahora se iba a retirar a Europa para gozar los dividendos. Y se le murió la mujer, ¡qué vaina! No te digo que la justicia existe porque yo soy una muestra de que no, pero qué fresquito. Será un gran contratiempo... para él, para sus planes.

**AZAFATA.** Para todos, en realidad.

**ARVELO.** ¿Y qué concluyes tú?

**AZAFATA.** Yo solo creo que hay un malestar general. Es mi percepción sincera.

**ARVELO.** Ahhhh. ¿Quieres que te diga una cosa, desde el corazón, sin que me quede nada por dentro?

**AZAFATA.** Diga.

**ARVELO.** A mí tu sinceridad, tu percepción y tu malestar general, tu brillante conclusión, me las paso por el forro de las bolas. Eres bruta, eres brutísima. Pero no es tu culpa, ni de tus genes gochos, es que vives rodeada de pura mierda.

**AZAFATA.** ¡¡¡Mire!!! No hablo más con usted. Consúmase en su propia salsa.

**ARVELO.** Eso me pasa por estar tratando de entenderme con la indiada.

**AZAFATA.** (*Ofendidísima va a salir, pero...*) ¿Usted puede, en la vida real, por lo menos, dirigirse a alguien con un poco de respeto? (*Desafiante, va hasta él.*) ¿Qué te pasa?

**ARVELO.** (*Se burla.*) ¿Qué te pasa es pa pelear?

**AZAFATA.** (*Lo agarra de la pechera.*) ¿Qué te pasa, maldito?

**ARVELO.** ¡Epa, me vas a botar el güisqui! (*Después de mínima pausa.*) Te lo puedo decir en una sola palabra. Que no la vas a entender tampoco. Te lo digo de una. Tengo miedo. (*Termina el trago, cambiando de tema rápido.*) ¿Qué? ¿También me ibas a pegar tú? ¿Les enseñan artes marciales, defensa personal? La ibas a pagar conmigo, con el más pendejo, con el hijo de María Güevona, la panadera.

**AZAFATA.** ¿Miedo?

**ARVELO.** Miedo, bueno. Ustedes son como unos zombis, los entrenan, son castrados emocionales. Los enseñan a ser insensibles y correctos, a sacar provecho, la mejor tajada. Una sonrisota plástica para tratar con los problemas de la gente, después de todo son pasajeros, pasan, es por un ratico no más. Pero yo soy un ser humano, no joda.

**AZAFATA.** (*Insiste.*) Entonces es eso.

**ARVELO.** Miedo, pánico. ¿Ustedes no pueden neutralizar a un payaso como yo fuera de sí? ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué no lo ha hecho todavía? Una inyección, un *paralyzer*. Sí, tengo un miedo que no sé por qué no me cago en los pantalones y ustedes son incapaces de comprender una emoción así de sencilla, coño, y ponerle remedio.

**AZAFATA.** Yo también puedo sentir miedo, señor. Ni robot, ni humanoide, ni zombi. Tengo impresiones muy fuertes con eso. Mis miedos estaban asociados a mi papá. No sé, así me pasaba. Una personalidad muy fuerte. Recuerdo que una tarde fuimos a la playa, imagínese, una carajita como yo, de montaña. Nunca estábamos solos, juntos, pero yo recuerdo ese paseo a la playa, nosotros dos juntos, mi papá y yo, el uno para el otro y yo era pequeña, no tanto como para no entender, y yo cabalgaba sobre sus espaldas y lo sentía macizo, rudo, enorme, como una pared. Y nuestro juego consistía en avanzar sobre las olas, yo siempre abrazada a su cuello, apretada a su espalda con todo mi cuerpo y llegar a donde era más temerario, excitante, porque ni siquiera sus grandes pies tocaban fondo, y en medio de aquella turbulencia, risas, sacudidas, golpes de olas; yo me divertía indeciblemente y a la vez tenía la certeza de que estaba haciendo algo malo, terrible, aferrada al cuerpo de mi papá. Y de pronto él se sumergía y me dejaba, gracias a una maniobra, sola en medio del mar, a punto de tragar agua, valiéndome de mis limitadas habilidades para nadar. Y luego reaparecía, emergía en un remolino de burbujitas, con una risa explosiva, y un abrazo que me suspendía y me consolaba de ese momento de terror.



**ARVELO.** (*Frenético.*) Tú me estás jodiendo, tú me estás jodiendo. ¡Es eso! Vas como en una bandeja sobre la palma de la mano de Dios y de pronto Él retira la mano. ¡Coño! Es increíble.

**AZAFATA.** No se ponga así, señor.

**ARVELO.** Te precipitas y te escoñetas con bandeja y todo. ¡Dios mío, coño, gracias! Gracias por este piso, por esta solidez... (*Besa el suelo.*) aunque sea una isla, aunque no la he visto nunca en un mapa. Se esperola la vaina, una ruina, una chatarra. Pero aún estamos con vida.

**AZAFATA.** ¡Contrólese!

**ARVELO.** (*Cínicamente tranquilo.*) Solo nos queda esperar que reaparezca papá. Un papito que se divierte abrazando a su muchachita, hasta una perversión había por ahí en el medio. ¿No recuerdas un bulto, una cosa más prominente que de costumbre?

**AZAFATA.** ¡Miserable, no, no recuerdo nada!

**ARVELO.** Pues yo tampoco veo nada de gracioso en este jueguito morboso de diosito. Yo estoy es cagado, ¿me entiendes?, sin tus enfermedades sexuales, psicológicas... Nos quieren es joder. Se pusieron de acuerdo y ¿no nos van a querer joder? Es mucho real en juego, petróleo, influencias, poder sobre la gente, supervivencia. Nos atrevimos y mira. Los desafiamos y mira. Me deben estar persiguiendo. (*Trata de mirar afuera.*) Aquí debería aparecer un consulado, una embajada, un asilo antes de que lo perjudiquen a uno. El país tiene sus dueños, nadie sabe sus nombres, nadie los conoce; hasta ayer se supo un apellido, una personalidad oscura tras bambalinas y un coro de traidores que aplaude la maniobra.

**AZAFATA.** Como que le cayó mal este otro güisqui. Me arrepiento de habérselo traído.

**ARVELO.** ¡Qué coño vas a saber tú, bolsa, más que bolsa! En tu país acaban de dar un golpe de Estado, una vaina sería de verdad y tú estás aquí jalando bolas.

**AZAFATA.** Está visto, con usted no se puede. Es un grosero y un malagradecido. No hay diálogo decente posible. (*Se va.*)

**ARVELO.** ¿Y qué parte del diálogo decente es esa en la que me dan un coñazo por la cara, no joda? (Ella se ha ido.) Esto es demasiado humillante. (*Se tambalea y casi se cae.*) ¡Verga! ¡Dios! ¡Tengo que salir de esta isla de mierda! (*Busca la entrada.*) ¿Esto es una isla, no?

(*Reaparece* **EMIRO** *misteriosamente calmado.*)

**EMIRO.** Estás borracho, de vuelta y media. Ese es tu problema.

**ARVELO.** (*Desafiante.*) ¿Qué problema, marico?

**EMIRO.** Podrías hasta tener la razón, Arvelo. Pero estás ebrio.

**ARVELO.** ¿Ebrio, marico? Peo pa'l coño. (*Lo sigue por el espacio como un boxeador midiendo a su contendor, preparando el ataque. EMIRO lo elude prudente.*) Hay que cuidarse, el mal se nos viene de cualquier parte. Especialmente de los culitoapretados como tú. (*Tira golpes, pero está muy lejos para alcanzarlo.*) ¿Qué? ¿Ya me denunciaste, pajúo? ¿Ya me pusiste la piedra con tus “aliados”? ¡Los aliados! Aliados por el bien del mundo. ¿Aliados no son unos dulces gochos que tienen una línea oscura en el medio, como un culo sucio? (*Ríe.*)

**EMIRO.** Paranoico, vulgar, no tengo aliados.

**ARVELO.** Nooooo. ¿Y el culo sucio? Tienes es confianza en la autoridad de los otros. La autoridad de los catires del Norte...

**EMIRO.** También pueden ser negros.

**ARVELO.** También, ahora lo son, pero tienen ese bolsillo rubio, mano. Porque respetar a estos mediocres, a estos indios, a estos pata en el suelo, es *too much* pa una vaina progringa como tú. (*Como consigna.*)

¡Fascista! ¡Fascista! Una pelota, una bola gigante de acomplejados. Eso es lo que son.

**EMIRO.** El que parece estar acomplejado y resentido eres tú.

**ARVELO.** ¡Ay, me está hablando el del curso de superación personal! El que estudió en Panamá y en Fort Lauderdale. La burguesía ilustrada. El progreso. Pero... (*Empieza a relajarse.*) ¿Cómo llegó Albertico Limonta a militar?

**EMIRO.** Mejor te quedas tranquilo, chico, Arvelo. Que ahorita te ponemos a dormir; y cuando despiertes ya estarás en Madrid, o en Suiza, huyendo...

**ARVELO.** Sí, güevón, o en Guantánamo con una capucha anaranjada tapándome hasta los ojos.

**EMIRO.** Tú si eres faltè respeto, vale. Faltè respeto y exagerado.

**ARVELO.** Te veo venir, Emiro Páez Rendón. Con tus medallas y tu uniformito verde. Por fin te reconozco la cara.

**EMIRO.** ¡Cuidado, vale! Siempre hay un marico que se enamora de uno.

**ARVELO.** Te veo demasiado tranquilo. Tu misterio tendrás. Tú con tu carrera impoluta, sin mancha, sospechoso, vas y te retiras, renuncias cuando la revolución te necesita.

**EMIRO.** ¡Pero tú sabes de mis cosas! (*Risueño.*) ¿Serás de un cuerpo de inteligencia?

**ARVELO.** ¡No! De un cuerpo de brutalidad. Pero hay un misterio.

**EMIRO.** Ningún misterio. No estoy de acuerdo y basta.

**ARVELO.** ¿No estás de acuerdo? Me querrás joder. Renunciaste y sí supiste defraudar. Porque esa es tu misión en la vida, defraudar. Primero a tu mamá, a tu esposa... A tus hijos, seguro. A las cebollas, ¿por qué no?

**EMIRO.** ¿Vas a continuar la novela, chico?

**ARVELO.** A los cuadros del partido, a los batallones. Pero no basta. La gente como tú, tan sifrina, siempre tiene una agenda oculta.

**EMIRO.** ¿Porque no me gusta trabajar con pendejos? ¿Con uno más pendejo que yo?

**ARVELO.** Esas son tus razones. Tus complejos.

**EMIRO.** ¿No será tu falta de méritos?

**ARVELO.** ¿Y los tuyos? Militar al fin. Te tienen el mojón pisado. Te lleva de la nariz un tipo así —no un pendejo—, un nórdico, uno como el de la avena Robin Hood. (*Pone los brazos en jarra y saca el pecho.*)

**EMIRO.** ¿Esa es la superioridad según tú? Mira quién habla de fascismo.

**ARVELO.** (*Arriesgando una hipótesis casi valiente.*) Y por eso me van a “tranquilizar” con un narcótico, ¿no? Me van a dormir. Me vas a entregar.

**EMIRO.** Pero tú si eres culillúo, vale...

**ARVELO.** Antes me tratabas de usted. Señor viudo, mi comandante.

**EMIRO.** ¿Te sorprende que te hable en tu registro, a tu nivel?

**ARVELO.** “A nivel de”. Se dice en tu nivel, coño, oficial, me “decepcionates”.

**EMIRO.** Un poco de confianza. Tú has saltado, has desbordado todas las barreras de la simpatía.

**ARVELO.** ¿Simpatía? ¡Un güevo! Me diste un golpe en la cara.

**EMIRO.** Te metiste con la difunta. ¡Qué abuso, vale!

**ARVELO.** (*Ríe.*) ¿Verdad? ¡Qué abuso! Pero ustedes los escuálidos si son delicados.

**EMIRO.** ¿Escuálidos? ¿Delicado porque me duele mi mujer? Mira lo que me encontré. (*Le muestra una jeringuilla cargada de líquido transparente.*)

**ARVELO.** ¡Qué! ¿Lo vas a hacer tú mismo? (*Sonríe y de repente pega un brinco.*) ¿Viste que eres un coño de madre?

**EMIRO.** ¿Te asustaste?

**ARVELO.** Una mierda, un traidor a tu patria.

**EMIRO.** (*Lo sigue lentamente por el espacio de la sala.*) Yo no participé de ningún golpe de Estado. Tú insistes y siempre te equivocas.

**ARVELO.** Me vas a tener que matar, güevón.

**EMIRO.** Te voy a poner a las órdenes de unos simpáticos colegas gringos.

**ARVELO.** ¡A las órdenes! Me vas a poner como ustedes, a las órdenes de esos hijoeputas.

**EMIRO.** No tiene nada que ver con política. Te vamos a detener por razones puramente... profilácticas. Te enajenaste y tuvimos que controlarte.

**ARVELO.** Estás hablando en plural. Coño, sí hay una confabulación, una componenda.

**EMIRO.** Lo hago por Anna, mi difunta esposa. (*Divertido.*) ¡Te avisaste, Arvelo!

**ARVELO.** Ar velo, Ar velo, de bolas que me avisapé.

**EMIRO.** Yo creía que no iba a hacer falta, porque te caías de borracho. Como ese gobierno ique revolucionario, flojito, flojito, se caía de borracho, de triunfal. Pero son tan ingenuos que van a creer que la derecha se va a quedar inmóvil y conforme mientras le quitan, no joda, el petróleo, el país.

**ARVELO.** Estás clarito, vale.

**EMIRO.** Los que tienen un pastiche en la cabeza son ustedes, que no saben ni qué mierdas son.

**ARVELO.** Yo soy un revolucionario convencido. Socialista, coño. El componente más sólido, más duro...

**EMIRO.** Yo te veo aguaíto. Y más aguaíto te vas a poner cuando se te aflojen las piernas con esta aplicación. (*Vuelve a acosarlo con la hipodérmica.*)

**ARVELO.** (*Mientras huye le muestra los puños desafiándolo a pelear.*)  
¿Por qué no te vienes como un hombre? Sin esas trampas, sin ventajas.

**EMIRO.** Si yo he soportado todas las que me has hecho hasta ahorita y la situación, por fin, me da la ventaja, ¿por qué no la voy a usar?

**ARVELO.** Porque no es de caballeros.

**EMIRO.** ¿Tú me estás reclamando por el honor? ¿Eso no había quedado para cuatro inútiles con disfraz? Esas fueron tus palabras. Se me olvidaba que estaba hablando con un borracho, peo pa'l coño. (*Lo atrapa al fin.*)

**ARVELO.** (*Se defiende.*) ¡¿Qué haces?, coño, no lo hagas! (*Grita.*)  
¡Auxilio, coño, auxilio! Me van a secuestrar, me van a hacer desaparecer. ¡Yo soy un diputado de la República!

(**EMIRO** le suelta un chorrito de agua a la cara.)

**ARVELO.** (*Desconcertado.*) Esta vaina es agua. Lo sabía, desgraciado.

**EMIRO.** (*Se ríe.*) Cagón. Faltè respeto y cagón. Insolente, bruto como una pared, cobarde, pura bulla. Y no me consideras, por eso puedo lidiar contigo tan fácilmente. A pesar del dolor. A pesar del luto, te lo digo.

**ARVELO.** Claro... Segunda vez que me jodes.

**EMIRO.** Cállese ya. ¿No le da vergüenza ser tan... poca cosa?

**ARVELO.** No me voy a callar. No me da la gana. Yo pataleo hasta el último respiro. Es mi derecho. Soy humano, no joda.

**EMIRO.** Y la parte más dura de la revolución, ya lo dijo.

**ARVELO.** Ese es el problema con ustedes. Son tan ciegos, tan disociados que no ven una verdad evidente: que la historia dio una vuelta, que hizo como una ola en la playa y ¡suasss!, los revolcó, los exprimió y los abandonó como una alga de esas pegada a un escombros o en la arena. Sargazos creo que llamaba Colón a esa vaina. El mar de los Sargazos, ¿no? Yo, la ola; ustedes, Sargazos.

**EMIRO.** A mí ninguna ola me ha batido contra el piso. Aquí los que se cayeron de un coco fueron ustedes, los de la “revolución”.

**ARVELO.** Bueno, si nos jodieron, la revolución contará para la historia.

**EMIRO.** Usted, compañero, está loco si cree que esto es una revolución, esto no es más que la continuación del deterioro general de las cosas que empezó hace algún tiempo.

**ARVELO.** ¿Deterioro? Claro, tú no ves que en varias vainas hay mejoría. (*Pausita.*) Bueno..., no lo niego, hay los que se están llenando, robando como locos.

**EMIRO.** ¿Como usted, por ejemplo? ¿Como su compadre Piña Arzelay que matraqueaba?

**ARVELO.** No me jodas, que mi compadre era un héroe y me lo dejaron achicharrado, enrosquetado como un tornillo.

**EMIRO.** Tu carácter es tu destino, como decían los griegos.

**ARVELO.** ¿Y eso lo complace a usted? ¿Ve el grado de inconsciencia, de odio? ¿Para dónde llevan ustedes la vaina? ¿Mi compadre se lo merecía, según ustedes! Eso es sadismo. ¿Qué quedará para mí?



**EMIRO.** Platón decía que los espíritus vulgares no tienen destino.

**ARVELO.** Se jodió ese país entonces. ¿Qué, en los cuarteles se distraían leyendo frases célebres? Pero a mí me asustan los países con destino. Nos llevan al acabose.

**EMIRO.** Si ese es un consuelo para el eterno bochinche, también sirve.

**ARVELO.** Ningún bochinche. Este es simplemente el mundo al revés. Como *Alicia en el país de las maravillas*, o *al otro lado del espejo*. Como una isla de Gulliver. Aquí no se aplican las máximas de la antología cuartelera.

**EMIRO.** No. Y ahora me va a justificar el desorden porque nosotros somos los padrinos de Macondo y del realismo maravilloso.

**ARVELO.** ¿Dónde, si no aquí, allá en la patria, se puede dar una escena como esta? Imagínese, hay un operativo y allanan una mercancía porque la estaban vendiendo a sobreprecio. Pongamos que eran unas caraotas. Se acerca una señora muy ofendida, una clienta, indignada, gritando que la dejen ser libre, que ella quiere su libertad para pagar sus caraotas más caras. El funcionario, que debería ser el malo de este cuento, le explica que el operativo es por su bien y que él se las vende baratas o se las regala; y la señora, (*Imita a la señora.*) “Que esto es una dictadura, yo las pago como me da la gana”; y se pone frenética y grita y patalea. Vienen las cámaras de televisión a dar constancia del abuso de autoridad y del crimen contra los derechos humanos. La señora se luce, son sus minutos de fama; abre el paquete de caraotas y se las riega en la cabeza al funcionario. “Quiero mi libertad”.

**EMIRO.** Eso es descontento, eso es producto del despelote que se ha fundado. Una guarandinga ingobernable ahí.

**ARVELO.** Eso es histeria, locura, paranoia y odio, vale.

**EMIRO.** Bueno, revísense a ver quién está generando una población inconforme hasta con su propio beneficio.

**ARVELO.** Bueno, revisémonos. (*Énfasis en “nos”.*)

**EMIRO.** Quiero decir, una revisión sin excusas, con mística, con disciplina.

**ARVELO.** Un revolucionario tiene disciplina, crea su propia disciplina. Y en eso soy inexpugnable.

**EMIRO.** Sí, ya te vi inexpugnable, con las patitas temblando de terror, como con un beriberi, como estremecido de una cueriza.

**ARVELO.** Habló la barbarie. Sádico. Fascista.

**EMIRO.** ¡Ustedes, que creen que esta vaina todavía es una hacienda ganadera!

**ARVELO.** No me jodas tú. Si hemos introducido al país en el siglo veintiuno. Nosotros iniciamos la época moderna, el socialismo, la vaina. Eso me lo vas a reconocer junto con todos los cambios para mejor que hemos hecho.

**EMIRO.** ¿Cambios para mejor? Sinceramente, veo muy pocos si no ninguno. Pero el sistema se va para abajo, al carajo viejo.

**ARVELO.** Eso es que te duele porque los reales ahora cambiaron de manos. “Mira, aquel tiene una camionetota”. Claro, porque antes la podías tener solo tú y tus compadres.

**EMIRO.** Le estoy hablando de desintegración.

**ARVELO.** “Una parte tiene que morir para que la otra termine de nacer”.

**EMIRO.** ¡Carajo, qué bruto! ¡Y lo dice delante de mí! ¿Morir como mi esposa? Expatriada y ahora huérfana.

**ARVELO.** Ah, ¿tú ves? Yo no la maté. Los muertos son los únicos que no tienen compañía y eso nadie lo va a cambiar. ¡Coño, para algo se murieron!

**EMIRO.** Eres incapaz de entender. Yo no te estoy pidiendo que me des el pésame. Pero tú tienes que estar loco, vale. Mi esposa les temía a ustedes. Están llenos de palabras y de rabia, de inquina contra los demás.

**ARVELO.** ¡Ahora el violento soy yo! Y tú me estabas amenazando con un objeto punzopenetrante, y me pegaste.

**EMIRO.** Y tú me estás jodiendo. ¡A mí se me murió mi mujer!

**ARVELO.** ¡¿Culpa del Gobierno, también?!

**EMIRO.** (*Casi grita.*) Yo no estoy hablando de eso. Pero no es tan difícil imaginar que yo ahorita esté lleno de... sentimientos, no sentimientos, emociones contradictorias, (*Sinceramente conmovido.*) una cosa más básica, más vergonzosa.

**ARVELO.** Es que soy una ladilla, lo sé. Pero tú sientes odio, ¿verdad?

**EMIRO.** No, odio no. Primero el aturdimiento, la sorpresa; yo nunca me esperé que las cosas fueran de este modo. Todo es opaco, desencajado, sin color. Y luego ese cuerpo, el que fue de mi esposa, junto al mío, con una mueca indiferente, sin propósito, sin intención alguna.

**ARVELO.** Es que uno jamás pierde las esperanzas y no cree que se va a consumir de un momento para otro. Yo entiendo lo de la sorpresa.

**EMIRO.** Que ni siquiera llegara a dolerme verdaderamente. Agudo, como una mordedura, como el ardor de una quemada, nada de eso. Y luego tú, que eres un caso que no deja respirar, que lo compromete todo, que no da chance para meditar nada.

**ARVELO.** Pero dese un tiempo. Primero es el desorden de una pérdida, después llegan los recuerdos y le aseguro que ahí sí le va a doler, con seguridad. Pero pasa, mi hermano, todo pasa, usted va a ver.

**EMIRO.** (*Sonríe.*) ¡Vas a terminar consolándome! Pero yo no necesito consuelo, necesito calma, paz y organización alrededor. Algo sólido, algo que repare el desfase, lo absurdo de la situación.

**ARVELO.** (*Le impone las manos.*) Lo considero, amigo. (*Suspira.*) Y en estas circunstancias... (*Pausita.*) Pero ahora que estamos aquí, juntitos, y que estamos amiguitos, aquí, tú me tienes que confesar que ustedes fueron los que le pusieron la bomba a mi compadre Piña.

**EMIRO.** ¡Coño, vale! Nosotros, ¿quiénes?

**ARVELO.** ¡Verga! No te hagas el loco.

**EMIRO.** Hay cosas que no se van a saber nunca. ¿Le duele su compadre? ¿Por qué la responsabilidad de esa muerte iba a ser justamente mía?

**ARVELO.** Cuando el río suena, piedras trae.

**EMIRO.** Usted sabe que es un chisme, ya se lo había dicho.

**ARVELO.** ¡Verga! ¡Qué descarado!

**EMIRO.** No creo que sea buen momento para hacerme esas acusaciones.

**ARVELO.** ¡Verga, me estás amenazando! ¿Debo temer algo? ¿En serio?

**EMIRO.** No estoy amenazando, vale. Antes uno ni se daba cuenta, ahora vivimos bombardeados porque lo que vale es el grado de información o desinformación que logren imponerle a la gente...

**ARVELO.** ¡Verga...!

**EMIRO.** ¡Y deje la verga! De donde nosotros venimos, usted y yo... Y como su Gobierno ha puesto las condiciones, siempre podemos esperar algo peor.

**ARVELO.** ¡No, hombre! El país siempre ha estado al borde del desastre.

**EMIRO.** Pero en estos últimos días ha hecho grandes avances, hacia la catástrofe.

**ARVELO.** Claro, la conciencia de las cosas malas te empieza a amargar, no te deja vivir... (*Se detiene.*) ¿No me lo vas a decir, entonces? ¿Que ustedes mandaron a matar a mi compadre, al oficial Piña Arzolay? De eso sufría su esposa. ¿Ve que sí entiendo?

**EMIRO.** No puedo creer que usted vaya a insistir. ¡Y va a meter a mi señora en ese crimen!

**ARVELO.** ¡No, chico! A mí se me va a caer la cabeza de pensar en esta injusticia tan grande por la que pasa un país... Ese es el problema de la conciencia. Catástrofe de conciencia. Y, claro, la necesidad de un cambio.

**EMIRO.** Yo no sé nada de eso. Esto no se parece al cambio que yo esperaba. Lo que me han estado pintando desde que yo era un adolescente. Lo que yo he visto es mucha y la más fea decadencia.

**ARVELO.** Pero es que la decadencia no es de ahora.

**EMIRO.** No, claro que no. Es antigua, ha dejado marcas visibles, en nosotros, en las ciudades. En la forma de vivir, de alimentarse, la forma de vestir, la música que se oye, las cosas que se piensan, las que se creen y la calidad y el trato de la gente.

**ARVELO.** Reconozco que es inaceptable acusar a una fallecida reciente, es muy escabroso, muy de la chusma, ¿verdad? ¿O sea que cree que el país, como nación, como ambiente para vivir, no vale la pena?

**EMIRO.** ¡Coño, no es lo que quiero decir! Pero no es precisamente como para una publicidad turística. Había una esquina en una avenida principal, en la calle donde todo aquel que era alguien en el Gobierno tenía una casa. Allí vivía un escritor célebre, no muy bueno, pero célebre, amigo de cuanto político pudo llegar a un curul, él mismo era fundador de facultades en la universidad, diputado y hasta ministro de educación. Al frente había una farmacia y a su lado una librería, muy mala por cierto. En la acera de enfrente, atravesando la avenida pusieron una discoteca legendaria en la ciudad y un hotel, y a su lado una funeraria.

**ARVELO.** Cama, culo, comida, casa y un cofre para que te entierren. Con eso de la publicidad me hizo recordar que yo he visto una foto suya. De usted, con mi compadre.

**EMIRO.** El célebre escritor ya murió. En su casa, con el tiempo, se instaló una escuela, luego una academia de modelaje y actuación, y ahora derruida prestó su solar para dos torres de apartamentos de los más lujoso. La funeraria invadió las casas de la cuadra, la discoteca

ahora es una agencia de automóviles, la farmacia aún permanece, pero la librería... La librería ahora es una venta de licores. Todos negocios que rinden un tres mil por ciento de la inversión inicial en un año. Como se hace el comercio en mi amada patria, si no, no es negocio.

**ARVELO.** Con el difunto teniente coronel Piña Arzolay, mi compadre.

**EMIRO.** No me interrumpa. Aún hay algo que quiero demostrar. Actualmente hay unos niños flacos, secos, renegridos de humo de carro, de grasa, como perro de garaje, que piden plata en esa esquina. Unos niños mendigos con ojos de muertos vivientes.

**ARVELO.** Por supuesto, ese es un viejo tema para desmoralizar al pueblo. ¿Qué vas a decir? ¿Que el escritor, que los políticos son unos mediocres, unos inútiles?

**EMIRO.** No, coño, que la librería era una cagada. ¿No me entiendes? Ahí había un problema, de materialismo, de cultura.

**ARVELO.** (*Con sorna.*) Es verdad que usted se distingue por su peculiar humanismo pero, a la vez, le mete al asesino. Vi la foto.

**EMIRO.** Tiene una foto mía, ¿y qué?

**ARVELO.** Que me dijo que a mi amigo, a mi compadre no lo conocía.

**EMIRO.** ¿Y usted qué se cree, un espía?

**ARVELO.** En el Congreso, (*Se corrige.*) en la Asamblea también tenemos nuestras comisiones de investigación.

**EMIRO.** ¿Y eso me hace culpable? Lo conocí porque se me acercó en una actitud sospechosa, equivocada. Y después no lo vi nunca más. (*Le quita el celular de la mano y se toma una foto con él.*) Ahora tiene

una foto conmigo y eso no me hace responsable de lo que le pueda pasar de ahora en adelante.

**ARVELO.** ¿Por qué dice que su actitud era equivocada?

**EMIRO.** Quería extorsionarme. Pero mejor no le voy a decir.

**ARVELO.** Y por eso lo mataron. (*Piensa.*) ¡¿Mi compadre Piña?! Imposible. Él no era de esos.

**EMIRO.** Era de esos. Estaba mal dateado. Andaba persiguiendo a los conjurados en una supuesta confabulación para dar un golpe.

**ARVELO.** No era tan supuesta la conjura, mira la vaina, el Gobierno se cayó, lo tumbaron. Y tú estás metido en esa componenda.

**EMIRO.** Pero ¿cuántas veces voy a decir que yo estoy retirado? ¿Que yo no tengo ningún ascendiente sobre tropa ninguna, no joda? ¿Para qué les iba a servir? ¿Para bombardear el Palacio con un guacal de cebollas?

**ARVELO.** Tendrás tus contactos, tus influencias.

**EMIRO.** Lo cierto es que no era yo. No se trataba de mí, alguien quiso perjudicarme y me metió en ese saco. Y lo jodieron fue a él.

**ARVELO.** Él me dijo que andaba en algo grande. Yo me asusté. Y que iba a caer una gran camada.

**EMIRO.** Pero en vez de denunciar a la gran camada, prefirió que le cayera en los bolsillos, en las cuentas en las Islas Caimán. Toda una joya el par de compadres. Se puso a exigir dinero a cambio de su silencio y seguro se encontró con la persona equivocada. Lo volaron



pa'l coño. Pero yo no tengo arte ni parte en ese atentado, en toda esa vaina.

**ARVELO.** (*Violentamente, lo toma del brazo y se lo tuerce. Lo somete: rodilla en la espalda.*) ¿Y por qué yo habría de creerte, miserable, si me has estado engañando, qué te creías tú que me mojoneabas desde hace rato?

**EMIRO.** Yo estoy diciendo la verdad.

**ARVELO.** ¿Y ahora? (*Se burla.*) “La calidad de la gente”. Me tenías jodido con tus finezas y luego con tus sorpresitas.

**EMIRO.** No hagas nada de lo que después te vayas a arrepentir.

**ARVELO.** (*Lo pone de rodillas y le pisa la nuca con un pie.*) ¿Cómo es que mataron a ese santo varón que era Piña Arzolay? (*Resistencia muda.*) ¿Por qué tú me ibas a decir la verdad?

**EMIRO.** ¿Y qué gano yo con decirte mentiras? ¿Qué podrías tú ahora hacer en mi contra? Suéltame. (**ARVELO** *presiona.*) No te hubiera dicho nada y era mejor. (*Se escapa.*) Si ya tenían la investigación hecha en la Asamblea, ¿por qué mi nombre no figura entre los responsables? ¿Por qué no me acusó el fiscal?

**ARVELO.** A mí siempre me quedaron mis dudas.

**EMIRO.** ¡Pero si tenían hasta una foto para incriminarme! Le hubieran echado bolas. No podían probarme nada porque soy inocente.

**ARVELO.** ¡No es verdad! Y no existe la famosa foto.

**AZAFATA.** (*Hace una seña desde la entrada.*) ¡Señor! Ya están aquí.

**ARVELO.** (*Alarmado.*) ¿Quién? ¿Quiénes están aquí?

**AZAFATA.** Ya vinieron a buscarlo. Los dos señores esperan.

**ARVELO.** ¿Por mí? (*Violento, frenético.*) Lo hiciste, ¿verdad? Me denunciaste, me pusiste la piedra. Desgraciado, hijo de puta. (*Lo agarra por la pechera.*)

**EMIRO.** Oye, creí que me habías entendido. Tú eres el que me está trampeando.

**AZAFATA.** ¡Señor! Mire, diputado, cálmese.

**ARVELO.** Coño, yo prefería que me desmayaras primero. Para no sentir esta arrechera, esta náusea por ti. ¡Maldito!

**EMIRO.** (*Ríe suavemente sin inmutarse. Eso paraliza a ARVELO.*) No entres en pánico. Se trata de mi esposa. Del cuerpo de mi esposa, vinieron a llevárselo. (*A la AZAFATA.*) ¿No es así?

**AZAFATA.** Lo lamento mucho, pero es así.

**ARVELO.** (*Lo suelta.*) ¡Coño con las malditas bromas! (*Casi llora.*)

**EMIRO.** Esta vez no es una broma. (*A la AZAFATA.*) ¿Tengo que firmar algo todavía?

**AZAFATA.** No, pero si quiere estar presente cuando la trasladen al camión...

**EMIRO.** Ya yo me despedí, gracias. Proceda, usted conoce mejor las fórmulas, espero.

**AZAFATA.** Como usted diga.

**ARVELO.** (A **EMIRO.**) ¡Dime la verdad, coño! En cuanto pueda te voy a denunciar en un tribunal internacional.

**EMIRO.** ¡Pero bueno! Ya me fregaste. Una por una no es trampa. Está bien que no sepas perder, pero también hay que saber ganar.

**ARVELO.** (A *la AZAFATA.*) ¡¿Y nosotros es que vamos a seguir esperando?!

**AZAFATA.** No, diputado. Ya podemos abordar de nuevo. Ah, por cierto, ¿ya lo saben, no? Si es verdad, ¿cómo iban ustedes a saberlo? Llegó una comunicación internacional. Un cable. El presidente volvió a Palacio. El Gobierno fue reinstalado esta madrugada.

**ARVELO.** Aquí tú estás calumniando la memoria de un amigo... (Se *interrumpe.*) ¿De qué está hablando? ¿Se burlan de mí?

**AZAFATA.** Alégrese, que ha sido devuelto a su cargo, señor diputado.

**ARVELO.** (*Dudando.*) ¿Podemos regresar al avión, entonces? Te juro que allí estaría más seguro. ¿Debo alegrarme? ¿En serio?

**EMIRO.** Ya le habrán encontrado una salida al asunto.

**ARVELO.** (*Casi con lágrimas en los ojos, besa el aire.*) Esto es un milagro, Señor. ¡Qué requetearrechísimo eres!

**AZAFATA.** Unos militares que decidieron no desconocer la constitución, eso dijeron.

**ARVELO.** ¿Unos militares? (*Entusiasmado, a EMIRO.*) Ahora volverá la normalidad, podemos estar en paz. Podremos conversar las cosas. Yo podría hasta creerte, unos escoceses de por medio.

**EMIRO.** Ya se verá. Todavía hay demasiada emoción y desorden en el aire.

**AZAFATA.** Podrían, ustedes, digo, hacer las paces.

**ARVELO.** (*Aturdido.*) ¿Pero es real lo que me está diciendo? Mire que yo estaría dispuesto...

**EMIRO.** Prefiero que no. Así no se puede dialogar. Usted está lleno de sospechas, de dudas, de sombras. Me lo acaba de demostrar.

**ARVELO.** Y usted tampoco es que sea la fuente luminosa ambulante. ¡Carajo! (*Lo abraza.*) Pero también te tienes que alegrar.

**EMIRO.** No sé, sinceramente. ¿Por qué debería regocijarme? Yo no sé.

**AZAFATA.** Señores, por favor. (*Gran sonrisa profesional.*) La línea aérea anuncia formalmente la continuación de su vuelo seis uno seis con destino a Madrid. Pasajeros en tránsito, por favor, síganme por esta puerta. (*La señala.*) Es hora de abordar.

(*Antes de que todos inicien el mutis, rápidamente bajan las luces y se produce oscuro final.*)

Caracas, marzo de 2009



# **PAQUETE QUIROPRÁCTICO PARA DAMAS DE AVANZADA**



## **PERSONAJES**

ADAH

NICO

## **CUADROS**

PRIMERA SESIÓN. DIAGNÓSTICO

SEGUNDA SESIÓN. UN PINCHAZO

TERCERA SESIÓN. LA DANZA

CUARTA SESIÓN. *JOGGING*

QUINTA SESIÓN. CANCIÓN DE PAQUETE

SEXTA SESIÓN (Y FINAL). FUNÁMBULA





*(Lugar: un apartamento cuarentoso, es decir, cincuentón. No tan amplio, nada incómodo, de señora. Libros, estantes, televisor. Mesa de comedor más estantes. Ventanas pequeñas, acogedor ambiente cristalizado en el pasado. Días: los nuestros. Nuestros jueves por la tarde.)*

## **PRIMERA SESIÓN**

### **DIAGNÓSTICO**

*(Adah está recibiendo a Nico cerca de la puerta de entrada.)*

**ADAH.** Exactamente como lo estaba imaginando. Sanote, fornido. Con una cara como de ángel, prolongadamente joven, cuidado, sin una peca, ni una arruga. Ni un pelo fuera de lugar. Una sonrisita de publicidad de enjuague bucal. La ropa holgada, con una caída única y calculada que sugiera las masas musculares que se acumulan debajo. Alto, saludable, más bien un poco robusto. Ciertamente macizo. Es un típico sujeto bonachón, hasta inocente. La mirada cándida, falsamente cándida, brillante, recién humectada. Las manos perfectas, grandes y elásticas, uñas cortadas, hasta de manicura, ni sombra de morosidad con la higiene. Muy derecho, muy... de animador de feria. Un producto lamentable que desea reflejar la imagen estándar de la salud y la asepsia.

**NICO.** Deje que la interrumpa, creo que esperaba a otra persona.

**ADAH.** Ah... Es evidente, ¿no? ¡Usted, allí! Yo aquí, lamentándome de lo sarcástica que es a veces la vida. ¿Qué hace dentro de mi casa?

**NICO.** Me dieron esta dirección, que me presentara a esta hora. Mi nombre es Nicomedes, pero me hacen gracia los apócopes. Llámeme Nico y así estaremos mejor. *(Le tiende la mano, ella no se atreve a tomársela.)*

**ADAH.** Nunca estaremos mejor. Me parece haberlo visto antes. A usted, Nico... Odio los apócopes. ¿En una cola de pensionados?

**NICO.** No, señora. Todavía trabajo y soy muy eficiente.

**ADAH.** ¿Todavía trabaja? ¿Quiere decir un empleo! ¿Está seguro?

**NICO.** Confórmese con que trabajo y que nunca he tenido quejas por mi desempeño.

**ADAH.** ¿En qué más o menos?

**NICO.** En esto. Usted me llamó.

**ADAH.** ¿Esto? No, yo no lo llamé.

**NICO.** Espero no haberme equivocado de dirección. (*Verifica papelito, número de puerta.*) Por otro lado..., ¿me puede permitir las indicaciones de su médico? Tengo una copia, pero debemos evitar cualquier confusión en el tratamiento. Si no, imagínese...

**ADAH.** Muy... muy asertivo, muy...corporativo, ¿verdad? Esa actitud siempre proporciona un aspecto bastante profesional.

**NICO.** No la entiendo.

**ADAH.** Usted "todavía"... trabaja.

**NICO.** Quise decir que estoy en plenitud de mis facultades.

**ADAH.** No lo dudo, pero también sus facultades pueden ser muy pocas; aunado a eso, su apariencia, antes que trabajar, es la de pasar trabajo.

**NICO.** Si tiene dudas, puede llamar a la agencia. Que le envíen a alguien más joven, si es lo que prefiere.

**ADAH.** No, no. ¿Cuál agencia? Yo no tengo preferencias. No soy yo la de las preferencias. Usted viene a mi casa, se presenta por el intercomunicador con ese nombre tan cómico, Nico, me dijo... Muy bien, y dice que trabaja, a-ún, con acento.

**NICO.** Dije “todavía”.

**ADAH.** Quieren eliminarle el acento a la palabra aún, por eso hay que resistirse, úsela... aún con acento... es lo mismo. Ahora me gustaría saber qué desea en mi casa.

**NICO.** Recibí una llamada de la agencia, que debía reportarme por aquí a eso de las tres de la tarde.

**ADAH.** Las tres exactas. Muy bien.

**NICO.** Que alguien había solicitado mis servicios. Una señora mayor, grande, quiero decir una mujer de edad.

**ADAH.** Ahórrese las especulaciones.

**NICO.** Pero aquí estoy, a eso vine... Es usted, ¿verdad?

**ADAH.** Vino a “eso”. ¿Y su nombre? “Nico”...

**NICO.** Nicomedes Bower, ya le digo.

**ADAH.** Sí, por aquí lo tengo ya anotado. Pero pase a tomarse un té. Por aquí. ¿O prefiere algo más fuerte, seguro? Para entrar en calor. (*Va y lo anota.*)

**NICO.** No, no se moleste, el té es más que suficiente.

**ADAH.** Señor Nicomedes, ¿y viene a...?

**NICO.** A ayudarle con un tratamiento quiropráctico que, según, necesita.

**ADAH.** ¡Masajista!

**NICO.** No. Quiropráctico. Fisioterapeuta graduado.

**ADAH.** (*Sin convicción.*) Ah.

**NICO.** ¿Usted esperaba un masajista?

**ADAH.** Yo no esperaba nada.

**NICO.** ¿Cómo que no? Llamó por una recomendación del doctor...  
(*Saca un papelito.*) Parada, dice aquí.

**ADAH.** No conozco a ningún doctor Parada. Es un embrollo ese doctor.

**NICO.** Ah, ¿no lo conoce?, me permitió la entrada por el intercomunicador y la puerta estaba abierta. La encuentro aquí esperándome con su batica y sus pantuflas, ¿y no fue usted la que llamó a la agencia porque solicitaba el paquete quiropráctico?

**ADAH.** ¿Y usted es el paquete?

**NICO.** ¡Cómo voy a ser yo el paquete! Se refiere a una oferta, son un mínimo de seis sesiones para mejorar su estado de salud, con énfasis en articulaciones, drenaje linfático, tratamiento de lesiones, aneurismas, bursitis...

**ADAH.** Esos nombres me dan náuseas. Sería mejor un folletito. El catálogo de las plagas de Egipto.

**NICO.** (*Lo busca aparatosamente y se lo entrega.*) Aquí lo tiene. (*Anunciando.*) Paquete quiropráctico para damas de avanzada... edad.

**ADAH.** ¿Y por qué anuncia de esa manera sus servicios? ¿No le parece tramposo eso de “damas de avanzada”, y unos espacios después y en letra pequeña “edad”? ¿O se trata de un chiste?

**NICO.** Fue un error de imprenta, originalmente.

**ADAH.** Muy original, sí.

**NICO.** Pero después... El eterno femenino es muy antojadizo. Después de cierta edad, cierto tipo de mujeres se consideran a sí mismas de avanzada. Luego ya están interesadas en el tema y las vence la curiosidad.

**ADAH.** Esa será la “cierta” justificación del dueño de la imprenta.

**NICO.** Pero resulta, y aquí estoy.

**ADAH.** Seguro que por un desafortunado accidente.

**NICO.** Usted se llama Adah. Esta es su dirección. No hay tal accidente.

**ADAH.** Sí lo hay. El primero es esa desafortunada expresión: “el eterno femenino”. ¿Acaso sabe mucho de mujeres?

**NICO.** Sé lo que hay que saber: anatomía, fisiología, nociones de ginecología. Hasta de medicina para mayores. Y algo de holística y curas alternativas.

**ADAH.** ¡Pero es un sabio usted! Claro que un poco de psicología no le vendría de más.

**NICO.** Bueno, lo elemental. Leo mucho. Pero se dice que el alma no tiene género.

**ADAH.** Muy democrático, sí. Y usted, por casualidad, ¿ha sido enormemente desgraciado?

**NICO.** (*Sorprendido. Luego...*) Tanto como enormemente... (*Se encoge de hombros.*) He sido discretamente infeliz. Antes, de adolescente, sí creía en esas “enormidades”. Y en algunos momentos de la vida, sobre

todo con las parejas, ¿no?, o con asuntos de trabajo, de realizaciones, bueno... Pero luego, discretamente feliz, discretamente infeliz...

**ADAH.** Un pobre diablo.

**NICO.** Yo no lo diría así. A veces. Todos nos sentimos así alguna vez. De lo contrario seríamos unos enfermos.

**ADAH.** ¿Sí? Entonces yo soy una manzana, saludable, vigorosa, entera.

**NICO.** ¿Usted no lo cree? Sentirse mal, pensar que hemos fallado, ¿no es común? Hay que aceptarlo, si no, nos estaríamos mintiendo a nosotros mismos, por dentro, se entiende. Hay que tener una cara dura, concreto armado para afuera y miguitas, miguitas de pan tierno para la debida autoconmiseración, por dentro.

**ADAH.** Pero solo en los momentos de debilidad, claro. De acuerdo con usted...

**NICO.** Claro. ¿Y usted no está de acuerdo? Durante las caídas. Después uno se recobra, crea una "técnica" o se hace de un hábito.

**ADAH.** Una de las quejas que tengo para Dios, a quien espero ver pronto a la cara, es no habernos hecho constantes en el sufrimiento. Somos muy mezquinos y hasta incapaces para mantenernos estrictamente dentro de un padecimiento. Automáticamente nos dispersamos, evadimos el saldo en rojo en la cuenta de la satisfacción.

**NICO.** ¿Y? ¿Quiere que le duela eternamente?

**ADAH.** Nuestra resistencia al dolor, nuestra capacidad de inhibirnos de él, es vergonzosa, no me lo va a negar. Después están las pastillitas, los guarapitos, las goticas...

**NICO.** No nos va a culpar por eso. Vivimos para la felicidad, para eso nos crearon.

**ADAH.** No vamos a consolarnos con un párrafo de autoayuda. Lo que nos hace empezar a sanar es la conciencia de la enfermedad.

**NICO.** Está bien, está bien. Muy bien.

**ADAH.** Tampoco es que podamos verlo por nosotros mismos. Necesitamos al otro que lo vea en nuestro organismo, en nuestro comportamiento.

**NICO.** Los médicos para eso estudian.

**ADAH.** No. Alguien que haya experimentado el mal en su propio cuerpo, solo él sabrá lo que es la enfermedad. Para entender al otro se necesitaría conocer el sufrimiento.

**NICO.** Los enfermos curarán a los enfermos. Entonces, ya tenemos alguna pista por ahí. Tiene un dolor permanente, ¿o son varios? ¿Le molesta mucho?

**ADAH.** No tanto, no vaya a creer. A mi edad o algo te duele o eres cadáver. Y tengo un umbral de tolerancia al dolor muy alto.

**NICO.** Es un lugar común falso totalmente.

**ADAH.** ¿De dónde le viene ese aplomo con el que asegura tamaña infamia?

**NICO.** Uno sabe. Yo he estudiado y conozco al género humano.



**ADAH.** Tanta sabiduría acumulada a lo largo de tantos años y aún, (*Hace el gesto de marcar la tilde sobre una letra imaginaria.*) “todavía”, quiero decir, trabaja en esto.

**NICO.** La fisioterapia es el conocimiento de la fisiología del cuerpo humano, para que cuando algo no vaya bien, con tratamiento, con trabajo, hacer que el órgano funcione normalmente.

**ADAH.** Con mis años no se logra hacer funcionar nada normalmente, se negocia con los órganos para que no jodan, simplemente. Y me perdona la vulgaridad.

**NICO.** ¿Y entonces? ¿Un cálculo renal le parece suficiente? ¿Mala praxis médica? ¿Una falsa costilla amputada por error? ¿Quiere que le muestre?

**ADAH.** ¡Pero... ¿para qué?! Su cara ya me dice bastante de sus imperfecciones.

**NICO.** Usted me interrogó sobre mis sufrimientos, yo sé lo que es el dolor, puedo comprender. ¡Una hemorroide!

**ADAH.** ¡Basta! No creo que entienda usted nada de mujeres.

**NICO.** Ya le dije...

**ADAH.** Saber lo necesario no es suficiente, señor Nicomedes.

**NICO.** Debe tener razón. No sé nada de las mujeres. Y no quiero saber nada de ellas. Por tanto, lo del eterno femenino, lo reconozco, no fue más que una ligereza del habla.

**ADAH.** Purita publicidad, digamos. Me agrada su acto de contrición. De lo cual se desprende que ha sido usted un tramposo en aras...

**NICO.** ¡Otra vez!

**ADAH.** En aras de favorecer su negocio con las mujeres, señor Nicomedes.

**NICO.** Oiga, libéreme del remoquete de señor Nicomedes, me hace sentir culpable de llamarme así. Es que hasta rima... Y lo mío no es un negocio. Yo presto un servicio.

**ADAH.** Dirigido a damas de avanzada. ¿Cómo pretende complacerlas?

**NICO.** ¡No pretendo complacer a nadie! ¡No quiero complacer a ninguna mujer!

**ADAH.** Queda todo dicho.

**NICO.** No es como se oye, quiero decir, es verdad, pero no de esa manera tan... brusca.

**ADAH.** Usted las desprecia delicadamente, me imagino.

**NICO.** No. No continúe poniendo palabras entre nosotros. No tengo mujer, no me gustan, no tienen por qué gustarme. Conviví con una de ellas, le di dos hijos a la patria, aguanté lo que había que aguantar. Hasta ahí. Nunca llegué a entenderlas bien. Terminé con ellas.

**ADAH.** ¿Por alguna razón en especial que valga la pena exponer?

**NICO.** No. No es su problema. Es algo privado, personal.

**ADAH.** ¿Y eso lo hace discretamente infeliz?

**NICO.** O secretamente feliz. Según como se vea.

**ADAH.** Ah, sí; el vaso medio vacío, el vaso medio lleno.

**NICO.** Cumpló con beneficiar a las damas con un tratamiento y basta.

**ADAH.** “Beneficiar” como a las gallinas, los cerdos.

**NICO.** Yo creo que hago un bien.

**ADAH.** Es una estafa.

**NICO.** No. Suficiente para mí.

**ADAH.** ¿Eso le limpia la conciencia?

**NICO.** Como usted diga. (*Silencio.*)

**ADAH.** No me gustaría estarme dejando toquetear por un hombre...

**NICO.** Yo no toqueteo. Mis propósitos son medicinales.

**ADAH.** Por un hombre que, muy en el fondo o no tan en el fondo, corrijo, detesta a las mujeres.

**NICO.** ¿Ahora le va a dar por ahí?

**ADAH.** Usted me pone una mano encima con esa carga de odio y seguro me malogra.

**NICO.** Yo no odio a nadie. Deje de exagerar.

**ADAH.** Lo siento, pero usted no calza en el patrón del hombre que a mí me pueda atender.

**NICO.** ¿Se da cuenta que es usted quien está exigiendo y juzgando el asunto como un acto sexual?

**ADAH.** ¡Por fin lo dijo! ¿Y no me reconoce que es usted un trabajador de esos?

**NICO.** ¿Sexual? Sexual es todo, señora Adah. Mi trabajo es una cosa que inmiscuye la humanidad de otra persona, pero no sus genitales. Y sin embargo, no deja de ser el encuentro entre dos cuerpos.

**ADAH.** O sea, que ni siquiera...

**NICO.** Déjese de fantasías.

**ADAH.** No me irrespete, señor, por favor. ¿Qué fantasías me iba a hacer yo?

**NICO.** Quizás usted está interesada en otro tipo de servicios.

**ADAH.** No me hace gracia su sentido del humor, señor. Usted es un masajista, con un medio nombrecito de chulo. Demasiado costoso para la calidad del servicio; lento, nunca manos a la obra, y además empalagosamente prolongado. Un paquete de seis sesiones con un tipejo como usted es inaguantable.

**NICO.** Usted no es la medida, señora. Si me permite decirlo, no creo que sea el estandarte de la tolerancia.

**ADAH.** Usted sí. ¡La flor de la complacencia, como las naranjas dulces!

**NICO.** Ya sé por dónde viene y le aseguro que me está ofendiendo.

**ADAH.** Ay, pero cuán poca resistencia. No supera un elemental análisis de ingeniería estructural.

**NICO.** Si lo dice una especialista en el desgaste...

**ADAH.** Si es así como se trata con las clientas, debe tener un negocio exitoso y boyante.

**NICO.** Prefiero llamarlas pacientes. Y el fracasado no soy yo, que no pedí precisamente rogando a su puerta venir a satisfacerla a usted, doña reliquia.

**ADAH.** Abusa de las viejecitas, las manosea, ya lo dijo, a lo mejor con la secreta intención de heredarlas.

**NICO.** Por supuesto, una bonita dote, achaques y huesos cariados. En esta casa, por ejemplo, el dinero es como el calcio en la sangre, se esfumó.

**ADAH.** Yo no le pedí que viniera. No sé qué diablos hace aquí.

**NICO.** Me llamaron, comprometieron un vóucher con el número de una tarjeta de crédito y aquí estoy. No tengo la culpa de este encuentro tan desagradable.

**ADAH.** Son mis sobrinos que viven en una completa necedad. Creen poder ayudarme a sobrellevar la existencia. ¡Qué vida creen ellos que puedo llevar, si no hago más que sobrellevarla como una carga!

**NICO.** Ah, la culpa es de los sobrinos. Ni siquiera va a reconocer que llamó. Esos sobrinos, en caso de que existieran, están tratando de endulzarle su amargura, hablando francamente.

**ADAH.** Ah, ese es su estilo, la franqueza. Usted usa la franqueza para maltratar a las mujeres. Mis sobrinos existen, señor Nicomedes Bower.

**NICO.** ¿Pasa mucho tiempo sola, señora? Por cierto, ya me sé su nombre, Adah, rumiando estas fantasías de una mujer asaltada dentro de su casa.

**ADAH.** Ahora me va a decir necesitada; atrévase, dígalo, es la grosería que le faltaba. ¡Yo, una histérica!

**NICO.** Pero usted es una mujer mucho más inteligente de lo que intenta aparentar.

**ADAH.** No me venga con esa psicología barata. Eso es para seducir muchachitas.

**NICO.** ¡Por favor, míreme! No soy un seductor. ¿Por qué está tan molesta?

**ADAH.** ¿Yo? Yo no estoy molesta. Estoy alarmada, escandalizada.

**NICO.** Ah, no más que yo. Eso no lo puedo entender.

**ADAH.** ¡No! ¿Por qué? Quiero que me respeten.

**NICO.** Respéteme usted primero y no manipule lo que le digo. Me va a hacer enloquecer.

**ADAH.** Ah, ah. No me culpe.

**NICO.** Señora, usted es una mujercita difícil, me lo ha demostrado. Buenas tardes.

**ADAH.** ¿Qué quiere decir con “Buenas tardes”? (*Lo empuja y él cae sobre un asiento.*) ¿Y eso de mujercita? No es acaso un maltrato eso de llamarme despreciativamente.

**NICO.** Difícil, le gusta granjearse una buena pelea. Es desagradable, artera, una viejecita neurótica.

**ADAH.** No me gustan sus diminutivos, mucho menos sus apócope, “señorcito”. Que me disculpen los señores, pero no le voy a negar una cortesía, aunque sea un desarrapado moral.

**NICO.** ¡Qué sabe usted! Ni siquiera me conoce.

**ADAH.** Me basta lo que sé, y un señor de verdad no llega a mi casa echándome en cara su falta de hombría.

**NICO.** Tómelo como le dé la gana. Me estoy yendo. (*Trata de levantarse del asiento sin éxito.*)

**ADAH.** Es libre de hacerlo, nadie lo quiere aquí. ¡Jum! (*Frenética, no escucha, se interpone ante la puerta.*) Llámame difícil, ¡a mí! ¿Qué significa eso de ser difícil, eh? ¡Discriminador, abusivo, y a pesar de sus aberraciones, machista! Yo soy como soy y al que no le guste ¡que se largue! Que no se puede convivir conmigo, que soy inaguantable, demasiado rígida quizás, o derecha, ¿quiere decir “derecha”? Demasiado derecha para un torcido como usted. ¿O “de derechas”? Me va a resultar comunista, además comunista, la combinación perfecta. Demasiado difícil. ¿Neurótica, quiso decir?

**NICO.** (*Sin poder ponerse de pie.*) Nunca dije demasiado, ahora desvaría. Es demencia senil.

**ADAH.** Ah, ¿es por mi salud mental? Aquí no soy yo “la loca”.

**NICO.** Hasta aquí, señora. Ya me insultó, ya se exaltó, hasta se divirtió conmigo. Tiene razón, creo que padece severos problemas mentales. Me ha hecho perder el tiempo, y todo tiene un límite.

**ADAH.** Ah, pero puede reconocer los límites. No es un desenfrenado hedonista entonces.

**NICO.** Señora, agradezca al cielo que yo todavía, a-ún con acento, me comporto como un caballero aunque usted diste mucho de hacerlo como una dama. En el papelito lo decía, muy claro y en letras grandes, ¡DAMAS! Antes de ser grosero, le pido que me deje pasar.

**ADAH.** Me gustan las cosas en su lugar. Todo en su lugar, sí señor.

**NICO.** Pero hay algo malicioso en usted, algo que proviene de su propio sufrimiento. No es locura, no; es un mal uso de la inteligencia. No se trata del padecimiento que puede acabar sintiendo, sino del que trata de hacer sentir a los demás. (*Trata de levantarse con violencia.*) Con permiso.

(*ADAH se sacude las manos satisfecha, pero alterada por las últimas palabras.*)

**ADAH.** ¿Qué le pasa? Todo está dicho. ¿Por qué no se va de una vez?

**NICO.** Señora Adah... ¡Qué vergüenza! No me puedo levantar. Me duele. Es la columna.

**ADAH.** Déjese de chistes. ¡Fuera, márchese, pues!

**NICO.** ¡Es verdad! No puedo moverme, estoy paralizado y me duele la columna, la zona lumbar.

**ADAH.** (*Con creciente angustia.*) Pero... No, no es serio. Usted puede, inténtelo, usted sabrá. (*Trata de alzarlo y él cae de lado al suelo, chillando.*) Pero espere... Cálmesese. Lo siento. Auxilio.

**NICO.** Ya va, ya va. Cálmesese usted. No se ponga histérica. Ay, ay, ay. (*Se retuerce de dolor en el piso.*)



**ADAH.** (*Casi grita.*) No me llame histérica. No estoy histérica. Usted era el que venía a cuidar de mí, el que venía a sanarme.

(*Primer oscuro.*)

## SEGUNDA SESIÓN

### UN PINCHAZO

(**ADAH** termina de colocar a **NICO** en el sofá mientras este trata de no lamentarse por el dolor.)

**NICO.** Ya va, ya va. Ya estoy sintiéndome mejorcito. Gracias, gracias.

**ADAH.** ¿Qué le pasó? ¡Es casi un inválido y viene a trabajar conmigo!

**NICO.** No es nada... bueno, es la ciática; sé que es la ciática, estoy seguro, creo, es muy probable...

**ADAH.** Vulgo lumbago.

**NICO.** Puede ser lumbalgia, sí.

**ADAH.** Eso es lo malo de las deslumbrantes ofertas, remate por cambio de estación. Y la suya es una realización de otoño. Un amigo nos insistía: “Todo lo barato me resulta sospechoso”, se trata de mercancía de segunda.

**NICO.** Esteeee... No es como usted piensa.

**ADAH.** Un saldo. El *outlet* de los metedores de mano.

**NICO.** No soy un metedor de mano.

**ADAH.** Por supuesto, no está en condiciones. Tiene un caucho es-pichado, o mejor dicho, los dos.

**NICO.** A pesar de su amargura, es usted muy perceptiva.

**ADAH.** Una cosa lleva a la otra.

**NICO.** ¿En cuál orden?

**ADAH.** Elija usted el orden. Prefiero que la agudeza me lleve al desencanto y no al revés.

**NICO.** Pero quizás su desencanto —yo lo llamo amargura—, su amargura le hace ver mejor que los demás.

**ADAH.** ¡Pero entonces soy prejuiciosa!

**NICO.** Yo creo que más prejuiciosa que sensata.

**ADAH.** Gracias por la descalificación; usted, un “artículo en existencia con ligeras fallas”. (**NICO** se tapa la cara con la mano.) ¿Qué le pasa? ¿Le da vergüenza? No se vaya a poner a...

**NICO.** ¿Llorar? No, no crea, no voy a llorar.

**ADAH.** Bueno, salgamos de esto, deme un número, una indicación, una póliza y yo llamo y vendrán a recogerlo.

**NICO.** No la entiendo, no ve que no es posible.

**ADAH.** ¡Cómo que no es posible! Llamemos una ambulancia y ya se encargarán de usted.

**NICO.** Son muy caras, ¿y luego, quién la paga?

**ADAH.** Usted, por supuesto... La clínica, la agencia para la que dice que trabaja.

**NICO.** No tengo, no puedo, no tengo dinero.

**ADAH.** ¿Y sus jefes?

**NICO.** No disfrutamos de ningún seguro, la agencia es una empresa de maletín.

**ADAH.** ¡Y ustedes ofrecen un paquete! El maletín es el paquete.

**NICO.** No hablemos de política, por favor.

**ADAH.** No me haga chistes, oiga. Si este fuera el maletín del chiste y estuviera repleto de dólares, usted no sufriría de la ciática sino del *jet lag*, o estaría retenido en una aduana y no en la sala de mi casa.

**NICO.** Estamos asociados a una clínica pero solo nominalmente, ni siquiera se hacen cargo de nosotros, basta leer la letra pequeña en los contratos.

**ADAH.** Me lo imagino. Usted es parte del contenido de esa letra pequeña. Un familiar entonces, un hijo, una hija que se haga cargo. ¿Su exesposa?

**NICO.** No tengo familia. Nadie se va a hacer cargo de mí. Todos se han ido al exterior, muy lejos.

**ADAH.** ¿Usted está seguro de que no está tratando de estafarme? Ya lo veo; va a responsabilizarme a mí por los gastos médicos... ¡Una demanda! Lo tenían calculado, ya sé lo del paquete, se burla... Es el paquete chileno, es eso.

**NICO.** La demanda se la merece, pero no por eso sino por su falta de fe en el prójimo. Deje de temer. Deje de desconfiar de mí que me resulta ofensivo, ¿no ve?

**ADAH.** ¡Sus cómplices! ¿Dónde están? No les va a resultar, levántese, lo está haciendo a posta, a propósito.

**NICO.** No hay cómplices, déjeme tranquilo, ya se me pasará. No es una estafa, no puedo levantarme, de verdad.

**ADAH.** Pongamos que le creo.

**NICO.** Muy bien.

**ADAH.** No puede quedarse así.

**NICO.** No tengo urgencia. ¿Podemos esperar un ratico? Me voy a mejorar, se lo aseguro.

**ADAH.** ¿Un ratico nada más? ¿Y no habrá demandas?

**NICO.** Por favor, en este país esos casos legales no prosperan. Usted me empujó, pero, en realidad, no es su culpa. No se preocupe.

**ADAH.** ¿Podría jurármelo, grabarlo en una cinta, firmarme un papel que me libere de toda consecuencia jurídica?

**NICO.** Está exagerando. No se trata de ninguna trampa. Es un accidente, no más.

**ADAH.** Inténtelo de nuevo, venga. No, no vaya a aponerse a llorar, no es para tanto. Le creo, le creo. No tiene que desesperarse.

**NICO.** Sí, le dije que era una señora perceptiva y no me equivocaba. Yo apenas trabajo, apenas me llaman solo cuando falta alguien, cuando se necesita un suplente y todos los más jóvenes se encuentran ocupados o distraídos en cosas más interesantes. Tenía meses sin ir ni siquiera a mirar a una paciente y ayer me dieron esta oportunidad,

como por no dejar, una última muestra de confianza a un desahuciado. No pude ocultar el entusiasmo y creí necesario retomar mi antediluviano entrenamiento físico, nada extraordinario, nada muy exigente, caminar, flexionar, estiramientos; pero, claro, el diablo está en lo chiquito, un dolorcito en la región de los riñones, una molestia menor, me doblo para extender la columna completamente y ahí está, como una punción...

**ADAH.** ¡Un pinchazo!

**NICO.** Como si se desconectara algo en la espalda, anestesiado y paralizado por momentos. Uno se asusta, pero la imposibilidad pasa tras unos segundos de angustia. Mire, gracias a Dios no es nada. Y aquí me tiene, solo nos queda esperar.

**ADAH.** O sea, que usted es un utensilio discontinuado. No sabía que me acercaba tanto a la verdad.

**NICO.** Insultarme no va a hacer que me sienta mejor ni va a levantarme de este mueble.

**ADAH.** ¿Y qué sí lo hará? Unos “pobrecitos”, una pasadita de mano por el lomo. La socorrida frase: “¡Qué vaina, chico! La vida es cruel”.

**NICO.** Muy fuñida.

**ADAH.** ¿Cómo me dice?

**NICO.** La vida, que es muy fuñida. Usted no ha hecho más que afirmarlo desde que llegué.

**ADAH.** ¿Yo? Jamás uso palabras como esa.

**NICO.** No con esas palabras exactamente, pero... usted también se siente atascada.

**ADAH.** ¿Cómo que también? ¿Quiere decir, como usted? De ninguna manera.

**NICO.** Si no quiere reconocerlo, no podemos hacer nada para mejorar.

**ADAH.** Yo disto mucho de ser una lisiada, se entiende.

**NICO.** Muy delicado de su parte.

**ADAH.** ¡Es la verdad! No soy tan desconsiderada como usted quiere hacerme quedar.

**NICO.** Creo que va pasando, intentémoslo de nuevo. (*Trata de levantarse, pero lo ataca el dolor.*) Ay, Ay, Ay.

**ADAH.** No se esfuerce, por favor. Espérese. ¡No se queje así!

**NICO.** ¡Es que no puedo ni siquiera manifestar mi dolor, coño!

**ADAH.** No me hable de ese modo, estoy en mi casa.

**NICO.** Y este es mi cuerpo y el que lo está sintiendo soy yo, insisto, coño, ¡ay!

**ADAH.** Bueno, prefiero un ¡ay! a una mala palabra.

**NICO.** Ya sé. Yo prefiero pasear por un parque que ser prisionero de un sofá.

**ADAH.** Habrá alguna manera, digo, de aliviarle. Usted sabe de eso, de dolores. Si fuera yo la de la parálisis, ¿usted qué haría?

**NICO.** Tengo una inyección del complejo vitamínico B que también es analgésico y relajante muscular.

**ADAH.** ¿Dónde lo tiene? ¿Por qué no lo dijo antes? ¿En el maletín ese?, tan viejito el pobre.

**NICO.** Si no cura efectivamente, por lo menos es sedante, pero...

**ADAH.** Así va la salud. ¡Esa era su estrategia de curación! No la van a sanar a una de sus dolencias, confórmese con que la dejen atontada.

**NICO.** ¿Usted no pretenderá inyectarme ¡a mí!?

**ADAH.** (*Le acerca el maletín.*) No se preocupe que no le voy a cobrar por eso.

**NICO.** ¿Y usted sabe aplicar una hipodérmica?

**ADAH.** No es un doctorado en astronomía, es una piche inyección.

**NICO.** Yo no terminé mis estudios de medicina porque odiaba la sangre y le tengo miedo a las agujas. Aquí está. (*Le alcanza, nervioso, un estuchito de inyectora.*) Ya está preparado.

**ADAH.** ¡Pero usted está temblando! Tranquilo que las amputaciones son cosa de días después. Es por salir del mal momento, nada más.

**NICO.** (*Sonríe con dificultad.*) Es ilógico, o por lo menos, paradójico que usted tenga que... (*Se arremanga o se dispone a mostrar su brazo para la inyección.*) atenderme a mí.

**ADAH.** Cállese, gallina. Ah, ah, no, en la nalga.

**NICO.** Usted no quiere decir... Yo no me puedo ni mover.



**ADAH.** No es el primer culo que he visto. La correa. (*Lo echa de lado y le baja el pantalón.*) Déjeme decirle que no le combina con la ropa. ¡El maletín! A cierta edad los hombres no pueden andar con estas bolsas tan... deportivas, por decir lo menos. Parece que van de peones a la construcción o que llevan la muda de ropa para cambiarse en la fábrica.

**NICO.** Podría dirigirme con mis cambios al gimnasio.

**ADAH.** ¿Con ese cuerpo y esas nalgas escuálidas? Usted no va ni a plastilina dos. (*Considerando la mejor opción.*) Por la maleta se saca al pasajero.

**NICO.** Bueno, yo antes...

**ADAH.** No se vaya a excusar por su culo. Como del rostro, decía Albert Camus, después de cierta edad todos somos responsables de nuestro trasero, pero ojo: “responsable” no quiere decir culpable.

**NICO.** Tenía uno más sobrio, incluso, más elegante, pero me lo arrebataron en la calle, parecía un empaque de computadora portátil.

**ADAH.** ¡Ah, está hablando del maletín! ¿Usted ve? Esas son las desventajas de vivir en una ciudad tan insegura. Se conspira contra el *glamour*.

**NICO.** ¿Podría apresurarse? Se me va a resfriar. Allí tienes a las hijas de Eva, les basta estar delante de los hemisféricos glúteos de un hombre al aire para sentirse las dueñas del mundo.

(*ADAH, finalmente, lo inyecta sin cierta satisfacción, Nico exhala un “ay” y se produce el segundo oscuro.*)

## TERCERA SESIÓN

### LA DANZA

**ADAH.** (*Al público.*) Nuestro encuentro siguiente tuvo lugar a petición suya. A mí me sorprendió. No pensé que volviera por más. Pero quería excusarse y hasta agradecerme la atención y la paciencia. Fueron sus palabras, no soy tan engreída. Pero sospecho, y no estoy alejada de la verdad, que la razón por la que regresaba era que no iba a cobrar su parte del “paquete” si no terminaba un número mayor de sesiones con el paciente, es decir, conmigo. Ya lo peor había pasado. Habíamos roto el hielo, se puede decir. Pero no fue tan fácil. Puse mis condiciones. “¿Sabe bailar?”. La danza también es una actividad terapéutica.

(*Ella sale por un lado. Aparece NICO por el otro, vestido con mono o malla de hacer ejercicios, incluso con liga en la frente, muñequeras, zapatos deportivos y un paquetico de dulces.*)

**NICO.** (*A ADAH.*) No entendí para qué me pidió, exigió más bien, que me vistiera así.

**ADAH.** (*En off.*) Espere un momento y lo verá.

**NICO.** ¿Cómo ha seguido? (*No hay respuesta.*) Aquí le traje un pequeño presente, una tontería, cosa de nada.

**ADAH.** (*En off.*) ¿Otro paquete?

**NICO.** Tiene razón, es otro paquete, pero esta vez es de dulces.

**ADAH.** (*Viniendo vestida para como para salir a bailar.*) No empalague. Soy golosa y prediabética. Pero cuénteme, me imagino que se siente usted raro con ese atuendo. (*Se queda sorprendida.*)

**NICO.** En efecto. No acostumbro, pero se siente muy cómodo.

**ADAH.** ¡Lo sabía! ¡Qué se podía esperar de usted! ¡Semejante esperpento! Lo cito para bailar y usted viene de Jane Fonda o de Olivia Newton-John.

**NICO.** Sí, creí que como Travolta; pero oiga, ¡usted está preciosa!

**ADAH.** Y usted, hecho un adefesio, digno de burla. ¿No le dio vergüenza atravesar la ciudad en esa facha?

**NICO.** Era su condición. Pensé que sería una penitencia. Yo no me enrolló mucho con la apariencia. No me hago conflictos.

**ADAH.** Se nota. ¿Qué pensó usted que íbamos a ejecutar al llegar aquí con esa pinta? ¿Una fantasía erótica con mi *personal trainer*?

**NICO.** Una sesión de bailoterapia, está de moda y es muy beneficioso. Traje un video para que nos orientara.

**ADAH.** ¡Un video! No sea ridículo. Agarre su videocasete o su CD, o lo que fuera, y métaselo por... ¡Otra vez el dichoso maletín!

**NICO.** Es mi herramienta de trabajo, uno nunca sabe.

**ADAH.** Yo soy la que nunca sé. Pero esta vez, por suerte, puedo arreglarlo. (*Se va a buscar algo fuera.*)

**NICO.** Hoy no está del mejor humor. Discúlpeme si la malentendí. Es simple, soy muy simple. No me esperaba una dama tan elegante, una ocasión tan formal.

**ADAH.** (*Viene con un esmoquin, lo arroja sobre la poltrona.*) Creo que este le acomodará, más o menos. Se aproxima a la talla del difunto.

**NICO.** De flux, mire usted.

**ADAH.** Para bailar, un esmoquin, un *tuxedo* dicen los angloparlantes.

**NICO.** Y tengo que ponérmelo...

**ADAH.** Por supuesto, no es para que lo huela y se inspire ante los olores del fallecido.

**NICO.** ¿De su marido?

**ADAH.** De un viejo y entrañable amigo. Lo llamaba por su apellido, Mendoza, y las más de las veces le decía “viejo”. Vamos, vístase del viejo.

**NICO.** No me quiero disfrazar, menos con la ropa de un muerto.

**ADAH.** Esto no es un disfraz, es un atuendo ritual, como una túnica para un sacerdote oriental. Es el vestido preciso para oficiar la ceremonia social por excelencia, el baile de salón.

**NICO.** (*Empieza a cambiarse.*) No puedo creer cuán afuera he estado de todos esos tejemanejes sociales. Para estas reliquias tan sofisticadas termino siendo un marginal.

**ADAH.** Para estas reliquias, como usted ofensivamente dice, y para muchas otras cosas, en efecto, es usted un marginal.

**NICO.** No me negará que tanto aderezo pasó de moda.

**ADAH.** Que el mundo vaya perdiendo el gusto no es asunto de moda, sino una desgracia de actualidad. Como el calentamiento global.

**NICO.** ¿Y por qué quiere bailar? ¿No le parece, cuando menos, inusual?

**ADAH.** Nunca bailé lo suficiente. Me debo unos cuántos giros en la pista antes del acorde final.

**NICO.** ¿Cuál pista? ¡Ah, ya entendí! ¿Y piensa desquitarse conmigo? Quiero decir, la deuda que la vida tiene con usted.

**ADAH.** No sea engreído, señor Nicomedes...

**NICO.** Dígame Nico, por caridad.

**ADAH.** Usted, Nico, no es la mejor opción que yo hubiera esperado, pero puede servirme.

**NICO.** Ahora se explica... lo del otro día, su... desilusión al conocerme.

**ADAH.** Déjelo así. Tengo unos zapatos para usted, por allá arriba. *(Se sube a una silla para alcanzarlos. Casi cae, pero NICO la ataja con gracia y el desliz se transforma en un estilizado paso de baile.)*

**NICO.** Tenga cuidado.

**ADAH.** Su calzado, caballero. *(Ella va al tocadiscos mientras él se pone los zapatos).*

**NICO.** Un poco justos, el difunto era de pie estrecho. Si es que en verdad está difunto.

*(Ella le espera en pose de empezar a bailar, los brazos levantados y la espalda erguida.)*

**NICO.** ¿Bailamos?

**ADAH.** ¿No va a cambiarse los pantalones?

**NICO.** ¿Delante de usted?

**ADAH.** ¡Por favor! Le he visto las partes pudendas.

**NICO.** Aunque las buenas formas sucumban durante una situación de emergencia, el hombre moral conserva su dignidad.

**ADAH.** Muy bien, por esa puerta.

*(Él se retira muy digno a completar su ajuar.)*

**ADAH.** *(Hacia fuera.)* ¿Cómo le sigue la espalda? Habría apostado que nunca regresaría, después de sentirme la mano.

**NICO.** *(En off.)* Hay aberraciones. *(Asoma la cabeza.)* A lo mejor soy masoquista. Estuve cojeando dos días, después de su amable intervención. *(En off.)* “El quiropráctico derrengado”.

**ADAH.** Me imagino que hay pacientes que contagian a sus terapeutas. ¿A dónde si no se dirige tan mala vibración, si en una sesión la están desalojando de un cuerpo? Lo más lógico es que penetre en el otro.

**NICO.** *(En off.)* Supercherías.

**ADAH.** ¿No fueron mis congojas las que le descompusieron, entonces?

**NICO.** *(Ya listo y reluciente entrando.)* Definitivamente, no.

**ADAH.** (*Pone un disco, Hojas muertas de Cole Porter.*) Se ve usted muy bien, debo reconocerlo.

**NICO.** Favor que usted me hace.

**ADAH.** Usted sabe bailar, espero. (*Se entregan a la danza.*) No cree entonces en las malas energías.

**NICO.** Un mal proceder, una mala intención, un deseo alevoso, el universo los castiga. Me disculpa, no es un tema para ser bailado.

**ADAH.** ¡Qué ceremonioso! (*Bailan en silencio.*)

**ADAH.** ¿Y los accidentes, entonces, no existen? ¿Qué diremos de un especialista de la quiropráctica que se lesiona en un sencillo y mínimo entrenamiento?

**NICO.** Los accidentes existen, a veces nos los buscamos, pero démosle un chance al azar. *All we are saying is give...* Hay gente que se lleva una puerta por delante, atravesando una calle, una maceta que cae, la ducha...

**ADAH.** Toda mi vida le he tenido miedo a las duchas. Pavor. Siempre temiendo un resbalón, una cortada en las venas como Séneca, envenenamientos como el de Sócrates, o la película aquella, una viejecita que se acerca en silueta con un cuchillote y rasga la cortina impermeable del baño mientras un violinista sádico martiriza las tripas de un gato... Ahora me doy cuenta de que soy yo la que me voy convirtiendo, cada día más, en la viejita del cuchillo.

**NICO.** Le cambio el cuchillo por la inyectora. (*Ríen.*) ¿Lo ve? Los accidentes existen y no siempre traen malas consecuencias.

**ADAH.** (*Empieza a hablar al público, sin parecer que él la esté escuchando, mientras NICO sigue bailando solo.*) El viejo Mendoza nunca

se dejó tocar por mí. Ni un masajito, una caricia sí, pero un beneficio, una consolación mínima, usted sabe, para restañar las heridas, pues nada. Y no es que fuera una incapaz, yo sabía mis cosas, pastillaje para tortas, poner inyecciones y rezar el rosario. Pero él, apenas se sentía un poco enfermo, corría a entregarse a los cuidados de su verdadera mujer. Quiero decir, su esposa. Yo siempre fui verdadera para él y él muy considerado conmigo, aunque largo tiempo antes del fin, su fin —su muerte, quiero decir—, también él dejó de tocarme; los pudores de la edad, supongo, algo que se enfría, quizás un resentimiento. Todavía me duele haber sido la otra, la moza, la querida de un señor como ese. Y no estar a la altura de la verdadera. Yo nunca le pedí que dejara su matrimonio. Y creo que él nunca me perdonó ni siquiera haber hecho el intento. Quizás haya sido mi pasado. Yo contaba ya con dos divorcios y había sido actriz, de las buenas, con carácter. Es la profesión que requiere más carácter, ¿usted lo sabe? Olvídense de los policías, una actriz tiene que darse su puesto y ponerle carácter a su trabajo. Una generala en jefe. El caso es que terminamos como amigos él y yo. Nunca lo quise de ese modo, yo se lo rogaba cuando estábamos de romance, “nunca como amigos”. Pero así fue la cosa. Quizás una infidelidad. (*Suspira.*) Jamás me descuidó, y hasta después de su muerte me dejó en este apartamento muy acomodada.

**NICO.** (*Lo mismo: él habla con el público, ella baila.*) Yo pensé que con la edad vendría el sosiego. Quiero decir, no es que me vaya a fosilizar en una mecedora ni cosas así. Pero es que veo a la gente, me veo yo mismo, la ansiedad no cesa. Tiene otro ritmo quizás. Pero no dejan de atormentarte los deseos del muchachito, las ambiciones del mequetrefe que eras a los treinta, las frustraciones de toda la existencia y la angustia de acercarte a un final nada satisfactorio. Y tiene un plus, un nuevo ingrediente, la vergüenza de saberse maduro y que eso no remedie cosa alguna. La madurez te quita velocidad, te quita impulso, pero no intensidad. ¿Desde cuándo no tengo un nuevo amigo? Ya pasó la edad de hacerse compinches con facilidad, casi espontáneamente. Lo que sí es que conozco gente, todos los días.



Y empiezan a ajustarse como repeticiones de ciertos patrones. Y si alguien escapa del modelo, ese es un *borderline*, como yo.

**ADAH.** (*De nuevo se aísla del baile. Cesa la música.*) Nunca me consideré una provinciana. ¡Si yo como actriz, en mi época, era parte de lo más cosmopolita y bohemio que había en esta ciudad! Me codeaba con intelectuales, con literatos, con artistas verdaderos, con emigrantes o exiliados que traían, sobre todo, estilo. Un estilo, una forma de vivir distinta. ¡Qué iba a entender yo! Si en aquella época empecé a jugarme hasta la casita de Santa Rosalía que me dejaron mis padres. Era empedernida, y mis muchachos me trataban como a una enemiga. Hasta que un día conocí a Mendoza, y Mendoza, el viejo, me llevó a Europa. Lo dejé todo, hasta las barajas. Yo veía que la gente allí estaba tan clara. En París, por ejemplo, todos son unos profesionales de la vida. Me explico, todos saben a conciencia cómo es que se vive. Todos, muy buenos días; todos, sus compras diarias; todos, su trabajo en regla, sus impuestos, sus obligaciones y sus distancias. Tú no me solapas mi pedacito de acera, tú no me acosas, me respetas mi horario, mi sazón tan particular en las comidas, una existencia bellamente coreografiada. Hasta el amor es un saber hacer; y dentro de aquella conciencia, mantener todavía una mirada primaveral, fresca, un espacio para sorprenderse, para vibrar con cada asalto de autenticidad que te presenta la naturaleza, o la ciencia, el diseño de nueva tecnología, poder maravillarse uno con lo que todavía tiene para ofrecer el arte... Yo me sentí como acabada de salir de la caverna. Recuerdo el Centro Pompidou o el edificio del Mundo Árabe... También recuerdo que aquella gente venía de una guerra, de mil guerras, donde con igual arte coreográfico se había programado la muerte de millones de personas.

**NICO.** (*Eso sí lo escuchó.*) Puede pasar por alto eso último, dígame más de París. Nunca he estado en la Ciudad Luz. Pero debe ser lo más agradable del mundo.

**ADAH.** (*Abstraída en su recuerdo.*) Mi primera vez en París fue en primavera y había como un ansia de la gente por disfrutar del sol, del aire límpido y fresco que atravesaba las calles; todos celebraban la huida de la oscuridad. En el Centro Pompidou —lo recuerdo como si fuera ayer—, un edificio muy moderno a pesar de su nombre de palacio del setecientos. Figúrese, decidieron construir el edificio con las entrañas por fuera y yo viendo aquella maravilla. Como un cuerpo humano volteado del revés. Aguas servidas, tuberías de aguas blancas, aire acondicionado, conductos para los cables de la electricidad, cajetines, condensadores, el mecanismo de los ascensores, digo; como un sistema circulatorio expuesto, la estructura, columnas, vigas, bases, como un esqueleto exógeno. ¿Hablo bien? Todo a la vista del visitante, lo que usualmente se reserva para la fría intimidad, emparedado como un personaje de Edgar Allan Poe, imagínelo aquí como crucificado; crucificado no, que hay dolor y allí hay un gesto de alegría, hacia fuera, expuesto.

**NICO.** Una paradoja.

**ADAH.** Ahora lo considero un chiste, un comentario más bien intelectual. Tiene su belleza, pero el edificio en sí es un sitio frío e impersonal, como toda la ciudad.

**NICO.** Usted se da con las espuelas.

**ADAH.** Hay cosas que aborrezco. El turismo, los malos chistes y las frases campechanas. Falsamente campechanas. De puro folclóricas terminan siendo postizas.

**NICO.** Ahora me va a corregir el lenguaje. Por ahí empieza la represión y el fascismo.

**ADAH.** Y las bellas coreografías. También podemos hacer la danza del poder. Es un buen tema. (*Continúan bailando.*)

**NICO.** ¿Pasó algo en el Centro ese Pompidou que la molesta particularmente? Usted se puso tensa y volvió a su mal humor.

**ADAH.** Es mi condición natural.

**NICO.** Usted no es siempre tan severa consigo misma que sus frases parecen una ligereza, pero se está autoflagelando.

**ADAH.** ¡Qué sutil, hombre! Como psiquiatra se muere de hambre. Por cierto, como masajista, me corrijo, como fisioterapeuta, también.

**NICO.** De algo hay que morir. El hambre es una mala costumbre muy extendida. Pero no me cambie el tema. ¿Qué pasó en el Pompidou?

**ADAH.** En el Pompidou, nada. No entramos. Mendoza no hacía más que ridiculizarme ante mí misma y demostrarme lo poco preparada que yo estaba para disfrutar de la verdadera vida. Tuvimos una pelea, y en una plaza, junto al Pompidou, donde el agua resbala de una superficie lisa, como un espejo, y la ciudad se estiraba como en un lascivo bostezo ante la llegada del equinoccio, se nos acercaron unos compatriotas que por pura casualidad visitaban también París en esa fecha y saludaron al viejo Mendoza, y allí lo conocí. Un sol. Los meseros corrieron a plegar los toldos de la terraza y él apareció en su luminosidad, dándole un tinte de feria a la ciudad entera. Todavía donde quiera que se encuentre, muerto o vivo, anciano o joven, ridículamente conservado o ajado por los maltratos del tiempo, gordo, flaco, sanote, rozagante o absolutamente decadente, un sol. Él era solar, ¿me entiende?, y comenzamos una relación tan profunda, tan plena y tan luminosa, que duró años.

**NICO.** ¿Usted le montaba cachos al viejo Mendoza con el inca Atahualpa o con Luis XIV?

**ADAH.** Aunque parezca muy informado, es un mal chiste y una ordinariéz. Luis se llamaba, o se llama, pero no catorce; y fue una razón muy poderosa para dejar de amar a mi viejo Mendoza.

**NICO.** Pero usted misma me ha dicho que el viejo era cruel.

**ADAH.** A veces. Según el tema del día. Otras veces podía ser el hombre más amoroso del mundo. Solo que me reprochaba mi falta de cultura sibarita, mi falta de gusto por los sentidos y yo lo tomaba como una agresión. Pero Luis, ese Luis, sí que me enseñó a disfrutar los sentidos y, si se me permite decirlo, a admitir cualquier estímulo de placer en todas las cavidades de mi cuerpo.

**NICO.** Señora, me va a hacer sonrojar.

**ADAH.** A esta edad las redecillas de vasos sanguíneos no son tan excitables, lo digo por lo del sonrojo. Luis, el solar, me enseñó a tener un cuerpo permisivo y no se escandalice, somos más que mayores.

**NICO.** No, no hay escándalo. Solo la sorpresa de que una mujer como usted reconozca cómo un hombre logró abrirle sus horizontes.

**ADAH.** Con mucho cariño. No fustigándome como hacía Mendoza.

**NICO.** ¿Y a qué la condujo tanta permisividad, si se puede saber?

**ADAH.** A la autonomía, supe disfrutarme yo misma, mi cuerpo, yo toda. Y me llevó también a quedarme sola y con la sensación de haber sido usada en un amplio sentido del término. Porque ser plenamente feliz con el cuerpo es un imposible, es un barril sin fondo, la satisfacción es un asunto momentáneo y si no es porque te cansas mucho, cada vez más, pues... una se quedaría pegada, obsesa, anhelante, ansiosa, poseída. Hay una resignación

consciente de quedar una gastada, quizás hasta estropeada para otras experiencias.

**NICO.** Siempre hay un nuevo comienzo.

**ADAH.** Usted no puede dar marcha atrás en algunos casos, entiende a qué me refiero.

**NICO.** Le agradezco infinitamente esta conversación. Pero no me pregunte que me compromete.

**ADAH.** Claro, usted, del tipo reservado. Más bien, reservado y oscuro.

**NICO.** Al contrario, ahora es que se hace un poco de luz y empiezo a entenderla.

**ADAH.** ¿Está seguro? La que tiene que entender soy yo y mi vida ya me la sabía de memoria. Entender es otra cosa.

**NICO.** Usted cree que haber vivido es haber perdido.

**ADAH.** Tan simple, pero no. Es más complicado, señor.

**NICO.** Después de todo, desde el momento en que nacemos comenzamos a morir.

**ADAH.** Otra estupidez, otro lugar común. Una máxima.

**NICO.** Le gustaría morir intacta, virgen inmaculada.

**ADAH.** Eso nos enseñaron desde niñas. Pero no me gustaría morir de ninguna manera.

**NICO.** Para allá vamos todos.

**ADAH.** Váyase al diablo usted primero.

**NICO.** En caso de que exista. (*Bromeando.*) Pecadora.

**ADAH.** ¿Santurrón, usted? En serio se ha sonrojado. ¡Tiene que estar bromeando!

**NICO.** Todo lo contrario. Lo que se van a tragar los gusanos ya estará indefectiblemente descompuesto. No se van a estar preguntando si era ilegítimamente casada, ¿a quién corresponde este pedazo de mejilla? ¿Era señorita, acaso? (*Como masticando.*) Mmm, guanch, guanch.

**ADAH.** ¡Qué imagen tan pedestre!

**NICO.** Es verdad. Lo que nos queda será lo bailao.

**ADAH.** ¡Esto! Ay, qué pobre cosa somos. (*Hace un giro sobre sí misma.*)

**NICO.** Poquita, intensa y agradable. ¿Sabe? Quiero agradecerle que no haya rescindido el contrato con la clínica, con la agencia.

**ADAH.** Dígame...

**NICO.** Lo del paquete, que no llamara para que le devolvieran su dinero. Gracias.

**ADAH.** No es mi dinero, es asunto de mi sobrina que es una tonta y creo que ya hemos escapado a ese compromiso comercial.

**NICO.** Bueno, si usted ha pagado lo más lógico es que reciba lo contratado a cambio.

**ADAH.** El paquete... No quiero su paquete.

**NICO.** Pero tampoco me lo va a rechazar.

**ADAH.** Insisto: el departamento de compras es atribución exclusiva de mi sobrina.

**NICO.** No insista con lo de la sobrina, antes eran varios, sobrinos, digo. Me toma por tonto. Esa bendita señorita no existe, que ya chequeé a quién le adjudicaron la tarjeta con ese número y resulta que coincide con usted.

**ADAH.** Mi sobrina tiene una extensión de mi tarjeta, de mi propia cuenta.

**NICO.** ¿Y el nombre?

**ADAH.** Ella puede llamarse igual que su tía, se le olvida ese pequeño detalle.

**NICO.** No sé por qué me cuesta tanto creerle.

**ADAH.** Porque usted está acostumbrado a vivir en la mentira.

**NICO.** No sé qué pensar. Yo no soy deshonesto, si es lo que está tratando de decir. (*Se quita el saco.*)

**ADAH.** No volvamos a lo mismo, ¿quiere? Si así lo desea, no regrese más. Después de todo, el que pidió venir fue usted. Ha logrado por segunda vez molestarme de veras. Me doy por servida y ya hablaré con mi sobrina “Adita” para que no insista más en esta locura.

**NICO.** No puedo dejarla así.

**ADAH.** ¿Cómo así? Usted no me ha hecho nada a mí.

**NICO.** Usted de mí sí. Además del ridículo. Pero me ha conocido y antes me ignoraba, por lo tanto, algo ha sucedido entre nosotros.

**ADAH.** No sea irritante. (*Lo va llevando a la salida.*) ¿Puedo, por favor, mantenerme fuera de ese círculo vicioso de relaciones interpersonales?

**NICO.** Es imposible.

**ADAH.** No quiero tocar o conocer a nadie. Que nadie se sienta cambiado o afectado por mí. ¡Fuera de mi casa!

(*Tercer oscuro.*)



## CUARTA SESIÓN

### **JOGGING**

(**NICO** habla al público mientras cambia su atuendo por una versión más conservadora de la ropa para ejercitarse. Si es posible, unos shorts de carrera no le irían mal.)

**NICO.** Es todo un desafío. Tenía que volver. Llamaron encareciendo, exigiendo y luego rogando, que yo tenía que continuar con las sesiones. Una voz de mujer, sin identificarse, seguro haciéndose pasar por la sobrina, Adita, que la señora se sentía mucho mejor en mi compañía. El jefe me miró muerto de la risa, pero sin poder ocultar que tras la diversión hay una censura. “¿Qué diablos fue lo que le hiciste a esa viejita? Esta no es una empresa de prostitución”. Y se cagaba de la risa con los otros. Me amenazaron para que regresara, no me querían pagar. Una vez ante ella, no iba a tocar ese tema, al parecer es el punto neurálgico de nuestra “relación”. Y la señora como si no hubiera ocurrido nada. Esta vez decidí tomar las riendas y preparé una sesión de *stretching*. La leí por Internet, pero creo que la tengo asimilada. Veamos.

**ADAH.** (*Viene cómoda para hacer su training.*) Su apariencia, para variar, es lamentable.

**NICO.** Ahí le mandé su esmoquin de tintorería y todo. No siempre anda uno de luces.

**ADAH.** Algunos por supuesto que no. Andan de sombras. Y en algunos casos de temblorosos destellos.

**NICO.** No se burle también de mis piernas, por favor, y comencemos. Esto tiene varias etapas que son importantes, que usted debe memorizar para terminar haciéndolas usted sola y sin la intervención de nadie más.

**ADAH.** Sin la intervención de nadie más. ¡Perfecto! Ha encontrado la terapia indicada para mi dolencia.

**NICO.** ¿Para qué me llamó si va a continuar con sus ataques de misantropía?

**ADAH.** ¿Misantropía, yo? La gente no me soporta y yo soy la misántropa. Me gusta esa palabra. Me gustaría llamarme así, Misántropa Antonia.

**NICO.** Ya veo que su humor mejora. Lo primero es el calentamiento. Usted hace alguna actividad física no muy acelerada solo para activarse hasta niveles óptimos. Una caminadita, unas repeticiones suaves, levanta los brazos, baja los brazos. (*Lo va haciendo mientras ADAH lo sigue con dificultad y escepticismo.*) Se agacha a recoger un lápiz que se cayó. (*Lanza dos lápices al piso, recoge uno, ella lo mira con burla.*) Se agacha, dije. No es nada una agachadita. (*Ella busca algo como un bastón para llevar el lápiz a un rincón y tomarlo, evitando agacharse.*) Creativa y entusiasta, así me gustan las pavas.

**ADAH.** Resulta que ahora le gustan las pavas. ¿Yo soy una pava? ¡Por Dios!

**NICO.** Menos cháchara y más actividad, dándole. Meneando la cadera, meneando la cintura, meneando la cadera, meneando la cintura. Meneando la...

**ADAH.** Es patético.

**NICO.** Giros del tórax.

**ADAH.** (Como diciendo “no, no, no” gira sobre el eje de su cintura mientras efectúa la negación.) Pero muy enfáticamente.

**NICO.** Respira profundo.

**ADAH.** Respiro lo que puedo, mis pulmones, de la mitad hacia abajo, se fueron de vacaciones hace década y media. (Se detiene.) Y se los agradezco. Nada me causó más ansiedad en el pasado que la respiración. Cuando estaba sobre un escenario, delante del público, o durante esas largas y extenuantes sesiones amorosas con Luis, el Rey Sol, que usted llama, me descubría pensando solo en la respiración. ¡Al carajo emociones!, ¡al carajo placer sensual!, ¿Cómo me mantengo viva aspirando este aire tan poquito, o tan muchote, para estos pequeños pulmones?

**NICO.** Es un asunto de concentración y usted está hoy más dispersa que de costumbre. La concentración de un atleta, como en las carreras largas.

**ADAH.** Ah, no. En las carreras largas uno preferiría no respirar más. Dejemos este trabajo de procesar aire para cuando termine la carrera, después retomamos.

**NICO.** ¡Si fuera posible! Pero también se siente uno muy bien al respirar así grande con ganas.

**ADAH.** Todavía me desvelo pensando en la respiración y... a veces le pido a Dios que apague de una vez ese fuele.

**NICO.** ¡Cancelado! (Un poco molesto.) ¿Se da cuenta de lo que está haciendo? A eso llamo yo mala actitud.

**ADAH.** Por lo menos es una actitud y no una morisqueta, que es la que tiene el instructor.

**NICO.** Bueno, bueno, no se vale la crítica. Ya debemos estar calentitos, hay que revisar los latidos del corazón para ver si hemos estimulado la circulación lo suficiente.

**ADAH.** ¿Cómo sabemos si es suficiente?

**NICO.** Contamos los latidos que ocurren en quince segundos y los multiplicamos por cuatro que nos da el número de latidos por minuto. Óptimo son entre noventa y cien.

**ADAH.** Yo me cercioro es de cuántos latidos me quedan. A decir verdad, muy pocos.

**NICO.** No sea exagerada.

**ADAH.** Estoy exhausta y próxima al deceso.

**NICO.** Y tremendista.

**ADAH.** Suficiente por hoy. Muy buena su sesión de *stretching*, *monsieur*.

**NICO.** Pero si aún no hemos comenzado. Tenemos que elevar los latidos del corazón entre cien y más pulsaciones por minuto, por un período de quince minutos mínimo.

**ADAH.** ¡Puros números, las puras matemáticas no podrán nunca explicar los estremecimientos de mi corazón!

**NICO.** ¿Quién quiere explicar? Lo que sigue es más sencillo. Espero que haya tomado nota.

**ADAH.** Me estaba carrereando por la sala. ¿Cómo iba a ponerme a escribir?

**NICO.** ¡Nota mental, digo! Es algo que debe repetir usted mañana por sí sola.

**ADAH.** (*Sarcástica.*) Ja, ja, ja.

**NICO.** De no hacerlo se va a sentir muy mal, físicamente, quiero decir. Aguijones en los músculos.

**ADAH.** Más que los del alma. Era hora..., interesante. Me está poniendo en una emboscada, o me siento mal haciendo ejercicios o me siento mal porque no los hago. Es poco ético, como toda estrategia de mercadeo.

**NICO.** Es adictivo el ejercicio. No es mi culpa.

**ADAH.** La inactividad también es adicción. Como los azúcares y los hidratos de carbono.

**NICO.** Ahora viene un estiramiento sencillo. Dejamos caer la cabeza por su propio peso.

**ADAH.** ¿Está seguro de que luego podré volverla a su posición vertical?

**NICO.** Vamos, no sea floja.

**ADAH.** Por fin, ¿aflojo o tenso? (*Deja caer la cabeza y la rota hasta que sobre un hombro le empieza a doler.*) ¡Ay!

**NICO.** ¿Ahí le duele?

**ADAH.** Cuando paso por aquí. (*Le indica con la cabeza.*)

**NICO.** Relaje, es lo que dé el peso de su propio cuerpo. Ese dolorcito también tiene su gustico.

**ADAH.** Sí, que uno puede quedar caminando como en los muertos vivientes.

**NICO.** Película de George Romero.

**ADAH.** ¡Pero qué cajita de sorpresas es usted! También es cinéfilo.

**NICO.** No, es información inútil, de esas cosas que uno sabe no sé ni para qué.

**ADAH.** Para ganar un concurso de preguntas y respuestas.

**NICO.** Perdería... siempre con el temor de dar no la respuesta correcta, sino la no adecuada. Me está distraendo; no nos alejemos del tema, venga. Hombros en movimiento circular. Como para seducir a alguien.

**ADAH.** (*Mientras lo hace.*) No me venga con coqueterías de a locha. ¿Se acuerda de lo que era una locha? Estoy para alejar, no para atraer.

**NICO.** De una sola pieza usted, ya está dicho. Pero no nos rendimos. Ahora estira los brazos, a los lados y arriba y siente esa columna hacia arriba, estirada como una liga.

**ADAH.** Cuidado con la columna, pobrecita, basa, fuste y capitel. ¿Se sabe esta? Jarra, taza, tetera. (*Juega con brazos a la cintura y se amanaera divertida.*)

**Nico.** Muy graciosa, siga, estire. ¿Lo siente?

**ADAH.** No siento nada. Hace dos minutos que fallecí aplastada por un capitel de estilo corintio.

**NICO.** Ahora vamos a doblar un poco hacia delante, sintiendo el peso de todo el tórax hacia delante, estiramos, espalda derecha.

**ADAH.** Sí, me acuerdo cuando joven yo tuve la espalda derecha, los días de fiesta nada más. Después era yo misma.

**NICO.** Repita, repita.

**ADAH.** Usted se olvida de mi profesión. Yo solía ser una actriz disciplinada, hacía mis ejercicios a las seis de la mañana y sabía qué partes de mi cuerpo estirar.

**NICO.** Mejor. Si ya domina la teoría vamos al suelo, a por la práctica.

**ADAH.** Usted está loco.

**NICO.** Vamos. Al piso, sentados, o en una silla si lo prefiere, pero quiero que estire las piernas y que trate de tocarse con las manos la punta de los pies.

**ADAH.** ¿Por qué? ¿Me piensan enterrar doblada, a mí?

**NICO.** No puedo más con usted, y lo estaba haciendo tan bien.

**ADAH.** ¿A usted no le parece que yo debería estar reservando energías en vez de estarlas gastando en hipotéticas acciones?

**NICO.** Usted tiene que mantenerse activa.

**ADAH.** Yo creo que a estas alturas tengo conciencia de finitud y del ahorro de calorías, pues son exiguas.

**NICO.** ¿Desde cuándo no sale a la calle? O mejor, déjeme mejorar esta pregunta. ¿Cuántas veces a la semana sale usted a caminar por la calle? ¿Hacer sus compras, paseos, visitas? ¿Cuántas?

**ADAH.** Pues serán como siete veces, todos los días.

**NICO.** ¿De verdad?

**ADAH.** No más abrir los ojos en la mañana y los vuelvo a cerrar. Me concentro y bajo las escaleras, me dirijo al parque que está ahí junto. Me cuesta cruzar la calle, es un distribuidor de una autopista, por lo tanto, tengo que tener cuidado. Nunca me han arrollado, contemplo árboles, luz solar, jóvenes sudorosos que trotan, señoras viejitas de caminata matinal. Doy una vuelta sin cansarme y regreso complacida a la cama. Ni una gota de sudor. Así voy de compras o visito al farmacéutico que es amigo mío. A veces voy más lejos, al pasado, a mi casa natal, como si fuera Simón Bolívar, mi casa natal. Hablo con los ausentes. Tomo barcos para Europa. No me gusta viajar en aviones, la espera, a pesar de ser más corta, resulta más aburrida; los barcos son otra cosa. A veces he decidido ir desnuda y nadie se alarma por eso. He tocado a seres queridos del pasado, bailo bajo la lluvia, me deslizo por laderas de montañas mojadas y hasta he llegado a revolcarme con tipos desconocidos. ¡A esta edad! ¿Qué le parece?

**NICO.** No estaba hablando de ensoñaciones o viajes astrales.

**ADAH.** No voy a malgastar mis preciadas calorías en cosas indignas. A mí me traen el periódico todas las tardes y lo que leo en él no me parece meritorio de que se le conceda una visita en físico, personalmente.

**NICO.** ¿No sale? ¿Desde cuándo no pisa la calle?



**ADAH.** ¡Qué sé yo! Cuando me obligan a visitar a un especialista. El médico de cabecera todavía viene a mi casa.

**NICO.** ¿Y le parece saludable?

**ADAH.** Para mi alma contrita y acongojada, sí. Frecuento a mis amistades en la imaginación con mayor asiduidad que usted en la realidad, si es que tiene algún amigo que pueda mencionar. Me retiré, como la Garbo, como la Callas.

**NICO.** ¿Esos son delirios de grandeza? Por lo menos anémica.

**ADAH.** Sensatez de espíritus sensibles. Uno no anda por ahí exponiéndose a un mundo violento y vulgar.

**NICO.** ¿Y no le agobia una cosa que llaman “tedio”?

**ADAH.** Vivo agobiada por otras preocupaciones.

**NICO.** Yo pasé mi niñez y parte de mi adolescencia asomado a una de miles de ventanas en un edificio superpoblado. Y el mundo exterior era tan hostil que no provocaba incursionar en él. Salía lo necesario, a la escuela, mis obligaciones y otra vez a mi reclusión. Lo peor eran las vacaciones, anclado como un farolero en aquella torre de marfil. Si alguna vez me adentré en la aventura de lo exterior, más allá de la ventana, siempre lo pagué caro. Mi hermanita me decía que yo era como Pinocho; a toda escapada, su debida represalia, su correspondiente castigo. Pero de tanto cuidarme creo que tuve la primera juventud más aburrida, reprimida, tediosa y deprimente de este mundo.

**ADAH.** Es cuestión de chispa también.

**NICO.** Tampoco la tuve. Yo no me considero tan feo ni tan despreciable...

**ADAH.** Hay opiniones.

**NICO.** Debió conocerme en mis veintes. Pero eso de la chispa, eso del encanto personal, o del toque mágico para atraer o para divertir a los demás y granjearme simpatías duraderas, eso nunca lo tuve. O me lo mataron años de tedio detrás de una ventana viendo al mundo degradarse y hacerse daño.

**ADAH.** (*Recuperándose del bajón.*) Edificante, eso sí me activa la circulación, usted ve, y estimula mis ganas de vivir.

**NICO.** Pero yo no sabía que era infeliz ni el tamaño de la desgracia. Uno se crió así. Es cultura individual.

**ADAH.** Su cultura es un horror. (*Porque él se ha puesto a sacar un banquito muy bajito, un escabel casi, y una petanina para continuar una rutina de ejercicios.*) ¿Qué hace?

**NICO.** Vamos a continuar con la rutina de *stepping* o *stair climbing*. Es sencillo, no demasiado *demanding*...

**ADAH.** Se dice exigente.

**NICO.** Eso... y es hasta divertido. (*Empieza a dar pasitos sucesivos para encaramarse y bajarse de la petanina o del banquito al ritmo de una música muy plana, la invita a imitarlo.*) Usted ya ha bailado conmigo, no se haga la mocha. Con el ritmo de la música.

**ADAH.** A cualquier cosa llaman música.

**NICO.** Un pasito para un lado y un pasito para el otro y suazzz y se encarama y se baja. Y otra vez.

**ADAH.** Para un lado y para el otro y suazzz y me encaramo. (*Se queda parada sobre la petanina.*)

**NICO.** (*Sigue su rutina.*) ¿Qué me le pasó? ¿Por qué no sigue?

**ADAH.** No será que sufro de vértigo, ¿no?

**NICO.** ¿Entonces?

**ADAH.** Es de lo que versaba mi queja cundo hablé de acciones hipotéticas. Tanto trabajo que me ha costado llegar hasta aquí arriba... Con lo que le cuesta a uno ascender un peldaño y usted me invita tontamente a bajarlo.

**NICO.** Subirlos y bajarlos tiene su mérito. Un número de repeticiones la ayuda...

**ADAH.** ¡Y espera que yo repita! Es de oligofrénicos esto.

**NICO.** Ejercitarse le dará tonicidad, se sentirá feliz segregando sus endorfinas y su adrenalina y, al cabo de un tiempo no muy largo, tendrá razones para mejorar su autoestima. Se sentirá contenta de su apariencia exterior.

**ADAH.** ¿Y usted concibe, como una remota posibilidad, que yo, habiéndome conocido a los dieciocho años, me sienta contenta a los más de setenta con mi aspecto exterior? Lo suyo es puro optimismo.

**NICO.** ¿Y lo suyo? ¿Cómo podemos llamarlo? Es una rutina de payasos esto que usted me obliga a soportar.

**ADAH.** Los payasos tienen algo de artístico; grotescos sí, pero de espíritu sensible. Lo que ayuda a la autoestima son los logros, los reales, las realizaciones de uno como persona, no las hipotéticas escaladas

ni la frívola apariencia. ¿Cómo esperan que me vea encerrada y con más de siete décadas a las espaldas?

**NICO.** No tiene logros, entonces.

**ADAH.** Logro seguir respirando. De resto, la amante del señor, la actriz promisoría precozmente retirada, la mantenida de tal, la vieja abandonada en un edificio de apartamentos que promete derrumbarse encima por falta de mantenimiento.

**NICO.** Diga, subir una montaña, ¿no es una realización personal?

**ADAH.** Si es para volverla a bajar es una necedad. Si es por deporte es una conquista hipotética, se hace como entrenamiento, para pasar el rato, para un después. Quizás huyendo de los ejércitos invasores, el que escale una montaña primero tenga alguna ventaja. Será una victoria en el sentido figurado.

**NICO.** (*Fuera de sí.*) Esto no es lenguaje figurado, es un único y precario peldaño que la ayuda a mantenerse y a prepararse para las exigencias de la vida verdadera.

**ADAH.** Entonces usted es más derrotista que yo queriéndome apear de mi peldaño.

**NICO.** Mala conciencia, mala fe. Baje de allí.

**ADAH.** Me está preparando para descender todos los escalones, para deshacer los logros conquistados. No me bajo, no me bajo y no me bajo.

**NICO.** Baje de ahí y vuélvase a montar. (*Ante la negativa de ella.*) Es ridículo. Ya está, no tiene que seguir sabotando todas mis iniciativas. Ya terminamos por hoy. Le quedó muy bonito, ¿sabe?

**ADAH.** No me bajo y no me bajo. (*Perdiendo entereza.*) Es imposible bajarse de este escalón, de esta prominencia... (*En pánico.*) ¡No me puedo bajar, por favor!

**NICO.** (*Alarmado.*) ¿Qué le pasa? ¿Es en serio?

**ADAH.** (*Casi en lágrimas.*) No me puedo bajar de aquí, ayúdeme. (*Él la asiste y desciende al suelo, busca una silla.*) Esto de hoy ha sido un exceso. Me siento sofocada. Me voy a morir.

**NICO.** A veces no sé si me habla en serio o se burla de mí.

**ADAH.** (*Lo ase por los brazos intensa y desgarrada.*) Estoy a punto de desmayarme. Quizás no me recupere más de esto. Pero antes de perder la última luz de entendimiento, déjeme decirle, porque es mi obligación, que es usted un necio, un imbécil.

**NICO.** ¡Señora Adah! Discúlpeme. Estaba tratando de que la pasáramos bien. Pero, ¿qué tiene, qué le ocurre? (*Finalmente, ella se desmaya.*) Será un vahído, un desvanecimiento momentáneo. Señora Adah, señora Adah..., respóndame. Un caramelito, una cucharadita de azúcar. (*Busca a los lados.*) Señora Adah, ¿qué hice, qué pasa? Respóndame, perdóneme por favor.

(*NICO se afana buscando medios de reanimar a su paciente mientras le alcanza el cuarto oscuro.*)

## QUINTA SESIÓN

### CANCIÓN DE PAQUETE

(**ADAH** está acostada en el mueble, en posición de enferma, con su cobijita y todo. **NICO** la mira de pie, tiene una bolsa con frutas.)

**NICO.** Menudo susto nos quiso dar la otra semana.

**ADAH.** No fue nada.

**NICO.** Afortunadamente.

**ADAH.** Lo esperaba más temprano.

**NICO.** Esta es una visita a una amiga convaleciente, no una sesión de terapia.

**ADAH.** Se puede interpretar de otro modo. Hay visitas que reconfortan, que le causan mejorías al paciente.

**NICO.** No es para tanto.

**ADAH.** No he dicho que usted sea el caso. Y menos con ese sentido de la puntualidad tan liberal.

**NICO.** Discúlpeme. (*Pausa. Le muestra las frutas.*) Manzanas y peras. Pocas porque caras.

**ADAH.** No se hubiera molestado. No es necesario que me traiga más paquetes a la casa. ¿Qué es eso? ¿Ganas de hacerse perdonar la existencia? No me va a caer mejor ni que se disfrace de san Nicolás.

**NICO.** Me imagino que es una forma de darme las gracias. La educación ante todo. ¿Y cómo se ha sentido?

**ADAH.** Mire cómo me ha puesto usted, en cama, con su brincadera.

**NICO.** Es posible que sea mi culpa, sí. No debí abusar.

**ADAH.** Me siento de la patada. Como un deshecho, el bagazo, los restos.

**NICO.** Se va a poner dramática.

**ADAH.** Lo peor es que me aburro. Después de haberle contado de mis salidas furtivas e imaginarias, se me quitaron las ganas de viajar con la mente.

**NICO.** Lea algo, haga juegos para solitarios.

**ADAH.** Solitarios no. Para eso ha llegado usted esta tarde, casi noche.

**NICO.** Señora Adah, usted tiene prohibida cualquier actividad. Está de reposo.

**ADAH.** (*Imitándolo.*) Señor Nicomedes, no me mangonee. Ya estoy crecida para esas gracias.

**NICO.** Como usted diga.

**ADAH.** Tan consecuente, tan humilde. Me da risa que antes me haya llamado amiga y me haya dicho convaleciente.

**NICO.** Sobre la amistad, bueno, quiero decir... Ya usted no es más mi paciente.

**ADAH.** Puede ser, pero creo que se le da un dedo y se toma usted la mano. “Amiga”. Le aseguro que le vendrían mejor otro género de amistades. Pero usted míreme como usted quiera, con la debida distancia, eso sí. Pero no puedo resistirme a que usted me considere su amiga.

**NICO.** Sí, la considero una amiga.

**ADAH.** Es asunto suyo. Mi vida no cobrará más sentido porque usted lo crea así.

**NICO.** ¿Por qué habla de falta de sentido? Su vida habrá tenido sentido, se habrá reproducido, ha hecho feliz a alguien...

**ADAH.** Mi primer marido me engañaba, con hombres, terminé por dejarlo. Mi segundo matrimonio se deshizo porque él halló una más joven y bonita y se llevó hasta los muchachos. Mis hijos me odian por eso. El viejo Mendoza se decepcionó de mí. El Rey Sol se divertía y luego dejó de divertirse. Una carrera como actriz en este país no pasa de un chiste.

**NICO.** Usted a mí me ha ayudado.

**ADAH.** De muy mala gana, debo confesar.

**NICO.** Eso es una versión, un matiz, una pequeña variación de la forma en que me ha ayudado. Yo llegué aquí desahuciado como usted bien pudo decir.

**ADAH.** Ahora soy yo quien está convaleciente. Fueron sus palabras, “que no puede valerse por sí misma”. ¿Y esa simetría es lo que nos hace amigos? Convaleciente: valerse con o de los otros.

**NICO.** No es pecado necesitar a alguien.



**ADAH.** Si usted lo dice.

**NICO.** Yo, para sentirme un profesional...

**ADAH.** ¡Qué palabrotas!...

**NICO.** ... he necesitado de usted, de su complicidad o de su consentimiento.

**ADAH.** ¡Un profesional! Se llama usted profesional.

**NICO.** No me minimice. No me tenga a menos. Ya es suficiente con mi condición laboral para sentirme debidamente humillado.

**ADAH.** Nunca será suficiente.

**NICO.** ¿La humillación?

**ADAH.** Cosas en su debida proporción, justicia.

**NICO.** Ah, se me olvidaba su rol: la inflexible. Y pensar que yo era un joven prometedor, el más talentoso, el mejor de mi clase, la esperanza de la familia. Y terminé de esto. Y usted, además, quiere hacer justicia sobre mi pescuezo.

**ADAH.** No me gusta depender de nadie. A veces, hasta ni de mí misma. ¿Usted no se considera frustrado? Porque yo sí.

**NICO.** ¿Por qué? Yo hice mi vida de la mejor manera que pude. Está bien, eso no es verdad. ¿Pero quién ha hecho lo mejor que pudo? Pero si uno va a arrastrar con ese remordimiento hasta una etapa tan avanzada... Mire, le digo, no vale la pena.

**ADAH.** ¿Y ser un pobre diablo sin conciencia?, me disculpa la rudeza, ¿vale la pena?

**NICO.** Cada vez que uno sirve a los demás y hasta se lo agradecen, uno dice “ah, esto tiene sentido, para eso fue que Diosito me puso en esta esquina”. (*Muy afectado.*) Lo de pobre diablo no es conmigo.

**ADAH.** Lo voy a contratar para redactar mensajes de Navidad. (*Risita suave.*) ¿No me estará tomando en serio? Bueno, no lo digo de embuste. Pero lo que usted hace es más un oficio de bufón que de facultativo.

**NICO.** Tengo mi experticia, mis buenas referencias, también como bufón.

**ADAH.** En todo caso, no necesitaba yo un profesional.

**NICO.** No. Usted desafía y desacredita toda pretensión de profesionalismo.

**ADAH.** Es un halago. Hoy está más alicaído que otras veces. Se puede decir que hasta triste.

**NICO.** Vengo con la guardia baja.

**ADAH.** ¿Le pasó algo?

**NICO.** Si yo necesitara de su caridad de nuevo... Esta vez es un asunto más delicado.

**ADAH.** Se trata de dinero.

**NICO.** No, pero sí... siempre tiene que ver con eso.

**ADAH.** Me intriga.

**NICO.** Conocí a alguien especial.

**ADAH.** ¡Y tenemos que pagarle! (*Rápida.*) ¿De género?

**NICO.** ¡No! No tenemos que pagarle. Y su género no necesita saberlo.

**ADAH.** Claro que lo necesito. ¿Qué sé yo si a usted le gustan hembras o varones, después de lo que me ha dicho? Niños o ancianas, travestis, caleteros, adolescentes.

**NICO.** En lo que respecta a su acto de caridad, eso no tendría que hacer ninguna diferencia.

**ADAH.** Permítame decidir eso a mí misma. A lo mejor le parece que alguien especial es el perro del vecino. O la gallina que criaba su tía.

**NICO.** No pienso revelarle nada al respecto. Lo cierto es que tenemos una relación. De dos semanas apenas.

**ADAH.** Si se tratara de una mujer, usted no estaría con tanto misterio.

**NICO.** Pero míreme, tan viejo y creyéndome el cuento del enamoramiento. Es patético, ridículo...

**ADAH.** Una figura lamentable.

**NICO.** Y su único interés era dinero, comodidades, las pocas que yo podía ofrecerle, mi atención incondicional.

**ADAH.** Nada de sexo.

**NICO.** Nada. ¡Cómo se le ocurre!

**ADAH.** Ah, ¡cómo se me ocurre! Usted se consiguió un entenado y “eso” se consiguió a su tutor. Después de viejo, pendejo.

**NICO.** Pero una persona así, tan clara en sus objetivos y sin escrúpulos para conseguirlos, por supuesto que terminaría por perjudicarme.

**ADAH.** Dígalo de una vez.

**NICO.** Me echaron de la casa donde, hasta esta madrugada, alquilaba una habitación de hombre solo. Se lo juro. No sé qué me pasó. Perdí la razón y empecé a verlo todo verde.

**ADAH.** Me imagino el escándalo.

**NICO.** Tuve que ir a la policía.

**ADAH.** Pero usted le dio su merecido. Hubo acción, hubo represalias.

**NICO.** Yo solo gritaba y rompía cosas. ¡Qué vergüenza!

**ADAH.** No me lo imagino a usted, señor Nicomedes, haciendo esas cosas. Pero no sea tonto. Es una escena, una más, de la revista musical de nuestras vidas.

**NICO.** No tengo dónde quedarme por estas noches, hasta la quincena que es dentro de tres días. Yo le juro, yo le agradezco...

**ADAH.** Muy bonito su discurso que venía sobre eso de ayudar a alguien. Ya veo por dónde.

**NICO.** ¿Qué me dice? No se sienta obligada tampoco.

**ADAH.** No, no me siento obligada. Para nada.

**NICO.** Por otro lado, si usted necesita que yo la asista, como paramédico, quiero decir. Que me quede por las noches...

**ADAH.** Por favor, don Nicomedes, tampoco necesito una enfermera.

**NICO.** Como usted diga. No se hable más. (*Se va a ir.*)

**ADAH.** Pero ¿cómo? Espere, ¿qué hace? No me decido todavía.

**NICO.** Es tarde ya, seguramente me deje el autobús y...

**ADAH.** Y ¿a dónde iría? Al parecer a una plaza. No sea tan sensible. Le voy a poner una condición para quedarse. Solo por esta noche. Mañana arreglaremos con dinero para pagarle una pensión, una residencia. Pero esta noche quisiera...

**NICO.** Usted y sus condiciones, tenga cuidado que no se puede agitar.

**ADAH.** No es bailar, ya lo sabe. Es más bien algo que no hemos hecho todavía, dentro de su variado paquete quiropráctico.

**NICO.** Me asusta. ¿Corro algún riesgo? ¿Me comprometo en algo?

**ADAH.** Solo si tiene mal oído.

**NICO.** ¿Pero qué es lo que quiere ahora?

**ADAH.** Cantar. La música amansa las fieras.

**NICO.** Cantar, qué mala suerte, yo soy ambizurdo de las dos orejas.

**ADAH.** ¿Tan mal lo hace?

**NICO.** A lo mejor hasta afino unas notas ahí, pero el ritmo me squitrilla. En las clases de música de la escuela, me daban con el borrador de madera por la cabeza para marcar el compás.

**ADAH.** ¡Qué tiempos de brillante educación! No se preocupe, estoy dispuesta a darle bastonazos para que no se me extravíe.

**NICO.** Como una maestra de *ballet*.

**ADAH.** Como una maestra de *ballet*. Ahora, veamos. ¿Se sabe alguna canción acerca de dos personas que están juntas? ¿Una de pobres desgraciados que se acompañan?

**NICO.** Nadie habrá escrito una canción tan fea. Me sé una de lo maravilloso que es tener a alguien al lado.

**ADAH.** Déjeme tomar el paraguas y podrá empezar.

**NICO.** (*Canta, o lo intenta, El madrigal.*)

Estando contigo me olvido de todo y de mí  
parece que todo lo tengo teniéndote a ti  
y no siento este mal que me agobia y que llevo conmigo  
arruinando esta vida que tengo y no puedo vivir..  
Eres luz que ilumina las noches en mi largo camino  
y es por eso que frente al destino  
no quiero vivir.

**ADAH.** Allí empiezan las cursilerías. Lo dejé avanzar por un verdadero acto de caridad.

**NICO.** Creo que es de Manzanero.

**ADAH.** Pero usted es el verdugo de la rítmica. Y tiene razón: hay canciones muy bellas, no hay que pensar en canciones feas. Yo me

sé una, a ver si la recuerdo y si se me puede entender. (*Canta.*)

It's not the pale moon  
That excites me  
That thrills and delights me, oh no  
It's just the nearness of you.

It isn't your sweet conversation  
That brings this sensation, oh no  
It's just the nearness of you.

When you're in my arms  
And I feel you so close to me  
All my wildest dreams come true.

I need no soft lights  
To enchant me.  
If you would only grant me the right  
To hold you ever so tight  
And to feel in the night  
The nearness of you\*.

(*Con la voz suave y melodiosa de ADAH, después de un momento de atmósfera mágica, se empieza a ir la luz.*)

(*Quinto oscuro.*)

---

\* Hoagy Carmichael [música] y Ned Washington [letra], *The Nearness of You*, 1937.

## SEXTA SESIÓN (Y FINAL)

### FUNÁMBULA

(**NICO** le trae una tacita de té. **ADAH** está sentada junto a una ventana, con las piernas arropadas.)

**NICO.** ¿Por qué se envuelve de esa manera? ¿Tiene frío?

**ADAH.** Tiene que ir enterándose. No hace frío pero hay mosquitos, bichos que me molestan las piernas.

**NICO.** Use repelente, cierre las ventanas, fumigue.

**ADAH.** No me pida que me asfixie. (Por el té.) Muy amable.

**NICO.** Bonita su cocina, cómoda...

**ADAH.** Y antigua.

**NICO.** ¿Cómo se produce un colapso?

**ADAH.** Oiga, así, tan directo.

**NICO.** ¿Hay alguna razón para evadir el tema?

**ADAH.** Antes de morir Mendoza, le dije, ya no me quería, sino como a una amiga, una hermana, una conocida. Las cosas se fueron quedando y yo no tengo por qué modernizarme. Perdí afecto por la actualidad.

**NICO.** ¡Qué bonito! ¡Afecto! Un colapso por falta de afecto.



**ADAH.** ¡No! Usted se va de las primeras. Me parece una conclusión ligera, se aprovecha de mi descuido.

**NICO.** Bueno, no vamos a vivir alerta porque el investigador privado anda en la casa. Usted no es la criminal ni tiene nada que esconder, espero. Es una conversacioncita así, banal.

**ADAH.** ¿A qué vamos a jugar hoy? ¿Al detective? ¿Al psiquiatra?

**NICO.** Se me está poniendo a tiro una idea.

**ADAH.** Cuidado, no me presione. Que está guindando. El acuerdo es por una noche y lo puedo echar a la hora que se me pegue la gana.

**NICO.** (*Bromeando.*) ¡Qué cruel!

**ADAH.** Y usted, ¡cuán sorprendentemente animado!

**NICO.** Usted reconoció ante mí que había visitas benéficas para los enfermos.

**ADAH.** Mire, José Gregorio Hernández, también le aclaré que no se trataba de su caso.

**NICO.** Pero decidió mantenerme a su lado por esta noche y me cantó una linda canción.

**ADAH.** Modales, buena educación, amabilidad. A mí me crio gente, seres humanos con “ache”. No me cuesta ser considerada con el prójimo, lo hago casi por reflejo.

**NICO.** Usted quiere más humanos con “ache” a su alrededor aunque sea por reflejo. Es legítimo.

**ADAH.** También hay presencias que, de puramente desesperantes, te conducen a un ataque de pánico. Súmele una tensión díscola...

**NICO.** ¿Díscola?

**ADAH.** Desordenada, la presión sanguínea. ¿Eso sí sabe de qué va?

**NICO.** Y un temperamento explosivo, adormilado por años de depresión.

**ADAH.** Excitable, impresionable, sobre todo por las impertinencias.

**NICO.** No debí insistir entonces.

**ADAH.** Ya veo que no se leyó el diagnóstico real que hizo mi médico.

**NICO.** ¿Es que hay otro irreal?

**ADAH.** Una versión más ligera para no ahuyentar a la audiencia. Si se pudiera inventar una metástasis *light*...

**NICO.** ¿Es en serio? ¿Qué la tiene tan desilusionada? ¿Tan harta?

**ADAH.** Motivos miles. Me estoy muriendo de cáncer.

**NICO.** No vamos a hablar de eso.

**ADAH.** ¿Por qué no? ¿Se le acabaron los ímpetus? Elija un objeto de esta casa, abra un libro... Podemos hacer ese juego, tome un diccionario, por cada entrada, por cada renglón, cada palabra, se convierte en un estímulo para el desencanto.

**NICO.** ¿Algo en particular que no soporta?

**ADAH.** *(Toma un libro cualquiera, lo abre, elige a ciegas una palabra.)*  
“Disonancia”, aquí está. Las cosas en disonancia, no armónicas, no acordes, desagradables al oído, puedo improvisar muchos defectos.

**NICO.** Me gustaría intentar un experimento.

**ADAH.** ¿Conmigo?

**NICO.** Sí, con usted, ¿con quién más?

**ADAH.** Un experimento, ¿cómo? ¿Hace medicina experimental?  
¿Qué propone?

**NICO.** Quiero hipnotizarla.

**ADAH.** No me haga reír. ¿Qué se cree? ¿Qué va a haber en mi subconsciente que merezca la pena ser revelado, que no se muestre exteriormente en mi conducta o en mi aspecto?

**NICO.** Puede ser una novedad. Usted prueba de esta manera que no teme mostrarse tal cual es.

**ADAH.** Es un truco para conseguir lo que desea. Desafiarme. No le tengo miedo, si es lo que pretende expresar.

**NICO.** Siempre a la defensiva. Se sentirá mejor, se lo aseguro, más relajada, quizás se quite un peso de encima.

**ADAH.** No le creo eso.

**NICO.** No me sorprende. Usted es la escéptica por antonomasia.

**ADAH.** ¡Qué simpático! No veo un acto de hipnosis desde hace décadas. Imagínese que, hasta en el cine, esa diversión ha pasado de moda.

**NICO.** Quizás podamos hacerla sentir mejor...

**ADAH.** ¿Cómo para qué, más o menos?

**NICO.** Dije mejor. Vencer su resistencia, Hacer ceder un bloqueo, imagínese eliminar su predisposición al sufrimiento.

**ADAH.** Nunca me he sentido mejor.

**NICO.** Siempre habrá una primera vez.

**ADAH.** Una primera vez suele ser una única vez, una última vez. Pongamos que usted me hace experimentar un alivio, una sensación inédita de satisfacción, de felicidad. ¿Qué ha de ser el resto de mi vida sino la nostalgia de este momento único que usted me hizo vivir?

**NICO.** Estoy debatiendo con una adolescente, con una aficionada a llevarme la contraria.

**ADAH.** Déjeme mi vida miserable así como la conozco.

**NICO.** A veces basta una sensación de mejoría para dar sentido a una existencia. Porque si no, nos lanzaríamos de cabeza a la aniquilación total, como un cardumen suicida, como esos grupos de cetáceos que se varan voluntariamente en las playas para dejarse morir.

**ADAH.** Y a veces no hay otra salida. ¿Usted de verdad cree que la humanidad corre hacia su salvación?

**NICO.** Yo no hablo de la humanidad, esa sin “ache”. Estoy hablando de usted, de mí. Si uno no aspira a algo mejor, más valdría estar muerto. Es más, lo suyo es una pose, una chocancia. Nadie puede permanecer conforme, sin concebir una ilusión, lo que comeré

mañana, lo que me pondré mañana, lo que compraré mañana. Con quién me acostaré mañana.

**ADAH.** Por favor, ¿con quién me voy a acostar yo mañana? Sola en una urna no muy estrecha, espero.

**NICO.** Puede haber un compañero, señora. Puede haber una pareja, un esposo...

**ADAH.** Hasta ahí. No quiero avanzar en ese campo.

**NICO.** ¿La avergüenza? No hay edad... para sentir.

**ADAH.** Me entristece que el mercado haya restringido tanto sus ofertas. Casi ningún artículo para damas en existencia.

**NICO.** ¿Lo dice por mí? No soy lo único que camina por estas calles de Dios.

**ADAH.** Ni que fuera el último.

**NICO.** Muy amable en considerarlo, pero no me estaba ofreciendo yo. Por lo menos, ya aclaramos que usted deseaba estar mejor, son sus propias palabras.

**ADAH.** Un momento de descuido. Una concesión. Yo me estaba divirtiendo. En realidad no lo necesito.

**NICO.** Esa coraza podemos trabajarla en otro plano... lo psíquico.

**ADAH.** Sí, porque en el corporal, ya usted ve, no hay mucho que hacer. ¿Y usted? ¿Tiene poderes acaso?

**NICO.** Es algo técnico, solo tengo que distraer a su conciencia y dejará fluir lo que está detrás o por debajo.

**ADAH.** O por encima, como dirían Duchamp y Breton.

**NICO.** Y Giacometti y Bacon, sí, me sé el nombre de un chileno también. ¿Se atreve?

**ADAH.** No, la pregunta es si se atreve usted a intentarlo conmigo.

**NICO.** ¿Va a hacerme fracasar seguro? Va a dejarme en ridículo.

**ADAH.** Para hipnotizar a alguien se requiere de una energía especial, de una especie de magnetismo personal que pueda influir o divertir mi atención y mi voluntad.

**NICO.** ¿Es una especialista, seguro?

**ADAH.** Es un acto de funambulismo, para circos y *cabarets*, una oscura curiosidad en una feria de pueblo.

**NICO.** Es una herramienta terapéutica y si no, al menos nos distraerá un rato de este madrugonzazo tan pesado.

**ADAH.** Puede irse a acostar cuando quiera, el cuartito del servicio siempre queda acomodado. Cosas de la hospitalidad tradicional.

**NICO.** ¿Dormir, ahora? Qué aburrido, qué disonancia.

**ADAH.** Tiene razón; divertirse, de la variedad nace la inconsciencia.

**NICO.** Nos estamos entendiendo. Ahora siga mi mano.

**ADAH.** Como usted diga. Tiene algún conocimiento sobre esto, espero. Una herramienta verdaderamente científica.

**NICO.** Lo estudié vía Nueva York. Tomé cursos.

**ADAH.** ¿Vía Nueva York? De donde se deduce que estuvo usted en el Norte.

**NICO.** No. Me apliqué a varios seminarios por correspondencia. Fui un alumno aventajado. Y me decían que tenía una cierta facultad.

**ADAH.** Me encanta la precariedad que me rodea. ¿Qué podía esperarse? ¡Un Mandrake tapa amarilla!

**NICO.** No, amarillo era Dick Tracy.

**ADAH.** (*Después de una risita.*) Me desespera que mi sobrina, por ejemplo, no podría entender de qué me estoy riendo. No son de su época.

**NICO.** Pero era un instituto muy serio. Precursor, le apuesto, de los estudios actuales por Internet.

**ADAH.** Con tales antecedentes, la eficacia de la educación *on line* está por ser comprobada.

**NICO.** ¿Por qué la pone en duda?

**ADAH.** (*Sin escuchar.*) Usted sabe entonces que mi voluntad consciente va a oponer resistencia y que vamos a desgastarnos en un combate agotador.

**NICO.** Ahorre palabras. Sí...

**ADAH.** No conozco Nueva York. Sé que hay una calle, una avenida mejor, y un edificio llamado Dakota. Es impresionante cómo ciertos nombres son imborrables, pasan a ser la metafísica de la información. Si es que la información tiene algo de física. Dakota Building, a la puerta del cual, de un tiro, mataron a Lennon. Me caía bien Lennon, era un hombre simpático. Lennon, Chaplin. Un mundo alternativo... Y un comediante francés, también, Monsieur Hulot.

**NICO.** Cierra los ojos Adah, voy a vendarte y vas a descansar.

**ADAH.** No, vendas no. Vendas no... Habría que salir de ellos. Los simpáticos, con media sonrisa y media tristeza, con expresividad ambigua, anuncian otra opción de realidad. No importa si al hacerlo deben transitar caminos crueles.

**NICO.** Estamos en un hermoso jardín y tú tienes la edad que siempre quisiste tener. Respira, se siente muy agradable. Hay flores, hay brisa y una luz primaveral.

**ADAH.** Habría que aniquilarlos a todos, los que siembran esa cosa viciosa, erguida entre las ruinas, que es la esperanza.

**NICO.** Aquí hay un perfecto caballero, joven, hasta buen mozo, que quiero que conozcas. Te está ofreciendo la mano. (*Ella tiende la mano con inseguridad.*) Muy bien. (*Se retrae.*) No seas tímida. Quiere conversar contigo. Tengo la sensación de que la conozco desde hace largo tiempo y nunca me había atrevido a dirigirle la palabra. Te seguía de lejos, te miraba. “¿Te sonrojas? ¿Te molesto? Dejaré de abordarte, entonces”.

**ADAH.** No. No, por favor...

**NICO.** Ah, entonces es así como suena tu voz, finalmente.



**ADAH.** (*Hace como que cae en trance y le sigue el juego.*) Compréndame, no es correcto que converse a solas con un desconocido.

**NICO.** Esperaba que tu alma me reconociera. He estado a tu lado mucho tiempo.

**ADAH.** Sí, puedo sentirlo. Pero me da vergüenza. ¡Qué dirá mi... mamá!

**NICO.** Olvídala, quiero proponerte algo. (*Cae en trance.*) Me gustaría tanto que subieras conmigo a la habitación.

**ADAH.** ¿Yo? ¿Cómo puede siquiera pensarlo?

**NICO.** ¿Quieres tomarte algo? ¿Por qué no?

**ADAH.** Yo sin forma, con estos pies demasiado grandes y esta piel llena de pecas... Y ese aspecto ansioso, anhelante.

**NICO.** Eres lo más hermoso que haya visto jamás.

**ADAH.** Me halaga, me miente y me halaga. No sabe cómo me haces sufrir.

**NICO.** Perdóname, no quiero eso, quiero que seas feliz, con ligereza, de mi propiedad. ¿Por qué sufres?

**ADAH.** Eres el hombre ideal, el hombre por el que uno esperaría toda la vida.

**NICO.** ¡Esa idea de frecuentar la piscina para nadar un poco antes del almuerzo! Y verte diariamente, sin siquiera saludarnos al coincidir allí. Sabiéndolo todo, adivinándolo todo, presumiendo un tacto bajo tu apretada prenda de baño. Imaginando mil lengüetazos, sorbiendo

gotitas brillantes aceitadas sobre aquella piel adolescente, masculina, morena, jugosa y llena de nervios. Mario, casi un niño.

**ADAH.** Dios sabe que te había olvidado. Solo ahora... Solo entonces...

**NICO.** Me llamaron la atención de la administración del hotel. Que el muchacho se había quejado, que había hecho unos comentarios sobre mí. Me quedé de pie, sin qué decir. Pero ellos habían limpiado mi reputación. Al carajito ese le prohibieron que volviera por la piscina y por todo el hotel.

**ADAH.** No pudimos vernos luego.

**NICO.** “¡Hablador de paja! No nos conviene que surja ese tipo de comentarios en el establecimiento.”

**ADAH.** Y nunca pudo ser, no hubo un después...

**NICO.** Me siento tan culpable.

**ADAH.** Es falso, tenías que viajar al día siguiente y lo olvidaste.

**NICO.** Eras tú que no querías.

**ADAH.** Tienes un pobre concepto de ti mismo.

**NICO.** Estaba muy claro. No volverías, eras como el sueño. Una noche solamente.

**ADAH.** Aquí estoy de nuevo. ¿Puedes aceptarme esta flor? (*La toma del supuesto jardín.*)

**NICO.** No son flores lo que espero de tu imagen juvenil y, sin embargo, la guardaré junto a mi pecho por siempre.

**ADAH.** Muy galante de tu parte.

**NICO.** Me gustaría que me contaras, ¿Hubo alguien más?

**ADAH.** ¿Por qué quieres saber eso? Podría herirte.

**NICO.** Entonces sí hubo.

**ADAH.** Ya no soy como me veías aquellos mediodías a la orilla de la piscina. He crecido, tengo hijos, me he maleado.

**NICO.** ¿Malos hábitos? Se te veía. De primera mano.

**ADAH.** ¡Así, sin más! ¿Pero cómo?

**NICO.** Has estado en la cárcel, has sido mutilado de tu perfección.

**ADAH.** No puedo. Esto no es claro, es brumoso como el sueño.

**NICO.** Cicatrices, manchas, traumas.

**ADAH.** Podría ser un hombre próspero, saludable, un comerciante, como toda mi familia clase media.

**NICO.** ¿Estás tratando de evadirme?

**ADAH.** Y tu esperanza de redención sería no solo inútil, sino imposible. No estaría lo suficientemente jodido en la vida para que pudieras salvarme.

**NICO.** No. No.

**ADAH.** Ahora soy un hombre y, por lo tanto, inasible para ti. Soy una realidad concreta, sólida. No soy una ilusión.

**NICO.** ¿Te atreverías ahora conmigo?

**ADAH.** No. No puedo.

**NICO.** Dime, ¿aceptarías un trago, me acompañarías a la habitación?

**ADAH.** No puedo, no aguardaste lo suficiente por mí, no te pertenezco. Perdóname, perdóname... Lo hice por vanidad, por engreimiento, tenía solo dieciséis años.

**NICO.** Mario, Mario... (*Un sollozo.*)

**ADAH.** Pero ¿quién es ese Mario?

**NICO.** (*Agresivamente.*) Demasiada curiosidad, ¿no le parece?

**ADAH.** En su descargo debo reconocer que ni siquiera hubiera sabido qué hacer con aquel chiquillo solo en una habitación. Eso tiene un nombre. Se llama pederastia.

**NICO.** (*Recobrándose.*) ¿Qué pasó? Perdóneme. Perdí el control por un instante. ¿Pudo sentir algo?

**ADAH.** (*Disimula.*) ¡Cómo saberlo! Pareciera que el tiempo no ha pasado.

**NICO.** ¿Pero se siente bien? ¡Qué torpeza!

**ADAH.** Me siento divinamente.

**NICO.** No pude aclarar nada. Si pierdo la conciencia...

**ADAH.** ¿Sabe por qué no aclara nada? Porque en la hipnosis, la fuerza superior de una mente se impone sobre la otra. ¿No se siente agotado?

**NICO.** No soy débil de mente.

**ADAH.** Pero es muy falible, muy vulnerable. Usted es el que logra distraer su conciencia porque está ansioso por expresarme algo.

**NICO.** ¿Qué escuchó usted? ¿Qué dije?

**ADAH.** Nada que no pudiera oírle ahora perfectamente en sus cabales.

**NICO.** ¿Eso de las relaciones?

**ADAH.** Eso de las relaciones. ¿Es importante que yo lo sepa?

**NICO.** Es como un peso que uno carga involuntariamente. Se acostumbra uno a la sensación de haber soslayado algo, pasado algo por alto, es una incomodidad permanente...

**ADAH.** ¿Qué es lo que necesita decirme para quitarse ese peso de encima?

**NICO.** Lo que usted ya sabe y que me ha estado echando en cara desde el primer día.

**ADAH.** Que es...

**NICO.** Usted me está espoleando de continuo, haciendo alusiones, arrinconándome, tratándome con maligna naturalidad.

**ADAH.** No veo por qué tiene que ser maligna. Ya veo que usted no va a echar nunca pa'lante hasta que no logre ponerlo en palabras.

**NICO.** ¿Poner qué cosa?

**ADAH.** Su tema.

**NICO.** No, ningún tema. ¿Usted dice... la bisexualidad?

**ADAH.** Nada de bisexualidad ni de homosexualidad, sino de su sexualidad. Es hora de madurar.

**NICO.** No quiero hablar de eso.

**ADAH.** Ahí lo tiene. Estoy cansada ya. Esto del poder mental requiere de mucha energía y usted me agota. Me iré a dormir.

**NICO.** Ahora no. ¿Pero qué dije?

**ADAH.** Lo que se muere por gritarle al mundo.

**NICO.** Es verdad. Estoy tan enfermo. Finalmente usé la palabra..., enfermo. Estoy enfermo.

**ADAH.** Yo no veo en eso nada de enfermedad. Es un escape, una salida escasamente plausible, pero hay que liberarse de ciertas tensiones.

**NICO.** Ya lo dije: una enfermedad. Usted habló de enfermos curando a los enfermos.

**ADAH.** Usted sufre por eso. Si hay dolor, no le está haciendo bien. Si se descarga, si se desestresa... Es mejor que andar seduciendo muchachitos por ahí.

**NICO.** Es un gran fraude. Se nos promete que con el tiempo nuestro gusto va a evolucionar. Nos van a llamar la atención las virtudes de las personas, las características menos corporales, más intelectuales, si se quiere, espirituales. Pero es falso, o es que soy un enano mental, un eterno adolescente atraído por ese género de belleza deleznable.

**ADAH.** La única belleza que existe, la que proporciona placer a los sentidos.

**NICO.** Y el contacto físico, brutal, básico, instintivo. Allí ya no hay estética que valga, sino biología.

**ADAH.** Y eso le produce ratón moral.

**NICO.** Frecuento lugares de hombres solos. Sí, sitios de esos, in-mencionables. No los del jolgorio y la música atronadora, donde se derrocha energía y juventud, o se malbarata, elija usted la expresión. No. Yo voy a sitios para hombres como yo, sitios tristes, habitados por gente con problemas para relacionarse. Donde se liba o se rumia una insatisfacción, con párpados pesados, tratando de afinar la vista en la baja menos que media luz que rodea los encuentros. Dos monosílabos, un comentario inocuo, luego una insinuación de interés y a resolver intimidades en el baño, entre paneles supuestos, falsas medias paredes que no contienen un romance, lo oprimen, lo asfixian y, a la vez, lo expone con toda su incomodidad. Mi sitio favorito —es un decir— se llama La Parranda, y lo bautizaron así por reducción al absurdo o porque retrata muy bien la parranda de viejos amaricados haciéndose ojitos en aquel lupanar.

**ADAH.** Con no asistir más allí, tiene.

**NICO.** Después uno no es eso. Uno es otra cosa. En la calle, con usted misma, con los verdaderos amigos.

**ADAH.** Llevar una doble vida...

**NICO.** Puede ser infernal eso de juzgarse con doble rasero.

**ADAH.** Mire, amigo, pronto yo voy a coger cama para no levantarme nunca más. Ya usted lo sabe, don Nicomedes. Ya ha hablado lo suficiente y si para usted era importante que yo supiera eso, ha hablado demasiado para mi gusto y déjeme decirle que no es usted digno de lástima, tampoco de aversión. Quizás yo lo haya alterado,

logré, con esto de la enfermedad, sacarle de sus casillas. Buen amigo, Nico. Usted está solo para enfrentar la dolencia del alma, igual que lo estoy yo, igual que todos. Yo me rendí hace años, y el tratamiento de usted no hizo más que distraerme, agradablemente, aunque me cueste reconocerlo. Me divertí. Ahora, es mejor buscarse a alguien que comprenda, que tenga esa ansiedad por servir compatible con la suya, alguien con quien compartir esa doble vida y hacerla una existencia única; no le aliviará el sufrimiento, pero le distraerá. Y así llegarán los días últimos y ni cuenta se habrá dado. Fíjese que ahora me voy a acostar sin la seguridad de volver a estar de pie. Y me voy complacida, aunque nunca le perdonaré a la vida ser tan... escueta. Un día usted llegará a esta casa, con un puñito, un paquete de flores rojas, claveles para mí y encontrará que ya estoy muerta, que me he marchado. Serán claveles, usted sabe, por el precio. Y encontrará aquí a mi sobrina, Adita. Y me creará que ella existía al igual que su hermano Franco y el otro, mi favorito, Ernesto. Mientras llega ese día, siga pensando que soy una vieja alucinada. Me voy a acostar finalmente. Ha sido una larga velada. Buenos días, ya. (*Sale de escena.*)

**NICO.** (*Después de un momento de silencio, al público.*) Y fue verdad. Adita existía y era fea y quisquillosa, lo heredó de la tía. Y me tomé unos minutos para llorarla. Y siempre pienso en su consejo, que no es tan fácil de seguir. Y me gusta recordarla como aquella noche cantando, disfrutando, sin saber, del hecho de estar viva y con inmensa generosidad haciéndose cargo de mí. Nunca como entonces fue una señora tan bella.

(*Vuelve a escucharse la canción *The Nearness of You*. NICO ensaya unos pasitos de baile, tímidos, relajados, confidentes y luego, cuando se aleja por el foro, se produce el oscuro final.*)

Caracas, diciembre de 2010





**LA GOLPISTA  
(MONÓLOGO PARA UNA  
ACTRIZ ENÉRGICA)**



Yo lo conocí malparado en una acera, con los zapatos sucios, las manos llenas de grasa y el consabido carrito Monza accidentado en el hombrillo. Pero con una apostura, una seguridad en sí mismo, que después me he dado cuenta que se trata es de su total inconciencia, y una sonrisota de vendedor de cepillos que me resultó irresistible. Y con una miradera... que me sacó de mi sobriedad habitual. Poco me importó que ya a los cinco minutos me había contado la historia de su vida y de su presumiblemente falso divorcio de una mujer que no lo comprendía. “Una bruta, una insensible”.

Esa fue su presentación: no quejarse, porque, a él, el infortunio le resultaba blando, pero que su pérdida eran las mujeres, y por ahí se fue a echarme la caballería y me atacó, y me atacó con toda la galantería que su limitado cerebro podía concebir. Y yo, contra toda esperada reacción, le presté atención... y me jodí.

La gente siempre se equivoca. Creen que porque una no es tan tie-rruíta; porque tiene estudios y algo de dinero; porque se puede pagar un salón de belleza a la semana; porque tiene sueldo fijo y algunos extras; porque una le ve el queso a la tostada; que por todo eso una es la mala de la película. Es que a una mujer así los envidiosos ya la ven como una perversa, ¿perversa de qué? A ver.

Él había pasado por una relación traumática, eso lo entendí, o fue lo que quise entender, y a esas alturas del partido, los ojos me titilaban como si me estuvieran haciendo algo, no sé, una hechicería, un encanto. El caso es que él me levantó, pero yo a él me lo levanté a conciencia. Yo creo en eso de que una ya está suficientemente crecida como para elegir el mejorcito cuerpo con quien pasar las noches de lujuria o de simple y convencional intimidad.

El problema está es ahí. En la intimidad. A esos hombres les importa tan poco tu comodidad..., tu conformidad contigo misma..., tú forma de sentir, tus aspiraciones o tus mañas, eso que llaman tu mundo

interior; y no es que desprecien la profundidad de la relación que tú les ofreces, es que ni siquiera sospechan su existencia. Y creen que la intimidad es cepillarse los dientes frente tuyo. Y bueno, yo tampoco estoy tan loca como para esperar esa clase de comprensión de una relación que no es más que un levante.

Pero ese canallita estaba tan bueno... Físicamente, nada de particular, pero sin vainas que hay gente encantadora y él era parte de ese regalo de la divinidad. Aunque por dentro pensaba como cualquier vecino, cualquier envidioso, cualquier junta de condominio. Bueno, el tipo me encantaba, comenzamos a salir, ¡en mi carro, por supuesto! Visitar hoteles baratos, restaurantes malos, discotecas, una playita ahí mismo. Haciendo campaña. Haciendo méritos. Una cosa rara: cada vez que llegábamos a un sitio, un cine, un cafetín, a visitar un enfermo, hasta en los parques, él iba y enchufaba el cargador del celular. ¿Sería que en su casa no había corriente? Y un día se me declaró en serio y yo de pendeja me lo llevé a mi casa.

Se instaló sin que yo lo invitara siquiera. Pero, eso sí, se venía solo los fines de semana, llegaba impecable con un bolsito de sereno, como yo le digo. Con su radiecito transistor y sus cambios planchaditos, sus condoncitos, como si su mamá lo mandara para la escuela. Por supuesto, eso me hacía pensar que todavía tenía a la otra, para que le lavara, planchara y remendara. Mejor para mí.

*(Casi en secreto.)* No sé si afortunadamente, pero la verdad es que yo nunca puse mis manos sobre una olla, mucho menos sé lo que es una batea. Mis manos, inocentes. Ni siquiera una noche en que mi mamá tenía cólicos, me digné a hacerle un tecito de anís estrellado. Para eso estaban los otros, la cachifa, una tía vieja. ¿Yo? La niña de los ojos de mis papis. Soy como una Robocop, una criatura, una Frankenstein.

Yo a mis amigas no les podía presentar a míster simpatía, más que como una travesura. “La última ocurrencia de la nena”. Y tiempo

no tenía ni para echarle un barnicito de modales, conocimientos y urbanidad. Lo dejamos así, puramente cama, saliditas casi secretas, amanecidas un poco aburridoras y mucha actividad corporal.

(*Entre suspiros.*) ¿Un *souvenir* para la eternidad? Anochecer en Chirimena, el calor de playa, el viento que me arrancó la pantaleta del talón donde la tenía precariamente sostenida. Luego una visión, aquel despojo de licra que se arrastraba por la arena y el ventarrón lo llevaba como un barco de vela hacia el mar y el ampliado compartimiento de atrás de la camioneta Pathfinder. Y la gorra del policía que se acercó para detenernos por comisión de actos indecentes en la vía pública. Y mi negro preso sin camisa, por falta de respeto a la autoridad, con las orgullosas marcas de mis sandalias impresas en cada hombro.

Ya ustedes estarán pensando vainas mías..., porque escuchan lo que tiene que decir esa institución nacional que se llama el fracaso. Pues lo siento por ustedes, se conforman con lo menos. Cambio de carro, a pesar de como van las vainas los tengo así, a sombrerazos. Todos los viernes instaladísima en una barra con amigotes, y le cambié el piso al apartamento, al de la playa, ayer regresé de un viaje por el norte de Europa...

Yo me quemé las pestañas y nadie nunca me respetó, y me tenían de secretaria uno en un escalafón de dieciocho y bastante que se limpiaron el chiquinei con mis títulos y mis “meritorios esfuerzos”. Hasta que me harté, me avisapé y se jodieron conmigo. Aunque todavía quiero reivindicar mi total derecho a pasar por la víctima de este cuento.

Pues el hombre me llegó todo rasguñado... (“la otra se hartó”, pensé) una tarde y me dijo “se acabó”. Y no quiso salir más de mi apartamento. Que se estaba repotenciando, que estaba redimensionando su vida para un relanzamiento, y después dicen que Madonna no

tiene efecto en nuestro mundo, güevoncita ella. Él “que le tuviera paciencia”; y ni medio para los gastos y ni un pequeño esfuerzo para levantarle el mueble a la cachifa cuando ella estaba trapeando la casa. No pichaba, no arrimaba una para el mingó. Me empecé a desesperar.

Pero la cosa se empezó a poner seria el día en que, tras una serie interminable de preguntas que yo le hacía —“que si ¿tú me quieres, papi?”— jugando, tú sabes (de todos modos eso nunca me lo respondió), “Papi, ¿estoy gorda?”, una cosa que tanto nos divertía. Y de pronto él me mira con sus ojotes encendidos y detrás de esas llamas, como con un resentimiento en el fondo, dice con voz de barítono profundo: “Sí, sería bueno que perdieras unos kilitos, chica”. Yo empecé a sentirme como... despojada, como expropiada, como si yo desnuda anduviera por la vida solo cubierta por la manta digna de la cortesía, y este zángano me la había pisado y arrancado de un jalón.

Un ultraje. Se lo hice saber, mi molestia con esa respuesta que yo no esperaba tan en serio, pero no me expresé verbalmente. Suspiré y me dediqué a hacerle amargos los momentos más pequeños de su cómoda existencia. Los que distraídamente dejaba él pasar como si no valieran. Esos yo se los picaba en cuadritos. No las grandes escenas ni las efusiones de sentimiento y placer, eso no. El café tibio por la mañana. El agua fría porque se agotaba la del calentador. El control remoto de la tele que se perdía. Un botón despegado, una camisa arrugada, una trenza del zapato rota... Poco a poco nuestra vida se iba volviendo un infierno.

Era una relación que se deterioraba aceleradamente y yo con la pata en la chola, quizás hasta sin quererlo. Pero él se mostraba tranquilo. Yo lo entiendo, después de todo, esa sería la calidad de vida a la que él estaba acostumbrado. Pero no. La procesión andaba por dentro. En un segundo momento era que le daban unas angustias y pasaba el día en un solo pujito. Como si lo único que lo consolara eran unas

buenas sobas con aceite alcanforado y a eso, ya lo he dicho, yo no me voy a resignar.

Finalmente, la cosa estalló de la forma en que yo menos esperaba. ¿Por qué la realidad será tan aguafiestas? Tú te preparas de alguna manera para un desenlace de cierta altura, con fondo musical y todo, y te vienen con esas patas quebradas.

Un día me trajo una niñita como de siete años para que le comprara la lista de útiles escolares y en una primera discusión que tuvimos, me gritó —como en una película gringa—: “Me voy a dormir al sofá”. Yo estaba concentrada en mi maquinita, la laptop, y la suelto, y... “¿Qué sofá? ¿Qué sofá, chico? ¿Tú crees que yo te tengo aquí como un diploma, no más para que me representes?”, salto como una tigre. Yo estaba irreconocible y él alzó la mano, yo no sé, como para pedir taima, y yo le dije: “Ayayay, mi negro” y lo agredí con una olla carísima que solo uso para protestar contra el Gobierno. Con el tiempo, me he dado cuenta de que ese fue un acto político en serio. Una cosa trascendental.

Pero no crean que eso bastó para que abandonara el apartamento. Al día siguiente, con su morado en la sien, porque lo pelé, y un poporo en el pómulo, era el mismo ser genial y chispeante de antes. Pero ya el mal estaba hecho, y yo estaba decidida a salir de él a como diera lugar. Una noche reunida con unos amigos, en medio de la jarana, y arrastrando la mala leche que me inspiraba saberlo durmiendo a pierna suelta en mi cama, organicé una toma de mi propia casa en compañía de todos los asistentes al bar. Hicimos una demostración impresionante, todos me acompañaban en su solidaridad y su entusiasmo por la fiestecita que prometía acontecer en mi residencia. Era una cantidad enorme de gente y... con el lema “Hacia el rancho de misia Jacinta” —así se llama el edificio donde yo vivo—, nos presentamos allá.



¿Qué se le ocurrió hacer a mi energúmeno privado, al que me tocó en suertes en esta rifa fraudulenta que es la vida? Bombardear a los invitados desde el balcón con el equipo de sonido, los componentes de mi computadora, un televisor chiquito para la cocina y botellas y botellas de vino vacías. Se imaginan el reguero y el desastre, y hasta heridos hubo. Y los vecinos quejándose. Dentro de todo, yo me moría era de la pena y él, pobrecito, se estaba luciendo, le sacó un cuchillo a una amiga y pecheó a Ronald, otro pana de la casa, hasta me sorprendió que defendiera con tanto coraje lo que había sido un nidito de amor. Por cierto, como pude subí a mi casa y lo encontré jorobado como un mono, lo agarré por el pelo, por los chicharrones esos que él se deja larguitos aquí atrás, como un peinado de los ochenta —¿ustedes se acuerdan de Lionel Richie?—, y le di un solo templeón: “¿Tú te das cuenta de lo que estás haciendo?”. Casi me deja esos crespos en la mano.

Se quedó asombrado. Los ojos se le iban a salir de la cara con la pura furia, chica. Como una maquinita de *pimball*, poco faltó para que una palanquita le echara los ojos para afuera. Así me estaba mirando. Ay, hija, ahora sí que soy difunta. Tenía la cara era de asesino. Para hacerlo reaccionar le di una sola cachetada: “¡Toma, pa que respetes, no joda!”. La mano me quedó rojita, ruborizada.

Se dio media vuelta y corrió hacia el baño. Yo lo seguí ofendida. Me le fui atrás a tumbarle la puerta. Se encerró y me rompió toda la porcelana allí dentro, la poceta, lavamanos, bidé, hasta las locitas de las paredes, el espejo, todo. Y por debajo de aquella demolición se escuchaban sus palabritas quedo, quedo: “Lo estoy haciendo por nosotros, por no pegarte, grandísima pajúa”. Así me dijo.

“Yo estaba protegiendo lo nuestro”. ¡Ah! ¿Lo nuestro? ¿Pero es que él pensaba que algo en ese apartamento era de los dos, que había una propiedad compartida? ¿Eso de la propiedad comunitaria o qué? ¿Lo nuestro! ¿Y qué forma de proteger los bienes era esa, destruyéndolos

o botando la casa por la ventana? Yo llamé a la policía: que tenía a un invasor enloquecido en la casa y que mejor se lo llevaban antes de que se desencadenase una tragedia.

Vinieron por él, se lo llevaron a prisión, pero en menos de tres días, no sé cómo, en menos de tres días, tiempo en el que me dediqué a ser irresponsablemente feliz (ni siquiera me rasuré las piernas), y a tomarme todo lo prohibido, y al cabo de mi tercer banana split y mis compoticas de cambur, él volvió a llegar, como si no hubiera ocurrido nada, sonriente, apaleado, yo diría que hasta humilde, si ese sentimiento, si esa calidad del espíritu a él le fuera accesible. Me miró a los ojos, cuan profundamente pudo, que es poco, y con una medallita de la Virgen del Carmen apretada entre estos dos dedos, síntoma de arrepentimiento enfático, me prometió que volveríamos a ser felices. Y que ninguna de mis estrategias para librarme de él sería necesaria. “*Never more,*” dijo. “*Anymore.*”

¿Y yo? Yo no tenía energías, ni reservas, ni fuerza mental para repormerme de esa sorpresa. ¡Tres días y ya pretendía olvidar el destrozo! Me agarró débil y embobada con las descargas de glucosa que eran mi dieta libertaria. Sí, uno dice, ¿quién te manda a tratar con gente conflictiva, con ese género de psicópatas marginales desadaptados? Pero no me sirve. Si yo te lo presento, te quedas de rodillas trémulas. Se te aflojan las ligas y te vende una parcela en Nueva Casarapa, sector tres. Él es así, yo que te lo digo.

Pobrecito él, ¿verdad? Pero tienen que entender que no es fácil vivirse a una mujer como yo. Entiéndase: un resuelve es un resuelve, no te vas a quedar para siempre en mi casa, que por más que sea, esas rotundidades, esas bonanzas físicas, se acaban y la novedad de los sentidos tiene fecha de caducidad; es como la leche piche, luego que hay que botarla. El tiempo las vence. Lo que adecuadamente me toca a mí no es esa caricatura de hombre. Es un señor con todas las de la ley. Un señor, chica.

Pero es que hasta en la pelea misma ese hombre me tiene seducida, seducida y molesta, es un vaivén, una vaina, molesta y embobada, embobada y arrecha, arrecha y apasionada, apasionada y ofendida...

No puedo más. Ustedes van a creer que estoy pensando con la... (*Hace la señal que indica sus partes pudendas.*) Una picadita de ojos y pácata, “La múcura contra el suelo, ay, mamá no puedo con ella”.

Pero no es verdad, no es verdad. No crean eso. Una no es tan barata. Yo he intentado ser cerebral. Yo me senté con él, como una instructora de la misión Robinsón, y yo le expliqué y le expuse el caso y le argumenté mis razones. Quisiera abrirle la caja de huesos esas que tiene por cráneo e incrustárselo aunque sea (*Se quita un zapato.*) a taconazos, por la fuerza, que se lo tiene bien merecido.

Y él sentado tannnnnnnnnnn junto a mí, que le excita tenerme así cerca, que qué bonitos me brillan los ojos, que qué apetitosos los deditos de mis pies, que si qué senos tan turgentes, que por esa trocha se pierde una lapa y pare lapitos. Y yo... ¡Yeyo!, basta, manito. No seas ordinario, comprende.

—“Pero es que tú...”

—“Ay, mijo, por qué no te callas”.

Y él: “¿Por qué no te callas tú y usas esa boca para lo que mejor sabes hacer?”. ¡Tú has visto!

¿Me tiene loca? ¿Tú crees? ¿Me tiene loca?

Y voy a decir algo íntimo, algo muy íntimo, bueno, más íntimo todavía. Ya no lo hacemos con amor, con cariñito, así, como antes. Ahora los besos...

Ustedes no me van a negar que cuando uno se aproxima con los labios entreabiertos a la boca del contrincante y se encuentra con aquello apretado, bajo siete llaves y constreñido como culo de pajarito, es que ahí está pasando algo, ¿no?

Tú disimulas, cierras los labios también, pero no abortas la maniobra por... por vergüenza y te quedas ahí, frotándote como una pintura de labios y él con aquella clausura de trompa, un estreñimiento labial. ¡Es que ahí está pasando algo, ¿no?

Él respira profundo y por fin cede, es decir, disminuye la tensión y se aleja un poco. Tú dices “ahí viene la arremetida” y te preparas para acoger la punta de la lengua. Ahora le hago un nudo de marinero, tú vas a ver, y el tipo se aleja con una sonrisita de yo no fui. ¡Ahí está pasando algo!, ¡sí!

A ti te provoca preguntar por qué, pero ¿y la dignidad? O le metes una sonora trompada. Pero mejor reconoces que el asunto se ha ido enfriando.

No estoy hablando de la rutina. Que si la costumbre lo mata todo, no. Si se tratara de una cosa aburrida ya lo habríamos dejado de ese tamaño. Pero llega un día en que es más grande el esfuerzo por echarlo de mi hogar que las ganas de sentirme invadida de placer. Que tiene a su lado a una amazona sumisa y amordazada a la cama. Todo sujeto por una rienda vil, vergonzosa.

Un día me levanto deprimida, la regla, el mes, con ganas de lanzarme por el bajante de la basura, y eso porque todavía no me han instalado el triturador de desperdicios, y hago una señal de debilidad, un intento de tregua, por congeniar, por favorecer la convivencia, y él se aprovecha.

Ese, que no quiero revelar su nombre, y no lo digo, carajo, para que no vaya a convertirse en una celebridad; ese J. J., pongamos, se

aprovecha. En vez de comportarse más tierno, más piadoso, más comprensivo, me monta unos números como de *Nueve semanas y media*. Y me embiste como con maldad, pero no malicia de muchachito, maldad maldad, de adulto, de castigador, de enemigo jurado. Y eso me pone peor.

Después él me sonríe otra vez y me demuestra que no hay nada que me guste más que su cama rica. Y realiza hasta proezas. Yo creo que a él le excita ese combate constante, esa oposición que yo le hago y empieza a prodigarse, a restearse, a divertirme de mi propósito.

Y me canta y todo (*En ritmo de chachachá.*)

Me has quitado el sueño, nena  
Me has quitado hasta el candor  
Soy más frío que un muerto en vida  
No veo ni el televisor.

Se me agudiza la vista  
El mundo es aterrador  
Vivo con una golpista  
La golpista de mi amor.

De tus besos esclavistas  
Soy un loco adorador.

Te entregas como en un juego  
Tus trampas me hacen dudar  
Ya perdí todo sosiego  
Pero en ti yo he de confiar.

Me has quitado el sueño, nena  
Me has quitado hasta el candor

Vivo con una golpista  
La golpista e mi amor.

Por cierto, ¿hay aquí algún psiquiatra? Yo nunca he creído en psiquiatras. Nunca me han gustado los psiquiatras e, incluso, creo que nunca son necesarios los psiquiatras. Pero tuve que dar mi brazo a torcer. Tuve que ir. Al psiquiatra. Sí. Me obligaron. Si tú tienes buenos amigos con quienes conversar, a la prueba me remito (*Por el público.*), ¿qué le vas a estar contando a un desconocido? Y, por favor, recuérdeme que sobre esto tengo algo que decir.

Un día voy llegando a la casa y me están esperando dos policías. Una citación para la prefectura. ¿Ustedes pueden creer que el muy... el J. J. ese me había denunciado por crueldad psicológica y violencia doméstica? ¿Y que los vecinos estaban dispuestos a rendir testimonio? ¡En mi contra!

Cuando entré había un círculo de policías riéndose y en el centro, chistoso, brillante, con los dientes pelados, estaba él. Ya los tenía conquistados. Cuando me vieron se quedaron callados y empezó esa guachafita de hablar en murmullos y encogerse de hombros. Se oyeron varios umjú y alguien hasta se chupó los dientes. Instantáneamente, chico, como si le dieran a un suiche, mi negro produjo dos lagrimones y un solo jipido.

¿Yo? Atónita. El oficial a cargo, que era el que antes se reía con más ganas, me imputó, cosa que suena muy feo, me informó que la denuncia, que la violencia, que la crueldad, que los vecinos, que los hematomas...

Lo reconozco. Yo me había extralimitado. Me pasé, pues. Una vez en un hotel de la Panamericana, le había improvisado mi danza de los siete velos, y me había llevado con los pies la cortina y se me vino abajo el cortinero, esa vara gruesa de madera con argollas y todo.

Él se había empezado a reír, yo digo que demasiado, y digo que en exceso. Uno tiene que mostrar una cierta consideración por un artista que está en aprietos. Pero él se doblaba con cada carcajada y la cosa ya me empezó a chocar. Le pedí que se dejara de eso, papi. Y era como un rodillo en la cama rascándose la ingle. ¡Que me estaba humillando, vale! Y jua, jua, jua. Momento que yo aproveché para cruzarle la espalda con el palo del cortinero. Aquello le quedó como si le hubieran pasado una rueda de moto por el lomo. Con la sorpresa, él se volteó y mostró los ojos aguados y la cara haciendo pucheros. Con un hilito de voz, soltó, para no berrear: “¡Mi amor, tú sí tienes esos juegos pesados!”. Ay, no. Me partió el alma esa noche. Además de otras cosas. Porque lo tenía que resarcir. Eso sí no lo dijo, ¿verdad?

Me mandaron a un psiquiatra —preferiblemente a uno que mandara pastillas, acoté—. Y fui.

Al comienzo, el tipo me cayó mal. Como que no estaba en su sitio, como demasiado estirado e intenso, como pesando las palabras para ser preciso. Como demasiado forzado en sus ganas de ser exacto (usó la palabra prolijo. Un análisis prolijo, dijo). Yo quería unas pastillitas no más.

Que me tendiera en el diván. Yo pensé en una odalisca. *La maja desnuda*. Pero él me preguntó por mi familia, por mis padres, que cómo se llevaban, por mi carrera, mis novios y esas cosas. Yo respondía de mala gana. Y mentía como una desgraciada. Yo le compuse un cuadro de mí misma que ni la protagonista de una película de Hitchcock. Y el doctor empezó a ponerse misterioso, y cada vez que hablaba le salía como un tufo de pastilla de menta, pero más abajo como un mal aliento, de cosa guardada, y de cosa descompuesta, una cosa desagradable, pues; y el pelo con gomina y parapeteado detrás de unos lentes demasiado gruesos.

Yo le detecté, le capté, le caché las intenciones. Debajo de aquella apariencia de bibliotecario, ese hombre me estaba mirando con deseo.

Pero no me gustaba. Pero había un interés. Y yo en el sofazote rendida, indefensa, y él como durmiéndome, como una culebra, con aquel aliento de viejo y yo torcía los ojos como una pollita. Si entonces él me lo hubiera propuesto, a mí no me habría quedado más remedio. Pero no me lo propuso.

Después de contarle accidentalmente por qué estaba ahí, él me recomendó que me sincerara con mi pareja. Dijo “mi pareja”, así mismo. ¡Si eso no me empareja a mí. Eso no me da ni por el tobillo! Que me sincerara con él y que me comprara un kit de dominadora sadomasoquista. Con látigo y todo. Yo iba a protestar, pero se acabó el tiempo de la sesión.

Yo no compré nada, aunque consideré la posibilidad, pero el psiquiatra no podía estar hablándome en serio.

Fue otra semana de tregua, yo que me trepaba por las paredes y el negro me estaba aplicando la ley del hielo. Me miraba como un fiscal de tránsito y si yo me movía por la casa, me seguía con una sonrisita desafiante, me arrinconaba; pero nada, de pronto displicente abandonaba su actitud de inquisidor y si yo cedía con la mirada como pidiendo caca, me decía que qué me pasaba, que yo estaba loca.

Yo había decidido no volver más donde el psiquiatra, pero me remordía la curiosidad y con aquella sequía a lo mejor el doctor se atrevía y pasaba algo, algo profundo. Yo me daba licencia para imaginar una relación que me arrastrara a lo más entrañable de mi psique, mis temores, mis ansias, que tomara ventaja de su dominio de la mente y me manipulara, me llevara al extremo. Una montaña rusa de emociones. Pero no. Era una fantasía.

También me decía a mí misma que resistiría. De todos modos, todavía me quedaría el recurso de negarme, pero ese *borderline* me excitaba y volví. Esta vez decidió hipnotizarme. Como en las películas. Ya



está, ahora sí que va a concretar, pensé. Y como me toque y yo esté subconsciente, le voy a dar una pela... Pero no. Fue más sorprendente aún.

Me dio una taza llena de botones de camisa, pequeñitos y de muchos colores. Y me pidió que mientras escuchaba su voz me concentrara en sacar solo los de color azul claro. Y yo intrigada me puse —dócil como soy yo, tú sabes— botoncitos azules, botoncitos azules, y él a contar para atrás, dieciocho, diecisiete, dieciséis, quince y no me acuerdo de más nada. Me fui de viaje. Estaba en un lugar agradable, con gramita, con brisita, con cielo azul prismacolor y pajaritos, me faltó poco para que apareciera Bambi y el conejo.

Me parece que una canoa con remos y María Félix con la ceja tan alzada que le llegaba al occipucio. Mirando como pa'riba, como humillada pero digna. Doña Bárbara y un rejo y unos peones y unos caballos. Y cercas de púas. María Lionza con unas caderas que parecen una batea de camión, sudando, y aquellos senos paraditos y dándole con un plato de peltre por la trompa a un indio disfrazado de tapir.

La imagen de la Virgen de Coromoto con su rigidez y unas hombreras tan altas que se funde en el asiento y parece que el niño Jesús está posado sobre una silla de baqueta. Y Luisa Cáceres de Arismendi, más famosa que el marido. Pasó la mitad de su vida presa.

Ah, la barragana de un expresidente con un trajecito sastre *beige*, no un Channel, no, una cosa como de Armani, pero *beige*. Y como una cuchita en la cabeza y otra vez la ceja exagerada. Una multitud de señoras y de muchachitas y guerrilleras y heroínas de la patria y domadoras de circo y mujeres policías y congresistas y escritoras que dominaban al marido y artistas y dueñas de museo y matronas y *misses*, atletas aeróbicas y jugadoras de *softball*, chefs de cocina, como una propaganda navideña, más o menos...

Lo cierto es que cuando desperté —que no me desperté porque nunca me dormí—, yo estaba a horcajadas sobre el lomo del diván y gritando, agitando la corbata del loquero, que nunca supe cuando se la quité. ¡Y lo que decía a todo gañote! Me da pena repetirlo, pero...

Yo quiero un round con Arnold Schwarzenegger, carajo. Que me lo dejen un día para darle su merecido.

“Bueno, conectada con su esencia profunda”, me dijo el psiquiatra.

—¡¿Qué?! (*El psiquiatra mueve asintiendo la cabeza.*) ¿Quiere decir que yo llevo todo eso por dentro? (*El psiquiatra mueve asintiendo la cabeza.*)

Que todo ese salvajismo y esa violencia, y ese amor por el poder y por la fuerza... Un gen, me habló de un gen.

¡Pero también hay mujeres echadas pa'lante!

—“¿Cómo no? Aquí todo el mundo lleva su dictadorzuelo, su general Gómez, su Cipriano Castro, más bien, inmerso en las aguas turbias de la inconsciencia. En el mejor de los casos es un chiquillo que no se desarrolla, pero que igual, cuando menos te lo esperas... Ahí está la travesura (pones la cagada). Para otros casos está, ya se diría, perfectamente constelado. Y eso te da un impulso, una voluntad de hierro. No es tan malo, tampoco”.

A mí la quijada ya me llegaba al suelo.

El asunto es no dejar que esa cosa perjudique. Ese carácter dominante, un gen. Ahí fue que habló del gen. Que no dañe a los semejantes, pero principalmente que no te joda a ti misma.

¡Coño! Pero si el del problema es él.

—“¿Por qué? ¿Duerme mal? ¿Acaso no come? ¿Trabaja? ¿Algún problema con eso?”

—Ahora quiere ser mototaxista. ¿Usted me ve tan glamorosa como para andar de parrillera en una moto?

—“Eso es un trabajo... muy próspero, según me cuentan”.

Lo que me faltaba, yo abrir las piernas para que me encajen ahora un caballo de hierro y se me aserene el nalgatorio. Tiene que comprenderlo...

—“Él se comporta como un hindú. Está sometido y alucinado contigo. Tienes que cerciorarte de que seguro no está leyendo un libro sobre Mahatma Gandhi”.

Y me explicó lo de la resistencia violenta-pasiva.

—Ah, ¿pero es que usted me va a poner a leer?

Y ante semejante pretensión... Ahí sí que no volví más.

Pasé como un mes triste. Y estuve pensando. (*Transición.*) Ahora soy yo la que le arregla el bolsito, el de sereno como antes dije. Y hasta le pongo su enjuague bucal y su lubricante con efectos especiales. Pero él ni lo toca, ahí se lo dejé colgado en el perchero Capuy al lado de la puerta. Cada vez que lo mira le da como un escalofrío y él cree que yo no me doy cuenta.

Todavía me sobreviene una duda. Que ustedes van a decir que yo soy una estúpida, pero es que yo nunca estuve segura de que él en verdad me quisiera. Y si me quiere... y si me quiso y eso ya se echó a perder. ¡Ay!, ¿estás viendo? Estoy perdida de gafa. Eso nunca se sabrá ni nunca le va a interesar a nadie.

Bueno, no voy a entrar en detalles con esta peleadera y esta reconciliación intermitente. Que se crea él que me tiene convencida. Yo lo estoy esperando en la bajadita. Me estoy entrenando sin que él lo sepa en artes marciales y en un club de tiro. Que el próximo micropeíto que se presente, y se va a presentar, me va a agarrar con la defensa de mi lado, en su sitio. Mientras tanto, nos divertimos, jugamos scrabble y algunas noches perdemos la cabeza.

Que le estoy preparando una trampa es verdad. Que quiero salir de él. Díganlo de una vez, por las malas, porque por las buenas, mi amor, también lo intenté y sigo sintiendo que fue un fraude.

Ah, les tenía que decir algo sobre eso de contarles cosas a los desconocidos (por lo del psiquiatra). ¿Vieron? Se les olvidó recordármelo. Bueno, uno lo hace por dos cosas. Primero, porque es más fácil si el otro no te conoce, no te compromete tanto lo que él vaya a saber, más bien te resbala. Y en segundo lugar, porque contar tus cosas en público es de un divertido... Yo que se los digo. Muchas gracias.

Caracas, 28 de junio de 2009



**MUÑECO MONSTRUO**  
**(OBRA DE TEATRO PARA**  
**NIÑOS EN UN ACTO)**



## **PERSONAJES**

**LA MAGA FEFÉ**

**GOLIAT**, el muñeco monstruo

**ADRIÁN** (el novio) / **GUILLERMO TELL**

**CONEJITA** / **DESIDERIA**, novia de Goliat

**DOÑA CECILIA POCAVISTA**, viejita casi ciega

**DON FOCOESCASO**, su marido

**CRÍTICA MUSICAL** (interpretada por FEFÉ)

**LA DAMA ROSA** (títere)

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO** (títere)

**EL PRÍNCIPE AZUL** (títere)

**EL CABALLERO DE LA ROSA** (títere)

**DIVA CANTANTE DE ÓPERA**

**BURRIQUITA**

Música: “Promenade” de *Cuadros de una exposición*, de Modest Músorgski.





*(Hay un telón que oculta y deja transparentar la presencia de GOLIAT a conveniencia. Algunas sillas o bancos de plaza. Elementos de muñequería, utilería, títeres de vara, un muñeco de ventrílocuo, las sombras, etcétera. LA MAGA está echando unas cuentas en una pequeña pizarrita. Sumamente concentrada al comienzo, no se da cuenta de que el público la está mirando.)*

**LA MAGA.** Dos, diecisiete, veinticuatro, la raíz cuadrada y cúbica de veinticinco, Pi, por el radio de la circunferencia, la distancia de la tierra a la luna, más veintidós veces cuarenta y cinco por cinco tercios y la sección áurea, todo dividido entre los kilómetros de Cagua a Caracas y devolviéndose por la carretera de los Llanos hasta Sabaneta de Barinas, me da... *(Descubre al público y se sorprende, se acomoda y se hace la que no ha descubierto nada, insiste en sus cálculos y trata de que los espectadores no puedan ver la pizarra.)* Ay, ya perdí la cuenta. Decía, permutación del precio de los tomates en diciembre del año pasado y un kilo de aguacates, más el número de la dirección de la casa de la Rana René en Miami, por cinco y la cantidad de dientes que le quedan al papá de Pinocho... Ah, ¿estaban allí? Aaaah. Yo estoy aquí, muy bien. Sacando cuentas. No, no es tan difícil. Es sencillo y no tiene posible complicación. Contar es fácil. Hacer cuentas es como hacer cuentos. Sí, los números son personas o personajes de una historia que vamos a contar. Les tengo preparada una canción que quiero que se aprendan rapidito, rapidito. Es así. Se trata de los números. Es así. Es muy bonita ya van a ver, comienza así. Sí, ya va a empezar:

*(Canción.)*

Uno, yo, dos, tú y yo. Tres, *(Pausita.)* tú, yo y él.

*(Lo hace con las palmas y los invita a cantar.)*

Ta, ta; ta, tata; ta, *(Pausita.)* ta, ta, ta.

Uno, el sol; Dos, mi sombra y yo; Tres, el sol, mi sombra y yo,

Dos, los dos polos del planeta; Dos, un patito en una alberca,

Dos, las dos orillas de un río; Dos, un espejo y el reflejo mío.

Uno, yo, dos, tú y yo. Tres, (*Pausita.*) tú, yo y él.

Tres, la madre, el padre, el niño.

Tres, las tres hojas de un trébol.

Las tres puntas de un pino.

Tres como tres mosqueteros.

No es más que una parte muy chirriquitica  
de un proyecto que estoy desarrollando,  
proyecto mágico científico fantástico.

Porque soy fantástica y mágica-científica.

**LA MAGA.** Que eran cuatro, ¿les gusta? Ah, ¿qué dije? Dije cuatro, eso, eso, por cuatro. (*Vuelve a las cuentas en la pizarrita.*) Lo logré. Sí. Así es. Muy bien. Lo logré. Esta es la cifra, el número. Ajá. (*Celebra privada de júbilo.*) Sí. Ustedes se preguntan, ¿y por qué tantas cuentas? ¿Y por qué tanta alegría? Pues ya lo van a saber. (*Con gran misterio.*) ¿Por qué? (*Mira hacia los lados cuidando que no haya espías.*) Estoy haciendo un conjuro secreto. Estoy buscando un número muy especial. Tengo un muñeco, pero no un muñeco cualquiera. Un muñeco monstruo que yo inventé. Y este es el número que necesito para completar mi acto de magia. (*A alguien del público.*) Dame un número. (*Ante la respuesta del público.*) Muy bien, pero mi número es mejor. Es el número de mi muñeco monstruo. (*Se ríe como en una película de terror.*) Ahora seré la dueña del mundo. (*Transición.*) Mentira, yo no quiero ser la dueña de ningún mundo. Yo lo que quiero es un muñeco que me haga compañía. Que sea amable, gentil conmigo y juegue y me cuente y me diga y me quiera. Pero como yo sé exactamente cómo lo quiero, pues he tenido que construirlo yo misma. ¿Que quién soy yo? Yo soy la Maga, me llamo Céfora, pero todos me dicen Fefé. (*A alguien del público.*) Oiga, oiga, no esté mirando para allá atrás. Dígame, ¿cuál es mi nombre? Fefé. Sí y soy maga. ¿Él? (*Se refiere al muñeco.*) Se llama Goliat. Lo hice durante noches de

trabajo. En secreto. Primero con barro y luego con papel y cartón; y luego con piedras de colores y tela para vestirlo; y plantas y espuma y todas esas cosas. ¿Lo pueden ver? ¿No? ¿Y lo quieren ver? ¿A Goliat?

*(Se abre el telón. GOLIAT, como una montaña, está sentado en un banco.)*

**LA MAGA.** ¿Verdad que me quedó chévere? Es... perfecto. Yo misma lo construí. En las noches, mientras yo moldeaba sus facciones, pegaba sus ojos, dibujaba sus labios, yo sentía una voz dentro de mí, y esa voz me decía “apúrate, chica. Estoy ansioso por conocerte”. Era él, que sin estar listo ya me hablaba, ya me pedía que me diera prisa para traerlo a la vida. Y ahora... ta, ta ta, tan.

*(Acordes iniciales de la Quinta, de Beethoven.)*

**LA MAGA.** Aquí, delante de ustedes, le voy a dar vida con mi número mágico. ¡Ay! Mi número mágico. *(Se asusta porque lo había dejado en un lado de la escena. Luego lo consigue.)* Menos mal que lo tengo escrito aquí, porque si no se me olvida. Aja, ¿por dónde iba? Por Goliat, sí. *(Lo contempla con admiración.)* Es bello, es cuchi. Tiene una mirada que es toda ternura, cuando abra los ojos, espero. ¿Sonreirá? ¿Ustedes qué creen? ¿Me levantará en sus brazos? Bueno, estaba a punto de darle vida a mi muñeco monstruo y... ante todos ustedes, voy a hacer este prodigio de las ciencias y de la magia y de todo lo oculto y voy a crear, ¡qué momento más importante!, al muñeco viviente.

*(Fanfarria mientras la MAGA le inserta la pizarra en el pecho al muñeco.)*

**LA MAGA.** Por todo el poder de los números secretos que hoy te estoy dando, te ordeno que vivas, Goliat, y que actúes para hacernos felices a todos los aquí presentes.

*(Truenos, relámpagos, explosiones, clímax musical.)*

**LA MAGA.** *(Sorprendida de que no pase nada.)* Ajá, ya está. ¿Por qué no haces nada? ¿Sería que me equivoqué con las cuentas? No

puede ser, he fracasado. Será que ustedes no me creen, que no se concentran. ¿Por qué no se concentran y me ayudan? Todos. Vamos. Concéntrense.

*(Parpadean las luces. Comienza a escucharse “Una noche en el Monte Calvo”).*

**LA MAGA.** Ahora sí, parece que sí.

*(Otra vez hay un clima musical y efectos.)*

**LA MAGA.** Ahora sí. Ahora sí. *(No pasa nada.)* Creo que tiene malo el arranque.

*(Lo revisa por la espalda y con una llave de mecánico lo ajusta, sin que ella lo vea. El muñeco abre los ojos, mira a los lados y vuelve a desmayarse.)*

**LA MAGA.** ¿Qué pasó? ¿Nada? Parece que no lo logré. Me voy a poner a llorar.

*(Lo hace de espaldas al muñeco. Este vuelve a abrir los ojos, mira a los lados, se estruja los párpados, bosteza y se vuelve a desmayar. Ella va a tomar la pizarra. Una mano del muñeco la toma del brazo. LA MAGA se aterra y se aparta. Se abren los ojos del muñeco. LA MAGA grita asustada.)*

**LA MAGA.** *(Recobrándose del susto.)* Un momento, parece que funcionó. Funcionó. ¡¡¡Funcionó!!! Ajá, ustedes ¿qué dijeron? Que yo me había equivocado. Miren, funciona. Es Goliat. Apláudanlo, apláudanme, por favor.

*(Ante los aplausos ella hace reverencias y GOLIAT, al tratar de imitarla, casi se cae del asiento. Ella corre a ayudarlo.)*

**LA MAGA.** Es un poco torpe todavía, pero ya mejorará. Ya verán. Veamos, *(A GOLIAT.)* ¿Qué sabes hacer? *(GOLIAT inmóvil.)* ¿Qué sabes hacer?

*(GOLIAT se encoge de hombros.)*

**LA MAGA.** ¿Sabes hablar?

(**GOLIAT**, con mucho esfuerzo, abre la boca, pero solo emite el sonido de una corneta.)

**LA MAGA.** No sabes hablar. Eso lo arreglaremos luego. ¿Cantar?

(Otra vez la corneta.)

**LA MAGA.** ¿Puedes caminar?

(**GOLIAT** intenta ponerse de pie y casi se cae de nuevo. **LA MAGA** lo impide.)

**LA MAGA.** ¿Entonces? Mi nombre es Fefé, Fefé. Repite conmigo, Fefé. (Al público.) A ver, díganse ustedes: Fefé.

(**GOLIAT** parece concentrarse y hacer un mayúsculo esfuerzo, pero de su boca solo sale el sonido de una corneta.)

**LA MAGA.** Muy bonito, gracias. ¿Quieres comer algo?

(Otra vez **GOLIAT** encoge los hombros.)

**LA MAGA.** ¿No quieres?

(*Idem.*)

**LA MAGA.** ¿Sabes bailar? ¿Quieres que te enseñe?

(Música de chachachá. Ella baila y **GOLIAT** lo intenta desde su asiento, pero...)

**LA MAGA.** ¿Para qué sirve un muñeco que no sabe hacer nada? ¿Puedes quererme?

(*Inmovilidad total.*)

**LA MAGA.** ¿Quererme? Así. (**LA MAGA** se abraza a sí misma.) Así.

(**GOLIAT** la imita, pero se escucha un ruido de hierros chocando y crujiendo.)

**LA MAGA.** No tan duro.

*(GOLIAT se suelta y abre la boca de nuevo. Sonido de corneta.)*

**LA MAGA.** Estoy molesta, ya. Tantas ilusiones que me hice con semejante armatoste y miren. Esto no es lo que yo quería. *(Hace pucheros.)* Y, sin embargo, algo he avanzado. No todo está tan mal. Por lo menos está vivo. ¿Será que debo tenerle paciencia? ¿Será que debo enseñarle todo poco a poco? ¡Sííí! Como a un bebé. Espero que aprenda rápido. Si se tarda mucho en aprender... Tengo que pensarlo mejor. Mejor me retiro a estudiar más. Entonces me voy, nos vemos luego. *(Con un pase mágico tranquiliza al muñeco que todavía intenta bailar en su asiento y le extrae la pizarra. Nuevo cornetazo de GOLIAT y desmayo. Deja olvidada la pizarra y sale.)*

*(GOLIAT, que está solo, abre los ojos. Sin duda, el mecanismo tarda un poco en apagarse. Continúa bailando el chachachá sentado, pero se va ralentizando, prueba unos cornetazos cada vez más débiles y luego descubre la pizarra. La toma en sus manos y, asustado con el descubrimiento, abre la boca, no sale ningún sonido y se desmaya. Se cierra el telón sobre GOLIAT. Entonces entra ADRIÁN.)*

**ADRIÁN.** Ajá, oí unos cornetazos como de bicicleta que se aleja o como un automóvil en una tranca del tráfico. Pero esto no es una carretera. *(Se mesa los bigotes.)* Aquí pasa algo raro. *(Al público.)* ¿Y ustedes quiénes son? ¿Qué hacen aquí? Pues yo soy Adrián. El amigo de la Maga, de Fefé, sí. Acabo de verla salir de aquí. Y sé que tiene un secreto que no quiere contarme. Es una niña muy estudiosa y tiene poderes mágicos. Pero como es tan distraída... Se emociona con todo. Con todo menos conmigo. Y no me cuenta a qué se dedica. Yo sé que tiene un proyecto mágico-científico-fantástico, pero no me lo quiere enseñar. Y no quiere que la ayude. ¿Será para darme una sorpresa? ¿Qué saben ustedes? Esto me tiene muy intrigado, y a la vez, me pone loco de los celos. Yo sé que hay algo aquí muy importante para ella. Más importante que yo. *(Casi llora.)* Ya no quiere jugar conmigo ni hablar. Yo creo que ya ha dejado de quererme. Y

yo no soy malo, ni tan mal parecido, ni antipático, ni tonto, ni desagradable, ni especialmente feo. Soy un chico normal, ¡¡¡pero estoy absolutamente celoso!!! (*Espía alrededor.*) ¿Qué habrá aquí? Niños, ¿qué hay allí? Me cercioraré por mis propios ojos.

(**ADRIÁN** *descubre a GOLIAT.*)

**ADRIÁN.** Ajá. Aquí hay un... no sé cómo llamar a esto tan gracioso. Me da risa. Es muy cursi, y demasiado grande. Tiene una cara de tonto y está vestido de florecitas. ¿Qué es? Es un muñeco-monstruo. ¡Y por este mamarracho ella me quiere dejar! Por esta cosa tan mal hecha ella me tiene olvidado. Entonces eres un muñeco malo. Un monstruo sin corazón. Me robas a mi novia. (*Aparte.*) Ella no sabe que es mi novia, pero es mi novia. (*Se lleva los índices al pecho.*) Mmmmi novia, mmmmmía. (*Con Goliat.*) ¿Entiendes? ¿Qué vas a entender tú, eres una cosa hecha con desperdicios! ¿Y qué hace esta pizarra aquí? Tiene un número... (*Lo lee con mucha dificultad.*) Trescientos cuarenta mil doscientos veinti... Es un número muy difícil. Mejor lo borro, así mi amada Fefé, tan linda, no ocupará su cabecita en cosas tan agotadoras, ¿verdad? ¿Ustedes qué creen? ¿Lo borro? ¿No lo borro? Bien, lo borro. (*Y lo borra.*) Ah, pero esto cabe aquí. (*En el pecho del muñeco.*) Lo pongo, lo quito, lo pongo, lo quito... ¿Para qué podrá servir? Eres un monstruo feo y me estás robando a mi novia. Sí. Le meto esta pizarra en el pecho, ja, ja, ja, y luego, le hago un nudo para que no salga más.

(*Amarra la pizarra al pecho del muñeco. Este se mueve con la sorpresa.*)

**ADRIÁN.** ¿Ah? Creo que se ha movido. Me equivoco o este muñeco está vivo, ¡Uy! ¡¡¡Está vivo!!! (*Un cornetazo durísimo de GOLIAT.*) ¡Ahh!

(**GOLIAT** *levanta un brazo y deja caer el puño sobre la cabeza de ADRIÁN.*)

**ADRIÁN.** ¡Qué horror! He creado un monstruo.



(Va a salir corriendo, pero **GOLIAT** se abraza a su cuello y **ADRIÁN** termina por llevarse a rastras con asiento y todo.)

**ADRIÁN.** ¡¡¡¡Auxilio!!!!

(Hay rayos y truenos y la música de terror de “Una noche en el Monte Calvo”. **GOLIAT** se acerca torpemente por el proscenio.)

**GOLIAT.** ¡Oh! ¡Oh! Ese muchacho escapó. Estaba muy asustado. No podía ni hablar. Hablar. ¡Puedo hablar! Ya no suena la impertinente corneta. Y puedo pensar. ¡Ja! No tengo recuerdos, pero tengo sensaciones. Tengo sentidos...

(Canción.)

Tengo sentidos  
Puedo ver con estos ojos  
Puedo oír a través de mis dos orejas  
Puedo oler por mi graciosa naricilla  
Y gustar con las papilas de mi lengua  
Degustar con mi lengua y sus papilas  
Y percibir a través de mi piel  
Pues estoy vivo, pues estoy vivo,  
Pues estoy vivo y soy un ser.

**GOLIAT.** Y, por cierto, además de mi sorpresa inicial tengo una sensación de dolor aquí, en el pecho que me obliga a hablar y a quejarme. ¿Qué será este punto rojo aquí, exactamente donde me duele? Me duele, ahhhggg. Estoy inquieto y quiero hacer algo. Siento hambre, calor y frío, cansancio, sueño; siento alegría, tristeza, veo los colores, oigo la música, huelo las flores y los olores de la cocina y, sobre todo, siento un dolor aquí en el pecho.

(Canción.)

Tengo sentidos

Puedo ver con estos ojos  
Puedo oír a través de mis dos orejas  
Puedo oler por mi graciosa naricilla  
Y gustar con las papilas de mi lengua  
Degustar con mi lengua y sus papilas  
Y percibir a través de mi piel  
Pues estoy vivo, tengo sentidos,  
Pues estoy vivo y soy un ser.  
Y de mi cuerpo soy el rey.

**GOLIAT.** Ahora debo irme por el mundo y conocer, y tratar de saber quién soy, y por qué tengo esta sensación que me impulsa a moverme y a preguntarme de dónde vengo y hacia dónde voy.

*(Aparece una CONEJITA.)*

**GOLIAT.** Hola, una linda conejita. ¡Qué lindo animalito!

*(Ella, al verlo, grita y sale corriendo con auténtico terror.)*

**GOLIAT.** Oh, parece que se asustó la linda conejita. Parece que no les gustó mi voz. Debo moderarla, o mejor, no debo hablar. Ahora que tengo voz, me he quedado solo. Seguro que si permanezco en silencio nadie podrá tenerme miedo y así, finalmente, lograré tener amistades.

*(Del telón aparece la cabeza de LA MAGA. Por un lado entra ADRIÁN asustado y recobrándose de la carrera.)*

**ADRIÁN.** *(Para sí.)* He corrido tanto... Me dio tanto miedo.

**LA MAGA.** ¡Aaaaah! No está. Alguien tomó mi criatura y a pesar de ser tan grande se lo llevó. Se fue. Se han llevado a mi muñeco viviente y se llevaron la pizarra también.

**ADRIÁN.** ¡Uy! Tranquila. ¿Qué te pasa?, Fefé.

**LA MAGA.** ¿Dónde estará Goliat?

**ADRIÁN.** ¡Goliat! ¿Quién es Goliat?

**LA MAGA.** Mi criatura. Ay, Adrián, se han llevado a Goliat. ¿No has visto a mi muñeco?

**ADRIÁN.** Era un monstruo. Era grande, más grande que nosotros y tenía unos ojos aterradores... y hacía ruidos terribles con la boca... y tenía unas garras, bueno, unos guantes que ocultaban garras con fuerza gigantesca y corría rápido, y yo me apuré tanto y me oculté tanto y lo engañé tanto que se desapareció.

**LA MAGA.** ¡¿Tú estás hablando de Goliat?! ¿Y dices que te atacó, él a ti? ¿A dónde lo llevaste?

**ADRIÁN.** No sé. Una cosa gigantesca que me quería comer y yo corrí y no sé dónde está. Y mejor será si no lo volvemos a ver.

**LA MAGA.** No digas eso. ¿Qué le hiciste tú? El pobre no sabe nada del mundo. No podrá defenderse solo. ¿Ustedes saben a dónde fue? ¿Dónde está? Ahora que tengo nuevas ideas para perfeccionarlo... ¿Ustedes qué me dicen? Me tocará salir a buscarlo.

**ADRIÁN.** ¿Cómo hiciste para que se moviera? ¿Para darle vida a esa... cccosa?

**LA MAGA.** Es un invento secreto y de alta tecnología. Y es mágico también.

**ADRIÁN.** Si es un invento, pues... ¡uff!, ya puedes hacer otro. Tú eres muy hábil, muy inteligente, una sabia, una científica...

**LA MAGA.** No seas desconsiderado. No puedo hacer otro como él. Es único y me quedó tan bello...

**ADRIÁN.** (*Aparte.*) ¿Hablamos del mismo monstruo? Yo no lo vi nada bello. Bien hecho que se perdió. (*A LA MAGA.*) Hablas como si estuvieras enamorada de ese muñeco.

**LA MAGA.** Es que cuando uno hace las cosas con cariño y le pone todo el empeño y el cuidado en su momento, si uno pone atención y trabaja con gran ilusión, entonces uno crea algo especial. Goliat es muy importante para mí.

**ADRIÁN.** Tú también eres muy importante para mí. Fíjate que hoy desafié a una bestia enorme solo por venirte a visitar.

**LA MAGA.** No le digas así y ayúdame a encontrarlo. Estará perdido, confundido, solitario.

**ADRIÁN.** Yo no quiero ver esa mole de nuevo. ¿Y si nos quiere destruir, martirizar, torturar, comprimir, masticar, vernos sufrir?

**LA MAGA.** Él no es malo. Tú porque no lo conoces, pero cuando te lo presente aprenderás a quererlo como yo.

**ADRIÁN.** ¿Y tú lo quieres mucho?

**LA MAGA.** Claro. Es mi creación.

**ADRIÁN.** ¿Más que a mí?

**LA MAGA.** Es diferente. Tengo que cuidarlo y enseñarle el mundo. Y tú... ya tú sabes tus cosas y... mejor nos vamos que estoy preocupada por él.

**ADRIÁN.** Sí, pero con cuidadito. ¿Me puedes dar la mano?

**LA MAGA.** ¿Tienes miedo?

**ADRIÁN.** Noooo... Sí. Dame la mano y busquemos al muñeco monstruo.

**LA MAGA.** Está bien. (*Le da la mano.*) Ven.

(*Salen. ADRIÁN va feliz.*)

(*Entra GOLIAT.*)

(*Canción.*)

Tengo equilibrio.

Camino en mis dos piernas.

Tengo dos brazos y así puedo danzar

No estoy vacío, estoy lleno de consciencia

Y mis acciones ahora puedo pensar

Me iré al mundo a buscar una respuesta

O a un amigo que sepa contestar

Tengo sentidos, pues estoy vivo

¿Qué bicho soy? ¿Qué monstruo soy?

¿Y por qué tanta ganas de averiguar?

(*Música: "Danza de los pollitos", de Cuadros de una exposición.*)

(*Están DOÑA POCAVISTA, viejita con anteojos, y DON FOCOESCASO, un viejito muy nervioso, en la sala de su casa. Casi ni ven; deambulando por la estancia, DON FOCOESCASO descubre la mole de GOLIAT sentada en el recibo y le da un ataque.*)

**DOÑA POCAVISTA.** (*Se distrae peleando con el público.*) Hola, hola, dije, muchachitos. Umjú. Tan jóvenes y tan sordos. Oyeron bien, no

dije gordos, dije sordos. Hay que contestar el saludo. Hola. Yo soy Doña Pocavista, la abuelita, y este abuelito es Don Focoescaso, mi marido. Me llamo Cecilia, Cecilia Pocavista de Focoescaso. (A **DON FOCOESCASO**.) Pero ¿qué tienes? Ay, este viejito siempre con sus manías. Ahora tiene como hipo. ¿Qué será lo que te pasa? Dígame Focoescaso, ¿qué le pasa?

(**DON FOCOESCASO** trata de contestar, pero lo asfixia el terror y no puede.)

**DOÑA POCAVISTA.** Pero, mi viejito, qué mal carácter. Vas a convulsionar.

(Con la agitación a la señora se le caen los lentes y el señor se desmaya, finalmente, del terror.)

**DOÑA POCAVISTA.** ¡Ay!, mis lentes, mis anteojos, que sin ellos soy casi ciega. Mire lo que hizo, viejito inquieto. Ahora casi ni veo, viejo. Menos mal que se quedó tranquilo. Y ahora justo que tenemos visita. Porque me dicen que llegó un hombre extranjero a visitarnos y hay que atenderlo. Sí, allí está sentado. Es un poco grande. Y musculoso, me imagino. Debe ser un buenmozo de esos que hacen mucho ejercicio y están de lo más guapos.

(El viejito despierta y se vuelve a desmayar.)

**DOÑA POCAVISTA.** Ay, Focoescaso, deje los celos. Que yo estoy muy viejita para la gracia.

(Se acercan a **GOLIAT**.)

**DOÑA POCAVISTA.** Buenas tardes, mijo.

(Reverencia de **GOLIAT** con la cabeza. Al público.)

**DOÑA POCAVISTA.** ¿Vieron? Este sí es un hombre educado.

(**GOLIAT** sonrío.)

**DOÑA POCAVISTA.** Mucho gusto de tenerlo en casa. (*Al público.*) Este hombre ni habla, qué timidez. Eso lo hace un hombre encantadoramente reservado.

(*Le ofrece la mano y GOLIAT se la toma.*)

**DOÑA POCAVISTA.** Soy Cecilia Pocavista. ¡Uy!, qué mano tan fuerte, seguro que come espinacas y levanta pesas. (*Ríe con picardía.*) Me va a disculpar, señor, pero es que acabo de perder mis gafas, mis anteojos. Y casi no lo distingo. Gracias por su visita. Pero me hace el favor y me dice su nombre. (*Al público.*) Ah, qué gentil. No me lo dice para darme la oportunidad de adivinarlo. Sí, seguramente usted es Julián, el leñador, ¿no? Entonces, Joaquín, el minero. ¿Tampoco? ¿Será Marco Antonio, el bello luchador? ¿Ni eso? Ah, ya sé. Fabricio, el herrero, o... es Rogelio el camionero.

(*GOLIAT estornuda y ella esto lo interpreta como una afirmación.*)

**DOÑA POCAVISTA.** Lo adiviné, ves. Mira, Focoescaso, esposo mío, este es el señor de los camiones, Rogelio, te lo presento. Señor Rogelio, este es mi esposo, Agustín Focoescaso.

(*Obliga al marido a darle la mano a GOLIAT. DON FOCOESCASO grita de terror y queda colgando de la mano de GOLIAT.*)

**DOÑA POCAVISTA.** Pero, don Focoescaso, ¿qué modales son esos? Tampoco es para que te guindes. No, eso no es así. ¿Quiere un té? Ay, qué maleducada. El que va a dar no tiene que ofrecer, ¿no es así?

(*Afirmación de GOLIAT.*)

**DOÑA POCAVISTA.** Este hombre está lleno de misterio, me tiene subyugada. Venga, Focoescaso, viejito, venga para que le sirvamos el té al señor camionero, que debe estar muy cansado y con ganas de beberse un tecito. Ah, pero este hombrecito si es flojo, miren, se ha quedado dormido Focoescaso, mi marido.

(*Entran los conejitos de antes y le traen los anteojos a DOÑA POCAVISTA mientras, con sus chillidos, hacen gran escándalo.*)

**DOÑA POCAVISTA.** Ay, ¿qué es esto? Un bichito, un ratoncito, ay, no, que es un conejito. Tiene las orejas largas y los dientecitos, sí, ay, y me trae, ¿qué? Mis gafas, mis anteojos. Gracias, mi nene.

*(Voltea para entregarle el té a GOLIAT, este lo recibe. La señora se coloca los anteojos y descubre al muñeco monstruo. Grita y se desmaya aparatosamente, el monstruo también lo hace, la CONEJITA también lo hace y corren por el escenario escapando.)*

**DON FOCOESCASO.** *(En ese momento despierta.)* ¡Es un monstruo! ¡Es un monstruo! Socorro, auxilio, socorro. ¡¡¡Se derrama el té!!!

**GOLIAT.** Es definitivo, no se trataba de mi voz. Lo que los asusta y les provoca terror, por lo que se sienten en peligro y me rechazan, o lo que les inspira repugnancia no es mi voz. ¿Será que soy horrible? Yo nada más me siento como un muñeco. No lo sé. Algo en mi aspecto debe ser.

*(Hace su aparatosa entrada GUILLERMO. Trae un arco y una flecha y los ojos vendados.)*

**GUILLERMO.** Ah, disculpe, disculpe, es que no puedo ver nada.

*(GOLIAT se va a ir, pero...)*

**GUILLERMO.** ¡Ey! ¿Hay alguien por ahí? Vengo escuchando sus quejas de hace rato.

**GOLIAT.** *(Trata de fingir la voz.)* No, no hay nadie.

**GUILLERMO.** *(Lo cree.)* Ah, no hay nadie. *(Después.)* Sí, sí hay porque alguien me acaba de responder.

**GOLIAT.** *(Se da por vencido.)* Ah, entonces si ya lo sabes ¿por qué preguntas?

**GUILLERMO.** No estoy seguro. No puedo ver.



**GOLIAT.** Ah, menos mal. Y bueno, por qué llevas eso sobre los ojos. ¿Estás enfermo?

**GUILLERMO.** Es una venda y no, no estoy enfermo. Soy el mejor arquero de los contornos y... Un arquero es uno que lanza flechas con un arco como este. No vayas a preguntar.

**GOLIAT.** ¿No sería más fácil hacerlo con los ojos abiertos?

**GUILLERMO.** Con los ojos vendados es más difícil y más divertido. Es un juego.

**GOLIAT.** Y ¿para qué sirve ese juego?

**GUILLERMO.** Mejor, es un deporte. Me he vendado los ojos para practicar el tiro con arco sin poder ver. Eso me hará el mejor arquero del mundo.

**GOLIAT.** ¡El mejor del mundo!

**GUILLERMO.** Seré único. Yo solo, el mejor.

**GOLIAT.** Bah, no quiero estar solo y con los ojos vendados.

**GUILLERMO.** No siempre tendré los ojos vendados. Solo estoy entrenando, preparándome, haciéndome mejor.

**GOLIAT.** ¿Para qué?

**GUILLERMO.** Tendré que contarle desde el principio. Me llamo Guillermo. Un alguacil de mi pueblo quería obligarme a saludar a una estatua, quitándome el sombrero delante de ella. Como si fuera una dama distinguida. A mí me pareció ridículo y me negué a hacerlo.

**GOLIAT.** ¿Es ridículo saludar a una estatua?

**GUILLERMO.** Si te obligan... Cualquier cosa obligada es una injusticia. Yo prefiero hacer un saludo porque me salga del alma, del corazón. Pero de lo contrario, me están arrebatando mi libertad.

**GOLIAT.** La libertad parece algo importante. ¿Y el corazón, el alma, también?

**GUILLERMO.** La más importante. Mira, por cierto, ya yo me presenté. Tú ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?

**GOLIAT.** Me llamo Goliat.

**GUILLERMO.** (*Se va a descubrir.*) Goliat es nombre de persona grande. Déjame verte la cara.

**GOLIAT.** No, no es necesario. Prefiero que me reconozcas por la voz. Soy una voz solamente.

**GUILLERMO.** Eso no es posible. ¿Por qué no quieres que te vea la cara?

**GOLIAT.** Te aseguro que es mejor así.

**GUILLERMO.** Bueno, respeto tus deseos y no me quitaré la venda, pero con una condición.

**GOLIAT.** ¿Condición? ¿Cuál?

**GUILLERMO.** Que me ayudes a entrenarme en el tiro al blanco, porque con los ojos vendados es imposible saber si uno tiene la puntería necesaria.

**GOLIAT.** Está bien. Pero no me terminaste de contar...

**GUILLERMO.** Verdad. Es la peor parte. El alguacil detuvo a mi familia y me retó a conseguir a alguien que deje que le dispare una flecha a una manzana posada sobre su propia cabeza.

**GOLIAT.** Eso es realmente difícil. Pero no lo encuentro para nada divertido.

**GUILLERMO.** Así que necesito ganar este desafío aunque el triunfo no depende de mí solamente.

**GOLIAT.** Por supuesto, ¿quién te va a ayudar? Es una empresa difícil.

**GUILLERMO.** Una persona con gran corazón, un valiente que pueda confiar en mi puntería. ¿Y tú, no estarás dispuesto?

**GOLIAT.** Soy capaz de confiar en ti, pero no estoy seguro de tener eso que llamas corazón. Estoy dispuesto a hacer el bien, aunque la gente parece que no lo entiende así. *(Recibe una manzana de GUILLERMO y se la pone en la cabeza.)* Tengo un cuerpo muy grande y muy fuerte.

**GUILLERMO.** ¿Como para no temerle a mis flechas? Debes tener cuidado y esquivar mis tiros; no vaya a herirte con una de ellas.

**GOLIAT.** *(Por una flecha.)* Casi, pero todavía no das en el blanco.

**GUILLERMO.** *(Se va a quitar la venda.)* Lo siento mucho, discúlpame.

*(Con una aclarada de garganta, GOLIAT le advierte no mirarlo.)*

**GUILLERMO.** Y si eres tan fuerte y grande, ¿por qué no vas conmigo a Bohemia? Allí están preparando una feria y serás la principal atracción. Vamos y te muestras como el espectáculo que eres. Miren, señores, el hombre más fuerte y más grande del mundo. ¡El hombre montaña!

**GOLIAT.** No tengo interés en ser un espectáculo ni ser más que nadie. Yo soy tímido. ¿Se dice así, verdad? Además, la gente huiría al verme.

**GUILLERMO.** Al contrario, pagarían fortunas por conocerte, como en un circo.

**GOLIAT.** Insisto, no me gusta esa idea.

**GUILLERMO.** Es una lástima, podríamos tener grandes ganancias. Y hasta podrías ayudarme a rescatar a mi familia.

**GOLIAT.** Bueno, no es mucho lo que hago. No tengo qué hacer ni sé a dónde ir.

**GUILLERMO.** Pero puedes seguir conmigo a Bohemia. Allí está la ciudad más bella del mundo. Te ofrezco mi compañía; podemos averiguar si eres realmente un monstruo o un muñeco o un ser humano.

**GOLIAT.** ¿Podemos averiguarlo?

**GUILLERMO.** Claro que sí. Pero tienes que confiar en mí. A ver, quiero saber cómo eres. No te preocupes, ahora sé que estás dispuesto a ayudarme y que no podría rechazarte ni que fueras un verdadero monstruo.

**GOLIAT.** Prepárate entonces porque te puedes sorprender.

**GUILLERMO.** Estoy listo. (*Se quita la venda y mira, hace una pausa de suspenso, un susto le recorre el cuerpo, se domina y...*) Bueno, tampoco la cosa es tan grave. Eres...

**GOLIAT.** Un completo desastre.

**GUILLERMO.** (*Envalentonado, le ofrece la mano.*) Nadie es perfecto. Te voy a confiar un secreto: tengo la seguridad de que voy a dar en el blanco. ¿Sabes por qué? Porque mis flechas están guiadas por el amor a mi familia. Ven conmigo y lo verás.

**GOLIAT.** ¿El amor? ¿Y qué es eso?

**GUILLERMO.** Ja, ja. Mejor lo entenderás en Bohemia. (*Salen.*)

(*Entra LA MAGA en actitud de detective inglés.*)

**LA MAGA.** Siguiendo las huellas de Goliat, a veces consiguiendo rastros muy claros y a veces gente muy asustada —y eso me preocupa demasiado—, hemos llegado hasta el reino de Bohemia y, por supuesto, a esta hermosa ciudad. ¿No la ven? Voy a necesitar que me ayuden a entrar allí, cada uno con su imaginación. Ustedes tienen que recordarme cómo es una ciudad. A ver... ¿qué cosas hay en una ciudad? (*Tiene que compartir la información que le dieran los niños.*) Edificios, sí, bellos edificios, ¿Y qué más? Palacios, muy bonitos palacios, muy bien. ¿Y qué más? Avenidas y carros, claro, bellos carruajes y automóviles. Puentes, jardines y teatros, y gente, muy limpia, muy arreglada, muy bien vestida. ¡Ya estoy dentro de la ciudad! Una venta de frutas y... una señora con un perrito. Y una feria con toldos y cintas y colores y faroles y canciones y alegría y animales exóticos. Y atracciones como en un parque y... (*Canta.*)

El sol sale en las mañanas, por el este  
y se oculta por las tardes hacia occidente,  
hay aire respirable para todos suficiente,  
majestuosos árboles sus frondas aquí extienden,  
sus ramajes hacia el cielo,  
sus raíces hacia el suelo.  
Hay tiempo para que las frutas maduren a su tiempo  
y que la música debidamente ejecutada lleve el compás.

Que el agua corra de arriba hacia abajo  
y que el fuego arda hacia arriba, desde abajo.

*(Entra un conejo con un cartel donde se lee EL HOMBRE MONTAÑA y la silueta del muñeco monstruo en el anuncio.)*

**LA MAGA.** Mmm, esa silueta me parece conocida. Creo que lo encontré. En la maravillosa ciudad de Bohemia lo he encontrado. *(Llamando.)* ¡Adrián! Lo encontré. Tengo que hacer algo para rescatarlo. *(Sale.)*

*(GOLIAT viene con GUILLERMO.)*

**GOLIAT.** ¡Es una maravilla!

**GUILLERMO.** ¿De verdad lo crees? No parece tener gran importancia porque normalmente, casi siempre, estas cosas pasan solas y no hay que intervenir.

**GOLIAT.** Entonces, normalmente es una maravilla este reino de ustedes.

**GUILLERMO.** Pero hay excepciones. Debes sentarte aquí y envolverte en esta hermosa capa negra y reservarte de las miradas con esta máscara de losa. *(Se las entrega.)*

**GOLIAT.** Ah, ya sé. Debo ocultarme para que la gente no se asuste al verme.

**GUILLERMO.** No es porque la gente vaya a rechazarte, no. Es para darles una sorpresa. *(Al público.)* Mentirijilla blanca. *(A GOLIAT.)* Un gran artista, una gran atracción no se muestra tan fácilmente.

*(GUILLERMO le coloca la capa y la máscara a GOLIAT.)*

*(Se oye un organillo. Tema del dueto de “Amor de Zerlina y Don Giovanni” de la ópera Don Giovanni, de Mozart.)*

**GOLIAT.** Hay algo que suena desde un carromato por allí. Es muy agradable.

**GUILLERMO.** Se llama música y es un arte superior y muy espiritual.

**GOLIAT.** Siento una gran emoción. Sí, me calienta el corazón. (*Canta.*)

Là ci darem la mano,  
Là mi dirai di sì,  
Vedi non è lontano,  
Partiam, ben mio, da qui.

(*Entra LA MAGA disfrazada de crítica de arte.*)

**LA MAGA.** ¡Ah, qué gran voz! Estoy sorprendida. Creo que acabo de descubrir a un nuevo artista.

**GUILLERMO.** Perdone, señora, pero se equivoca. Este es el hombre montaña. Y se dedica a la lucha y a los actos heroicos.

**LA MAGA.** No. No. Eso sería un desperdicio de talento. Este hombre tiene una voz prodigiosa. Déjeme escucharlo de nuevo. Estoy segura...

**GOLIAT.** Con mucho gusto. (*Canta.*) Vedi non è lontano; partiam, ben mio, da qui.

**LA MAGA.** ¿Lo ha escuchado? Es perfecto. ¡Qué tesitura! ¡Qué color! ¡Qué brillo! ¡Y el volumen? ¡Muy buen volumen! Usted, hijo mío, será el nuevo ídolo del bel canto.

**GOLIAT.** Muchas gracias, señora, pero...

**LA MAGA.** ¡Ay, si hasta educado es! ¡Y es modesto! ¿Vieron, niños? Jovencito, usted tendrá un gran futuro a mi lado.

**GOLIAT.** Disculpe, señora. Pero no me deja hablar...

**LA MAGA.** Diga, diga.

**GOLIAT.** Es que por el momento me dedico a otra cosa que me absorbe todo el tiempo.

**GUILLERMO.** Es que tiene un compromiso conmigo, es decir ha prometido defender a mi familia y ejecutar una proeza deportiva llena de acción y gran peligro.

**LA MAGA.** Pero ¡qué horror! Usted no debe arriesgar su integridad de esa manera, exponiéndose al peligro irresponsablemente. Usted es una joya de cantante y sería un crimen comprometer ese don que la naturaleza le ha dado.

**GUILLERMO.** Pero me dio su palabra. Necesito de su ayuda.

**GOLIAT.** Es verdad, di mi palabra.

**LA MAGA.** Es absurdo... un valor de la música en un aprieto semejante, sujeto a la violencia, al peligro... ¿Ustedes qué piensan?

**GUILLERMO.** *(Al público.)* ¿Debe cuidarse o ayudar a su amigo?

**LA MAGA.** *(Al público.)* ¿Debe cultivarse como artista o exponerse a su destrucción?

**GOLIAT.** No sé qué hacer. ¿Debo mantener mi promesa?

**LA MAGA.** Imagine lo que le ofrezco: la fama, la comodidad. Ser amado por el público. Imagine. Un teatro, una noche de gala, una gran orquesta con maestros vestidos de esmoquin, el público con



sus mejores vestidos sentados en orden, esperando por la estrella. Se produce un silencio y entra usted (*Suena un aplauso.*) (*Goliat se deja llevar y canta acompañado de la Conejita, vestida de dama de la ópera.*) **GOLIAT.** Là ci darem la mano,

Là mi dirai di sì,  
Vedi, non à lontano,  
Partiam, ben mio, da qui.

**CONEJITA.** Vorrei, e non vorrei,

Mi trema un poco il cor,  
Felice, è ver, sarei,  
Ma può burlarmi ancor,  
Ma può burlarmi ancor.

**LA MAGA.** Es un triunfo. Todos se ponen de pie con el asombro y luego...

**GOLIAT.** Vieni, mio bel, diletto!

**CONEJITA.** Mifa pietà Masetto

**GOLIAT.** Io cangierò tua sorte!

**CONEJITA.** Presto... non son più forte, non son più forte, non son più forte.

(*CONEJITA pisa la capa y, con la emoción, GOLIAT deja ver su verdadero rostro. Se escucha la expresión de disgusto del público y el aparatoso desalojo de la sala. Sorpresa, desencanto, tristeza.*)

**GOLIAT.** La gente se ha marchado muy disgustada.

**LA MAGA.** Es que no estaban preparados, pero ya habrá otra oportunidad.

**GUILLERMO.** Nosotros somos los que tenemos que escapar.

**GOLIAT.** ¿Para qué?

**GUILLERMO.** Vendrán las fuerzas del comisario a detenernos. ¿Y usted, por qué no se ha ido?

**LA MAGA.** (A **GOLIAT.**) Porque yo soy la Maga, Céfora, tu creadora. Tu inventora, bueno... tu constructora.

**GOLIAT.** ¿Es verdad? ¿Tú me hiciste?

**GUILLERMO.** Vámonos pronto. Recuerda que tengo enemigos.

**LA MAGA.** ¿Por qué estás tan triste? Regresemos a nuestra casa y vivamos felices.

**GOLIAT.** Váyanse ustedes.

(Se oye una trompeta de ejército.)

**GUILLERMO.** No queda tiempo, marchemos. No desperdiciemos la oportunidad. Si nos rendimos, ¿cómo haré para recobrar a mi familia?

**LA MAGA.** Goliat, ven con nosotros. ¡Goliat!

(**GUILLERMO** se lleva a **LA MAGA.**)

(Música triste. Cambio de luz. **GOLIAT** está solo y viene **ADRIÁN.**)

**ADRIÁN.** Hola. (Exagerado.) No vayas a comerme, no vayas a hacerme daño.

**GOLIAT.** ¿Por qué habría de comerte?

**ADRIÁN.** Por nada. Lo sé. Era una broma. Pero estoy un poquito apurado. ¿Estás molesto?

(**GOLIAT** *no responde.*)

**ADRIÁN.** Ah, es uno de esos momentos.

**GOLIAT.** ¿Cuáles momentos?

**ADRIÁN.** Todos pasamos por momentos diferentes. A veces estamos muy alegres y a veces, si algo no sale bien, grrrr, nos enfurruñamos.

**GOLIAT.** (*Se enfurruña.*) Enfurruñamos es una palabra muy interesante. Estoy enfurruñado.

**ADRIÁN.** Pero se te va a pasar. Respira profundo, cuenta hasta cuatro, dos veces. Piensa en cosas agradables y...

(**GOLIAT** *cuenta con los dedos.*)

**ADRIÁN.** ... súmale dos.

**GOLIAT.** Son diez.

**ADRIÁN.** Ya estas mejor. ¿Me conoces? Soy Adrián. (*A los niños.*) Díganle ustedes [**ADRIÁN**]. Necesito que me ayudes. Es mi culpa, pero...

**GOLIAT.** Ya lo sé. Tú eres el que tenía miedo. ¿Por qué estabas tan asustado?

**ADRIÁN.** No lo digas. Da un poquito de vergüenza. Era que no te conocía. Pero ahora... También Fefé estaba tan preocupada por ti,

que tuve que adelantarme para hacerte compañía y guiarte para que no tuvieras problemas. Pero...

**GOLIAT.** Nadie quiere andar conmigo.

**ADRIÁN.** Yo quiero andar contigo. Eres un gran compañero de viaje, muy fuerte, un poquito torpe, pero muy entretenido. Una buena persona.

**GOLIAT.** La gente me desprecia porque soy un monstruo.

**ADRIÁN.** ¿Por eso no quieres volver con la Maga, con Fefé? Eso le ha hecho sentirse muy mal.

**GOLIAT.** Ella me hizo feo, horrible, aterrador.

**ADRIÁN.** Te cuento que a ella no le pareces nada feo, dice que eres bello, eso mismo dijo ¿verdad?, y que te quiere y desea cuidar de ti.

**GOLIAT.** ¿Ella dijo eso?

**ADRIÁN.** Sí, ¿verdad? Es tu creadora y tú su creación. No puede rechazarte.

**GOLIAT.** Ella no puede tratar a una cosa como se trata a la gente. Hay una diferencia entre los seres animados y las cosas.

**ADRIÁN.** Nada que no pueda arreglarse con un poco de imaginación. A algunos les gusta la leche condensada, a algunos el chocolate, a algunos el helado de vainilla. A mi papá le gusta la sardina. A mí me muestran una sola sardina y enseguida me enfurruño. (*Se enfurruña.*)

**GOLIAT.** Me enfurruño (*Se enfurruña. Ambos se ríen.*) A mí me enfurruña la cebolla.

**ADRIÁN.** Y a mí el zumo de un limón. Podemos enfurruñarnos, tenemos cosas en común.

(*Cantan Me enfurruño.*)

Yo quiero reclamar mi derecho  
a enfurruñarme como lo que soy.  
Si algo me desagrada, me arde el pecho  
y me convierto en el más fiero león.  
Con toda libertad alzo mi puño,  
para expresarme con esta razón.  
Refunfuño, refunfuño, refunfuño.  
Refunfuñando yo me enfurruño  
y enfurruñado es lo que estoy.  
Si hablando con otra persona  
no me oye ni presta atención,  
yo sufro en el alma un rasguño,  
el humor se me acartona  
y al instante me enfurruño.  
“Es verdad, pues reprimamos esta fiera condición”.  
Es un asunto genial esto que siento,  
estar alegre, triste o sin humor  
y si recuerdo esta canción que ahora les cuento,  
al momento intento, con ritmo contento,  
ser el más perfecto enfurruñador.

**ADRIÁN.** Oye, se me pasó por un momento, pero... aunque era un juego, casi... Fefé, quien no quiere que te arriesgues, porque teme por tu bienestar, ha decidido tomar tu lugar en la prueba y se ofreció como voluntaria para que le disparen a ella. ¡Y ahora es ella la que está en peligro!

**GOLIAT.** ¿Quéééééé? Eso no puede ser. Pobre, la pueden herir.

**ADRIÁN.** Es verdad, es mi culpa, pero debemos hacer algo para evitarlo. Estoy seguro de que tú puedes ayudarnos.

**GOLIAT.** Es mi creadora y se preocupa por mí. Estoy sorprendido de mí mismo.

**ADRIÁN.** Puedes sorprenderte, pero eso pasa cuando uno realmente quiere a otra persona. Fefé me hace cambiar de ánimos a cada rato. Vamos, vamos.

*(Música: "Soave il vento", acto I de Così fan tutte, de Mozart.)*

**GOLIAT.** *(Al público.)* Mientras llegamos a ese lugar donde mantenían presa a mi creadora, el muchacho aprovechó para contarme una historia que me aclaró un poco las cosas.

**ADRIÁN.** Había una vez un príncipe, el Caballero de la Rosa, enamorado de la Dama de Rosa.

*(Los personajes se muestran mientras son nombrados.)*

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Vengo a elevar una protesta porque este señor me ha ofendido y me ha faltado el respeto.

**ADRIÁN.** Hablaba de su mejor amigo, el Príncipe Azul.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Se ha atrevido a afirmar en mi presencia que su amor por la Princesa de Índigo es mayor que todos los amores del mundo, lo cual quiere decir, que es mayor que mi amor por la Dama de Rosa.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Lo digo y lo sostengo, las miradas de mi Princesa de Índigo son las más dulces del mundo y, por tanto, su amor por mí el más grande, solo comparable con el que yo siento por ella.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** No hay un sentimiento más constante que el que yo tengo por la Dama de Rosa.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Es un engreído y me humilla con su pretensión. Mis sentimientos son los más nobles.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** ¡¡¡¿Los más nobles?!!! Insiste en desafiarme. Tendré que retarle a un mortal duelo.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Yo soy el Príncipe Azul (*Saca su espada.*)

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Y yo soy el Caballero de la Rosa y no me amilantaré. (*También saca su espada.*)

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Si hay un amor mejor es aquel que es correspondido. El que nos hace más felices.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** A mí. A mí me hace más feliz.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** No. A mí me hace más feliz.

**ADRIÁN.** Se la pasaban peleando todo el día. (*Con el público.*) Los verdaderos amigos no pueden desperdiciar su tiempo en peleas, ¿no es así? Para solucionarlo decidieron hacer una competencia. Ambos tratarían de demostrar que su amor por esas damas era correspondido. Que ellas también los querían con igual intensidad, que querían hacerlos felices y que en ellas se podía confiar. Porque el mejor amor también es la confianza. Solo así sabrían quién de los dos poseía un amor más grande y mejor. (*Habla a las figuras.*) Vaya usted, Príncipe Azul, y trate de conquistar a la novia del Caballero de la Rosa. Y vaya usted Caballero de la Rosa y trate de conquistar a la Princesa de Índigo. Para eso es bueno que se disfracen y que no sean reconocidos.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Ahora me disfrazaré de oficial del Ejército turco e iré a conquistar a esa noviecita de mi amigo.

**LA DAMA DE ROSA.** (*Entra cantando.*) ¡Oh!, tengo ganas de ver a mi amado, el Caballero de la Rosa. Tan guapo, tan gallardo, lo quiero de veras.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Buen día, bellísima damisela.

**LA DAMA DE ROSA.** (*Asustada.*) ¡Oh! ¡Un turco!

**EL PRÍNCIPE AZUL.** No debes asustarte, hermosa dama. Soy Mustafá, oficial del Ejército turco. Y me he prendado de tu belleza y de tu simpatía. Me gustaría que no huyeras de mí, pues mi corazón es noble y sincero como el que más.

**LA DAMA DE ROSA.** Ay, señor, oficial Mustafá, no puedo prestarle atención. Tengo un novio tan valiente y bien parecido como usted, y sería una traición de mi parte escuchar sus palabras de amor.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** (*Le toma la mano.*) Todas las rosas de los jardines de Bohemia y sus olores. Los árboles se inclinan. El agua de las fuentes corre presurosa. Los perfumes del Medio Oriente. La noche estrellada, con un sinnúmero de zafiros para iluminar tu pálida frente.

**LA DAMA DE ROSA.** Señor Mustafá, conténgase, por favor, que me hace sonrojar.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** (*Con el público.*) Sí, ya veo que está causando efecto.

**LA DAMA DE ROSA.** ¡Qué encendido! ¡Qué apasionado! Oficial Mustafá, ahora tengo una urgencia y no puedo continuar a su lado. (*Se marcha toda perturbada.*)



**EL PRÍNCIPE AZUL.** Ya es cuestión de tiempo. Y sin embargo, me ha gustado la muchacha. Es hermosa, tímida, se sonroja y... me conmueve. Creo que estoy cayendo en una trampa. (*Se va.*)

(*Aparecen EL CABALLERO DE LA ROSA, disfrazado de oficial turco, y LA PRINCESA DE ÍNDIGO.*)

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Todo es muy divertido. Conseguí este disfraz de turco y ahora me llamo...

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** Ah, un oficial turco, y seguro que se llama Alí. Como todos ellos.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Alí, sí, ese es mi nombre. Y no estoy interesado para nada en hablar con usted.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** ¿No? ¿Para nada? Entonces, ¿qué hace usted en mi jardín?

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Yo soy Alí, oficial del Ejército turco. Y me creo lo que soy: un guapo, gallardo y muy distinguido caballero.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** ¡Uy!, se da unos aires. Si está tan convencido de su aspecto, ¿para qué me habla?

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Quería hacerle el favor de honrarla con mi conversación.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** Muchas gracias. Pero no lo necesito.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** ¿Cómo que no me necesita? Una dama como usted, si está sola debe ser por fea o por insoportable.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** (*Le da una cachetada.*) Grosero. No estoy sola. Me acompañan mis pensamientos. Y tengo mi novio, que me quiere mucho.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Vaya usted a saber por qué.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** Porque está enamorado de mí y yo me lo merezco.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Claro, debe ser un galán muy deficiente si solamente se conforma con usted.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** ¡Bruto! ¡Atrevido! Yo me merezco lo mejor del mundo.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** ¿Se merece, por caso, a un hombre como yo?

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** Sí. Soy buena, honrada, bella, virtuosa, simpática, inteligente, rica, joven...

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** ¡Qué lástima! Con tantos atributos y no podrá conquistarme.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** Lograré conquistarlo, cómo no. No descansaré hasta que usted sea mi enamorado y le demostraré cuan equivocado está. (*Se marcha.*)

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Ya está. Cayó en la provocación y ahora solo querrá enamorarme. Queriendo enamorarme, simplemente se enamorará de mí. Lo voy a lograr, quedará demostrado que mi amor es mucho más grande que el del Príncipe Azul. Aunque esa señorita me ha impresionado mucho. Estoy un poco confundido. Mejor me retiro para pensar. (*Sale.*)

(*Entran en sus ropajes* **EL PRÍNCIPE AZUL** y **EL CABALLERO DE LA ROSA.**)

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Quiero retirar lo dicho antes y pedir perdón a mi hermano, el Caballero de la Rosa. Yo estaba equivocado.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** No. Tú tenías razón. Yo había dicho que mi amor por la Dama de Rosa era el mayor del mundo. Ahora descubrí que eso no era cierto y vengo a pedir disculpas a mi amigo.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Todo lo contrario. Yo comprobé que mi amor por la Princesa de Índigo era débil y frívolo. Entonces debo reconocer que tú tenías razón, amigo.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Yo estaba equivocado.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** No. Tú tenías la razón.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Yo estaba equivocado.

**ADRIÁN.** Siempre van a estar peleando. ¿Nunca estarán de acuerdo?

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Y como si fuera poco, hay un segundo problema. Yo me disfracé de oficial turco, me llamaba Mustafá...

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Yo también, y me llamaba Alí.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Y jugando a enamorar a la novia de mi amigo, la Dama de Rosa...

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Y yo también enamoraba a la novia de él, la Princesa de Índigo.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** He caído en las redes del romance y me enamoré de ella perdidamente.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** A mí me ha ocurrido lo mismo y de la misma manera.

*(Lloran ambos.)*

**ADRIÁN.** Es verdad que los hombres enamorados son como niños. Pero vamos a dar pronta solución a este enredo. Déjenos, Caballero de la Rosa, por un instante y venga la Dama de Rosa. Ajá. *(Así ocurre.)* Tú eres el Príncipe Azul, el novio de la Princesa de Índigo, que disfrazado de Mustafá ahora no quiere a la Princesa de Índigo, sino a la Dama de Rosa.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Así es.

**ADRIÁN.** Tú eres la Dama de Rosa, que era novia del Caballero de la Rosa y que ya no lo quieres porque ahora estás enamorada de Mustafá, el oficial turco.

**LA DAMA DE ROSA.** Sí, así es.

**EL PRÍNCIPE AZUL.** Pero si yo soy Mustafá.

*(Los dos se abrazan, se quieren y se perdonan.)*

**ADRIÁN.** Ahora, pase usted, Caballero. *(Así se hace.)* Tú eres el Caballero de la Rosa, el novio de la Dama de Rosa, que una vez disfrazado del oficial turco Alí, te enamoraste de la Princesa de Índigo.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Tiene toda la razón.

**LA PRINCESA DE ÍNDIGO.** Y yo, finalmente, soy la Princesa de Índigo, la novia del Príncipe Azul, a quien ahora no quiero porque me he enamorado del turco Alí.

**EL CABALLERO DE LA ROSA.** Mi vida, si Alí soy yo.

*(Los dos se abrazan y se perdonan.)*

**ADRIÁN.** Así queda todo resuelto. No hay un amor mejor que el otro si somos correspondidos. No hay mucho que entender. De todos modos, hay parejas felices tan raras como el mar rojo o las rosas azules. Y cada oveja con su pareja.

*(Los muñecos se traban en una discusión que ya nos es familiar y se pierden en su pelea de cachiporras y espadas, por el foro.)*

**GOLIAT.** Cada oveja con su pareja. Así dice el cuento. Pero ¿cómo puede ser mi pareja, la que me brinde compañía?, ¿por qué no? Una adorable personita que está dispuesta a recibir todo el cariño que siento y quiero compartir. Soy un ser único y por alguien fui cons-truido. Y si eso fue posible en mi caso, será posible de nuevo. Pero antes debemos retomar el camino junto con el muchacho, Adrián.

*(Entra la BURRIQUITA con música de G. Rossini, "Obertura" de Guillermo Tell. Luego la BURRIQUITA posa como una estatua en medio de la plaza.)*

**GOLIAT.** Llegamos a la plaza de un pueblo donde mucha gente esta-ba reunida para asistir a un reto fabuloso: ver al mejor arquero del mundo y a la niña que serviría de blanco para sus tiros. Mientras me ocultaba para no llamar la atención...

**GUILLERMO.** Esto no se vale. Yo creí que no sería necesario llegar a tanto. ¡No pueden obligarme a lanzar flechas contra ella!

**LA MAGA.** *(Muy nerviosa.)* Júreme que va a tener cuidado. Este juego es muy peligroso. No me gusta.

**GUILLERMO.** Relájese, jovencita, y esperemos que no ocurra una desgracia.

**LA MAGA.** Está bien, pero tengo miedo.

**GUILLERMO.** Debo demostrar que en verdad soy el mejor del mundo o mi familia permanecerá en la cárcel.

**LA MAGA.** Y yo debo sacrificarme para salvar a mi muñeco monstruo.

*(Redobles y música que acrecienta la tensión y el suspense.)*

**LA MAGA.** ¿Un último deseo? Goliat, amigo mío, donde quiera que estés, cuida de ti, eres una creación preciosa, te hice con cuidado para que tuvieras lo mejor del mundo. *(Heroica.)* ¡Lo hago por Goliat!

**GOLIAT.** ¿Qué puedo hacer para detener esta escena tan terrible?

**GUILLERMO.** *(Apuntando a ciegas.)* Allá voy entonces.

**GOLIAT.** Así lo hice, no lo dudé ni un momento.

**GUILLERMO.** Adelante. ¿Preparados? ¿Listos? Apunten.

**GOLIAT.** Decidí entrar en acción y corrí hacia ellos. Trataré de interponerme entre la flecha y La Maga. *(GUILLERMO dispara una flecha, GOLIAT la detiene con la mano).*

**GUILLERMO.** ¿Di en el blanco? ¿Lo logré?

**GOLIAT.** No. Deberías intentarlo de nuevo porque yo soy el verdadero voluntario. *(Ahhh de la multitud.)* Y no importa si esta vez das en el blanco o no, porque ya todo está demostrado. Sobra la gente valiente que se expondría por salvar a un amigo o a su familia. No hay duda de que eres el mejor arquero del mundo, si has logrado convencernos para que nos arriesguemos por ti. Aunque tu deporte extremo es un atrevimiento temerario, ya todos han presenciado la fortaleza del hombre montaña. Ya doy este acto por cancelado.

**GUILLERMO.** ¿Y la libertad de los míos?

**GOLIAT.** Te preocupas por la libertad y no haces más que complacer a los malvados.

**LA MAGA.** Gracias, Goliat, has estado brillante.

**GOLIAT.** Y usted, mi señorita, ha estado atrevida e imprudente.

**LA MAGA.** ¿Por qué lo dices?

**GOLIAT.** Alguien pudo resultar mal herido.

**LA MAGA.** Pero contigo de nuestro lado no tenemos nada que temer.

*(LA MAGA lanza hacia atrás la flecha y la CONEJITA que cae como estatua.)*

*(Música triunfal y vítores de la multitud que se interrumpen como un disco al que se le desplaza bruscamente la aguja del pick-up.)*

**CONEJITA.** Ah, ah, ah. *(Muestra una flecha en su pecho.)*

**LA MAGA.** ¿Qué tiene? ¿Cómo pudo ocurrir?

**GOLIAT.** ¿Lo ven? Por lo menos uno resultó maltrecho. *(Con la CONEJITA.)* Ten calma, no te preocupes. Yo te sanaré..., pobre juguete. Volvamos a casa corriendo. Allí arreglaré nuestra situación de una vez para siempre. *(Se va con ella.)*

**LA MAGA.** Goliat, déjame que te explique. Estás enojado con nosotros. Goliat, espéranos... Goliat.

**GUILLERMO.** Pero es un juego, un teatro, un sueño. *(Se marchan.)*

*(En el laboratorio están GOLIAT y la CONEJITA.)*

**GOLIAT.** Cuatro, súmale dos, dos veces.

**CONEJA.** ¡Seis!

**GOLIAT.** (*Sorprendido.*) ¡Qué raro! Juraría que eran diez. Voy a construir una compañera. Tan hermosa como yo la merezca. Yo estaré siempre con ella y ella conmigo y así tendremos un amor muy bueno, y seremos felices. Por aquí tengo la cabeza y el cuerpo, por aquí. Estas largas piezas, brazos y piernas. Aquí está su cabello sedoso y estos ojos marrones que tanto me gustan. Unos labios por este lado de la cara y una nariz larga para que me haga cosquillas en las mejillas. Sus orejitas. Sus costillitas. Dos zapaticos, su carterita. (*Revuelve como en un caldero de bruja.*) Revolvemos lentamente.

(*Canción.*)

Si no tengo lo que deseo encontrar  
con todo gusto lo voy a crear  
a mi medida, a mi parecer,  
una compañera que sepa querer.  
Que sepa coser, que sepa bordar  
y al muñeco monstruo ella sepa amar.  
Que sea imponente, bella y refulgente  
con ojos luceros y carácter ardiente.  
Que sea inteligente, coqueta y formal,  
mejor si ambiciona ser profesional.  
Que sepa leer, que sepa bailar,  
yo dulcemente la voy a abrazar.  
Si yo no tengo lo que quiero encontrar  
con todo gusto lo voy a crear.

(**LA CONEJITA** ha colaborado poniéndole ingredientes que no van en la receta, y sin que Goliat los descubra: un motor de carro, una bacinilla, una licuadora vieja, un rin de bicicleta, un paraguas roto



—un desastre, en suma—. **LA CONEJITA**, en un descuido de **GOLIAT**, salta dentro del caldero de la mezcla. Como resultado surge una imagen que se parece a las damas meninas de Picasso y baila como bailarina de cajita de música.)

**GOLIAT.** Ah, no ha quedado tan mal. Es justo como me la imaginaba. Si a ustedes no les gusta es porque no comparten mis necesidades de belleza. Pero... no habla, no camina. ¿Qué adefesio es este que ni siquiera he podido crear? No puede vivir de ninguna manera. Ah, me hace sulfurar, me hace explotar de la rabia. Ah. (*Intenta rugir.*) ¡Ah! Ahora conocerán la furia de Goliat, ¡ah! (*Lo intenta, solo suena la corneta del comienzo.*) “Los voy a destruir por completo”. (*Problemas de dicción. La corneta.*) Es inútil. No hay nada que temer, no puedo enojarme hasta ese punto. No estoy hecho para eso. (*Intenta fallidamente una risa cruel, pero suena la corneta.*) Ja, ja, ja. Destruir. Ja, ja, ja.

(*Aparecen ADRIÁN y LA MAGA.*)

**ADRIÁN.** Otra vez ese extraño ruido de cornetas.

**LA MAGA.** Aquí estás de nuevo, no debes escapar de nosotros. De verdad te queremos y haremos lo que sea para demostrarlo. ¿Verdad, Adrián?

**ADRIÁN.** Bueno, verdad. Pero ¿qué hiciste aquí? ¿Cómo curaste a nuestra amiga la Conejita? ¿Por qué está tan rara?

**GOLIAT.** ¿Harías lo que sea por mí?

**LA MAGA.** Claro, Goliat, lo que tú digas.

**GOLIAT.** ¿Y no te burlarás nunca de lo que yo pida o haga?

**LA MAGA.** Nunca. Uno no se burla de la gente que quiere.

**GOLIAT.** ¡Gente! ¿Yo soy gente? Ayúdame con esto. Definitivamente, quiero entender quién soy y qué hago aquí.

**LA MAGA.** Definitivamente, uno es las cosas que hace. Tan sencillo como eso.

**ADRIÁN.** ¡Tan sencillo!, uno es las cosas que hace. Eres un pésimo juguetero. Mira qué muñeca tan fea has hecho.

**GOLIAT.** No es fea. Es mi novia, Desideria. Es exactamente como yo quiero y acepto que sea.

**ADRIÁN.** Pero no quiere ser como tú, no se mueve.

**GOLIAT.** Es el problema. No tiene voluntad, no tiene vida ninguna. No se anima, no me ve.

**LA MAGA.** En eso también podemos ayudarte. Pero una cosa a la vez. Adrián, señor notario, el señor Goliat aquí presente necesita que usted le extienda un acta, un documento que certifique que el interfecto es una persona con todas las de la ley.

**ADRIÁN.** Con todas las de la ley, tan sencillo como eso. A sus órdenes magistrada, permítame, por favor. (*Saca papel y lápiz o máquina de escribir.*) MEDIANTE LA PRESENTE QUIERO HACER CONSTAR QUE A MI OFICINA LLEGÓ EL SEÑOR GOLIAT... Necesito apellidos que le puedan bien quedar. Quizás GOLIAT MONTAÑO MANZANO, VALIENTE GOLIAT. Su segundo nombre... BARÍTONO, pues le he oído cantar. Bienvenido a la vida, con una propia identidad. GOLIAT BARÍTONO MONTAÑO MANZANO, VALIENTE GOLIAT. Es un nombre un poco largo mas se ajusta a la verdad.

**ADRIÁN.**

Pongamos cuál es su empleo.

Artista, seguro, acróbata y  
funambulista.

Un relacionista público.

Excelente ciudadano, educado y  
altruista.

Mi entrenador en tiro al blanco.

Es sensible.

Es un héroe.

Es un médico

Un estudiante adelantado.

**LA MAGA.**

Pues hacer feliz a los demás.

Ha sido amistoso.

Ha sido considerado.

Un servidor a su comunidad.

Ha llorado.

Me ha salvado.

Ha curado.

Ha aprendido.

Y sobre todo, nos ha compren-  
dido como lo hacen los buenos  
amigos.

**ADRIÁN.** Felicitaciones, Goliat, aquí tienes tu constancia, tu documento de identidad.

**GOLIAT.** Ahora sé lo que soy realmente.

**LA MAGA.** Sabes lo que eres finalmente y sabes también lo que quieres...

**GOLIAT.** Una compañera.

**LA MAGA.** Por supuesto, aquí está. (*Toca la combinación de palmadas.*)

(*Aparece la CONEJITA de menina.*)

**LA MAGA.** Con estas palmadas que el público quiere tocar conmigo...

**GOLIAT.** Me había rehuído, me había temido, se había aterrado, asustado y escapado. Yo no sabía, no lo entendía, que a Desideria muy cerquita tenía o que Desideria muy cerquita había estado.

**ADRIÁN.** Por eso es bueno no desesperar. Lo que no logramos, no vemos o entendemos, seguro se aclara. La solución mucho más cerca puede estar.

**GOLIAT.** ¡Maga, Maga, Maga! ¡Adrián, Adrián, Adrián! ¡Desideria, soy todo un señor!

**CONEJITA.** Y yo tu dama, querido Goliat.

**ADRIÁN.** ¿Cómo sabes que es eso lo que necesita?

**LA MAGA.** Porque es su sueño hecho realidad. Así como soy Céfora y soy maga y científica y distraída e inventora, por demás. Teniendo a mi amigo, el muñeco monstruo, logro ser yo misma mil veces más.

*Telón final.*

*Muñeco con corazón, Caracas 2000*

*Muñeco monstruo, Caracas, 2012*



# **ETERNA PROMETIDA**

**(DRAMA CONTEMPORÁNEO NOVELADO)**



## **PERSONAJES**

**BETTY**

**OLIVIA**

**FRANK / AGENTE DE POLICÍA**

**PETTAR**

Lugar: El teatro

Momento: El de ahora, el que todos conocemos.

## **NOTAS PARA SU REPRESENTACIÓN**

Los personajes de esta obra continuamente se están representando a sí mismos en diferentes tiempos de la historia que están narrando; con excepción de Frank, que debe interpretar a un agente de la policía como se especifica oportunamente. De acuerdo con las características del diálogo, los caracteres conversan entre ellos o se dirigen expresamente al público.

El nombre de Pettar se pronuncia como Peter en alemán.

El espacio de representación es único, como lo es el escenario de un teatro. Está habitado por diversos muebles con presencia permanente, pero que se valorizan a juicio del puestista dependiendo del ambiente que se quiere recrear.

Hay saltos, asaltos e intrusiones en el tiempo, lo cual des-



favorece una concepción cronológica lineal y coherente en lo que se refiere al attrezzo y vestuario. Se recomienda un atuendo básico y suficientemente neutro que coadyuve a la versatilidad. Tramite el uso de elementos nada aparatosos, pero elocuentes.

Muchas veces los más grandes pecadores,  
señor marqués, llegan a ser los santos más excelsos.

LUIGI PIRANDELLO

*Seis personajes en busca de autor*

(**PETTAR** y **OLIVIA** de frente al público. Un poco aparte, **BETTY**.)

**OLIVIA.** (*A la audiencia.*) Debo reconocer que al comienzo, cuando Pettar empezó a visitar nuestra casa, sentí mucho gusto o algo más que gusto por su presencia; aunque también me resultaba evidente que su interés recaía más en mi sobrina Betty que en mi persona. Pettar era un joven prometedor, trabajaba con mi cuñado en la empresa familiar y no tenía nada de raro que, solo como estaba, alejado de su familia, quisiera frecuentarnos y, claro, pertenecer un poco. Ya saben... el roce, la confianza.

**PETTAR.** ¡Qué fortuna la mía!, entrar en esta casa y encontrar dos muchachas buenamozas, casaderas y estupendas amigas. ¿Son hermanas? (*Entrega flores a OLIVIA.*) Para las flores.

**BETTY.** Algo se traía entre manos Pettar.

**OLIVIA.** También me hacía la idea antinatural de que un día me prefiriera a mí, pero al respecto él era todo ambivalencia, no terminaba de definirse. Aunque insisto en que la mayor parte de sus distracciones las compartía con Betty.

**BETTY.** Bien pensado, todo era un despropósito. Imagínense a un empleado, de confianza, esos, sí, pretendiendo introducirse en la parentela de su jefe, esperando confiadamente que un matrimonio con la “nena” de la casa fuese posible.

**OLIVIA.** Yo juraba que se prendería de mi sobrina, más joven, más hermosa, mejor partido... Pero él fue muy prudente y siempre nos trató con igual gentileza, siempre un detalle, un gesto amable para las dos; conmigo, una especie de admiración distante.

**BETTY.** Me gusta que me atiendan.

**OLIVIA.** Pero un buen día... Una tarde, después de una salida intempestiva con Betty... No entendí nunca cómo, ni qué había sucedido, pero de buenas a primeras...

**PETTAR.** No lo vayas a tomar a mal, Olivia, pero me gustaría que iniciáramos una relación seria, con miras a casarnos. Siempre he sentido esta cierta atracción... Me gustas y creo que eres la mujer indicada para mis deseos.

**BETTY.** No fue precisamente una declaración sentimental, pero...

**OLIVIA.** Yo me quedé atónita, sin saber qué contestar. Estaba tan sorprendida, incómoda, escéptica y luego... llena de una felicidad absoluta. Como avistar la salida de un paraje oscuro, como que se iluminaba la vida y una no iba a quedarse sola a perpetuidad.

**PETTAR.** Ya me conoces, hermosa. Tú sabes que soy un hombre humilde, pero que trato de hacerme un camino, y tú, tú no disfrutas de bienes de fortuna. Solamente tenemos manos para arrear adelante y el cerebro que sueñe un futuro para los dos. Te propongo que seamos una pareja modesta, que se arropa hasta donde le llega la cobija, pero que luchemos por ampliar nuestros medios y tener una familia y ser estables y...

**OLIVIA.** La noticia cayó en casa como una bomba, justo después de los dos fiascos premaritales de Betty y, evidentemente, no era yo la única que presentía inicialmente que los tiros no iban de mi lado.

Nos hicimos los alegres, los conformes, yo me sentía gratificada luego de una existencia de esperas y sobresaltos. Pero también un poco culpable.

**PETTAR.** Yo sé que las cosas no están como para fiestas, pero he decidido salir hoy de esta casa con una fecha para nuestro matrimonio. Yo te veo tan mesurada, tan seria, tan delicada como eres, me gustaría pensar que nuestros proyectos de vida son compatibles.

**OLIVIA.** Tuve novio, al fin y...

**PETTAR.** (*De rodillas, le muestra un anillo.*) Bien, ¿qué te parece dentro de dos meses?

**OLIVIA.** Yo le arranqué el anillo, la mano y un beso... Comenzaron estos preparativos, mi alma totalmente secuestrada por la ilusión.

(*BETTY se acerca, PETTAR se retira. OLIVIA empieza a pespuntear sobre un traje de novia.*)

**BETTY.** (*A la audiencia.*) Olivia va a casarse con Pettar, ya era hora. Se iba a quedar para vestir santos.

**OLIVIA.** (*A la audiencia.*) Betty es mi sobrina, casi nos hemos criado juntas. Nuestras madres murieron con pocos meses de diferencia y quedamos ambas al cuidado del “Buen Jaime”, el papá de Betty, viudo de mi hermana Julia. Pero no se hagan líos con la genealogía. (*A BETTY.*) Es definitivo. Usaré este traje para casarme.

**BETTY.** ¿Ese? ¡Pero era el de mi mamá!

**OLIVIA.** Es un recuerdo y hasta un homenaje para mi hermana. ¿Tenías planes para él?

**BETTY.** Es todo un trapo, una reliquia, si se quiere. ¿Y tienes que repararlo tú misma?

**OLIVIA.** Si puedo, ¿por qué no habría de hacerlo?

**BETTY.** Tienes una obsesión con esa ropa vieja. No vieja, pero es historia, son cosas del pasado. Yo preferiría una creación de casa de modas, un modelito original...

**OLIVIA.** No estamos como para ir dilapidando el dinero.

**BETTY.** Papá podría haberte obsequiado uno de marca, de diseñador.

**OLIVIA.** Y sí; habría llegado por un servicio de entregas. Envuelto en papel de seda y contenido en una caja blanca y solemne... como el ataúd de un infante.

**BETTY.** Pavana para una infanta difunta. ¡Qué macabro!

**OLIVIA.** Me lo habría enviado desde Miami, donde ha fijado forzosamente su residencia...

**BETTY.** Es algo provisional, una circunstancia...

**OLIVIA.** ... huyendo del Gobierno con el que tanto le gustaba hacer negocios.

**BETTY.** Se trata de un enojo sin importancia. Un malentendido de cuentas y eso. Él me lo explicó por teléfono. Pero ellos se volverán a entender y ya verás, volveremos a estar en la pomada, ser lo que hemos sido siempre.

**OLIVIA.** Éramos gente humilde, pero debido al ascenso de vértigo que experimentó tu papá...

**BETTY.** Bastante nos ha beneficiado su iniciativa, ¿no te parece?

**OLIVIA.** Estuvimos cómodos hasta antier, ahora anda como un gitano errante, entre puestos de inmigración, haciendo tiempo a ver si se produce la reconciliación con sus amados colegas. Y en conclusión: no nos conviene estar recibiendo encomiendas de un prófugo acusado de corrupción.

**BETTY.** Nos ha matado el hambre, nos ha protegido de la miseria y lo más importante: nunca se olvida de nosotras.

**OLIVIA.** Y se lo agradezco, pero me gustaría mantener mi matrimonio fuera de todo escándalo o murmuración.

**BETTY.** No le veo nada vergonzoso ir elegantemente bien vestida a la propia boda. Si se me diera una nueva oportunidad para el matrimonio, no dudaría en hacerme traer un modelo exclusivo y despampanante.

**OLIVIA.** Ya has tenido dos trajes como esos, de alta costura, y las dos veces has despreciado la ocasión de casarte.

**BETTY.** Te aseguro que no se trataba del vestido.

**OLIVIA.** ¿Se trataba de él, entonces? El pobre Frank...

**BETTY.** ... y Frank, claro. Pobre.

**OLIVIA.** Ese muchacho no volvió a ser el mismo después de tus desplantes casi ante el altar. ¿Nunca te pusiste en su lugar? Frank sufre todavía. No se atreve a mirarnos a la cara.

**BETTY.** No estaba lista para irme con... ni con Frank ni con ningún otro en su (ese) momento.

**OLIVIA.** No era ningún otro. Se trataba del pobre Frank; no dudo que lo quisieras sinceramente. ¿Por qué reintentarlo si no? Era tu novio, tu prometido. No haberle creado ilusiones; más que ilusiones, promesas, proyectos de futuro...

**BETTY.** Frank y yo lo entendimos, lo acordamos entre los dos y eso bastó. No es asunto de nadie más.

**OLIVIA.** Y todavía él no deja de visitarte, de cortejarte, a pesar de esos dos plantones casi ante el altar. Y tú no lo rechazas definitivamente; le coqueteas, podría decirse que le animas a seguir a tu lado.

**BETTY.** No hablemos más de mí, hablemos de Olivia que es la protagonista de esta boda.

**OLIVIA.** Lo tuyo ya linda en el descaro. Jugar con los sentimientos de un hombre..., un muchacho bueno. No se lo merece.

**BETTY.** Frank no es el único hombre que he querido en la vida, tía. Sobra decir que soy distinta a ti. Deberías probar con uno de ellos (los míos). Quiero decir, de mis trajes de novia. ¿Para qué los has atesorado si no se van a usar?

**OLIVIA.** Resultarían de mala suerte, ¿no crees? No tiene ninguna gracia casarse con el traje que simbólicamente representa un fracaso para mi sobrina.

**BETTY.** ¡Fracaso! No tienes que ser tan precisa...

**OLIVIA.** ¡Pero tú no puedes estar bien después de lo que ha pasado! Tienes que reconocer que haber roto dos veces tu compromiso, justo un mes antes de casarte, no es normal. ¡Y con el mismo joven!

**BETTY.** Y con el mismo joven. Yo no me siento rara. Todo el mundo tiene sus oscuridades. Yo no considero correcto..., normal, o algo, esa manía tuya de quedarte anclada en mi pasado. Ni siquiera es el tuyo.

**OLIVIA.** He querido cuidarte, es todo.

**BETTY.** No necesito que me cuiden.

**OLIVIA.** Eres como la pequeña hermana que no tuve. Tu mamá era ya casi una mujer cuando yo recuerdo tener conciencia de niña.

**BETTY.** ¡Hermoso! Soy una muñeca, entonces. ¡Será por eso que guardas mis trajes de novia!

**OLIVIA.** Guardo los trajes porque son costosos y algún día, quizás, tendremos que venderlos.

**BETTY.** (*Alarmada. Sin escuchar.*) ¡Mis trajes espléndidos!

**OLIVIA.** Venderlos para sobrevivir. Ya que te niegas a migrar con tu padre y enfrentarte a un mundo menos provinciano, menos limitado o lleno de escasez... más desafiante. Esta es otra época y hay que hacer de tripas corazón.

**BETTY.** Me niego a vivir en el exterior como una ciudadana de tercera.

**OLIVIA.** Aquí te pueden tumbar la categoría de un momento a otro. Aún no se vislumbra el fondo de este pozo en que hemos caído y puede que en algún momento nos asalte la necesidad.

**BETTY.** Eres demasiado pesimista. Como si el mundo se estuviera acabando.

**OLIVIA.** El que conocimos, sí. Hay que afrontarlo.



**BETTY.** (*Sinceramente afectada.*) No hables así. Le tengo terror a estos cambios. (*Al público.*) Yo tengo conciencia de que no es el mismo país donde nacimos y hemos crecido en completa benevolencia, pero esa transformación no tiene que ser necesariamente mala para todos. No necesariamente para mí. No me quedo temblando en un rincón como un insecto agazapado lamentando lo peor. A uno le toca producir, a uno le toca olvidarse de quejas y resolver. No mezclarse en lo político, nada de totalitarismo versus liberalismo, nada de crisis y guerra distópica, impostura de guerra... No es mi asunto. Lo mío es provecho y más provecho. Que si alguien en su torpeza comete un traspíe administrativo y hay una oportunidad de medrar, de eso se echa mano y tuyo, mío, es el beneficio. Nadie se va a detener a pensar en el perjuicio que se le hace al país si tiene los bolsillos repletos de dólares. Además, si te permites creérmelo, los países no quiebran, y menos esta mina, esta cornucopia con que Dios nos premió.

(*OLIVIA se pasa pulgar e índice por los labios y sigue cosiendo. BETTY y OLIVIA se retiran. FRANK y PETTAR hablan al público.*)

**FRANK.** Hará cuestión de meses, medio año a lo sumo. Fue solo un mensaje... de texto... por el celular. En muy pocas palabras decía que se trataba de un cabecilla de una red de delincuentes que operaba desde una distante cárcel, aterrorizando a toda una ciudad. Indicaba que yo debía depositarle mensualmente en una cuenta bancaria una especie de coima, de vacuna, para asegurarme su protección; de lo contrario, que enfrentara las consecuencias.

**PETTAR.** Al comienzo uno como que se desajusta, se le echa a perder el cuerpo, por la sorpresa, por verse en la mira de tan malas intenciones, por estar indefenso ante el propósito de una banda de desalmados que actúa impunemente.

**FRANK.** Quizás esto no tenga nada que ver con lo que ocurrió posteriormente, pero no sé por qué no puedo dejar de asociarlo

instantáneamente con lo que fue esta cadena de hechos. Por cierto, soy Frank, “el pobre Frank”, ya me han oído nombrar.

**PETTAR.** El mensaje llegó unas tres veces más, quincenalmente, con puntualidad, sin que atináramos a reaccionar.

**FRANK.** Al señor Bermúdez, el “Buen Jaime”...

**PETTAR.** Le dicen así porque ese era el nombre de su primera tienda de colchones.

**FRANK.** Al “Buen Jaime”, antes de fugarse al Norte, y al mismo Pettar también, les había tocado su ración de amenazas.

**PETTAR.** Lo lógico habría sido alertar a la policía, pero... normalmente sospechamos de todos. Es una eventualidad a la que estamos acostumbrados en este mundo salvaje donde nos ha tocado vivir. Lo comentamos entre nosotros. El señor Bermúdez, cuñado de Olivia, Frank, eterno prometido de Betty, y yo.

**FRANK.** Lo comentamos, quitándole importancia; con la fingida ligereza que nos permitimos para exorcizar los miedos. De los tres, Pettar era el que se lo había tomado peor. Estaba nervioso, permanentemente irritado, asustado, diría yo.

**PETTAR.** (*Se excusa.*) Nadie sabe cómo va a reaccionar ante un hecho tan espantoso.

**FRANK.** Me pareció una actitud exagerada y hasta un tanto neurótica.

**PETTAR.** Allí había una vulgar extorsión, una amenaza. ¡Y teníamos que tomarlo como algo normal! Procedí a investigar el número de cuenta, la del banco que aparecía en los mensajes. Crecía el misterio,

se trataba de una cuenta confidencial, con origen en el exterior, en dólares... y hasta allí llegaba la información.

**FRANK.** De pronto, como habían aparecido, los funestos mensajes dejaron de aparecer. Tácitamente, entre los tres, acordamos dejarlo pasar. Seguramente eran de un bromista o un aprovechado, un campeón del sindicato de alguna de las plantas de la compañía. ¿Alguien cercano, a lo mejor? ¿Quién podía saber nuestros nombres, nuestros cargos, nuestros números de teléfono?

**PETTAR.** ¿Pero quién de esa chusma, de esos patanes, disponía de contactos como esos, que hacían pensar en una organización internacional, o de la complicidad del mismo banco, o de un ente que gobierna por encima de nuestras instituciones? *(Se retira con FRANK.)*

*(Vuelven BETTY y OLIVIA, esta se prueba el traje.)*

**BETTY.** Sigues enfrascada en ese vejestorio.

**OLIVIA.** Quiero probármelo. Me gustaría echarle un ojo ya puesto y conocer tu opinión.

**BETTY.** Ya la conoces. Te va a sobrar un poco de acá. *(Se queda un poco absorta ante la imagen de Olivia en traje de novia.)* No sé de dónde saliste tan apagada...

**OLIVIA.** No me considero una mujer apagada.

**BETTY.** *(Con vanidad.)* Bueno, quizás no sea la palabra, pero mírate. La luna. *(Por el vestido.)* Podrías ponerle un aplique brillante o unas perlas.

**OLIVIA.** No me desgasto en fuegos de artificio.

**BETTY.** A veces hace falta quemar algo de pólvora. Cariño, se te puede mojar el arsenal y quedarte con la munición mohosa e inservible.

**OLIVIA.** ¿Una advertencia o una amenaza?

**BETTY.** (*Ambas ríen.*) Si me hubiera casado tan temprano tú habrías hecho una mala figura, la de la tía quedada, la solterona.

**OLIVIA.** ¡Y presenciar cómo derrochabas oportunidades, con un hombre joven, bueno, que te quería...!

**BETTY.** No se pudo, no resultó. Menos mal. De haber insistido en ambas ocasiones, me habría hecho muy desgraciada.

**OLIVIA.** ¡Y yo me consumía ante el temor de que no hubiese nadie para mí! Pero allí estuvo Pettar, a la vuelta de la esquina; y fíjate, ya solo restan semanas para nuestro casamiento.

**BETTY.** Sí, Pettar. Es impresionante cómo se las han arreglado para disponer la boda con tanta rapidez.

**OLIVIA.** Tomamos la decisión y fue echar a rodar un mecanismo. Todo se acopla solo.

**BETTY.** (*Con urgencia.*) Pero también está eso del dinero y de dónde van a vivir. Papá te ofreció ayudarte con el gasto y te empeñas en negarte. ¿Te parece que ese apartamentico está bien para una mujer que, como tú, ha vivido en las mejores condiciones?

**OLIVIA.** Hay cosas que no puede solucionar tu padre, Betty, aunque siempre haya sido muy generoso conmigo. Tengo algo que contarte. Aceptamos la ayuda de la familia de él, pero de otro modo. Pettar logró que sus tíos lo apoyaran en lo del urbanismo y participarán con un capital interesante.

**BETTY.** ¿Interesante? ¿Cuánto es interesante?

**OLIVIA.** Mucho. Toda una inversión. El diputado Arvelo, desde el extranjero, también decidió entrar en el negocio. Seremos una pareja independiente; esta misma tarde, Pettar va a recibir una primera remesa de dinero. Es el mejor augurio para nuestra boda. Por lo menos, ya el apartamento será nuestro.

**BETTY.** Seguro. Enhorabuena.

**OLIVIA.** Es casi un milagro, porque todos saben que no es un buen momento para invertir en construcción.

**BETTY.** Ni en nada. Pero escúchate: te habías guardado lo mejor para el final. Dinero, dinerito. No estamos tan mal como decías.

**OLIVIA.** No es lo mismo.

**BETTY.** Son buenas noticias. ¿No te alegras? Ya te veo, inaugurando un condominio residencial con tu nombre: Villa Olivia.

**OLIVIA.** *(Al público.)* Se había alejado. No la veía contenta. Como si no le hiciera gracia mi casamiento. Yo sé que a lo mejor no me correspondía, no era mi turno... que parecía que iba con ella la cosa y luego... No es mi culpa. Y nunca había querido tocar el tema.

**BETTY.** Porque no hay tema que tocar. No te preocupes. Yo deseo que seas muy feliz.

*(Viene FRANK.)*

**FRANK.** Pero Pettar, el ingeniero, no era una persona de fiar.

**OLIVIA.** ¿Quién realmente lo es?

**FRANK.** Ahora lo sabemos.

**BETTY.** Tras esa máscara de formalidad y templanza había un hombre ansioso, obsesionado por su propia precariedad, por sentirse poca cosa, llegando, incluso, hasta el desvarío.

**FRANK.** Desvarío, sí.

**OLIVIA.** No llegó a confesarlo sino mucho después.

**BETTY.** Al parecer, sentía que su mente iba a gran velocidad, proporcionándole ideas, imágenes, impresiones en manera involuntaria e impersonal. Y él no podía defenderse de esa especie de complejo.

**OLIVIA.** Quiero decir, que su mente no le obedecía como a cualquiera de nosotros.

**FRANK.** Se conducía de un modo bipolar. Insisto, esto lo supimos mucho después.

**OLIVIA.** Decía que era un obstáculo que él mismo se imponía, aunque a veces, muy pocas, su combate con sus impulsos era un estímulo para superarse.

**BETTY.** Y esa dolencia, esta condición esquizoide, él trataba de mantenerla en secreto, aunque a veces se traicionaba.

*(BETTY, OLIVIA y FRANK leen —alternándose— en sus teléfonos celulares sendos mensajes escritos. Hay una voz en off que convenientemente repite su amenazante mensaje.)*

**VOZ EN OFF.** Te estamos vigilando.

**BETTY.** “Sabemos quién eres, sabemos cómo te llamas”.

**OLIVIA.** “Olivia como la de Popeye, Olivia del Carmen”.

**BETTY.** “Que te llamas Betty, como la novia de Archie, Beatriz Alida. La Nena. Que eres la hija...”

**OLIVIA.** “La cuñada del ‘Buen Jaime’”.

**BETTY.** “...del ‘Buen Jaime’. Que tienen empresas metalúrgicas y grandes inversiones en constructoras y otras compañías. Que el ‘Buen Jaime’, tu papá, anda huyendo por el Norte, por Miami, seguramente, pero que sigue administrando sus negocios desde allá. Sabemos cuánto hay en las cuentas. En todas. ¿Qué te parece?”.

**VOZ EN OFF.** “Te estamos vigilando”.

**FRANK.** “Sabemos que pronto te vas a casar con Pettar Arancibia, el ingeniero Pettar, que compraste un apartamento reformado en Las Acacias. Sabemos a qué hora sales cuando sales, hacia dónde sales y a qué hora regresas. Conocemos tu automóvil, tus sitios de compras, tu lugar de culto los sábados y domingos, el nombre de tu mejor amiga, y hasta esa panadería que frecuentas con Patricia por golosinas y un exquisito café”.

**VOZ EN OFF.** “Te estamos vigilando”.

**BETTY.** “Tus parientes y allegados no nos tomaron en serio. Te estamos vigilando, lo sabemos todo y te tenemos pendiente. Ahora estás sobre aviso”.

*(Terminan de leer, reaccionan a su manera, con temor y aspavientos. Entra PETTAR, a su vez, leyendo otro mensaje.)*

**PETTAR.** “Inútil que la esperen, no la busquen. Tenemos a Betty con nosotros, a la Nena. Tampoco es prudente dar aviso a la policía. Ya lo saben. Más adelante los contactaremos para cuadrar lo del rescate”.

(**PETTAR** termina su lectura y se tambalea buscando un asiento, casi se desvanece. **BETTY** se ha retirado rápidamente. **FRANK** y **OLIVIA** reaccionan alarmados.)

**FRANK.** No sé dónde leí o escuché esta frase: “La maldad humana no está a la altura de su mala fama”. Pero hay casos... No sé si se trata de que vayan directamente contra ti, contra los tuyos, contra tus intereses y afectos. Hay casos, te digo, que pensarlos se te hace intolerable. La sola idea de que atentan contra ti, contra alguien que te duele, sin causa o razón plausible, te quita hasta la capacidad de respirar. Yo, que no era arte ni parte, me veía complicado porque estuve a punto de casarme dos veces con Betty; era simplemente un allegado, para entonces no era más que un amigo, un *acquaintance*, como dicen los angloparlantes, una presencia consuetudinaria en la firma y en la casa. Pero igual yo me sentía agredido. Todavía me siento de esa manera. A la luz de los acontecimientos que se sucedieron después... No importa cuántos desprecios disfrazados de consideración, cuánta displicencia impostora de Betty hacia mi persona, nada me afectó como comprender la verdadera situación en que nos habían puesto a todos. Pero para ese entonces, yo me hallaba impotente ante el presunto secuestro de un ser querido. Un ser querido, ¿por qué no? No había sido suficiente la repetida humillación ante el altar, el antojo ignominioso del que me había hecho víctima, yo la seguía queriendo. Se trataba de ella. ¡Cuán mísera la maldad del hombre! ¡Y tan pequeña también en sus acciones buenas! No me quedaba más que —acompañando a Olivia y a otros deudos— distribuir condolencias, tranquilizarlos cuando perdían la serenidad; comunicarme con el “Buen Jaime”, ofrecerles la retórica inútil, y a veces incoherente, del consuelo, asegurarles que en poco tiempo todo iba a mejorar, que toda esa pesadilla pasaría y pronto volveríamos a ser los mismos; una variedad de frases hechas, socorridas, previsibles en una situación de duelo, de las que no tenía ninguna certeza, en las que ni siquiera creía.

**OLIVIA.** (A la audiencia.) El cinco de abril del año dos mil seis, aparecieron en la vecina localidad cuatro cadáveres ajusticiados por



el hampa: los tres hijos, niños aún o adolescentes, de una familia venezolana de origen libanés y el conductor contratado por la familia para labores de transporte. Los cuatro habían sido víctimas de un secuestro que culminaba de este modo tras cuarenta y un días de angustia, de cautiverio y privaciones, amenazas y maltratos, pero para el resto de sus coterráneos eran jornadas de espera, rogaciones, misas, pronunciamientos, polémicas, súplicas, manifestaciones públicas, sospechas, interrogatorios, pesquisas y un fatal resultado... La desgracia. No es ni remotamente mi caso, ¡no lo quiera Dios!, pero... ¿No es un temor usual para toda madre, para toda esposa, hermana, novia, tía... que se nos arrebate a los seres queridos?! Que por causas venales y mezquinas, envidias o ansias de provecho fácil, por disfrutar de una preeminente posición de privilegio o por simple capricho, se nos aplique semejante violencia, a nosotros, a nuestras familias, que vivimos el infortunio de ver nuestra ciudad convertida en un emporio de maldad puramente hostil, como cualquiera de nuestras ciudades; sobreviviendo a una sociedad decaída, moralmente deformada, belicosa, retaliativa como la que nos contiene y de la que a duras penas tratamos de formar una parte potable. Esa conflictividad que se nos conmina a considerar como apócrifa, cuyos autores (con identidades desde hace rato del dominio público) que insistimos en no reconocer, es una conflagración innegable, y tiene más caídos y más bajas que cualquier peste o pandemia que tuviéramos que encarar. Invoco este caso para que no se repita, para darme el consuelo de que la adversidad, la desdicha no golpea repetidas veces ni del mismo modo en un blanco ya perjudicado. Como las centellas no caen dos veces en el mismo lugar. Pero la justicia habita permanentemente el paraje de la oscuridad, la impunidad y el silencio. Y hoy vengo como una de las víctimas, desesperando de lo peor, espantada por la sola idea del terror y las penurias que mi sobrina puede estar pasando. También porque mi casa ha empezado a despoblarse, y mi familia resulta diezmada. Mi sobrina Betty, retenida sin esperanza; mi cuñado, padre de Betty, exiliado; mi prometido, ya lo han visto, desmaya, se muestra impotente y no tiene ninguna obligación... Un

mes antes yo tenía una parentela, una familia propiamente dicha con sus limitaciones y defectos, con sus subidísimos bemoles, como se dice; hoy solo tengo la compañía de escasos amigos, de fieles empleados, pero corro el riesgo de quedarme sin nada.

**PETTAR.** ¡Esa sobrina tuya! Siempre un lío, un inconveniente. ¡Quién sabe en qué otro aprieto se habrá metido!

**OLIVIA.** ¿Te estás escuchando? No puedes estar hablando en serio.

**PETTAR.** ¿Crees que estoy bromeando?

**OLIVIA.** ¿No te das cuenta de que esto es grave? ¡Se trata de un secuestro! ¡Se trata de Betty!

**PETTAR.** Es otra ocurrencia de la Nena.

**OLIVIA.** ¿Cómo puedes pensar así? Si alguien te retiene en contra de tu voluntad y pretende extorsionar a tu familia para liberarte, quiere decir que es un plagio. Quiere decir que Betty está en peligro, puede sucederle cualquier cosa.

**PETTAR.** ¿En qué parte del mensaje dice que es un acto en contra de su voluntad? Algo habrá hecho.

**OLIVIA.** Es un crimen. No se te ocurra suponer que ella colabora en su propia desaparición.

**PETTAR.** ¿O haberla provocado?

**OLIVIA.** Betty puede ser muy tremenda y ser amiga de trapacerías o engaños, pero solo por diversión; nunca se atrevería contra nosotros. Esto es obra de un delincuente.

**PETTAR.** Pues cabe la posibilidad... conociendo al personaje.

**OLIVIA.** No la acepto. ¿Qué te pasa? No termino de conocerte. Es como si algo se atravesara entre nosotros... ¿no? Y te impidiera comprender... la seriedad de este asunto.

**PETTAR.** Yo sí creo que hay algo serio en todo esto. ¿No lo has sentido tú, acaso?

**OLIVIA.** Explícate, por favor.

**PETTAR.** No podría. Sobrepasa el poder de las palabras. No es solo la amenaza sobre Betty. Es todo. No me atrevo...

**OLIVIA.** Hazme entender. ¿Qué es eso? ¿Qué es toda esta reticencia, este misterio?

**PETTAR.** Imagina un ser malvado sentado junto a nosotros; es una sombra taimada, alienta sobre mi hombro, siento su exhalación como el vaho de un hornillo que recalienta mi nuca. Tiñe, mancha todo lo que quiero decir. Deforma, transforma, le da figura de insinceridad.

**OLIVIA.** ¿De qué hablas? Es como si estuvieras delirando.

**PETTAR.** Hay otra entidad en medio de esta conversación. Y el “Buen Jaime”...

**OLIVIA.** ¿Qué ocurre con mi cuñado, con nuestro benefactor desde que éramos apenas unas niñas?

**PETTAR.** Él es la muestra de que nos ha vencido la discordia y la miseria. ¿Había necesidad de dejar su país, un país donde él, hasta ahora, había vivido con máxima complacencia para derivar como el

judío de la leyenda, entre incomodidades y sacrificios? ¿Se merece justo ahora esta nueva preocupación?

**OLIVIA.** ¿Qué tiene que ver el autoexilio del pobre Jaime? ¿Acaso el rapto de Betty tiene relación con el desencuentro que tuvo su padre con algunos de sus socios?

**PETTAR.** No se debe negociar con lo abyecto.

**OLIVIA.** ¿De quién me hablas?

**PETTAR.** Ha transigido..., ha pactado con la corrupción y ahora es un paria en el Norte, tratando de ubicar una nueva alianza, un ancla que le permita establecerse y sobrevivir a esta persecución.

**OLIVIA.** ¿Entonces la captura de Betty es parte de la revancha en contra de mi familia?

**PETTAR.** No lo sé realmente. ¿Y si es ella la que verdaderamente participa, la que lo propone?

**OLIVIA.** Algo sabes. Algo murmuras. ¡Pettar! Soy yo, tu futura esposa. Háblame claro de tus sospechas.

**PETTAR.** No tengo claridad, no se puede estar en lo cierto de nada en lo turbio, en la opacidad. Ni siquiera soy nítido en mí mismo. No hay un individuo, un yo idéntico. Carezco de identidad. Derrotado por la duplicidad, una moneda de dos caras o de doble valor. (*Se va alterando progresivamente.*) Un *dollar*..., un *dollar* entre nosotros vale un *dollar*, pero entre otros cuesta más del cinco o diez por ciento de su valor.

**OLIVIA.** Pero... ¿te encuentras bien? No te veo en tus cabales. Estás empezando a asustarme, Pettar.

**PETTAR.** Si cuesta más, en nuestras manos vale menos. Y eso que la moneda es un signo de identidad. Y no es esa nuestra moneda. La nuestra no es más que un chiste, una burla, en el mejor de los casos, un buen recuerdo que comparado con el presente se va haciendo amargo y salobre, como el agua de mar.

**OLIVIA.** Cálmate. No advertí que todo esto fuera demasiado para ti. Debes calmarte.

**PETTAR.** Crees que la retienen en contra de su voluntad. ¿Quién se comporta de acuerdo a su soberana voluntad? Soberanía, facultad de la gente para darse su propio gobierno. Soberano, aquel que actúa a su arbitrio y se crea sus propias reglas de comportamiento. Arbitrio, bonita palabra. El árbitro... Un día de estos nos devora y se va para Barranquilla.

**OLIVIA.** ¡Ayuda! ¡Alguien que me ayude! ¡Frank, Frank, ayuda! ¡Algo le pasa a Pettar!

**PETTAR.** ¿Ves cómo todo se desnaturaliza y se corrompe? Irrespeto a lo que debe ser y como debe ser, lo que nos permite vivir con decencia. Muerte a la decencia. No soy decente. No somos decentes.

**OLIVIA.** ¿Qué me quieres decir? ¡Por Dios!

**PETTAR.** Su nombre es indecencia. El cadáver maloliente de un león marino posado sobre nuestra mesa a la hora de cenar..., inoportuno, ofensivo, absurdo. El leviatán ha muerto.

**OLIVIA.** (*A la audiencia.*) Pettar se ofreció a tratar con los plagarios. Yo lo veía demasiado afectado, bastante deprimido, como todos nosotros, pero en él esa preocupación resultaba enfermiza. No me parecía conveniente que se inmiscuyera en algo tan peligroso. A Frank le había rogado que interviniera, porque ninguno tenía más entereza que él,

pero empezaron a requerirle constantemente del trabajo. Sin Jaime, mi cuñado a la cabeza, Frank se encargaba de gerenciar y resolver todo en las empresas. Pettar insistió hasta lograr mi consentimiento y el de Jaime, desde Miami; hizo acopio de cuantos bienes pudo en tan breve tiempo, salió a enfrentarse con los raptos, me advirtió dolorosamente que nuestros planes de boda debíamos posponerlos; yo asentí, era lógico, era humanamente comprensible, lo asumí llorando... Él aprovechó para salir y no se despidió...no se despidió...

(*Viene FRANK.*)

**FRANK.** Luego me enteré de que el ingeniero Pettar también estaba desaparecido, que había cargado con sumas ingentes de dinero y activos de una nueva empresa que estaba por ser creada, que dizque había salido a negociar con los secuestradores y nunca más se le había visto. Pettar no apareció más. No contestó ninguna llamada, no reportó el resultado de sus gestiones. Como es lógico, esa ausencia hizo despertar la más negra suspicacia en varios de nosotros, aunque no nos atrevimos a decir nada por consideración con la pobre Olivia.

**OLIVIA.** La pobre Olivia... No saben cuánta lástima me inspiraba a mí misma.

**PETTAR.** Por supuesto que salí de la casa con la intención de rescatar a la chica, a la improbable doncella en apuros. No del todo convencido, más bien receloso y por complacer a la “buenaza” de Olivia. No me fugué con el dinero, como han querido hacer ver algunos. Mi propósito siempre era tramitar el canje de esos bienes por su libertad, la de Betty, quien les aseguro, ya entonces, yo no creía merecedora de tal sacrificio. Yo avanzaba sin mucho criterio, pero solo a mí iban dirigidas las crípticas instrucciones. Al final, mi trayectoria me había llevado a un refugio para enamorados en la costa de Vargas. Ya una vez había estado en ese lugar, obviamente, en condiciones muy diversas que ahora no debo detallar; allí alcancé lo que ciegamente había perseguido, aquello que alevosamente me atraía como un

hechizo, aquello que a esa playa feroz me había guiado. (*Abandona corriendo el escenario.*)

**OLIVIA.** Yo entré en pánico, estaba desesperada. Desde un comienzo se nos había advertido que no habláramos a la policía, y no lo habíamos hecho. Hasta que no soporté más...

(**FRANK** *se pone algunos elementos de carácter, personificando a un agente de policía.*)

**AGENTE.** ¿Por qué han tardado tanto en venir a vernos?

**OLIVIA.** Me pareció conveniente obedecer la orden de los secuestradores.

**AGENTE.** ¿Y por qué ahora desobedece?

**OLIVIA.** Han pasado doce días de la desaparición de mi sobrina y siete que mi prometido, mi novio, no da señales de vida...

**AGENTE.** (*Con suspicacia y luego.*) Todo un lío familiar, ya veo. Su cuñado, el padre de la muchacha, es un empresario muy conocido. Tiene enemigos, como es de esperar. Hasta se especula que anda prófugo en Miami o Houston.

**OLIVIA.** Se trata de un viaje de negocios.

**AGENTE.** Ja, ja.

**OLIVIA.** Estoy ansiosa por la suerte de mi sobrina en manos de unos delincuentes.

**AGENTE.** ¿Y no se le ha ocurrido pensar que esos dos, su novio y su sobrina, en el mejor de los casos, se han escapado juntos, viviendo una aventura romántica?

**OLIVIA.** No. Eso no me cabe en la cabeza. Algo le ha tenido que pasar a Pettar. Él es un hombre serio.

**AGENTE.** ¿Y su sobrina?

**OLIVIA.** Es simplemente una muchacha. No niego que a veces es muy descocada, pero tiene su lado bueno y muy noble también.

**AGENTE.** ¿Entonces? Bien... Podría tratarse de una venganza sobre su padre, un crimen de cuello blanco, no tan blanco. Yo le aconsejaría, para evitar traumas mayores y complicaciones innecesarias, que acceda a negociar con los cacos.

**OLIVIA.** ¡Pero es absurdo! Usted debería, más bien, animarme a seguir por un curso legal.

**AGENTE.** Si yo doy “curso legal” a su denuncia, dadas las características de este caso, la solución se hará cada vez más compleja y, por tanto, más dificultosa y accidentada. No sabemos cuál puede ser la reacción de los captores, si es que existe alguno... Todo se puede convertir en un carnaval de opiniones y chismes. Y no le garantizo que los murmuradores se pongan de su lado.

**OLIVIA.** ¡Según usted lo más sensato entonces es transigir y aguardar! Mientras ustedes se hacen de la vista gorda.

**AGENTE.** Yo creo que es lo más prudente. Mantengamos este asunto, por el momento, en la categoría de inconveniente familiar, doméstico, que se arregla con una transacción eventual de dinero.

**OLIVIA.** No han hecho ninguna solicitud de rescate.

**AGENTE.** Aún. Y sin embargo, su novio, de acuerdo con usted, antes de desaparecer hizo provisión de mucho dinero... Vaya usted a saber



si para entregarlo o para fugarse con esa excelente tajada y dejarlos entendiendo... Algunas veces hay que resignarse a perder.

**OLIVIA.** No puedo creer lo que estoy oyendo. Usted calumnia al pobre Pettar. Quizás lo hayan raptado también; podríamos esperar algo peor, Dios no lo quiera.

**AGENTE.** Si usted todavía lo duda, solo le queda esperar que se comuniquen los captores.

**OLIVIA.** (*A la audiencia.*) Creo que me equivoqué al entrar a ese lugar. No parece una estación de policía, sino un bufete con poca ética, una oficina de gestores. No me sentí amparada, sino los veía medrar de mi dolor.

(**FRANK se quita los accesorios policiales.**)

**FRANK.** Por supuesto, los de la policía, en su momento, cuando finalmente decidieron tomar cartas en el asunto, me contaron entre los sospechosos del rapto. Allí empezaron jornadas enteras de pesquisas, de interrogatorios, restricciones de movilidad, reconfirmación de mis declaraciones. Me sentía completamente agotado. El tiempo pasaba y de los desaparecidos no teníamos ninguna señal, nadie pedía rescate, no había pistas ni huellas.

**OLIVIA.** Unida a la angustia de lo que ellos podían estar pasando, me iba creciendo por dentro una sensación de despecho que me corroía. Empecé a abrigar una sombría desconfianza y, al mismo tiempo, una amarga culpa por sentir lo que sentía. Me debatía entre la negra sospecha, siempre creciente, de que me habían traicionado y la vergüenza de siquiera concebir una idea semejante. Yo pasaba horas inmóvil, literalmente paralizada, abstraída en aclarar mis pensamientos y recelos, mientras esperaba una señal que disolviera esa duda malsana. Tardaba en llegar una respuesta.

**FRANK.** Veintisiete días después del rapto llegó una llamada misteriosa, un nuevo enigma cuando ya no podía esperar más sorpresas. Una petición de auxilio hecha por una voz de mujer desconocida solamente a mi persona. Me pedía que no le contara a nadie, a Olivia menos que a nadie. Que necesitaban verme en un cafetín esa misma tarde, junto a la recepción de una oscura clínica. Era importante que me presentara solo. Acudí temblando de miedo, lo confieso; preparado para pegar la carrera en caso de un riesgo evidente. En la única mesa ocupada del desierto cafetín me esperaba una enfermera... Sí, me hablaba en nombre de Betty.

**OLIVIA.** Betty había ingresado en aquella clínica hacía una semana, con un conato de aborto espontáneo y, entre otras complicaciones, presentó un cuadro severo de depresión. Inicialmente, la iban a echar a la calle después de estabilizarla; su aspecto era el de una mendiga y desvariaba y mentía. Pero alcanzó a mostrar un cierto aval de un seguro y pudo ser atendida desde entonces. Algún desconocido garantizaba los pagos desde el exterior.

*(BETTY, en bata de hospitalización, se deja caer en brazos de FRANK.)*

**BETTY.** No quiero recordar nada. Solo sé que quiero regresar a casa con mi familia y que Olivia, por favor, me reciba.

**FRANK.** Tranquila, ¿por qué no habría de recibirte?

**BETTY.** Temo que no quiera. No lo merezco.

**FRANK.** Pero no ha sido culpa tuya. Y ya..., *(Palmaditas en la espalda.)* ya pasó.

**BETTY.** Me encuentro entre la niebla. Ha sido una pesadilla y yo... Yo también soy responsable.

**FRANK.** Entiendo, una ligereza.

**BETTY.** Lo mejor será que me vaya al Norte con mi papá. Aunque no sé qué historias le habrán metido en la cabeza.

**FRANK.** ¡¿Historias? Ninguna historia! Aunque no creo que tu papá esté en condiciones de recibirte.

**BETTY.** ¿No? ¿Qué le ocurre ahora?

**FRANK.** Está detenido por Interpol, en un retén en Fort Lauderdale. Pero más tarde podemos pensar en eso. Lo importante es que ahora tú estás con nosotros.

**BETTY.** Es como si nos hubiera caído encima una maldición completa.

**FRANK.** Nos tenías a todos muy preocupados. También Pettar. ¿Llegaste a verlo? Está desaparecido igual que tú.

**BETTY.** No sé nada del bueno de Pettar. No lo vi en todo este tiempo. No me hagas recordar.

**FRANK.** Pettar fue tras tus captores para negociar tu liberación. ¿Estás segura de que no hubo mediación de su parte? Si lo encuentran tendrá que responder por cargos de fraude y estafa.

**BETTY.** No creo eso de Pettar. Algo le habrá ocurrido.

**FRANK.** ¿Sabes que estás embarazada?

**BETTY.** Sí. Estoy esperando un bebé.

**FRANK.** Betty, ¿de quién es ese niño?

**BETTY.** Frank, tú eres mi mejor amigo. En el momento más oscuro, ¿a quién puedo recurrir sino es a ti? Tengo mucho que agradecerte.

Siempre. Por eso me atrevo a confesártelo. Te suplico, sé discreto. No es bueno que se entere Olivia. Se trata del mismo Pettar.

**FRANK.** No es posible. ¿Cuántos meses...?

**BETTY.** Pettar me engañó, me sedujo...

**FRANK.** Pero se iba a casar con Olivia. Tenías que haber respetado eso.

**BETTY.** Dios sabe que lo intenté, pero Pettar era más fuerte. Cuando se acercaron los días de la boda, no podía soportar la idea de que estuviera con ella. Él aprovechó para convencerme y montar un autosequestro.

**FRANK.** Un falso secuestro. Por fin sé de qué se trataba.

**BETTY.** La idea siempre fue suya. (*A la audiencia.*) Nos fuimos juntos a Aruba y gastamos un platal en casinos, en las playas y en vida nocturna. Pero él estaba mal de la cabeza. Un día era feliz, exultante de alegría con lo que habíamos logrado hacer, y al otro se sentía culpable y bebía hasta caer inconsciente para no enfrentar esa realidad que se le hacía entonces intolerable. Yo le decía: "Si no lo soportas, volvamos a casa y olvidemos que todo esto ha pasado". Todavía podíamos justificarnos con la versión del supuesto rapto. Pero él decidió que nos fuéramos a Santo Domingo, a un resort en Punta Cana. Y desde allí podríamos enlazar con un vuelo a Norteamérica. Luego, en el hotel, se ponía peor. No salía de la habitación, desconfiaba de cualquiera de mis actos. No me permitía hacer llamadas ni hablar siquiera casualmente con desconocidos, no podía entonces salir sola del cuarto ni para hacer mis compras usuales. En esos días tan malos empezó a maltratarme, coincidió con que un test casero me diera la respuesta. Fue entonces que tuve el valor de enfrentarlo y avisarle que yo estaba esperando un hijo suyo. (*Viene PETTAR un poco borracho.*) Allí se desató la tormenta.

**PETTAR.** Eso no puede ser. Yo estoy comprometido para casarme con tu tía.

**BETTY.** Lo estabas.

**PETTAR.** Olivia y yo, de hecho, vamos a casarnos.

**BETTY.** Hasta hoy iban a casarse.

**PETTAR.** ¿Por qué? Esto no fue lo que hablamos. Esto, lo nuestro, no es más que una escapada, una aventura... Y siempre queda el recurso de interrumpir ese embarazo, todavía estás a tiempo.

**BETTY.** Yo deseo aprovechar mi oportunidad para crear una familia.

**PETTAR.** Tú estás loca. Escúchame: estos días juntos me han servido para saber que yo no quiero, ni sirvo, para permanecer a tu lado. Disculpa la rudeza. Yo no quiero una familia contigo.

**BETTY.** No es lo que tú quieras, sino lo que estás obligado a hacer. ¿Con quién iba yo a casarme y formar un hogar sino contigo?

**PETTAR.** ¡Ahora entiendo! ¿Por qué no con Frank? ¿Por qué de pronto conmigo sí? No es un asunto de simpatía, ni de química, ni de sexo. Es pura conveniencia material. Primero era un puro devaneo, unos cuernos a tu propia tía por gusto, por ocio, si se quiere. Pero Olivia te habrá contado de las inversiones en nuevos urbanismos.

**BETTY.** Yo no soy un mal partido para ti...

**PETTAR.** Pésimo. Gastas compulsivamente, sin ninguna consideración. Cambias de parecer continuamente, a cada rato. Hay que complacerte todo capricho, toda ocurrencia.

**BETTY.** Tú, en cambio, eres muy consistente. Siempre de una sola pieza. Previsible y paranoico. Y lo que es peor, aburrido.

**PETTAR.** Trampas y maquinaciones, inventos, mentiras a cada paso. ¡Zafia, tu definición es veleidad! Y encima pretendes engancharme en ese embarazo tan inoportuno.

**BETTY.** Lo será para ti. Para mí es la ocasión perfecta.

**PETTAR.** ¿Ocasión para qué?

**BETTY.** Para tener un destino independiente, liberarme del descrédito y la tutela de papá.

**PETTAR.** ¿Tan mal te iba siendo la Nena del “Buen Jaime”?

**BETTY.** Deseo más espacio para maniobrar.

**PETTAR.** Y mantener tu grandioso tren de gastos.

**BETTY.** No es lo mismo ser cabeza de familia que vástago mantenida. Ya entendí que el “Buen Jaime” se hundió, que nunca va a lograr reivindicarse y eso no significa más que pobreza e indignidad.

**PETTAR.** Tú sabes mucho de dignidad.

**BETTY.** Y tú sí que sabes mucho de dignidad.

(**FRANK** *regresa del fondo, mientras PETTAR se retira.*)

**BETTY.** (*A la audiencia.*) Yo entendí que se desesperara, de pronto sus acciones tenían consecuencias serias e ineludibles. (*Casi risueña.*) Hasta llegó a amenazarme con el suicidio.

**FRANK.** ¡Con cuánta facilidad envilecen tus relaciones!

**BETTY.** Es una lástima que todo degenerare en esto.

**FRANK.** Tu romance con Pettar ya había nacido de lo podrido.

**BETTY.** Al contrario. Con Pettar, desde el comienzo, a espaldas de la familia, el mundo prometía alegría, plenitud, bienestar. Nunca una sombra, nunca un cálculo ni una previsión para tiempos peores, lo que tú te empeñabas en advertirme.

**FRANK.** Quizás no te das cuenta, quizás sí, pero eres especialista en humillarme.

**BETTY.** ¡Frank! No es mi intención herirte. Ven acá. Pettar simplemente fue muy distinto de ti.

**FRANK.** Sí, compartía contigo la falta de escrúpulos.

**BETTY.** No te pongas así. No es mi culpa, tampoco lo es tuya.

**FRANK.** Por lo menos alguien tendría que encarar moralmente todas estas faltas.

**BETTY.** En el estado en que me encuentro no aguanto una recriminación más. Ya me las hice todas.

**FRANK.** Tienes razón, no es momento para discutir sobre estos temas. Lo que cuenta es que te hemos recobrado. Espero tener tu licencia para hablar con Olivia y notificarle tu regreso. Por supuesto, no le mencionaré eso tan delicado, tu relación con Pettar, quien, mira por dónde, ha resultado todo un canalla.

**BETTY.** Te lo agradecería tanto...

**FRANK.** Ella va a estar ansiosa, esperándote. No lo dudes. Volvamos a casa. De explicarle y justificarte ya te encargarás tú misma más adelante.

**BETTY.** Te lo aseguro.

**FRANK.** Y en cuanto al niño que esperas...

*(Se produce un oscuro.)*

*(PETTAR, muy desmejorado, bebe en la habitación de un mal hotel.*

*OLIVIA viene entrando.)*

**PETTAR.** *(Brindando.)* Por la última persona que esperaría ver entrar en este cuarto.

**OLIVIA.** También es el último lugar en el que me hubiera gustado encontrarte.

**PETTAR.** Que tú no tuvieras el gusto de presenciar esto... mi derrota...

**OLIVIA.** No lo hago por gusto, no soy tan cínica.

**PETTAR.** ... o la vergüenza o el dolor de verme así.

**OLIVIA.** Vengo porque algo de ti todavía me interesa.

**PETTAR.** Si es por lo de la estafa...

**OLIVIA.** Estafa es un nombre muy suave para llamarla, muy decente, casi un eufemismo. Y no. No es por lo de la estafa.

**PETTAR.** ... denúnciame, méteme a la cárcel, bórrame del panorama. No tengo cómo reponer lo perdido. Estoy en la ruina.



**OLIVIA.** No habría venido a llevarte conmigo si eso fuera cierto.

**PETTAR.** Llevarme contigo, ¿a dónde?

**OLIVIA.** A casa, donde perteneces.

**PETTAR.** ¿Con qué cara puedo yo volver a atravesar esas puertas?

**OLIVIA.** Sin dramatismos. Todos tenemos vergüenzas, propias, ajenas; yo cambio pena por coraje, y te digo que las apariencias y los juicios ajenos no me quiebran un hueso ni me amputan un miembro. Es preocuparse por nimiedades.

**PETTAR.** Pero soy un hombre despreciable.

**OLIVIA.** Poco me importa la impresión que tienes de ti mismo. Debes regresar conmigo. Estoy criando a tu hijo. Betty, casi por suerte, se ha desentendido del niño y ha vuelto a su vida de frivolidad y desparpajo.

**PETTAR.** No me sorprende para nada. Siempre se comporta como una harpía.

**OLIVIA.** Quiero darte la oportunidad de reconstruir tu vida, Pettar.

**PETTAR.** ¡Pero no ves que no merezco ninguna otra oportunidad! Olivia, yo lo lamento tanto... De verdad.

**OLIVIA.** Yo lo lamenté aún más.

**PETTAR.** Se ha roto, quebrado todo. Las cosas que te propuse, las promesas que nos hicimos, los juramentos... Seguramente tú me odias.

**OLIVIA.** Al comienzo, seguramente. No puedes comprenderlo tras esa niebla de alcohol y desencanto donde te encuentras. Tu hijo te va

a necesitar más pronto que tarde. No tenemos la situación holgada de antes.

**PETTAR.** Lo siento. Vivo abochornado por eso, Betty...

**OLIVIA.** Estoy dispuesta a escucharte; tu hijo te necesita y yo... intentaré mirar a otro lado y olvidar. (*A la audiencia.*) Quizás no lo entendiera en ese momento, pero Pettar, el ingeniero, aceptó acompañarme y, luego de una ducha fría y un par de tazas de café muy negro, pudo aclararme algunas cosas.

(**PETTAR y BETTY** *hablan a la audiencia.*)

**PETTAR.** Encontré a Betty, muy a sus anchas, disfrutando de una suerte de *spa* en aquella encantadora posada de la costa. Ni rastros de coacción alguna, puro hedonismo y autocomplacencia. No había secuestro alguno ni captores. Como había yo sospechado, se trataba de un infundio; ella se había dedicado a tramar, a urdir, a diseñar tamaña invención.

**BETTY.** Yo esperaba con anticipada satisfacción tu aparición en ese sitio. No podías dejar de acertar.

**PETTAR.** Ahora lo digo, en otra ocasión nos habíamos ocultado allí para consumir nuestro tremebundo romance.

**BETTY.** ¡Tremebundo! Sí, había algo entre nosotros. Siempre lo hubo...

**PETTAR.** Desde mis inicios como asistente de administración en las compañías de su padre...

**BETTY.** Desde que Pettar empezara a frecuentar la casa...

**PETTAR.** Pero lo que hicimos, lo que tuvimos, con el mayor sigilo...

**BETTY.** Lo mantuvimos en estricto secreto.

**PETTAR.** En aquella primera oportunidad ella me había planteado...

**BETTY.** La visita a la posada podría ser el principio de una nueva existencia para nosotros, pasar de una aventura descocada e intensa a una relación formal de pareja.

**PETTAR.** Yo eso me lo tomaba a broma. No podía estar hablando en serio, por mucha afinidad e inclinación a conspirar que hubiera entre nosotros. No es así que se funda una pareja apta para el amor.

**BETTY.** Bastaba que deshiciera su postizo compromiso con la tía Olivia.

**PETTAR.** Les he comentado que a veces concibo ideas, adopto actitudes inexplicables. Algo de lo que no estoy a ciencia cierta convencido de que proviniera de mí, de mi interior, me impelía a realizar un enlace con la tía. Está bien, tampoco es cierto. La respuesta que ahora me da vergüenza reconocer es que fue un acto de despecho que seguía a una amarga disputa, una pelea con Betty, que se negaba a desembarazarse de su lazo enfermizo y eterno con Frank, me impulsó a herirla proponiéndome yo mismo a la tía. Pero Olivia hizo el trabajo de la hormiguita, del consecuente nimio goteo sobre la piedra. Consistentemente me supo enamorar, mostrándose humilde, simpática, sencilla, con una exquisita delicadeza en cuestión de trato y relaciones, todo lo que Betty era incapaz de ofrecer. Así me convencí...

**BETTY.** Y decidió mantener la propuesta de boda, para mi mayúsculo aunque imperceptible resentimiento. Y agregó que entre nosotros escaseaba un condimento fundamental para una relación, no lo es todo el gusto intenso por la otra persona, también hace falta respeto, valorar, tener seguridad sobre su lealtad como individuo y como pareja.

**PETTAR.** Una solidez moral de la que Betty carecía.

**BETTY.** En ti tampoco abundaba.

**PETTAR.** En nuestro caso, no había nada que hacer ni un “lo nuestro” que retomar. Mucho menos pretender romperle el corazón a Olivia en nombre de una calentura ya pasada.

**BETTY.** Entonces te arriesgas a que yo vaya y se lo cuente todo.

**PETTAR.** Me hizo dudar unos instantes...

**BETTY.** Pero se mantuvo en sus trece.

**PETTAR.** Entonces no halló otro recurso... Un expediente inapelable...

**BETTY.** No me quedó más remedio que usar un argumento apabullante...

**PETTAR.** Betty estaba esperando un hijo mío...

**BETTY.** ¡No te atrevas a dudar! Era perfectamente posible.

**PETTAR.** Me quedé aturdido e indefenso, sin nada que oponer, asintiendo a todo lo que entonces empezó a exigir.

**BETTY.** El muy bobo había cometido el error de contarme de cuál capital disponía para negociar mi rescate...

**PETTAR.** Y ante mis tambaleantes convicciones empezó a planificar unas soñadas vacaciones en pareja.

**BETTY.** Y siempre tendríamos como coartada la historia de nuestro rapto.

**PETTAR.** Lo que siguió fue el desenfreno, la desproporción, el despilfarro.

*(Están los cuatro de pie ante la audiencia.)*

**OLIVIA.** Y fueron finalmente pasando los días y una especie de calma vino a instalarse entre nosotros. Al comienzo se podían sentir, casi tocar los hilos de una expectación tensa, desconocíamos las posibles reacciones propias y ajenas, pero hacíamos el esfuerzo por permanecer concordes tratando de olvidar o de hacer olvidar el trauma tan próximo.

**PETTAR.** Sin perder la conciencia sobre lo pasado, aprender a convivir verdugos y víctimas..., ofensores y agredidos.

**FRANK.** Olivia se afanaba en imponer una apariencia de cordialidad y a la vez de prudente y sana distancia entre los ejecutores de esta rara ceremonia familiar.

**OLIVIA.** Teníamos que vernos a diario, almorzar juntos, por lo menos una vez a la semana. Frank y Pettar combinando el mejor de sus empeños para hacer reflotar nuestra exigua empresa.

**BETTY.** El “Buen Jaime”, solicitado originalmente por Interpol por petición de nuestro Gobierno, logró la atención de algunos investigadores de la DEA y de otros del Departamento del Tesoro de los mismísimos Estados Unidos, quienes le acogieron en un programa de protección de testigos.

**PETTAR.** A la retaguardia se hallaba Betty; recibía con corrección y sobriedad la especial tolerancia que todos habían tenido para ella, pero eso no la apeaba de su autoconcedido trono de superioridad y de dignidad ofendida.

**BETTY.** El pequeño Jaime se convirtió, para su padre, en la principal razón para su reparación y para volverse a levantar. Yo no estaba pendiente de ellos.

**FRANK.** Olivia, absorta en su sobrinito y en el equilibrio precario que reinaba sobre el grupo, evadía ciertas situaciones de obligatoria solución.

**PETTAR.** Así y todo parecía reinar la armonía, algo muy frágil como las cosas que se sustentan en la pura apariencia.

**OLIVIA.** Todo estalló de un modo inesperado y fortuito, pero con la exacta puntualidad y acierto de una maquinaria de reloj.

*(FRANK se ha transmutado de nuevo en el agente de policía y recibe en su despacho a PETTAR y a BETTY. OLIVIA está presente, pero no participa de la escena.)*

**AGENTE.** Los hice comparecer porque quería hablar con ustedes desde hace rato. Tengo un caso todavía abierto por la desaparición presuntamente forzada de este par de ciudadanos. Nunca nadie, ninguno de ustedes, como correspondería, se presentó a retirar la denuncia, a rendir una declaración fehaciente que los exonere de un delito de fraude, conspiración, asociación para delinquir...

**PETTAR.** No concibo cuál puede ser ese pecado tan grande de guardar nuestro silencio.

**AGENTE.** Sus respectivos pecados son por omisión. Y sus omisiones se vuelven en contra de su tía. O su tía se volverá en su contra, no se sabe.

*(OLIVIA se inquieta, pero no dice nada.)*

**AGENTE.** Eso significa que sí existe un acto de felonía y que nadie ha pagado aún por ello.

**BETTY.** ¿Y usted es el encargado, el cobrador designado?

**PETTAR.** Discúlpela. Nos alteramos demasiado fácilmente.

**BETTY.** Es un asunto privado sobre el cual usted no tiene jurisdicción.

**AGENTE.** Aunque sí noticia. *Notitia criminis*, ¿le suena?

**BETTY.** Es absurdo. ¿Qué puede ganar con acusarnos?

**AGENTE.** Por re o por fa, alguno será procesado, alguno terminará en la cárcel, y, a menos que alguien ceda, alguno pagará.

**PETTAR.** Se trata de dinero.

**AGENTE.** No veo otra manera de arreglarnos.

**BETTY.** Esto no es más que una extorsión.

**AGENTE.** Cuestiones de negocios, nada personal.

**BETTY.** La de ella sí, su venganza es personal.

**AGENTE.** Su tía nos pidió, en el fragor de su angustia, de sus dudas, que interviniéramos y, aunque me negué inicialmente, aquí estamos.

**PETTAR.** Usted debe saber que se trata de una calumnia...

**AGENTE.** Sé donde estuvieron, dónde se reunieron y con quién y cuántas reglas internacionales violaron, cuánto dinero sustrajeron y gastaron, cómo volaron y cómo subrepticamente volvieron al país con la cabeza baja y el ala rota. Es un discurso conocido, ¿no? Tengo en mis manos una denuncia por un secuestro que bien encauzada justificará suculentos cargos por fraude, extorsión, estafa,

agavillamiento, usurpación de identidades, tráfico indebido de divisas... Ustedes elijan.

**PETTAR.** Pero en esto no cuentan con una parte demandante.

**AGENTE.** La tendremos. Le reitero que alguien cederá.

**PETTAR.** Oiga, no estoy aceptando ni reconociendo nada, ninguna participación en esos delitos... Es solo que nos propone algo complicado. Debemos contar con un tiempo...

**AGENTE.** Sí, son decisiones que necesitamos meditar. Algo que amerita serenidad y reflexión.

**PETTAR.** ¿Sabe? No debo exaltarme ni tomar decisiones de forma impulsiva, por razones médicas, lo juro, Olivia, dile tú.

(**OLIVIA** *asiente.*)

**PETTAR.** Le suplico un mínimo de paciencia.

**AGENTE.** ¡Pero si yo estoy de acuerdo con darles un tiempo! No tan largo, no exageremos ni aprovechemos la ventaja. Después de todo, soy un optimista y confío en que entrarán en razón. Yo me decanto por una negociación amistosa, no por la contingencia. (*Sale caminando con burlesca parsimonia.*)

**BETTY.** ¡Esto es el colmo! Tiene que ser una jugada de la tía Olivia que, aunque lo ha ocultado hábilmente, nos odia.

**PETTAR.** Olivia no me odia, todo lo contrario, me quiere. Su aguante y discreción son la prueba de eso.

**BETTY.** Pero ella puede haberse puesto de acuerdo con ese policía.



**PETTAR.** Contrólate, no debemos causar más daños. Solo nos queda defendernos con lo que hemos sabido hacer hasta ahora, pero con un mínimo de nobleza.

**BETTY.** No seas ingenuo.

**PETTAR.** Se lo debemos a Frank, a Olivia, al “Buen Jaime”, al niño.

**BETTY.** ¿Cuál es tu idea?

**PETTAR.** Retirarnos, escapar, esta vez sí con una motivación legítima.

**BETTY.** No te niego que en los últimos meses he estado tentada de invitarte de nuevo a una escapada de fugitivos con el móvil del placer.

**PETTAR.** Prefiero no escucharte.

**BETTY.** Pettar, yo a tu lado, contigo, en tus brazos, he sido la mujer más feliz, brevemente, lo que dura un arrebato, lo que nuestra paranoia de fugitivos nos permitía, es cierto... ¿Hay una posibilidad para nosotros?

**PETTAR.** Te estoy pidiendo que vengas conmigo, desaparecer, dejarlos en paz.

**BETTY.** Pero ahora me siento obligada. No pienso rendirme. No quiero abandonarlo todo, lo que es mío, lo que me pertenece, lo que, por ser quien soy, me corresponde. (*Después de una duda intensa.*) Pero prométeme que esta vez, siendo una proposición tuya, te encargarás de que lo nuestro dure, que seamos permanentemente el uno del otro y que escaparemos de la miseria y las penurias.

**PETTAR.** Estoy viendo al fin una salida. Por el bien nuestro y de los nuestros. La presencia de ambos en esta casa es inaguantable,

se soporta educadamente, pero enrarece el ambiente como lo hace un mal olor, una sustancia fétida, hedionda, que se derrama por accidente y nos vemos obligados a respirar.

**FRANK.** *(A la audiencia.)* Partieron esa misma tarde. Se llevaron cuanto pudieron. A muchos les sorprenderá lo convincente que pudo ser la prédica de Pettar para arrancar a Betty del seno de su hogar o para librarnos de sus cargas, como él mismo diría.

**OLIVIA.** Por la avidez con que ella efectuó su repetido y último despojo del caudal familiar, nadie experimentó sorpresa alguna.

**FRANK.** Volvimos a perderlos por meses; esta vez no los buscamos, estábamos preocupados, naturalmente, pero no manifestamos, al menos superficialmente, nuestro interés en verlos regresar. Y como desenlace, volví a tener noticias de Betty, solo de ella. Me invitaba a encontrarnos de nuevo, esta vez en la habitación de un motel de tercera, quizás el presupuesto no daba para más, muy cerca de la frontera occidental.

**OLIVIA.** El tono de su comunicación era hasta soez y sin refinamiento. Tal vez su llamado había sido inspirado por el desespero, presentaba un matiz drástico de inequívocas intenciones. Prometía delicias. Usaba esa palabra impudicamente, con la falta de tacto de la publicidad barata y ramplona.

*(OLIVIA entra en la habitación del motel y halla a BETTY vestida de novia, profusamente maquillada aunque pálida, imitando la lividez de un cadáver.)*

**OLIVIA.** ¿Esta es la forma en que esperabas recibir a nuestro pobre Frank?

**BETTY.** ¡Olivia!...

**OLIVIA.** ¿Qué haces aquí pareciendo propiciar una escena de necrofilia? Morbosidad de manual... ¿Me escuchaste? Eres patética y eres macabra, pero no por lo que tú crees, disfrazada así no superas un atuendo de Halloween. Macabra porque te regocijas en el aspecto más repulsivo y desagradable de la muerte..., pero también de la vida.

**FRANK.** Recuerden este dato importante: el detective que acosaba a la pareja había abierto un procedimiento judicial, resultado del cual, al pobre Pettar, cabeza de turco visible en este pleito, se le dictó prohibición de salida del país.

**BETTY.** (*Desde la cama donde todavía yace inmóvil.*) ¿Por qué no ha venido Frank?

**OLIVIA.** Quizás no estuviera tan interesado en tu interpretación de la “novia cadáver”. ¿Qué te granjea mejores resultados? ¿El tul, los encajes, la vaporosidad, la pretendida pureza o la morbidez de lo descompuesto, el olor del formaldehído, el azul de la ojera que finge transparentar la piel? ¿Para esto has robado el vestido de novia de tu madre, para envilecerlo en tus monstruosas entregas!

**BETTY.** Ya. Haz silencio. Siempre me has tenido envidia.

**OLIVIA.** Puedo reconocerlo. Éramos niñas, la diferencia entre tú y yo no era tanta, competíamos. Pero siempre tuviste ventaja, siempre antes de mí, tenías siempre más, afortunada; principalmente, tuviste un padre que se desvivió por ti, que complacía cada capricho, cada antojo de la Nena. Los mejores colegios, las ropas más lindas, las más dulces golosinas... Reconozco que no me hacía la menor gracia, que nunca me pareció justo; y a la vez tú eras lo único que quedaba de mi verdadera familia, madurando las cosas, mi única compañía natural que no resultaba forzada o artificial. Desde que tengo conciencia, yo nunca actué motivada por la envidia. Siempre te tuve afecto y te traté a ti y a tu padre con gratitud y devoción. Con mucho respeto.

**BETTY.** Deja tus ridiculeces. No has superado que Pettar me prefiriera a mí.

**OLIVIA.** Yo me sé resignar, lo que no he podido superar es que tú me hayas traicionado, actuando con malicia y deslealtad.

**BETTY.** ¡Tenías que venir tú a sermonearme!

**OLIVIA.** No. Tenía que asistir Frank de nuevo para consentirte. Pero creo que ya se cansó.

**BETTY.** Te estás agriando, tía.

**OLIVIA.** ¿Qué le ibas a ofrecer a cambio? Una fantasía enferma, como tú: momentánea, aparente.

**BETTY.** Era una oportunidad de salir de esta.

**OLIVIA.** ¿Por qué? ¿Quién te obliga? ¿A quién esperabas, cuál cliente se complace en tu humillación?

**BETTY.** No es tu problema, déjame.

**OLIVIA.** ¿Acaso estás en la ruina de nuevo? ¿Ya consumiste lo mucho que la prisa de la huida te permitió sustraer?

**BETTY.** Nos estaban amenazando; quizás hasta fue obra tuya, el acoso, la persecución.

**OLIVIA.** Yo jamás, te repito, jamás he clamado venganza ni desquite contra ninguno, mucho menos contra tu persona, hasta hace poco, mi único ser querido.

**BETTY.** Ya está bueno. Guárdate tus cursilerías, tampoco papá... el “Buen Jaime” no me contesta desde allá donde demonios se encuentra.

**OLIVIA.** Seguro tiene otras prioridades, otras preocupaciones más importantes, más vitales.

**BETTY.** ¿A quién más iba a pedir ayuda?

**OLIVIA.** Pedir ayuda, no tentar, no seducir lamentable, obscenamente, con ese aspecto repugnante, en un pobre cuarto de hotel, tan lejos de la capital. Pedir, rogar por ayuda, no ejecutar una sórdida transacción carnal que nos embadurne con vergüenzas.

**BETTY.** Hago de mi vida lo que me da la gana.

**OLIVIA.** *(Por unas marcas que BETTY, en un descuido, ha dejado ver en su brazo.)* Ahora te inyectas.

**BETTY.** Me ayuda a aguantar...

**OLIVIA.** No tienes que aguantar nada. No sé qué esperas para, por lo menos, vestirte apropiadamente, componerte para que salgamos de aquí.

**BETTY.** ¿Todavía me llevarías a casa? Por favor...

**OLIVIA.** No lo sé. Ahora creo que no, sobrina. Primero tendremos que acudir con la policía. Aún tienes algo que aportar en otro de tus asuntos pendientes.

**BETTY.** ¿Yo? No tengo nada que decir.

**OLIVIA.** Es necesaria una explicación tuya que esclarezca las circunstancias de la muerte de Pettar Arancibia, quién pereció asfixiado en

el maletero de un carro en un intento fracasado por cruzar ilegalmente la frontera.

**BETTY.** Yo no sé nada. Más nunca lo vi.

**OLIVIA.** En esto, seguro eres tan culpable como en tu supuesto secuestro. Estás usando las mismas respuestas que la vez anterior.

**BETTY.** Tienes que creerme, no tuve nada que ver.

**OLIVIA.** Los agentes, los oficiales, tienen otras opiniones al respecto. Se trata de palabras mayores. Y yo no pienso interponerme entre tú y la justicia.

**BETTY.** ¡No puedes estar haciéndome esto! ¡Ayúdame tú!

*(Ambas mujeres van saliendo.)*

**OLIVIA.** Frank ha demostrado ser un estupendo administrador y un hombre sabio y exitoso en los negocios. Tiene un olfato de privilegio. Próximamente nos casaremos, me ayudará a criar al pequeño Jaime, por quien, por cierto, ni siquiera has preguntado. Pero claro, ¿cómo ibas a tener la mínima inquietud de una madre, el más recóndito interés si estás consagrada a ser una novia eterna, una novia a perpetuidad, una eterna prometida...?



## EPÍLOGO

**PETTAR.** Betty había contactado con unos tratantes de gente que actuaban clandestinos en el paso de frontera. La idea era esconderse en la maleta de un auto y hacer el recorrido allí metido sin que nadie se percatara de mi presencia. Le entregué a Betty la llave de la caja de seguridad del hotel: “Ve rápido y vuelve a pagarle a esta gente”. A riesgo de que ella no volviera jamás. Me introdujeron en la maleta de un Buick verde del año setenta y tres, me instaron a permanecer allí callado en un compartimiento, no amplio, no, pero sí acondicionado a los golpes para ese propósito. Me tendí mansamente, aprovecharía la soledad y el silencio para concentrarme, para plantearme unas interrogantes, en fin, una conversación conmigo mismo. Un último respiro de aire fresco, miré al cielo, un último puñado de estrellas. Cerraron y me pidieron que esperara. Me cubrió una bóveda de metal, oscuridad y sofocante calor. Me habían pedido que esperara y a ello me dispuse con la resignación de un mártir. El auto nunca se movió.

*(Oscuro final.)*

Caracas, diciembre de 2020





## EL AUTOR Y SU OBRA

Javier Moreno (Caracas, 1960-2021) fue dramaturgo, director y docente de teatro venezolano. Inició su formación en los centros de teatro de educación secundaria (Ciclo Diversificado Rafael Vegas, con José Simón Escalona) y universitaria (Universidad Simón Bolívar, con Gregorio Bonmatti, Omar Gonzalo y Pedro Marthan), así como participando y colaborando en reconocidos grupos teatrales. Fue director artístico de la Compañía Regional de Teatro de Guayana y de la Compañía Regional de Teatro de Nueva Esparta. Trabajó para el Grupo Theja y colaboró con la Fundación Rajatabla, Teatro del Contrajuego, Bahareque Teatro, Teatro Globo de Caracas, Centro Internacional del Nuevo Teatro (isla de Margarita), Grupo Teatral Katia con K, Casa de la Cultura de Los Teques y Séptimo Piso, entre otros. Participó como asistente al director de escena de las óperas *Norma*, de Vincenzo Bellini, y *La bohème*, de Giacomo Puccini, para el Teatro Teresa Carreño, efectuando la reposición, en calidad de director de escena, para el centenario de esta última obra operística. Su labor intelectual incluye la traducción al castellano de textos literarios, dramáticos, teóricos y críticos, escritos originalmente en inglés e italiano.

Directivo y director artístico de Xiomara Moreno Producciones por más de veinte años —grupo-plataforma con el que se dedicó a estrenar sus creaciones dramatúrgicas—, Javier Moreno también se dedicó a la enseñanza de las artes escénicas, formando al alumnado de los talleres de Jóvenes Actores del Grupo Theja. Fue dramaturgo residente y fundador del Teatro Nacional Juvenil, en 1993. En Ciudad Bolívar, ejerció las labores de formación para la Compañía de Guayana, de la cual también fue fundador; profesor de dramaturgia e interpretación en el Laboratorio Teatral Anna Julia Rojas durante una década, además de dictar talleres en distintas regiones del país; profesor del Taller Nacional de Dramaturgia del Celarg (2002-2003 y 2009), así como del Taller de Fundarte y de Actuación en el Iu-

det. Asimismo, se destacó como profesor de las cátedras de Dramaturgia y Análisis del Texto Dramático, en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (Unearte), siendo director invitado del primer montaje profesional de esa casa de estudios (2008).

Como autor teatral realizó cerca de treinta obras dramáticas e igual número de puestas en escena profesionales. En el año 2004 gana el Premio Municipal de Teatro, en la categoría mejor dramaturgo. Miembro de la SGEA (Sociedad General de Autores y Editores) de España, sus obras han aparecido publicadas en revistas como *ADE-Teatro*, de la Asociación de Directores de Escena (España), y en la revista *Conjunto*, de la Casa de las Américas (Cuba).

Con A. C. Xiomara Moreno Producciones, editó el libro *Tres piezas duras* (2004) y firma como autor la obra biográfica *Bertha Moncayo* —dedicada a la actriz ganadora del Premio Nacional de Teatro 1985-1986—, publicada por la Fundación Editorial El perro y la rana. En el año 2000, le fue concedida la Orden Mérito al Trabajo en su tercera clase. Escribió, en colaboración con el director Luis Alberto La Mata, el guion de la película *El enemigo*, basada en la obra de teatro *Un corrido muy mentado*, de su autoría, que mereció varios reconocimientos: Premio Municipal de Cine, mejor guion 2008, y Premio del Festival de Mérida, mejor película 2008.

En esta publicación, *Teatro abisal* (2007–2020), Javier Moreno reúne una selección de siete de sus obras teatrales, escritas en la última etapa de su carrera dramaturgica.

## Obras originales de Javier Moreno

- El hundimiento del Titanic o dónde está la bolita roja* (1976)  
Romano (1986)  
*Sigfrido contra el gigante* (1986)  
*Muchinga* (1986-1987)  
*Piar* (1991)  
*El hombre de arena* (1995)  
*La princesa china* (1995)  
*Autoinformación de la aparición de la Virgen Santísima a los indios de Coromoto* (1997)  
*Nueve huecos* (2007)  
*La golpista* (2009)  
*Calma chicha* (2009)  
*Paquete quiropráctico para damas de avanzada* (2010)  
*La música en la corte de los Reyes Católicos* (1997)  
*Vacuno, fábula* (1997)  
*Cubagua* (1998)
- Un corrido muy mentado* (1998)  
*La última microcinta de video de Roberto B. en Sonrisa de Gato* (1999)  
*Bella perdida* (1999)  
*Vacuno, fábula* (1997)  
*Cubagua* (1998)  
*Un corrido muy mentado* (1998)  
*La última microcinta de video de Roberto B. en Sonrisa de Gato* (1999)  
*Bella perdida* (1999)  
*An Oneti's Tale* (1999)  
*No me platiques más* (1996-1999)  
*Anselmo y Gata* (2004)  
*Un muñeco con corazón / Muñeco monstruo* (2000-2012)  
*Salmo negro* (2013)  
*Eterna prometida* (2020)

## Versiones y adaptaciones

*Comedia sin título*, de Federico García Lorca (1991)

*Pasión de Cristo* (1993)

*Milagro de la rosa*, adaptación de la novela de Jean Genet (1995)

*Cuento de invierno* (traducción y versión), de William Shakespeare (1996)

*Medianoche en video: 1/5*, adaptación de la novela de José Balza (1996)

*El círculo de tiza caucásico* (versión), de Bertolt Brecht (2003)

*El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina (2003)

*Como gustéis* (traducción y versión), de William Shakespeare (2007)

*Gesta Magna*, de Ángel Fuenmayor (2010)

*Herejes y grotescos*, adaptación de obras de Mariano Picón Salas, Óscar Guaramato y J. R. Pocaterra (2013)

*Othelo* (traducción y versión), de William Shakespeare (2015)

*La gata sobre el techo de zinc caliente*, de Tennessee Williams (2018)

*Cándido y los incendiarios*, de Max Frisch (2019)

*Los bajos fondos*, de Máximo Gorki (2021)

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas (1010), Venezuela  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos  
atencionalescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web  
[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Redes sociales  
Twitter: @perroyranalibro  
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana



*Teatro Abisal (2007-2020)*

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana

marzo de 2022

Caracas - Venezuela







*Teatro abisal (2007-2020)* recoge siete obras escritas por el dramaturgo venezolano, Javier Moreno: “Nueve huecos”; “Herejes y grotescos”; “Calma chicha”; “Paquete quiropráctico para damas de avanzada”; “La golpista”; “Muñeco monstruo”, y “Eterna prometida”. Tras más de una veintena de creaciones propias, la selección que presentamos pretende ser una muestra acertada, en el intento de acercar a los lectores a las piezas más representativas de la versatilidad —monólogos, soliloquios, teatro infantil, drama, humor— y el estilo propio del autor: su manera de entender el teatro como un arte íntimo y, al mismo tiempo, colectivo; sus diálogos lacerantes; personajes de intensa profundidad psicológica enmarcados en situaciones cotidianas, y un retrato fiel de la naturaleza humana.

### JAVIER MORENO (Caracas, 1960-2021)

Destacado y prolífico dramaturgo venezolano, la trayectoria de Moreno incluye la docencia, creación, traducción, adaptación y producción de obras teatrales; destacándose también como guionista de cine, editor y autor. Vinculado al teatro desde su juventud, fue fundador del Teatro Nacional Juvenil (1993) y de la Compañía de Guayana (estado Bolívar), y colaborador en instituciones teatrales como el Grupo Theja, Rajatabla, Bahareque Teatro, entre otras. Por más de veinte años, se desempeñó como directivo y director artístico de Xiomara Moreno Producciones. Recibió la Orden de Mérito al Trabajo (2000), el Premio Municipal de Teatro (2004) —en la categoría de mejor dramaturgo— y el Premio Municipal de Cine (2008), al mejor guion, por la película *El enemigo*.

